



REVELACIONES

Azufre y Fuego 1

NIKOLE KNIGHT

REVELACIONES

PERGAMINO DE AZUFRE Y FUEGO 1



Escrito por Nikole Knight

Traducido por Alba M. Vila

Copyright © 2024 Nikole Knight

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial del material protegido por estos derechos de propiedad intelectual o su uso en cualquier forma, o por cualquier medio, ya sea electrónico o mecánico, incluyendo fotocopiado, grabación, transmisión o cualquier sistema de almacenamiento y recuperación de información sin el permiso escrito de la autora, a excepción de la adición de citas breves incluidas en reseñas de dicha obra y otros usos no comerciales permitidos por la ley de derechos de autor de Estados Unidos.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, empresas, organizaciones, lugares, acontecimientos y hechos que aparecen son producto de la imaginación del autor o bien se usan en el marco de la ficción. Cualquier parecido con personas —vivas o muertas— o hechos reales es pura coincidencia.

Diseño de cubiertas © 2022 por Amai Designs

Arte gráfico de Joshua Duncan

Traducción de Alba M. Vila

Edición y corrección por L. M. Mateo

CONTENTS

[Nota de la autora](#)

[Prólogo](#)

[1. Capítulo uno](#)

[2. Capítulo dos](#)

[3. Capítulo tres](#)

[4. Capítulo cuatro](#)

[5. Capítulo cinco](#)

[6. Capítulo seis](#)

[7. Capítulo siete](#)

[8. Capítulo ocho](#)

[9. Capítulo nueve](#)

[10. Capítulo diez](#)

[11. Capítulo once](#)

[12. Capítulo doce](#)

[13. Capítulo trece](#)

[14. Capítulo catorce](#)

[15. Capítulo quince](#)

[16. Capítulo dieciséis](#)

[17. Capítulo diecisiete](#)

[18. Capítulo dieciocho](#)

[19. Capítulo diecinueve](#)

[20. Capítulo veinte](#)

[21. Capítulo veintiuno](#)

[22. Capítulo veintidós](#)

[Epílogo](#)

[Acerca de Nikole Knight](#)

NOTA DE LA AUTORA

Bienvenidos, queridos lectores, a la historia de Riley. Esta no siempre será una lectura ligera, sobre todo a medida que avance la serie, pero creo firmemente en los finales felices. Aunque el camino hacia ese final feliz será largo, difícil y, a veces, oscuro. Pero llegaremos, lo prometo.

Advertencia: *Revelaciones* trata temas que a algunos lectores les pueden resultar difíciles o perturbadores de leer, como situaciones de homofobia, abuso infantil, autolesiones, inestabilidad mental y un caso (en el «Prólogo») de agresión sexual no gráfica. Los lectores con sensibilidad a estos temas deben leer con precaución.

Por último, esta historia sigue a Riley en su camino hacia el autodescubrimiento, la libertad, el amor y la familia. Es un romance *slow burn*, pero se transformará en una relación poli/*harem* con aspectos M/M/M. *Pergamino de azufre y fuego* es una serie *New Adult* dirigida a lectores maduros.

Aquellos que estéis listos para uniros al mundo de Riley, acercaos y tomad asiento en torno a mesa.

Bienvenidos, mis ángeles, a *Fuego y azufre*.

—Nik

PRÓLOGO



NADA EN TODOS LOS reinos olía como la agonía. Era un aroma especial, penetrante y embriagador. Era pecado mezclado con sudor y sangre.

El demonio inhaló profundamente para que sus pulmones acogieran el delicioso perfume. Se filtró por su torrente sanguíneo, le inyectó una corriente de energía que le recorrió el cuerpo entero y la potente fragancia impregnó su cerebro con un agradable zumbido. Hector vivía para momentos como aquel.

Sus sentidos se intensificaron cuando los gritos de la mujer que tenía detrás se mezclaron con los gruñidos de Devlin. De la boca de la hembra goteaba saliva sanguinolenta y el placer de su compañero era casi palpable en el aire en cuanto, con un gemido gutural, encontró su liberación.

Una multitud de demonios se acercó con los colmillos extendidos y las garras alargadas ante la visión y el olor de la tortura de la fémina, pero un silbido entre los dientes de Hector frenó su sed de sangre. Necesitaba que hablara, y permitir que los otros demonios la atacasen aceleraría su muerte, lo que iba en contra de sus órdenes.

Con una protesta, Devlin hundió sus dedos en las trenzas caoba de la mujer y le despegó la cabeza del cemento húmedo cubierto de manchas. Antes de que Hector consiguiera detenerlo, su compañero le clavó los colmillos en el cuello. Ella gritó al sentir que su carne se desgarraba una vez más.

La sangre fresca recorrió su esbelto cuello y la pureza de su esencia provocó que Hector se sintiera tan eufórico como el feroz viento del desierto. Le rugió el estómago, pero contuvo sus oscuros deseos. Ya la cataría en algún otro momento. Antes, necesitaba hablar con ella.

Después de unos segundos, Devlin la soltó. Cerró la cremallera de sus pantalones y, tambaleándose, se puso de pie. Su calva brillaba por el sudor y sus ojos oscuros se cruzaron con los de Hector por un instante. Sin que le dieran ninguna instrucción verbal, asintió y retrocedió.

—Es toda tuya, Hec.

Él bajó la barbilla.

—Gracias, Dev.

Mientras avanzaba, la hembra cayó de rodillas, debilitada por la pérdida de sangre y los múltiples tormentos a los que la habían sometido. Llevaba encarcelada dos días, había sufrido un dolor inimaginable, pero se negaba a hablar. Nada parecía doblegarla y la paciencia de Hector — por no hablar de la paciencia de su amo— menguaba con rapidez.

Ya había tenido bastante de aquellos juegos. Se había cansado de ser tan blando con ella.

Hector se acercó a la forma encogida de la hembra, se agachó y deslizó sus dedos por entre el pelo enmarañado. Ella se tensó al contacto y él sonrió. Su miedo y su aprensión eran casi tan suculentos como su dolor y su degradación... Casi.

Le retorció los mechones castaños y le inclinó la cabeza en un ángulo antinatural para admirar su rostro magullado y cubierto de sangre. Cuando su aroma a sol lo inundó, sus fosas nasales se encendieron. El deseo le calentó la sangre y le provocó una indeseada tensión en los pantalones.

Por todos los fuegos del Infierno, odiaba a los ángeles.

Los ojos vidriosos de la hembra se abrieron, sus iris de un color cacao velado de angustia, y él tuvo que luchar por contener el escalofrío que atenazaba su cuerpo ante la magnificencia subyacente que la fémina conservaba a pesar de la roña que la cubría. Manchas moradas y azules estropeaban su piel de porcelana; su cuerpo estaba salpicado de suciedad, sangre y otros fluidos corporales. Sin embargo, era cautivadora. El ardiente deseo de tomarla ardía en sus venas: ansiaba saborearla.

Controló la lujuria con la que su cuerpo lo traicionaba. Le mostró los colmillos a la cara mientras un gruñido animal le raspaba la garganta.

—¿Dónde está el niño? —Sus labios estaban lo bastante cerca como para rozar la piel suave como un pétalo—. ¿Dónde?

La oscura mirada del ángel se endureció hasta convertirse en la piedra más dura. En lugar de responder, aspiró la saliva ensangrentada que tenía en la boca y escupió. El espumarajo cobrizo salpicó la cara de Hector, y su ira hirvió sin control. Con un rugido, le aplastó la cabeza contra el cemento con tanta fuerza que habría aplastado el cráneo de un humano. Pero ella era cualquier cosa menos mortal, así que el golpe no hizo más que añadir otro cardenal a su perfecto rostro.

Mientras se limpiaba los residuos pegajosos de la cara con un pañuelo, Hector refrenó su temperamento. Detestaba que fuera tan terca; ya debería haber cedido. Su persistente silencio le dejó un sabor amargo en la boca. Él estaba orgulloso de su autocontrol, pero odiaba hasta qué punto esa hembra ponía a prueba sus límites. La doblegaría, aunque le costara la vida.

—Tu dedicación es admirable, pero al final es en vano. —Sus colmillos palpitaban con la necesidad de desgarrar su tierna garganta y beber hasta hartarse, pero se contuvo. En lugar de eso, esperó a que hablara. No se sorprendió cuando ella apretó los labios con fuerza y lo miró con desprecio. Hector apretó la nariz contra su mejilla y canturreó falsas promesas mientras señalaba a la pequeña multitud de demonios que esperaban su turno—. Puedo acabar con esto por ti. Solo dime dónde está el crío. Te arrancaré tu delicioso corazón y pondré fin a todo esto.

Su boca tembló, sus dulces labios se separaron en una inhalación temblorosa, y él reprimió su excitación por miedo a romper cualquier hechizo que hubiera conseguido lanzar sobre ella, que levantó sus cautivadores ojos. Una sonrisa extraña y triste se dibujó en la comisura de su boca.

—No sabes lo que es el amor, ¿verdad? Ni la lealtad. O el sacrificio. —Tragó saliva con esfuerzo. Su voz tranquila se quebraba por el desuso, pero flotaba en el aire como la canción más hermosa. Se detuvo un momento, como si esperara una respuesta, pero Hector se había quedado boquiabierto ante sus armoniosas palabras—. Si entendieras alguna de esas cosas, sabrías que nada de lo que puedas hacerme me hará traicionar a mi hijo.

Con un gruñido despiadado, él dejó que sus garras se alargaran y cortaran la carne de su garganta.

—Lo encontraremos. No hay lugar donde pueda esconderse de los Siete. Utopía lo rechazará. El inframundo irá a por él. ¿Y el reino de los mortales? —Hector resolló—. No puede protegerlo de nosotros. Encontraremos a tu hijo, lo degollaremos y nos bañaremos en su sangre.

Ensangrentada y rota, la hembra soltó una risita seca, sin humor alguno.

—Tienes miedo. —Sus dulces labios se curvaron en una sutil sonrisa—. Bien. Deberías tenerlo.

La arrojó a un lado con un rugido indignado, y ella cayó al suelo de cemento, como una muñeca de trapo, casi sin vida. Su desafío había agotado sus últimas fuerzas.

—¡Abríos! —El idioma arcaico trino sobre su lengua y el ángel chilló cuando sus alas estallaron en su espalda. Las magníficas y puras plumas plateadas se extendieron libres antes de rodear su cuerpo de forma protectora. Contempló la repugnante belleza con desdén y luego ladró a los demonios que seguían agazapados, esperando su turno—: Bueno, ¿a qué esperáis? Arrancádselas.

Sin necesidad de decir nada más, se abalanzaron sobre la mujer indefensa. Los colmillos desgarraron su carne y las garras destrozaron sus alas plateadas. Las plumas flotaron en el aire como copos de nieve y sus terribles gritos resonaron en la húmeda habitación cuando primero un ala y luego la otra fueron arrancadas de su carne.

Mientras la sangre manaba de las heridas abiertas en su espalda, no menos de tres demonios luchaban por montarla. A ese ritmo, moriría en cuestión de minutos.

Hector dio una palmada para poner orden en el caos.

—Ya es suficiente, muchachos.

A regañadientes, los demonios se apartaron de la llorosa ángel y ella se aovilló sobre las rodillas al caer al sucio suelo. Enroscó los brazos y acunó a un niño invisible contra su pecho mientras su llanto se transformaba en una nana primordial. Su sufrimiento engrosaba la melodía de dolor.

Si el alma de Hector no se hubiera pulverizado en su creación, tal vez habría llorado con ella. Pero, desde su perspectiva, la miseria del ángel no hacía más que complacerlo; alimentaba su sádico y ennegrecido corazón.

—Es inútil para nuestra causa —dijo Devlin, aburrido ya, después de haberse deleitado con su cuerpo y su sangre—. Tal vez pueda quedármela. Sería una excelente mascota.

Héctor le dio una palmada en el hombro.

—Paciencia, mi querido amigo.

Un cambio en el tono del ángel captó su atención. Su voz se transformó en un canto suave, en una lengua primitiva desconocida, anterior a su época. Creció en volumen y potencia, y la atmósfera tembló. Su piel brillaba, pura y blanca. El amor y la pérdida, la tristeza y la esperanza surcaban el aire como un torbellino y su nana se convirtió en un grito de guerra.

Cuando levantó el rostro hacia el cielo, el aire se iluminó y se distorsionó con una energía desconocida. Delicados arcos de electricidad chisporrotearon a lo largo de su piel y un orbe ardiente apareció en sus manos. El rugido del viento acompañó al ciclón de su poder y azotó su ropa. El resplandor de sus palmas se extendió hasta envolver todo su ser y se convirtió en una luz deslumbrante. Y, entonces, lloró.

—¿Hec? —Devlin se tambaleó bajo el peso de su poder. Hector se protegió los ojos con la mano, las rodillas crujían bajo su propio peso.

¿Qué era eso? No debería ser tan poderosa, no después de todo lo que la habían torturado. Fuera lo que fuese, no auguraba nada bueno ni para él ni para su amo.

Con un último grito ensordecedor de la ángel rota, la luz explotó como una bomba atómica, con un destello cegador. La onda expansiva sacudió el suelo y chocó con los demonios de la sala, que volaron hacia atrás como marionetas sin hilos. El viento rugió como un tren de carga. Entonces, de repente, se detuvo. El ruido abrumador se calmó al instante y la luz se apagó. La sala volvió a su estado anterior.

Hector se sentía como si una estampida de sabuesos infernales lo hubiera pisoteado, pero consiguió levantar el torso del suelo. Entrecerró los ojos para adaptarse a la repentina penumbra. Dev se tambaleó y lo ayudó a ponerse en pie mientras el último rastro de poder vibraba en el aire y se extinguía.

En nombre de los siete príncipes, ¿qué había sido eso?

Hector se quitó la ropa y observó la destrucción que lo rodeaba. Un huracán había arrasado y se había llevado todo a su paso. Pero la devastación total apenas podía compararse con la desoladora constatación de que el ángel había desaparecido. En su lugar había un círculo negro, impecable, sin la más mínima mancha en su centro.

Había desaparecido y, con ella, su mejor oportunidad de encontrar al muchacho, el niño que podía destruirlo todo.

En las profundidades del Seol, Hector había fracasado en su misión. Las consecuencias serían catastróficas. Que el Creador se apiadara de su alma maldita.

CAPÍTULO UNO



¿ERA POSIBLE MORIR DE vergüenza? Si era así, iba a caerme muerto en tres, dos, uno...

—¡Shepard! —rugió indignado mi profesor cuando la pantalla, que se suponía que debía mostrar mi informe sobre la caída del Imperio maya, se llenó con la repentina avalancha de piel, piel y más piel.

Los gemidos desagradables salían de los altavoces instalados en la pared y los gruñidos de los dos hombres de la pantalla me revolvieron el estómago. La humillación me calentaba la cara mientras miraba boquiabierto la horrible pantalla y luego mi memoria USB insertada en el proyector. Excepto que no podía ser mi *pendrive* porque nunca, en mis diecinueve años de vida, había visto nada parecido, y mucho menos lo había descargado para mostrarlo en clase.

Durante la reproducción de la escena pornográfica, toda la sala estalló en carcajadas. Las lágrimas de vergüenza me quemaban los ojos al tiempo que trataba de arrancar la memoria USB que claramente no era mía. Debía de pertenecer a mi compañero de habitación, seguro que había sido él quien había intercambiado los *pendrives*.

Brian me odiaba y llevaba gastándome bromas desde el principio del semestre. Solía conformarse con simples insultos, con echar un calcetín rojo en mi colada blanca para que todo se volviera rosa o con lanzarme agua fría en mitad de la noche porque, una vez más, lo había despertado con una de mis pesadillas. Pero nunca se había metido con mis deberes. Nunca había llegado tan lejos.

Tenía que ser él. ¿Quién, si no, habría hecho eso?

Cuando desenchufé el USB del proyector, la pantalla se congeló en el peor momento. Me atraganté y aparté la mirada de la imagen en la que los hombres estaban... unidos. Sabía que era posible que dos hombres tuvieran relaciones sexuales, pero nunca había pensado demasiado en la logística. Ahora ya no tenía más preguntas en ese frente.

—¡Señor Grant, lo s-siento mucho! —Me cubrí las mejillas enrojecidas y parpadeé las lágrimas mientras mi profesor me fulminaba con la mirada—. Esto no es mío... No entiendo cómo... Yo no...

—¡Shepard! ¡Shepard! ¡Shepard! —Mis compañeros vitoreaban mi nombre y reían. Yo solo quería que el suelo se abriera y me tragara entero.

—¡Silencio! —ladró el señor Grant, y su bigote se agitó de rabia—. ¡Silencio u os suspenderé a todos y cada uno de vosotros en esta tarea!

Eso llamó su atención y, por suerte, la sala se quedó en silencio. El profesor apagó el

proyector. La imagen pornográfica desapareció como si nunca hubiera existido.

—Shepard, lo quiero en mi oficina después de clase.

—Sí, señor. —Me encogí sobre mí mismo, asentí con la cabeza antes de apresurarme a volver a mi asiento, al fondo de la sala.

¿Cómo había podido Brian hacerme eso? Creía que era un buen compañero. ¿Qué le había hecho para que me odiara tanto?

Era muy silencioso, mantenía ordenada mi parte del dormitorio e incluso limpiaba el baño por él cuando estaba de turno. Si venía borracho y vomitaba por todas partes, yo lavaba su ropa de cama; y nunca me quejaba si me echaba de nuestra habitación para estar a solas con una chica. Para ser sincero, no era el compañero de habitación más tratable dada su afición a soltar tacos y a poner la música alta, pero me lo tomaba con calma.

Al terminar la clase, aún no se me había pasado el rubor y me escocían los ojos de lágrimas que me negaba a derramar. A medida que la sala se vaciaba, numerosos estudiantes me felicitaban por mi travesura, ignorando mis tartamudeantes negativas, o se burlaban de mí con maldad. Oí que me decían «Bicho raro» y «Maricón», y me dolía la garganta mientras me enjugaba los ojos llorosos.

Bajé avergonzado los escalones hasta la mesa del señor Grant, agradecido de que nadie se hubiera quedado para presenciar aquel momento. Seguro que me iban a expulsar, y, entonces, ¿qué haría? ¿Volver con la señora Janet? Me estremecí al pensarlo.

La señora Janet, mi madre adoptiva durante seis años, era poco ortodoxa, por no decir otra cosa. Y lo último que quería era volver a vivir con ella. Era un hijo terrible por tener pensamientos tan poco amables; ella era, a todos los efectos, mi madre. La única que había tenido. Me había aguantado más tiempo que cualquier otra familia de acogida y yo debería estarle más agradecido. Sin embargo, la mera idea de volver a su casa me hacía sudar.

—Llevemos esto a mi despacho. —El bigote del señor Grant se crispó al levantarse de su escritorio.

Yo lo seguí con docilidad, desterrando los pensamientos oscuros. No era el momento de pensar en mis defectos como hijo. Tenía que arrastrarme. Por suerte, tenía mucha práctica gracias a la señora Janet y sus numerosas y estrictas normas.

Después de disculparme una y otra vez, salí del despacho del señor Grant diez minutos más tarde con un nuevo horario para mi presentación, una redacción disciplinaria de seiscientas palabras y su escasa confianza en que no hubiera profanado su clase a propósito. Contuve mi aluvión de lágrimas por pura fuerza de voluntad y hui del edificio para correr hasta mi dormitorio. Me negaba a llorar en público.

Atrapado en mi atormentada cabeza, no me di cuenta de los ruidos delatores procedentes de mi dormitorio mientras deslizaba la llave en la cerradura. Abrí la puerta solo para retroceder ante la imagen de mi compañero de habitación sentado al borde de su cama con la cabeza de una chica en su regazo desnudo. ¿En serio?

Aunque era la universidad y había intentado mentalizarme para enfrentarme a la promiscuidad sexual, no me sentía preparado para ver aquello.

—¡Riley! —Los dedos de Brian se enredaron en el pelo rubio de la chica y empujó su cara hacia su entrepierna—. ¡Fuera!

Cerré la puerta de golpe y retrocedí hasta que mi columna vertebral chocó contra la pared opuesta. Me desplomé en el suelo, abracé mi mochila contra el pecho y enterré la cara en la tela. ¿Qué demonios estaba pasando?

Intenté ignorar los desagradables gruñidos provenientes de mi habitación y me senté en el

pasillo a hacer los deberes. Casi media hora después, una sombra se arrastró sobre mi regazo, acompañada de un aroma dulce y afrutado. El perfume familiar me calentó el pecho y levanté la cabeza con una tímida sonrisa al encontrarme con una mirada gris azulada.

—Hey, Riley, ¿qué haces en el pasillo? —La figura de Bethany se alzaba de pie junto a mí, con las manos en sus caderas curvilíneas y una cálida sonrisa en los labios. Su pelo dorado le caía sobre los hombros en ondas suaves.

Sus cejas claras se arquearon, recordándome que aún no le había contestado, y me sonrojé, señalando la puerta de mi habitación, donde Brian gemía como una morsa moribunda. Mortificado, solté su mano y jugueteé con mi cuaderno.

—¿En serio te ha vuelto a echar? —La repulsión coloreó su cara mientras yo asentía—. Ugh, qué asco. Vamos a estudiar en mi habitación.

Bethany, una de las ayudantes residentes de mi piso, era estudiante de tercer año y vivía al final del pasillo con Sharon, la segunda ayudante residente. Había conocido a Bethany a principios de año, cuando se dirigió a los estudiantes de primer curso que se mudaban, pero nuestra amistad no había florecido hasta unas semanas más tarde.

Me había quedado sin artículos de limpieza porque Brian se había olvidado de reponerlos, y le tocaba a él —o lo que era lo mismo, a mí— limpiar el baño de los chicos de nuestro piso. Con la esperanza de que me prestara detergente para la taza del inodoro, llamé a su puerta y se lo pedí. Ella accedió encantada e incluso me ayudó a limpiar en cuanto se enteró de que solo sustituía a mi compañero de habitación.

Como buen paria social, me puse nervioso, pero ella se abrió paso entre mis inseguridades y nos hicimos amigos muy rápido. Para ser sincero, era mi única amiga; sin embargo, como había pasado la mayor parte de mi vida sin amigos —excepto los que vivían en mi imaginación, claro —, era una mejora.

—En serio, no pasa nada. Sharon no volverá hasta después de cenar y yo también estaré estudiando. —Me ofreció una mano, sus uñas pintadas brillaban bajo las luces fluorescentes.

—No quiero molestar ...

—No es ninguna molestia.

Su sinceridad rompió mis educadas reservas y me apresuré a recoger mis pertenencias antes de aceptar su mano extendida. Tiró de mí para ponerme en pie, y me enganché la mochila al hombro mientras Brian soltaba un horrible último bramido. Hicimos una mueca y compartimos una mirada de disgusto antes de que me apretara la mano y me llevara por el pasillo hasta su dormitorio.

Sin que ella lo supiera, mi atención se centró en nuestras manos entrelazadas y mi cara estalló de vergüenza. Y pavor. Si la señora Janet se enteraba de que había dejado que una chica me cogiera de la mano, me metería en un buen lío, aunque el contacto no hubiera sido más que platónico.

Por supuesto, no era personal. Bethany era guapa, incluso podría decirse que preciosa, pero nunca la había considerado más que una amiga. En el fondo, pensaba que acabaría encontrando a una chica que me gustara, pero hasta entonces no había sido así. No sabía si se debía a mi terrible ansiedad social, a mi desconfianza general o a mi total falta de interés en alguien.

Además, Bethany tenía novio. Era alto, atlético y musculoso, todo lo contrario a mí. Y yo, demasiado tímido para contemplar siquiera la posibilidad de mirarla con ese tipo de afecto. La idea me erizó la piel.

Después de esperar el tiempo necesario para no ofenderla, le quité la mano de encima, con los ojos bajos por si me miraba mal. A la gente normal no le importaban los roces casuales. A la

gente normal le gustaban los abrazos y tomarse de la mano. La gente normal no sufría ataques de pánico ante la idea de entrar en la habitación de una chica.

Pero, por mucho que lo intentara, yo estaba lejos de ser normal.

Dudé en el umbral de su habitación; me mordí el interior de la mejilla y mi ritmo cardíaco se aceleró. Mis palmas sudorosas agarraron las correas de la mochila mientras pensaba en salir corriendo antes de que fuera demasiado tarde. Pero recordé los asquerosos gruñidos de Brian y me estremecí.

—¿Riley? —Bethany estaba de pie en su habitación, con las manos entrelazadas delante de ella. Sonrió con suavidad y esperó pacientemente, como si supiera lo difícil que me resultaba. Tal vez lo supiera de verdad. No me habría sorprendido.

Era la persona más atenta que había conocido. Nunca se apresuraba a tocarme. En los momentos en que yo no conseguía soportar la proximidad física, ella se apartaba con amable comprensión. Nunca mostró decepción o juicio en su cara cuando yo actuaba fuera de la norma en una interacción aceptable.

Tal vez era su especialización en Psicología o un conocimiento innato de cómo tratar con la gente, pero siempre sabía cómo actuar conmigo, incluso si yo mismo no tenía palabras para explicar mis defectos. Tuve mucha suerte de que fuera mi primera amiga. Yo no tenía ni idea de cómo socializar y, sin embargo, de alguna manera, ella me aguantaba.

Mi ansiedad disminuyó mientras ella esperaba a que tomara una decisión. Después de recordarme a mí mismo que no pasaba nada si entraba en el cuarto de una amiga, crucé el umbral. Nunca había estado en la habitación de una chica; incluso cuando le había pedido a Bethany los artículos de limpieza esperé en el pasillo. La señora Janet me habría despellejado vivo si hubiera sabido dónde estaba.

—Usa el sillón, si quieres. Yo me quedo aquí. —Bethany señaló primero un gran puf rosa y luego la litera inferior—. Hay soda en la nevera si tienes sed.

Me reí al oír «Soda». Con esa palabra, había revelado su educación en el oeste del país.

—No pasa nada. No bebo refrescos. —Era una de las muchas cosas que la señora Janet me prohibía consumir. «¿Quieres que se te pudran los dientes, Riley?», me decía, moviendo el dedo frente a mi cara.

—¿No te gustan? —Bethany se dejó caer sobre su edredón rosa y cogió un libro de texto de la almohada—. Qué suerte. Yo conseguiría perder dos kilos si dejara de beber tantas latas.

No corregí su suposición; era más fácil que explicarle las normas de la señora Janet.

—¿Por qué querías perder dos kilos? —pregunté tras hundirme en el puf.

—Ah, Riley —Bethany se rio—, eres tan dulce.

Sin dar más explicaciones, se tumbó boca abajo, con los pies en calcetines sobre la almohada, y se puso a leer el libro de texto desde donde lo había dejado. Como de costumbre, nuestra interacción me dejó confuso. ¿Cómo podía ser dulce mi sincera curiosidad? De verdad no entendía por qué quería adelgazar. No creía que necesitara cambiar nada. Era la chica más guapa que conocía.

Nos sumimos en un cómodo silencio mientras yo hacía los deberes y ella estudiaba. La puerta de su dormitorio permaneció abierta, lo que me ayudó a relajarme, y pronto olvidé mis recelos por haber entrado en la habitación de una chica.

El tiempo pasó volando y, antes de que me diera cuenta, Bethany se levantó de la cama y se guardó el teléfono en el bolsillo trasero.

—Vamos a llegar tarde a cenar. —Señaló la puerta con el pulgar—. ¿Vienes?

Ah, claro. Cenábamos juntos los lunes y los jueves. Me gustaban más los lunes que los jueves.

Lástima que hoy fuera jueves.

—Claro, por supuesto. —Volví a meter mis libros en la mochila—. Ya voy.

Caminamos por el pasillo, nuestros codos rozándose cada pocos pasos, y me moví para añadir un par de centímetros entre nosotros. La miré de reojo, pero no hizo ningún comentario.

—Necesito ir al aseo. —Me guiñó un ojo cuando se desvió hacia el baño de chicas—. ¿Me esperas?

Asentí con la cabeza y señalé hacia mi dormitorio.

—Voy a dejar mi mochila.

—De acuerdo.

Respiré hondo para darme fuerzas, me acerqué a mi cuarto esperando escuchar los asquerosos sonidos del coito. Por suerte, la habitación estaba en silencio. Llamé, quería asegurarme antes de abrir la puerta con la llave.

En cuanto entré en la habitación, mi nariz se arrugó ante el olor rancio a sudor y a comida china del día anterior que Brian había olvidado tirar. La combinación era repugnante, pero me tragué mis quejas. No quería causar problemas ni darle a mi compañero otra razón para caerle peor. Si había cambiado nuestras memorias USB sin provocación alguna, temía lo que sería capaz de hacer si lo enfadaba de verdad.

Cogí una bolsa de basura de debajo de la cama y tiré la comida china, los pañuelos viejos y otros envoltorios de caramelos y porquería que ensuciaban la zona de Brian. Junto a su cama, me estremecí al ver un condón usado en la mesilla que había entre nuestras camas individuales, ¡la mesilla que compartíamos!

Con arcadas, cogí varios pañuelos de mi caja de Kleenex y los lancé encima del preservativo para no verlo. Cuando se me pasó el sofoco, con cuidado, hice una bola con los pañuelos y el preservativo dentro, y la metí en la bolsa de basura.

Bien. Listo.

Después de meter la mochila debajo de la cama, cogí la bolsa llena de basura y la cerré. Pasaría por los contenedores de camino al comedor, así que llevármela me evitaría un viaje extra más tarde.

Tras comprobar que la habitación estaba ordenada, me colgué la basura al hombro y me acerqué a la puerta. Se abrió hacia dentro, casi golpeándome en la cara, y perdí el equilibrio al esquivar la madera que se balanceaba. Caí al suelo y me estremecí al sentir el dolor en el coxis en cuanto Brian entró en la habitación sin más ropa que una toalla sujeta a la cadera.

—¿Qué coño haces en el suelo, maricón? —El pelo castaño rojizo, mojado por la ducha, se le pegaba a la frente. Yo me marchité bajo el duro escrutinio de sus ojos azules—. ¿Tienes idea de lo cabreado que estoy contigo ahora mismo?

Me arrastré hasta ponerme en pie mientras me hacía señas para que me apartara y lo dejara acceder al pequeño armario que utilizaba para su ropa. Al principio del semestre, dijo que tenía más y que necesitaba el armario. La mía estaba en contenedores de plástico, debajo de mi cama.

—No sabía que tenías compañía. —Mantuve la voz en un susurro y la mirada baja, y esperé que mi docilidad aliviara su frustración.

—¡Casi lo deja! ¿Tienes idea de lo jodido que es que te hagan una mamada y no correrte? —Me miró con desdén—. Oh, espera, no lo sabes, ¿verdad?

Había muchas cosas que Brian desaprobaba de mi persona, pero mi virginidad se situaba en algún lugar entre mis frecuentes pesadillas y su suposición de que era homosexual.

—No puedes irrumpir en la habitación cuando te apetezca —continuó Brian, que cogió ropa del armario y la tiró sobre su cama deshecha.

—P-Pero esta también es mi cuarto.

Hizo caso omiso de mis balbuceos.

—Solo porque no quieras follarte a nadie no significa que se te permita mirar a hurtadillas mi polla. —Retrocedí, horrorizado ante su acusación—. Aguanto muchas de tus gilipolleces, marica de mierda, pero no seré tan amable la próxima vez.

La verdad era que no creía que hubiera sido amable conmigo ni ahora ni nunca.

—Lo siento, Brian. Yo no...

—Sí, sí, lo que sea. Lava mi ropa de cama este fin de semana, ¿de acuerdo? —Se abalanzó sobre mí, con las manos en las caderas. Me aparté, evitando mirar su piel desnuda, mientras asentía—. Bien. Ahora, lárgate de aquí. Que no pienso quitarme la toalla delante de tu cara, puto *voyeur* pervertido.

Se me saltaron las lágrimas y corrí hacia la puerta con la bolsa de basura en la mano. Me detuve en el umbral y me metí la mano en el bolsillo.

—Creo que hemos confundido los USB. —Le tendí el *pendrive* y una sonrisa alegre se dibujó en sus labios.

—Vaya. Me pregunto cómo ha ocurrido. —Me arrebató el USB de la mano antes de sacar el mío del cajón de su escritorio y lanzármelo. Ni siquiera intentó ocultar su regocijo. Qué imbécil.

—Hola, Riley. —Bethany se asomó por el marco de la puerta—. ¿Estás listo?

—¡Sí! —chillé, tragándome el nudo que tenía en la garganta.

Ella le lanzó una mirada cautelosa a Brian cuando se acercó a nosotros, todavía con la toalla puesta. Una sonrisa coqueta ladeó sus labios mientras pasaba su mirada por el cuerpo de mi amiga.

—Bethany. Hola, nena. ¿Cómo estás?

—Ja, por favor. —Me dio una palmadita en el hombro y empujó para que me moviera. Yo obedecí de muy buena gana.

—¡Ah, vamos! ¿Cómo es que eres tan amiga del sarasa, pero no quieres saber nada de mí?

Ella me rodeó los hombros con un brazo protector y nos dirigió hacia la escalera, lanzando una mirada mordaz a nuestras espaldas.

—El hecho de que lo llames «sarasa» debería responder a esa pregunta. Gilipollas.

La última palabra la murmuró en voz baja mientras bajábamos las escaleras y sonreí para mis adentros ante la muestra de solidaridad que encerraba su insulto. No era nada cortés, pero agradecí su desaprobación. Me hacía sentir menos culpable por mis propios celos cuando se trataba de mi compañero.

—No sé cómo lo aguantas, Riley. —Bethany abrió la puerta principal, ya que yo sujetaba la bolsa de basura con las dos manos—. ¿Necesitas que redacte una queja formal?

Di un respingo y sacudí la cabeza con decisión.

—No, por favor. No hay ningún problema. Solo le gusta bromear.

Bethany cruzó los brazos sobre su amplio pecho y miró hacia el último escalón del edificio.

—Bromear es una cosa, pero si te trata mal o te hace sentir peor...

—No pasa nada. —Le di una palmada en el brazo con torpeza, haciendo todo lo posible por parecer sincero—. Te lo prometo. Si las cosas se ponen feas, te lo diré.

—Más te vale. —Me miró con severidad y yo agaché la cabeza, sumiso ante su atenta mirada.

Su intención era buena y yo lo sabía, pero denunciarlo por mala educación no solucionaría nada. Parecería un desagradecido, un quejica o, peor aún, un chismoso. Al final, solo causaría problemas, y si algo había aprendido en el sistema de acogida era a no causar problemas jamás. La última vez que lo había hecho, había acabado en el centro de menores, y prefería morir antes

que volver allí.

No, haría que aquello funcionara. De un modo u otro, sobreviviría al primer año. Le demostraría a la señora Janet que no había cometido el mayor error de mi vida al mudarme a una universidad laica. Y me demostraría a mí mismo que, por una vez, lograría mis objetivos sin estropearlo todo. Por fin tenía la oportunidad de experimentar lo que cualquier adulto deseaba: una vida normal e independiente.

No creía que fuera pedir demasiado.

CAPÍTULO DOS



EL AIRE FRESCO DEL otoño prometía lluvia, aunque el cielo estaba despejado. Una ligera brisa me cosquilleaba la piel y me ceñí la sudadera sobre el pecho. Cuando el sol brillaba, el aire de octubre era fácil de ignorar, pero el frío lo invadía todo en el momento en que el sol descendía. En cuanto el crepúsculo cayó sobre el campus universitario, empecé a temblar.

Después de tirar la basura en uno de los grandes contenedores junto al edificio de nuestra residencia, Bethany y yo nos dirigimos hacia el centro de estudiantes. Despacio, dándome tiempo para detenerla, deslizó su brazo entre los míos hasta enlazarlos. Mis mejillas se calentaron mientras ella observaba mi reacción, y cuando le sonreí con timidez, ella me correspondió.

El paseo transcurrió en silencio, sin que ninguno de los dos sintiera la necesidad de llenar con cháchara insulsa el espacio que nos separaba. Era fácil relajarse con Bethany, así que me apoyé en su cuerpo, más alto, para absorber su calor mientras una ráfaga de viento más fuerte azotaba mi sudadera. Al ser bajito y delgado, tenía frío enseguida, pero a ella no le importaba mi cercanía.

Al aproximarnos al centro de estudiantes, el nivel de ruido aumentó, al igual que la iluminación. Fue una suerte, porque, sin las farolas que bordeaban la acera, no habría visto la alta figura que se apoyaba en un árbol, a varios metros de distancia. Sin embargo, una vez que mis ojos lo encontraron, fue imposible no fijarme en él. Sus vaqueros blancos y su sudadera clara con capucha destacaban como un faro en contraste con la penumbra que nos rodeaba.

La brisa fresca que soplaba entre las hojas de los árboles acariciaba los largos mechones de su pelo liso, blanco como las perlas. Las puntas de sus mechones jugaban a lo largo de sus hombros, danzando y girando con elegancia alrededor de sus suaves mejillas de marfil. Limpió una manzana en la manga antes de llevársela a los labios rosados y hundir los dientes en su tierna carne.

Había algo aterradoramente familiar en él, aunque estaba seguro de no haberlo visto nunca. Y me habría acordado si lo hubiera visto. Era muy atractivo, como un modelo de revista, con la mandíbula suave e inclinada, la nariz recta y los pómulos altos.

«Qué guapo», me dijo mi cerebro.

Espera un momento. ¿Guapo? Los chicos no eran guapos.

—¿Riley? —me llamó Bethany y, como si el chico también se llamara Riley, levantó la cabeza en respuesta a su llamada. Nuestros ojos se encontraron.

Su expresión neutra hablaba de aguas plácidas, de un lago tranquilo, pero la calma fácil se

convirtió enseguida en confusión cuando sus cejas se fruncieron. Como si esperara que hubiera alguien más detrás, miró por encima del hombro para buscar entre las sombras. Mi boca se crispó con el deseo de sonreír ante su modesta perplejidad. Estaba solo en el patio, pero, aunque hubiera habido toda una multitud, no creí que nadie hubiera conseguido captar mi atención. Era... extraordinario. No podía despegar la mirada de él, ni siquiera cuando volvió a mirarme a los ojos con los labios fruncidos.

Por alguna razón, la alarma en su expresión me oprimió el pecho y abrí los labios para preguntarle qué le pasaba. No emití ningún sonido. ¿Qué iba a decir? Después de todo, era un desconocido.

—¡Riley! —Bethany me sacudió el hombro y aparté los ojos del fantasmal modelo con un jadeo audible.

Mis pulmones gritaron de alivio en cuanto el oxígeno inundó mi sistema. Mi mano libre frotó círculos sobre mi corazón, que latía de manera errática.

—¿Qué?

Con ojos inquisitivos, Bethany estudió mi rostro con preocupación, aunque ignoré de inmediato su preocupación, mientras me giraba hacia el hombre pálido que había junto al árbol. Ya no estaba allí. El patio cubierto de hierba estaba del todo vacío. Giré el cuello en las cuatro direcciones con la esperanza de volver a encontrarlo. Fue inútil; había desaparecido, como si nunca hubiera existido.

Oh-oh.

—Riley, ¿estás bien? —Una mano fría se posó en mi nuca y di un respingo bajo aquel contacto inesperado.

—¿No lo has visto? —solté antes de pensarlo mejor.

Su ceño se frunció.

—¿A quién? —Sus ojos recorrieron el jardín—. ¿Ver a quién, Riley?

Se me desencajó la mandíbula y el terror recorrió mis venas.

—A nadie —susurré, y apreté nuestros brazos enlazados—. No importa. Vámonos.

Temeroso de lo que pudiera ver a continuación, clavé los ojos en la acera y prácticamente arrastré a Bethany el resto del camino hasta el centro de estudiantes. Me preguntó si estaba bien y asentí con la cabeza, aunque era mentira. No, no estaba bien.

No entendía por qué mi cerebro había conjurado a aquel hombre, pero lo último que quería era que ocurriese de nuevo, así que encerré el pensamiento y tiré la llave. Las cosas iban bien allí en general, y no quería poner en peligro mi educación ni mi libertad sacando a relucir viejos problemas.

Bethany no lo había visto, lo que significaba que no era real, lo que significaba que yo tampoco lo había visto. Fin de la historia.

Subí los escalones de piedra, arrastré a Bethany al interior del centro me dirigí al comedor. Pasé mi carné de estudiante y cogí una bandeja, aunque eché un vistazo por encima del hombro para asegurarme de que la aparición albina no nos había seguido. Por suerte, en la sala no había hombres guapos y pálidos, y solté un suspiro de alivio.

—Las damas primero —grazné con un gesto a Bethany para que se adelantara.

—Qué caballeroso. —Me guiñó un ojo mientras mis mejillas se encendían.

Llené mi bandeja de lasaña vegetariana, pan de ajo y té de menta, igual que Bethany. Yo no era vegetariano, pero ella y su compañera de piso sí. Me sentía culpable cada vez que comía carne en su presencia, así que me había convertido en carnívoro a tiempo parcial. Ellas me habían asegurado en numerosas ocasiones que no les molestaba que comiera carne. A pesar de

todo, solía copiar lo que comía Bethany para aliviar mi propio malestar irracional.

Por suerte, me había aficionado al té de menta: solía hacer frío y las bebidas calientes me calentaban por dentro. Además, me encantaba el aroma. Me calmaba, siempre lo había hecho, desde que era niño. Brian pensaba que aquello era muy gay, pero era lo único a lo que me aferraba, a pesar de su rechazo.

Recibimos numerosos saludos en cuanto me senté junto a Bethany. Me concentré en mi plato mientras ella se inclinaba hacia el lado opuesto y estampaba un beso en la boca de su novio. Su saludo típico era dulce, pero la muestra de afecto hacía que mi pierna rebotara.

No me engañaba con que mi naturaleza conservadora fuera una tontería. La mayoría de los universitarios exhibían con libertad su afecto físico. Como yo nunca lo había experimentado, me estresaba. Por no mencionar que la señora Janet había sido muy estricta en mi educación cuando se trataba de cuestiones de naturaleza sexual. En general, desconfiaba de esas cosas.

—Hola, Riley. —Derek asintió en mi dirección después de que él y Bethany se despegaran.

Le sonreí, le saludé con la mano y fingí que sus húmedos besos no me avergonzaban. Me devolvió la sonrisa, con unos dientes increíblemente blancos bajo su piel rojiza y sus amables ojos oscuros contraídos.

La silla de mi izquierda rozó el suelo y, sin apenas darme cuenta, me desplacé hacia el borde opuesto de mi asiento en cuanto un cuerpo cálido ocupó el espacio que antes estaba vacío. A juzgar por la abrumadora nube de perfume, Kayla, la amiga de Bethany, se había unido a la mesa. Después de todo, era jueves... Odiaba los jueves.

Una pequeña mano se posó sobre mi hombro y yo me estremecí. El tenedor chocó con el plato. Mi cara se sonrojó cuando todos en la mesa se centraron en mí, y murmuré una disculpa.

—Hola, Riley. —La voz de Kayla, aguda como la de un duendecillo, resonó en mi oído y le envié la misma sonrisita que le había dedicado a Derek, aunque no era tan sincera.

Su mano me rozó el brazo y apreté los puños en el regazo mientras luchaba contra el impulso de apartarme. Siempre me tocaba, pero no de la misma forma que Bethany. Por supuesto, mi razonamiento no tenía sentido. Me trataba con amabilidad, pero cada roce de su manicura me provocaba un nudo en el estómago. Deseaba que no me tocara, pero me parecía una petición descortés.

—Hola, Kayla. —La saludé como mandaban los modales, antes de mirar incómodo mi plato.

La señora Janet siempre decía que ser educado debía ser mi máxima prioridad, junto al cuidado corporal. «Si cuidas el cuerpo que Dios te ha dado, te irá bien, Riley. Recuérдалo», decía con una severa inclinación de cabeza, y yo asentía en señal de obediencia. Limpieza. Educación. Castidad. Eran las tres reglas más importantes en su casa, y yo había aprendido a destacar en las tres.

—¿Cómo te ha ido el día? —Kayla me sacó de mis pensamientos.

Me limpié la boca con la servilleta y me tragué el bocado de pan de ajo antes de responder.

—Ha estado... bien. —No quería mentir, pero, si decía que había sido horrible, haría preguntas que no quería responder—. ¿Y c-cómo ha ido el tuyo?

De inmediato se lanzó a un relato detallado, como sabía que haría, e hice todo lo posible por prestar atención. Se inclinó hacia mí mientras hablaba, enroscándose un mechón de pelo castaño en el dedo, pero mi atención se desvió de sus palabras a la partícula verde que tenía entre los dientes. Debía ser perejil o albahaca de la lasaña que había comido. Era grosero por mi parte mirarla así, sobre todo porque ella no era consciente, pero no podía evitarlo.

¿Debía decírselo? ¿Tendría que ofrecerle una servilleta o un palillo? Sin saber cuál era mejor opción, me decidí por el camino de menor resistencia y me quedé callado, haciendo todo lo

posible por no apartar la vista de sus ojos color avellana, pero fracasé estrepitosamente.

Ella soltó una risita y su aliento cargado de ajo me golpeó la cara, pero, al parecer, me había perdido la broma. No tenía ni idea de qué estaba hablando, así que sonreí y solté una risita seca.

Esa era mi rutina de los jueves por la noche. Kayla se sentaba a mi lado. En las raras ocasiones en que ese asiento estaba ocupado, pedía a la persona que se moviera, como si ella tuviera los derechos de propiedad de esa silla. Por alguna razón, le gustaba hablar conmigo y mi consciencia me recordaba todas las semanas que solo intentaba ser amable y que no debía ser una carga hablar con ella. Pero su presencia autoritaria y su completa atención me hacían sentir incómodo.

Por supuesto, no era culpa suya, mi incomodidad se debía a mi ineptitud social. Para mi vergüenza, solo deseaba que me ignorara como hacía todo el mundo, lo que me convertía en una persona horrible. Kayla me molestaba, aunque solo lo admitiera en los rincones más oscuros de mi alma.

Ella parloteaba, invadiendo cada vez más mi espacio personal. Mordió una manzana y esta, de inmediato, me recordó al chico que había visto fuera. Una extraña sensación de *déjà vu* acompañó a la presencia del hombre en mi mente, y mi sangre hirvió inquieta con el deseo de salir a buscarlo. Recé por que fuera real y no producto de mi imaginación, porque considerar la otra alternativa sería aterrador.

Mi cabeza no era de fiar, ni siquiera en los mejores momentos, pero habían pasado varios meses desde mi último episodio. Pensar en las veces en que mi mente me había fallado solo lo empeoraba, pero era imposible olvidar la posibilidad de que el chico tal vez no existiera. Por lo que yo sabía, no había sido más que un fantasma que mi cerebro me decía que era real pero no lo era, incluso aunque su presencia me pareciera real.

Sabía que los médicos tenían razón cuando decían que estaba loco. La gente normal no veía ni sentía cosas que no existían. Ergo, yo no era normal.

Mis recuerdos eran irregulares, aunque no conseguía olvidar las sábanas almidonadas de la cama del hospital ni el frío cuero que utilizaban para atarme al colchón. Me habían administrado medicamentos, pastillas e inyecciones que deberían haberme curado, pero que solo me provocaron náuseas. Me hacían pruebas y preguntas extrañas hasta que me aprendí las respuestas que querían oír.

Les dije que estaba mejor, que ya no veía cosas, nada raro, y estuve de acuerdo cuando insistieron en que mis amigos imaginarios solo eran eso: imaginarios.

No conseguía recordar a esos amigos que habían sido tan importantes para mí en los momentos en que no había tenido a nadie en mi vida que me quisiera. En aquel entonces, estaba convencido de que eran reales, pero me equivocaba porque, claro, estaba loco.

Al menos era consciente, lo que me hacía sentir un poco menos demente.

—Tierra a Riley —me canturreó Kayla al oído, y me sobresalté al sentir que su aliento caliente me rozaba el cuello. La piel se me puso de gallina, como si patas de araña me recorrieran, y reprimí un escalofrío.

Me apresuré a disculparme.

—¿Qué has dicho?

Kayla hizo un mohín con el labio inferior.

—Siempre sueñas despierto cuando hablo contigo, pero no sabía que también te aburriera.

La culpa me inundó, me tragué mi malestar y le di dos palmaditas en el dorso de la mano antes de devolver la mano a mi regazo.

—No eres aburrida. Siento haberme despistado.

Al parecer, mi disculpa fue suficiente. Me sonrió radiante, como si acabara de prometerle que

le compraría el coche nuevo que llevaba semanas pidiéndole a su padre. En cuanto volvió a extender la mano para rozarme el hombro con la palma, me puse rígido, pero me obligué a no apartarme y ofenderla. Ella fue inmune a mi retroceso y me agarró del brazo con la fuerza suficiente como para que mi corazón galopase presa del pánico.

Sus uñas me pincharon la piel a través de la sudadera. Se inclinó hacia delante, como si quisiera susurrarme al oído. No podía escapar de ella. Mi cerebro le gritaba que me soltara, que me dejara en paz. Pero ella se acercaba cada vez más.

En el último momento, antes de que su pecho hiciera contacto con mi codo, su taza de té chai helado, que descansaba cerca del borde de la mesa, se tambaleó peligrosamente y cayó sobre su regazo. El líquido marrón claro empapó su falda y ella me soltó y se puso en pie de un brinco con un chillido agudo.

Se armó un revuelo de servilletas dispuestas a limpiar aquello, pero yo no me moví. Me quedé inmóvil mientras la taza vacía daba vueltas en círculos sobre el suelo de baldosas. La misma taza que hacía unos instantes se había volcado sola.

La lógica decía que era imposible que ocurriera algo así, pero yo lo había visto. La posición de la taza distaba mucho de ser inestable, y nadie había golpeado la mesa ni el vaso. Una ligera brisa, que olía sutilmente a tabaco y especias, había pasado junto a mí en la fracción de segundo anterior al derramamiento, pero el perezoso aire de las rejillas de ventilación del techo no podía haber desencadenado la caída. Era más que extraño.

—¡No me lo puedo creer! Esta falda me costó sesenta y ocho putos dólares. —Kayla se limpió con rabia la falda rosa.

—Riley, toma. —Bethany agitó una servilleta de papel frente a mí—. Tienes un poco de té en los pantalones.

Señaló mi regazo, acepté las servilletas y sequé el líquido dulzón que había manchado el tejido de mis vaqueros. Fue inútil; estaban mojados.

Así que lo usé como excusa, recogí mi bandeja junto con las servilletas empapadas y emprendí la huida.

—Me vuelvo al cuarto —le dije a Bethany mientras una iracunda Kayla seguía gruñendo obscenidades por su estropeada falda—. Hasta luego.

Sin esperar respuesta, caminé a paso ligero hacia la ventana de la cocina para dejar mi bandeja casi llena antes de salir a toda prisa del centro de estudiantes. Ya era de noche. Como no quería perder el tiempo, me dirigí a paso ligero hacia mi dormitorio.

En cuanto llegué al lugar donde la modelo albina se había recostado contra el árbol, mis pasos vacilaron. Debería haber seguido caminando. De verdad debería haberlo hecho. Sin embargo, mi cuerpo cambió de dirección llevándole la contraria a mi sentido común.

El olor a savia, a tierra y a naturaleza se hizo más fuerte cuando estiré la mano y pasé las yemas de los dedos por la áspera corteza del tronco. Allí no había nada, ni huellas ni señales de vida humana, y el corazón se me cayó a los pies. Mis ojos se llenaron de lágrimas sin sentido mientras la pena pesaba sobre mis hombros. La pena era totalmente irracional, pero, aun así, me pesaba en las entrañas.

Me tragué el nudo que tenía en la garganta antes de girarme para dejar atrás el centro de estudiantes, el patio y el árbol. Un destello rojo me congeló a medio paso y mis ojos se abrieron de par en par, con la esperanza y el terror disputándose el dominio de mi pecho. Quería cantar victoria y huir despavorido al mismo tiempo.

En lugar de eso, me quedé inmóvil durante un interminable segundo antes de doblar las rodillas y acuclillarme. Despacio y vacilante, me acerqué a la base del árbol, donde, sobre el

suelo y casi fuera de la vista, encontré una manzana rubí a medio comer.

Con la manzana en la mano, hui del patio y corrí hacia mi dormitorio a una velocidad que mi cuerpo no percibía. El pecho me latía como una locomotora mientras subía las escaleras de dos en dos, sin aminorar el paso, hasta que irrumpí en mi dormitorio y cerré la puerta de un portazo. Y con llave.

Me quité los zapatos, los metí debajo de la cama y coloqué la manzana en la mesilla. Me quité la ropa y me puse el pijama sin apartar los ojos de los bordes rojos de la piel, donde los dientes la habían desgarrado. Ya en pijama, me arrastré hasta el colchón y me hice aovillé en la cabeza, mirando aún fijamente el trozo de fruta.

Mi agitada mente estaba al límite y se me puso un fuerte dolor de cabeza tras el ojo derecho. El corazón me martilleaba en la caja torácica. Los signos reveladores de un ataque de pánico me hacían cosquillas en la nuca. Ay, Dios, ¡ahora no!

Avergonzado, saqué los ansiolíticos de la funda de la almohada, donde los guardaba fuera de la vista, y me tragué dos en seco. Detestaba los medicamentos, pero a veces no podía evitarlos. O las pastillas o un ataque de ansiedad.

Miré la manzana con desprecio mientras el medicamento circulaba por mi torrente sanguíneo, calmaba mi corazón y aliviaba mi mente frenética. La vista se me nubló y los párpados me pesaban. Por fin cerré los ojos para descansar.

Me alejé flotando con lentitud. Unos dedos finos me acariciaron el pelo y un relajante aroma floral me envolvió. Estaba solo en mi habitación, pero la repentina presencia que apareció a mi lado no me asustó. De hecho, respiraba mejor.

Pero, por mucho que quisiera deleitarme con el tacto amable e invisible que rozaba el pabellón de la oreja, no podía. No quería estar loco. Solo quería ser normal.

Enterré la cara entre los brazos e ignoré los dedos suaves y cariñosos que peinaban mis rizos castaños. No era real. No podía ser real.

Deseé creerlo.

CAPÍTULO TRES



CUANDO ME DESPERTÉ EL viernes por la mañana, la pulpa blanca y jugosa de la manzana se había dorado y los bordes de la piel se estaban pelando. Con un resoplido de disgusto, tiré la fruta a la basura, irritado conmigo mismo por haberla dejado junto a la cama toda la noche.

La de Brian estaba vacía e intacta, con las sábanas revueltas de su revoltón de la tarde anterior con la desconocida. Mi primera clase no empezaba hasta las diez, así que recogí sus sábanas húmedas, desnudé mi propio colchón y metí la carga en una lavadora.

Una de las ventajas de despertarse temprano era que la lavandería común, situada en el sótano, estaba vacía, así que aproveché y puse dos a la vez para lavar la ropa sucia de la semana. Jugué a *Legend Of Zelda* por internet mientras esperaba a que terminaran los ciclos y luego transferí las cargas a las secadoras.

Cuando terminó, apenas tuve tiempo de doblar la colada. Dejé la bolsa de la ropa limpia sobre mi cama, doblé las sábanas de Brian y las coloqué en los pies de su colchón. Se quejaba de tener que hacerse la cama él mismo, pero, si lo hacía yo, llegaría tarde a mi clase.

Los viernes eran los días más ligeros de mi horario lectivo, y a las dos de la tarde ya me dirigía al centro de estudiantes para comer. La cantina estaba casi desierta. La mayoría de los estudiantes que libraban a esa hora tenían cosas mejores y más sociales que hacer que quedarse solos en el centro de estudiantes.

Según Brian, las fiestas del campus eran de primera categoría. Supuse que la mayoría de mis compañeros pasaban el tiempo en esas fiestas. Por supuesto, ese no era mi ambiente. Las multitudes, el alcohol y el comportamiento promiscuo me hacían sudar la gota gorda. Lo último que necesitaba era entrar en una fiesta universitaria y sufrir un ataque de ansiedad.

Con la mirada gacha y los hombros encorvados —una táctica que utilizaba en el centro para menores para parecer pequeño y nada amenazante— entré en el comedor. Al doblar la esquina, no vi el cuerpo del otro lado y me estrellé contra un duro pecho. Un aullido poco atractivo se escapó de mi boca al tiempo que perdía el equilibrio, pero me enderecé en el último momento.

—Dios mío, lo siento mucho... —Mis disculpas murieron en mis labios en cuanto me encontré con el par de ojos más claros que jamás había visto.

Era prácticamente incoloros, salvo por una estrella violácea que rodeaba la pupila. Me hechizaron. Cualquier posibilidad de hablar se me atascó en la garganta. El resto de sus rasgos familiares —mandíbula inclinada, nariz recta, piel de marfil y pelo nacarado— se me quedaron grabados, y mi cerebro se puso a trabajar a toda velocidad.

—Lo siento —dije por fin, y me alejé cojeando—. Lo siento.

Unos labios carnosos y rosados se estiraron en una sonrisa vacilante mientras la guapa albina añadía un palmo de espacio entre nuestros cuerpos.

—En serio, no hace falta que te disculpes. —Su voz cantarina me envolvió como una canción familiar que acababa de recordar que era una de mis favoritas, y un escalofrío involuntario me recorrió la espalda.

Alguien pasó rozándome en un intento de entrar en el comedor, y retrocedí por instinto bajo el contacto. Mi movimiento me acercó al desconocido de cabello casi blanco, y me puse rígido cuando el aroma a sol y flores agitó un recuerdo olvidado en mi cerebro. Tan rápido como apareció, el *déjà vu* se evaporó como la bruma matinal y me dejó desconcertado.

—Lo siento —volví a balbucear.

Su sonrisa se ensanchó.

—Eso ya lo has dicho varias veces. —Su risa tintineante surcó el aire como campanillas de viento, las notas musicales de su diversión crepitaron sobre mi piel hasta ponerme los pelos de punta. Busqué algo inteligente que decir, pero él me salvó de mi humillante silencio—. Me llamo Noel.

—¿Como la canción de Navidad? —solté, y mi cara se calentó hasta niveles de ebullición cuando él se acomodó un mechón de pelo blanco tras la oreja con otra risita melódica.

—Sí, como la canción de Navidad.

Me ofreció la mano y la acepté en un acto reflejo y me quedé estupefacto en el momento en que nuestras palmas se encontraron. Una oleada de nostalgia me invadió y tuve una sensación instantánea de pertenencia, como si hubiera regresado a casa después de un arduo viaje. El impulso de acortar la distancia y abrazarlo como a un amigo perdido me abrumó, pero bloqueé las rodillas y luché contra aquella sensación.

Como si temiera hacerme daño, me estrechó la mano con ternura, y me maravillé ante su piel suave como una hoja y sus finos y delicados dedos. Su mano se tragó la mía por completo.

Al darme cuenta de que era mi turno de hablar, me obligué a mover la boca y me arrepentí de inmediato.

—Es un nombre hermoso. —Retrocedí—. Quiero decir, no hermoso como femenino, solo que suena bien. Es decir, es bonito. —Me encogí—. Lo siento.

Noel se mordió el labio inferior, evitando reírse.

—Tienes razón, es un nombre bonito, ¿no?

Asentí con las mejillas sonrosadas.

—Ajá.

«De verdad, Riley, qué listo pareces ahora mismo».

—¿Crees que podrías devolverme la mano? —me preguntó amablemente, y yo brinqué al verlas aún entrelazadas entre nosotros.

Retiré la mía de la suya, mortificado por lo que los testigos debían pensar de nosotros, dos chicos cogidos de la mano en medio de la puerta.

—Lo siento mucho. —Un extraño cosquilleo se instaló en mi palma y me la limpié enseguida en los vaqueros con la esperanza de borrar esa sensación aterradora.

¿Qué me pasaba? ¿Tenía la gripe? Debía estar subiéndome la fiebre.

—No pasa nada. —Noel ladeó la cabeza y una cortina de mechones muy estirados cubrió un lado de su cara—. Debería irme.

—Vale. —Me aparté para dejarle espacio y entré en el comedor—. Lo siento. Adiós. Adiós.

—Ha sido un placer conocerte, Riley —dijo con un gesto de la mano, y retrocedió hacia la

salida—. Tal vez nos volvamos a encontrar.

Con un guiño y un movimiento de pelo blanco, se fue. Me quedé boquiabierto, mirando la puerta vacía, mientras hacía todo lo posible por sofocar el humillante rubor que me abrasaba las mejillas. La vergüenza me distrajo hasta que me senté en una mesa vacía. Y entonces me di cuenta.

Me había llamado Riley; había dicho mi nombre. Tal vez lo recordaba mal o me había vuelto loco, pero habría jurado que no me había presentado. Él sabía mi nombre, pero yo no se lo había dicho. ¿O sí?



Recorrí el camino de grava que llevaba a mi residencia. Un pequeño grupo de árboles se alzaba a mi derecha y la luz del atardecer proyectaba sombras alargadas a lo largo del sendero. Me recoqué la mochila en la espalda. Una ramita se quebró y miré por encima del hombro.

El sendero estaba abandonado y estudié mi entorno un momento antes de seguir. Tenía ropa que doblar y deberes que hacer. Me picaban los dedos por terminar mi aventura para salvar a Zelda, y aceleré el paso.

La maleza crujió y otra rama se quebró, esta vez más cerca. Se me erizaron los pelos de la nuca. Reduje la marcha y miré entre los árboles mientras la sensación de que me observaban se me pegó a la piel como aceite. El piar de los pájaros se detuvo y el murmullo de una conversación lejana se convirtió en ruido blanco, ya que mis oídos se esforzaban por captar los ruidos específicos del bosque.

Algo resopló, las hojas crujieron bajo mis pies y un gruñido profundo recorrió el aire.

Pero ¿qué...?

No creía que los animales salvajes vivieran tan cerca de zonas pobladas. Lo más probable era que se tratase de un perro, pero el corazón me latía con fuerza en el pecho cuando algo grande atravesó la maleza. Vi algo negro, un destello de ojos rubí, y retrocedí a trompicones en cuanto un gruñido agresivo resonó entre los árboles.

Espoleado por el instinto de supervivencia, me di la vuelta y hui. Tratar de identificar a la misteriosa criatura era lo contrario de lo lógico, así que aceleré mis piernas al máximo. El bosque se desvaneció tras de mí.

Demasiado asustado para concentrarme en lo que me rodeaba, salté por encima del bordillo y crucé a toda velocidad el aparcamiento hasta mi residencia, aunque me vi obligado a parar, ya que algo tiró de la parte trasera de mi camisa momentos antes de que un coche chirriara y se detuviera ante mí. Caí de espaldas sobre mi trasero mientras el corazón me latía en los oídos con fuerza.

Se abrió la puerta del coche. Unos ojos color avellana se abrían, alarmados, tras unas gafas de montura negra, y un chico muy delgado corrió a mi lado.

—Dios mío, ¿estás bien? No te había visto y de pronto estabas ahí mismo. Casi te mato.

La lengua se me había congelado del susto cuando me ayudó a ponerme en pie, agarrando con fuerza mis bíceps, mientras mis piernas se tambaleaban. Las pecas salpicaban su nariz, que destacaban sobre su rostro pálido por el miedo. Solté un suspiro tembloroso cuando su pelo

castaño se agitó con la brisa. Más alto que yo, pero casi igual de flaco, yo apenas conseguía mantenerme en pie y sus manos temblaban.

—No te he dado, ¿verdad? Dios, ¿tengo que llamar a una ambulancia? —Su voz alcanzó un falsete doloroso, y yo me alejé de él, zafándome de su agarre.

—No, estoy bien. No me has dado. —Me pasé una mano temblorosa por mis rizos rebeldes mientras los momentos previos al casi accidente pasaban por mi cabeza—. Alguien me ha agarrado. Alguien...

Giré buscando a la persona que me había agarrado de la camisa, pero allí no había nadie. Los alumnos se habían arremolinado allí, algunos señalaban y miraban desde lejos como si hubieran presenciado mi experiencia cercana a la muerte, pero nadie estaba lo bastante cerca como para haber sido mi salvador.

—Has saltado hacia atrás. En serio, tus reflejos son increíbles —dijo el chico, y sintonicé con su voz mientras el miedo se alojaba en lo más profundo de mi garganta—. En un segundo estabas ahí, y al siguiente habías desaparecido. De verdad que pensaba que te había atropellado.

Con una mano en el pecho, se inclinó hacia un lado como si fuera a desmayarse. Enredé los dedos en su camiseta de Mario Kart para mantenerlo erguido.

—¿Necesitas sentarte?

—Casi te mato, ¿y me preguntas si tengo que sentarme? —Apoyó el trasero contra el capó de su coche y se quitó las gafas, pellizcándose el puente de la nariz—. Mierda, la verdad es que sí, estoy un poco mareado.

—Por eso deberías sentarte —murmuré en voz baja.

Con el único deseo de escapar de esa humillante situación, volví a comprobar mi entorno para asegurarme de que no había perdido de vista a quien me había salvado de una muerte segura. Pero aparte de mí y del chico con gafas, no había nadie cerca. Tal vez me había imaginado el tirón de la camisa. Había sucedido muy rápido, y mi mente ya era presa del pánico por culpa de aquel perro espantoso. Mi cuerpo debía haber reaccionado más rápido de lo que mi cerebro podía comprender y por eso había saltado fuera de peligro.

Sí, tenía que ser eso.

—¿Estás bien? De verdad, ¿te he hecho daño? —La genuina preocupación del chico resultaba dulce. Le di una palmada en el hombro con torpeza y negué.

—No, estoy bien, te lo prometo. —Tocar a un desconocido me produjo un retortijón en el estómago, así que retiré la mano tras dos palmadas.

—Bien. —No parecía convencido, pero cambió su preocupación por una sonrisa tímida mientras se daba golpecitos en el lateral de las gafas—. Créeme, no imaginaba que nos conoceríamos así.

Cuandoladeé la cabeza, desconcertado, se sonrojó y el color le bajó por el cuello hasta desaparecer bajo la camisa.

—Lo siento, ha sonado como si fuera un acosador. Lo que quiero decir es que estoy en tu laboratorio de Biología. Los lunes por la mañana.

No lo reconocí, pero no me sorprendió demasiado. No podía pensar en ninguna cara de esa clase aparte del profesor. Por mi propia cordura, tendía a mantener la cabeza gacha y la atención centrada en la lección. Era más fácil que atravesar el estresante territorio de la interacción social.

—Ah —dije para llenar el expectante silencio—. Lo siento, yo...

—No pasa nada. Eres muy reservado, así que no me tomaré como algo personal que no me reconozcas. —Se rascó la nuca antes de ofrecermela una mano—. Soy Danny, por cierto. Danny Richards.

Los modales se impusieron y deslicé mi mano en la suya.

—Riley. Shepard.

—Encantado de conocerte. —Sonrió con entusiasmo mientras nos estrechábamos la mano y mis ojos se desviaron sin querer hacia su coche. Palideció—. A pesar del intento de homicidio.

Nervioso y avergonzado, me soltó la mano y volvió a tocarse el lateral de las gafas. Su nerviosismo se sumó al mío y me mordí el interior de la mejilla, intentado encontrar una respuesta adecuada.

—No pasa nada. Ha sido un accidente. No miraba por dónde iba, así que también ha sido culpa mía.

Danny me miró como si estuviera loco y yo jugueteé con el dobladillo de la camisa mientras me acercaba al morro de su coche. La cortesía me obligaba a quedarme para comprobar que se encontraba bien, pero tenía la adrenalina y los nervios a flor de piel. Se estaba convirtiendo en un día de lo más extraño. Estaba mareado y abrumado, y solo quería llegar a mi habitación y esconderme.

—Olvidalo —murmuré al tiempo que daba otro paso hacia el aparcamiento.

—Espera, Riley. Espera un segundo. —Se enderezó cuando me detuve en mi retirada—. Te debo un café o algo así. Casi te mato. —Señaló su coche—. Déjame compensarte.

¿Un café? ¿Con un desconocido? No pensé que fuera a sobrevivir sin hacer el ridículo.

—No tomo café —dije con lo que esperaba fuera una sonrisa de disculpa—. Lo siento, tengo que irme. Ha sido un placer conocerte.

Se desinfló.

—Ah, vale. Lo dejamos para otro día, entonces.

—Claro. —Me alejé y le ofrecí una patética despedida—: Hum, conduce con cuidado.

Hice caso omiso de su despedida, me di la vuelta y troté por el aparcamiento. Usé mi carné de estudiante para abrir la puerta principal y, sin mirar atrás, pasé corriendo por delante de la recepción hasta la escalera.

Para cuando llegué a mi habitación, estaba jadeante y sudoroso, y mi pulso era arrítmico. Me temblaban los dedos al abrir la puerta de un empujón y entrar a trompicones en el cuarto. Para mi decepción, no estaba vacía, pero mi disgusto se transformó al instante en asombro. ¿Podía ser ese día más extraño?

Tumbado en mi cama, leyendo lo que parecía era mi libro de *Robinson Crusoe*, había una figura desconocida. Unas largas piernas se extendían a lo largo del colchón, vestidas con unos vaqueros oscuros y desgastados. Unas botas militares negras casi colgaban del extremo de la cama, cruzadas por los tobillos. El dobladillo negro de una camiseta acariciaba un cinturón negro, y las mangas de una chaqueta de cuero negro se habían arremangado lo suficiente para mostrar unos antebrazos tonificados rodeados de muñequeras, también negras. Al parecer, no existían más colores para ese chico.

Mi libro tapaba su cara y, aunque había hecho ruido al entrar en la habitación, él no dio muestras de haberse dado cuenta de mi presencia. Siguió leyendo, rebotando los pies mientras silbaba una melodía desconocida. Por un momento, me planteé dar media vuelta y marcharme.

¿Me había equivocado de dormitorio? ¿Estaba en otra dimensión?

Mi mochila cayó al suelo con un sonoro golpe, pero Chico Misterioso ni se inmutó. ¿En serio? Me aclaré la garganta de forma desagradable. Nada.

Tiré de mis rizos desordenados, recuperé el aliento y hablé.

—Hum, ¿hola?

El silbido se interrumpió y él se puso rígido cuando el libro —mi libro— se le escapó de las

manos y cayó sobre su pecho, con las páginas hacia abajo y el papel arrugado. Sus ojos oscuros se entrecerraron y sus finos labios se fruncieron en una cómica forma de «Oh». Un vello negro salpicaba su firme mandíbula y oscureció un poco más su tez aceitunada. Una ceja se arqueó en forma de pregunta.

—¿Me estás hablando a mí? —dijo con voz áspera, como si acabara de despertarse.

Miré con atención el cuarto, en el que solo estábamos nosotros dos.

—Sí.

Una sonrisa peligrosa curvó sus labios mientras su mirada viajaba de la parte superior de mi cabeza a los dedos de mis pies, y luego de vuelta.

—¿Seguro?

—No hay nadie más aquí.

Cuando estiró su cuerpo sobre la cama, retrocedí un paso ante su intimidante estatura. Si hubiera tenido que adivinar, era tan alto como Noel, pero lo rodeaba una cierta intensidad que lo hacía parecer más grande. Tal vez fuera la ropa de motorista, los dilatadores negros en los lóbulos de sus orejas o el *piercing* en la lengua que brillaba detrás de sus dientes mientras sonreía, pero daba miedo.

—¿Estás esperando a Brian? —Me aferré a la primera explicación que me dio el cerebro, pero el aspirante a cantante *grunge* frunció el ceño.

—¿A tu compañero? Joder, no. —Se pasó una mano por su pelo oscuro, cortado a lo *fauxhawk*, y despeinó los mechones—. Es un gilipollas.

Sus palabras malsonantes me hicieron enarcar las cejas, pero no podía corregirlo. Brian no era una buena persona, era cierto.

—Bueno, ¿qué haces aquí?

Él ladeó la cabeza, me contempló mientras la bola negra anidada en su lengua repiqueteaba contra sus dientes.

—Tu cama parecía cómoda.

—¿Cómo dices?

Echó la cabeza hacia atrás, se echó a reír, y el sonido ronco me recorrió la nuca de una forma muy extraña y agradable a la vez. Su sonrisa era tan siniestra como cautivadora y me dio un vuelco el estómago. Era más rudo y más áspero que Noel, pero innegablemente igual de guapísimo.

Tragué saliva una vez más e hice acopio de toda mi valentía.

—¿Cómo has entrado aquí?

Con una sonrisa socarrona, cruzó la pequeña habitación hasta que estuvimos casi juntos. Se dobló por la cintura para minimizar la distancia de altura, y el tabaco especiado y la luz del sol se arremolinaron a nuestro alrededor mientras me guiñaba un ojo.

—Un mago nunca revela sus secretos.

El calor de su proximidad y la intensidad de su aroma me golpearon como un tren de mercancías, y mi cerebro se acalabró de familiaridad. Nunca lo había visto, pero estaba seguro de que nos conocíamos. Los recuerdos flotaban en el fondo de mi mente, fuera de mi alcance, hasta que, de repente, la premonición se desvaneció.

—¿Quién eres? —Busqué en sus ojos respuestas a preguntas que era incapaz de formular. Su expresión juguetona se quebró y endureció su mirada.

—Mis amigos me llaman Jai. —Se enderezó y volvió a chasquear la bola metálica de su lengua contra los dientes—. Pero, tranquilo, ya me iba.

Me quedé estupefacto cuando pasó a mi lado, la perplejidad me recorrió la garganta y se quedó

congelada en la lengua. Debería haberle preguntado cómo y por qué había entrado en mi habitación. Debería haber comprobado que no había robado nada. Debería haber gritado pidiendo ayuda. Sin embargo, me quedé clavado en el sitio mientras el rockero loco salía de la habitación con un contoneo confiado.

—Riley. —Me giré sobre piernas tambaleantes en cuanto la parte superior del cuerpo de Jai asomó alrededor del marco de la puerta con una expresión indiscernible en su apuesto rostro—. Hasta luego.

Quise preguntarle cómo sabía mi nombre, porque sabía sin duda que no se lo había dicho, pero se me pegó la lengua al paladar. Con los labios sellados, solo conseguí asentir de manera casi imperceptible. Él sonrió y me guiñó un ojo.

En el tiempo que tardé en parpadear, se fue, y la única prueba de su presencia eran las sábanas arrugadas, el libro aún abierto y el olor a sol que se disipaba. Parpadeé una vez, dos veces y me desplomé en la cama con un suspiro estremecedor.

«Me he topado, literalmente, con el hombre misterioso de ayer por la tarde; casi me ataca un perro rabioso, casi me atropella un coche, y después me he encontrado con un desconocido en mi cama, leyendo mi libro».

Había sido un día de lo más extraño y aún era temprano. O estaba perdiendo de nuevo el control de la realidad o alguien me estaba gastando una broma muy cruel.

Por segunda vez en veinticuatro horas, destapé el frasco y me metí dos pastillas en la boca. Me las tragué con la garganta seca, volví a meter el frasco en la funda de la almohada y busqué la bolsa de la ropa sucia. Pero no estaba donde la había dejado.

¿El motorista loco me había robado la ropa?

Después de registrar la habitación, encontré la bolsa junto con la ropa limpia doblada y guardada en los contenedores de plástico debajo de la cama. Me quedé boquiabierto, con la bolsa de lona aún colgando en mi mano, al ver la ropa ordenada. Habría jurado que esa mañana me había dejado encima de la cama la bolsa de la ropa sin doblar.

Agotado, aturdido y asustado, guardé la bolsa de la colada debajo de la cama y alisé las sábanas en un gesto mecánico. Dejé el libro de *Robinson Crusoe* en la mesilla y me senté en el borde de la cama.

Todo iba bien. La gente tenía días raros. A veces pasaba. No significaba nada, en realidad. Eché un vistazo a las páginas arrugadas de mi libro, que descansaban exactamente en el mismo lugar donde había estado la manzana toda la noche.

Sí, solo otro día raro en la vida no tan normal de Riley Shepard.

CAPÍTULO CUATRO



DURANTE LAS SEMANAS SIGUIENTES, me fijé en que Jai y Noel estaban por el campus. Era como si aparecieran de pronto: entre clases, durante las comidas y, en alguna rara ocasión, en los alrededores de mi residencia. Por suerte, no volví a encontrarme a Jai en mi cama ni le había causado ningún daño a Noel al chocarme con él de cabeza.

Intercambiábamos saludos silenciosos; Noel decía «Hola» con la mano y sonreía. Jai, por su parte, permanecía distante e inclinaba la cabeza con un gesto reservado en los momentos en que nuestras miradas se cruzaban en el patio. Mi incompetencia social me obligaba a agachar la cabeza y esconderme, pero hacía lo posible por corresponderle. Le devolvía el saludo con la mano o le dedicaba una tímida sonrisa.

Deseaba ser lo bastante valiente para acercarme a ellos, entablar una conversación amistosa y, tal vez, forjar una amistad. Pero mi inseguridad me recordaba que debía mantener las distancias. Bethany era mi amiga y Danny parecía un candidato potencial a serlo también. Ayudó que hiciera el esfuerzo de hablar conmigo durante nuestro laboratorio de Biología en lugar de dejar el futuro de nuestra posible amistad en mis incapaces manos. Tal vez se sentía culpable por casi matarme con su coche, pero yo estaba dispuesto a aceptar su amistad a pesar de todo.

Así que tenía dos amigos. Aquello podía ser suficiente. Al fin y al cabo, no quería ser avaricioso.

Recorrí la ajetreada acera, abrazando mi carga de libros contra el pecho, de camino a Estudios Culturales. Una de mis clases favoritas se había convertido enseguida en la pesadilla de mi existencia gracias a la cruel broma de Brian. Me sentaba atrás para esconderme de las miradas críticas, pero la mayoría de mis compañeros se las arreglaban para lanzarme unas cuantas en algún momento. A otros la debacle les resultaba desternillante y sacaban el tema cada vez que podían. Yo solo quería que todo el mundo se olvidara.

La ya familiar sensación de que me miraban me cosquilleó la nuca y levanté la vista. Me encontré con una mirada oscura al otro lado del aparcamiento. Jai inclinó la cabeza para saludarme. Como tenía las manos ocupadas, me conformé con devolverle la sonrisa. Una vez terminado el saludo, apartó la mirada y levantó los brazos por encima de la cabeza para estirarse.

Su camisa asomó por encima de los vaqueros, revelando una franja de piel aceitunada y vello oscuro bajo el ombligo, y mis mejillas se encendieron. Distraído por la visión, tropecé con mis pies y me desplomé en picado sobre la acera mientras mis libros se esparcían por el suelo. Me escocían las palmas de las manos y me levantaba con las manos y las rodillas. Cerré los ojos,

rezando para que Jai no hubiera visto mi torpe caída.

Por supuesto, en el momento en que me senté sobre mis talones y abrí los ojos, él estaba allí, agachado delante de mí. Recogió mis libros y los apiló, sus ojos parpadeaban preocupados y, si no me equivocaba, un poco divertidos. Mi cara se calentó hasta alcanzar la temperatura del núcleo de la Tierra.

—¿Estás bien, chico? —Sus labios se curvaron mientras se ponía de pie. Sostuvo mi pila de libros en una mano y bajó la otra hasta ponerla frente a mi cara.

Fruncí el ceño ante el comentario, me tragué mi orgullo y acepté su mano extendida. Me puso en pie con una sonrisa exasperante en los labios.

—No soy un niño. —Mi tono desmintió mis palabras y respiré hondo, con los labios fruncidos para calmar mi vergonzoso enfado—. Pero estoy bien. Gracias.

Cuando extendí los brazos para coger mis libros, él los apartó con el ceño fruncido.

—Vale, lo entiendo. No te gusta que te llamen «chico». Lo siento.

—No pasa nada. No importa. —Intenté coger de nuevo mis libros y él, una vez más, me los negó.

—Sí importa —me corrigió con dureza, y yo me marchité bajo su intensidad. Al notar mi reacción, redujo la ferocidad de sus ojos y suavizó sus rasgos—. Importa.

Desconcertado y muy incómodo, cambié el peso de pie. Los estudiantes nos adelantaron por la acera, refunfuñando porque les estorbábamos.

—Vale. ¿Me devuelves mis libros?

—Claro, chico. —Se encogió de hombros por su desliz, y yo solté una risita mientras aceptaba la pila de libros de texto. Resoplé bajo el peso y Jai se rio entre dientes, mirándome como si esperara que me derrumbara—. ¿Los tienes?

—Sí —afirmé con demasiada brusquedad, y me mordí la lengua al sentirme culpable. Él estaba siendo servicial y yo estaba actuando como un mocoso—. Sí, gracias. Lo tengo todo.

—Vale. Será mejor que te pongas en camino o llegarás tarde a clase. —Hizo un gesto con la cabeza en dirección al edificio de Humanidades.

Me puse rígido y lo miré con inquietud.

—¿Cómo lo sabes?

Su expresión se congeló durante unos instantes, sus ojos se abrieron de par en par antes de adoptar su pose relajada.

—Bueno, tenías tanta prisa que te has caído de bruces. No hace falta ser un genio para suponer que llegas tarde.

La lógica era sólida, pero mi sospecha era difícil de ignorar. En lugar de insistir, sujeté con firmeza mis libros y asentí con la cabeza.

—Bien, gracias. Por mis libros.

—Claro, claro. —Desechó mi agradecimiento, su atención ya capturada por un grupo de chicas que pasaban riéndose—. No tiene importancia, Riley.

—Vale, bueno, tengo que irme —dije mientras escapaba, y anoté mentalmente que debía preguntarle cómo sabía mi nombre.



Pasé la tarde en la biblioteca, escribiendo mi trabajo de recuperación para la clase de Estudios Culturales. Bueno, ese era el plan, pero, después de mirar la pantalla en blanco durante veinte minutos, decidí dejarlo por esa noche. Me quedaba otra semana antes de la fecha oficial de entrega, pero la señora Janet me había inculcado que no me retrasara con nada.

«No dejes para mañana lo que puedas hacer hoy, Riley —decía siempre—. No estoy criando a un vago inútil, ¿verdad?». Y yo sacudía la cabeza y me apresuraba a obedecer sus instrucciones.

La música, acompañada de una estática crepitante, se filtraba por mis auriculares de segunda mano, más viejos que la mugre, y la melodía ahuyentaba los recuerdos en los que prefería no pensar. Sacudí la cabeza para despejarla de la voz de la señora Janet. Tenía que concentrarme o no escribiría nunca la redacción.

Después de otros diez minutos infructuosos, cerré el documento y comprobé mi entorno. Las mesas que me rodeaban estaban casi vacías, salvo por algunos estudiantes rezagados, y, aunque era poco responsable por mi parte, abrí el navegador e inicié mi juego en línea. Quizá jugar a *Zelda* me ayudara a relajarme y a inspirarme para mi redacción. No era tan malo procrastinar a veces, ¿no?

Mientras se cargaba el juego, una mano se posó en mi hombro y me dio dos golpecitos. Me sobresalté tanto que casi volqué el ordenador de la mesa. Se me cayó el auricular de una oreja y me di la vuelta antes de encontrarme con unos ojos incoloros. Noel me sonrió y apoyó su alto cuerpo en el respaldo de la silla contigua a la mía. Me quité el segundo auricular y sonreí con timidez en respuesta a su sonrisa, que me había desarmado por completo.

—¿Está ocupado este asiento?

Su melódica voz me recorrió la piel como una agradable vibración. Eché otro vistazo a la biblioteca, casi vacía, y me fijé en todas las mesas y sillas libres. Él podía elegir la sala, pero, si quería sentarse a mi lado, no le diría que no. Negué con la cabeza y le hice un gesto para que tomara asiento. Su sonrisa se iluminó y, sin hacer ruido, se acomodó en la silla con la gracia de un bailarín.

—Hola —susurré mientras él se pasaba el pelo largo y liso por encima del hombro con dedos ágiles.

—Hola. —Apretó el labio inferior entre los dientes y, con cautela, me quitó el auricular abandonado que colgaba de mi hombro y se lo llevó a la oreja. Esperaba que se burlara de mí por mi gusto musical, como siempre hacía Brian. Según él, era «ruido de maricones», pero Noel no lo hizo. En lugar de eso, tarareó algunos compases—. Me gusta esta canción.

—A mí también.

Me coloqué el segundo auricular mientras él movía la cabeza al ritmo de la melodía, y mi pecho se hinchó de satisfacción. Su atención se desvió hacia mi pantalla y cerré el juego con un clic. Pillado *in fraganti*. Una ceja pálida se arqueó en fingida reprimenda.

—Me estaba tomando un descanso —dije enseguida.

Me dio un ligero codazo en el hombro y se rio de mi tímida reacción.

—No te preocupes. No me chivaré. —Señaló mi ordenador con la cabeza—. ¿Cuál es?

Me mordisqueé el interior de la mejilla y volví a abrir la pestaña con vacilación.

—*Legend of Zelda*.

Su delgado dedo señaló mi avatar en verde.

—¿Es Zelda?

—No, ese es Link. Zelda es la princesa.

—Ah, déjame adivinar. —Noel se inclinó hacia mí y bajó la voz como si estuviéramos conspirando entre nosotros—. Link tiene que rescatarla, ¿no?

Asentí con un bufido divertido.

—¿Cómo lo sabes?

—Las princesas tienen la manía de desaparecer. —Me guiñó un ojo, con un brillo juguetón.

—Quizá esté en el contrato. —Mis labios se abrieron en una sincera sonrisa.

Él echó la cabeza hacia atrás con una risa tranquila pero no menos sugerente, que llenó nuestra pequeña sala de la biblioteca con el sonido de campanillas al viento.

—Tal vez —se rio en voz baja mientras se recogía el pelo blanco en un moño desordenado en la nuca, y su aroma floral, como el de los arbustos de lilas que la señora Janet había plantado junto a la ventana del salón, me acarició la nariz cuando el aire entre nosotros cambió. Al igual que la primera vez, mi sangre bulló de familiaridad al inhalar el agradable aroma y la nostalgia volvió a inundarme.

Cambió de tema, ahuyentando el *déjà vu*.

—Así que te gustan los juegos de ordenador, ¿eh?

—Sí, supongo. —Manoseé la alfombrilla del ratón, mirándolo de reojo—. ¿Quieres jugar?

Con una sonrisa de dura autocrítica, se encogió de hombros.

—No sé cómo.

—Es fácil. —Coloqué el ordenador entre nosotros, sobre la mesa, calibrando su reacción. A lo mejor solo trataba de ser educado—. Si quieres, te enseño.

Noel estudió mi pantalla antes de volver sus fascinantes ojos a los míos con un movimiento de cabeza.

—Me gustaría mucho. —Las ligeras facetas de color púrpura de sus iris se extendieron desde sus pupilas como estallidos de estrellas, y me quedé estupefacto ante su belleza—. ¿Riley?

Me temblaron los dedos al oír su voz enroscada en mi nombre, y mi estómago dio un brinco. Aparté la mirada de sus hipnotizadores ojos cuando una extraña emoción incendió mis venas. No era desagradable en sí, pero nunca había sentido nada parecido. Lo extraño me asustaba.

Me concentré en la pantalla donde estaba Link, que esperaba que le dijéramos adónde ir, mientras mi ritmo cardíaco se calmaba.

—Podemos turnarnos.

—De acuerdo. —Noel acercó su silla a la mía, y el calor de su brazo me quemó en el hombro a través de nuestras capas de ropa. Me estremecí y empecé el tutorial.

Jugamos a Zelda durante casi una hora, y él controló el juego. Sus elegantes dedos volaban sobre mi teclado mientras enviaba a Link a través de los niveles. Se reía con facilidad de sus errores, lo que me llevaba a cometer los míos. Pero era divertido y, a juzgar por su entusiasta sonrisa, él también lo creía.

Me preguntó por otros juegos que me gustaban y, aunque admitía que no tenía conocimientos, me dejó divagar. No era un gran conversador, pero llené el silencio que había entre nosotros con una facilidad pasmosa. Debió ser el sincero interés de su expresión.

En general, la gente hablaba más de lo que escuchaba, y yo había aprendido muy pronto a guardarme mis pensamientos y opiniones. Después de todo, los padres adoptivos no querían una cotorra en casa y yo no quería ser una molestia. Pero Noel actuaba como si cada palabra que salía de mi boca fuera de vital importancia. Como si, en nuestro pequeño rincón de la biblioteca, yo fuera importante. Era agradable.

—Gracias por dejarme jugar contigo. —Se quitó el auricular—. Me ha gustado mucho.

Luché contra los nervios que revoloteaban en mi estómago. Enrollé los auriculares y los coloqué sobre la mesa.

—A mí también. Podemos jugar cuando quieras.

Su cara resplandeció cuando me colocó con cuidado uno de mis rizos detrás de la oreja, y me rozó el lóbulo con la punta del dedo.

—Me encantaría.

Mi cara se calentó bajo su mirada, me aparté de su contacto y me dediqué a limpiar el portátil.

—Vale.

—Tengo que irme. —Noel se levantó de forma brusca, y se alisó el pelo con la palma de la mano—. Hasta luego, Riley.

—Ah, vale. —Levanté la mano en un gesto mientras él se alejaba—. Adiós.

—Adiós. —Sus ojos miraron más allá de mí y seguí su mirada solo para aullar ante la repentina aparición de un cuerpo a mi otro lado.

—Hola, Riley. —Kayla me saludó con alegría—. ¿Hablabas con alguien?

Asentí con la cabeza y me giré para presentarle a Noel, pero me atraganté con las palabras cuando mis ojos se posaron en el lugar junto a la estantería donde había estado de pie. Estaba vacío. Busqué con la mirada su pelo blanco, pero no estaba por ninguna parte. ¿Cómo se había ido tan rápido?

—Solo un amigo —murmuré, y los ojos de Kayla se entrecerraron de manera sospechosa—. No sé adónde ha ido.

—Yo no he visto a nadie. Pensaba que estabas al teléfono. —Se encogió de hombros y se inclinó sobre la mesa hasta que su pecho estuvo incómodamente cerca de mi cara—. De todos modos, me alegro de haberte encontrado. Tenemos que hablar.

—¿De qué?

Nunca pasábamos tiempo juntos los dos solos, pero ella asintió como si fuera lo más natural del mundo.

—¿Vienes a pasear conmigo?

Con mis cosas metidas en la mochila, era obvio que me estaba preparando para irme y no tenía motivos para rechazarla. Asentí a regañadientes y metí el ordenador en el bolso mientras Kayla escribía un mensaje en su teléfono. Sonrió como si hubiera descubierto la cura del cáncer, enganchó su brazo al mío y me sacó de la biblioteca.

Caminamos así durante varios minutos y cada vez me sentía más incómodo por el contacto forzado. No me importaba caminar del brazo de Bethany, pero el perfume dulzón y enfermizo de Kayla, y su constante presión en mi brazo me resultaban desconcertantes. Deseé que me soltara.

—Siento haberte ignorado las últimas semanas —dijo por fin, y yo emití un gruñido sin compromiso, ya que no lo sentía en absoluto—. Sé que te sientes mal por haber derramado mi bebida, pero la tintorería quitó la mancha, así que no pasa nada.

¿De verdad pensaba que yo lo había hecho a propósito? ¿Por eso me había dado la espalda? No tenía ninguna lógica.

—Así que te perdono. —Su tono transmitía exactamente lo generosa que le parecía su ofrenda, y me encogí bajo su mirada expectante.

Sin saber qué más hacer, asentí con un «Gracias» murmurado entre dientes.

Ella asintió y me acarició la cabeza como si fuera una mascota que la complaciera.

—Ahora que volvemos a ser amigos, quería invitarte personalmente a la fiesta de este fin de semana. Es en la casa de mi hermandad, pero solo habrá amigos íntimos, así que no pasará ninguna locura.

—Oh, no debería...

—Bethany va a estar allí —me interrumpió como si yo no hubiera hablado, su tono era menos entusiasta—. Sé que sois como mejores amigos o lo que sea, así que no estarás solo. —Se inclinó

hacia mí y su aliento me acarició la mandíbula—. Entre tú y yo, siempre he pensado que es un poco simple, ¿sabes?

Le quité el brazo de encima. No iba a permitir que insultara a mi primera y mejor amiga de la universidad.

—Yo creo que es maravillosa. —Mis mejillas se encendieron de inmediato ante la confesión, y la expresión de Kayla se ensombreció.

—Tiene novio.

—Lo sé. —Apreté la correa de mi mochila hasta que se me blanquearon los nudillos—. No está mal pensar que las amigas son maravillosas. No quiero salir con ella.

Ella sonrió y su frustración se evaporó en un suspiro.

—Ah. Bien.

Nos detuvimos donde la acera se bifurcaba en tres, y retrocedí a trompicones cuando ella invadió mi espacio personal.

—Entonces, ¿vienes a la fiesta?

—La verdad es que no me gustan las fiestas —dije para desviar la atención, ya que me había girado para poner espacio entre nosotros.

—No va a ser ningún desmadre. Les pedí a las chicas que fuera algo más íntimo. —Leyó mi vacilación y se le cayó la cara, con los ojos brillantes y el labio fruncido—. Nunca vienes a mis fiestas, Riley. Creía que éramos amigos.

¿Lo éramos? No lo creía. Se suponía que a los amigos les gustaba estar cerca el uno del otro, y eso no se aplicaba a nosotros. Aun así, la culpa se instaló en mi estómago.

—Kayla...

—Dios, ¿no puedes hacerlo por mí? —Su tono se enfrió, estaba claramente decepcionada conmigo, y me acurruqué sobre mí mismo mientras mi estómago se retorció.

No quería ir a una fiesta. De hecho, no se me permitía ir a una fiesta. Si la señora Janet se enteraba de que había pensado en ir a algo así, me llevaría a casa el fin de semana para castigarme. Pero Kayla estaba enfadada conmigo, como si le hubiera fallado de alguna manera, y mi respuesta condicionada fue automática. Rendición. Sumisión. Era más fácil así, y asentí, aunque todo mi ser se rebelara contra el acuerdo.

Su actitud cambió por completo y me abrazó por los hombros con un chillido estridente.

—¡Jo, Riley, eres el mejor! No te arrepentirás, te lo prometo.

Ya me arrepentía, pero cerré la boca y luché contra el pánico que me subió por la garganta al sentir sus brazos a mi alrededor.

«¡Suéltame, suéltame, suéltame!».

—¡Ay! —Se apartó de mí a trompicones y la sujeté por instinto para que no se cayera. Se agarró y, después de mirarme extrañada, soltó una risita nerviosa—. Me has asustado.

—Lo siento.

Sus labios se curvaron, una mezcla entre una sonrisa y una mueca.

—Bueno, nos vemos el sábado. —Giró sobre sus talones antes de que pudiera responderle, ya fuera en señal de confirmación o de negación, y se pavoneó por la acera, contoneando las caderas.

Debería haberla llamado. Debería haberle dicho que no. Pero me quedé inmóvil como una estatua mientras ella desaparecía en el crepúsculo.

¿Qué demonios acababa de pasar? No quería ir a una fiesta. La sola idea me daba náuseas y ahora tendría que inventarme una mentira para librarme. Tal vez me contagiara de una enfermedad mortal el viernes por la noche y, contra todo pronóstico, me recuperara

milagrosamente el lunes. Parecía creíble.

Cuando llegué a mi habitación, diez minutos más tarde, la puerta apenas se había cerrado tras de mí antes de que mi teléfono móvil repiqueteara y vibrara contra la madera de mi mesita auxiliar. La cama de Brian estaba vacía; la habitación, a oscuras, salvo por el resplandor de mi teléfono de prepago, y me tambaleé a través del cuarto para responder a la llamada. Nunca utilizaba mi antiguo móvil y lo olvidaba siempre en mi habitación cuando iba a clase. Además, solo una persona conocía mi número de teléfono y no quería hacerla esperar.

Dejé la bolsa del ordenador sobre la cama y cogí el teléfono de la mesilla. El nombre de la señora Janet parpadeó en la pequeña pantalla frontal y me tragué los nervios mientras lo abría y pulsaba el botón verde para aceptar su llamada.

—¿Hola? —Se me trabó la voz con la simple palabra, y carraspeé para repetirme, pero la severa voz de la señora Janet siseó en mi oído.

—Riley Shepard, ¿por qué no has contestado al teléfono? Es la segunda vez que te llamo. Es martes por la noche, después de tu toque de queda. ¿Por qué no estabas en tu habitación? —Con cada pregunta, aumentaba su desaprobación y se me revolvía el estómago.

—Estaba en la biblioteca y me he encontrado alguien. No quería ser maleducado, así que hemos hablado un poco. He perdido la noción del tiempo. Lo siento.

Chasqueó la lengua, decepcionada, y me rodeé el estómago, ahora dolorido, con el brazo libre.

—Espero que seas más responsable. ¿Crees que tengo tiempo para sentarme a esperar a que contestes a mis llamadas? Es muy grosero por tu parte hacerme perder el tiempo de esta manera.

—Sí, señora. Lo siento —mascullé.

—No farfulles. Es de muy mala educación —me dijo.

Enderecé mi columna vertebral, y alcé la voz:

—Sí, señora.

—¿Qué amigo te dejaría fuera después del toque de queda? Alguien que no te hace ningún bien, por lo visto. Harías bien en elegir mejor a tus amigos. Lo último que necesitas son distracciones de tus estudios.

—Es más bien una conocida. —Las palabras se me escaparon antes de que consiguiera detenerlas, y al otro lado de la línea se hizo un silencio sepulcral. El pavor estranguló mis pulmones mientras buscaba a mi alrededor una salida física a la llamada—. Hum, quiero decir...

—¿Conocida? —Con una voz fría como el hielo, esperó a que respondiera, pero yo no tenía palabras. Asentí con la cabeza, aunque ella no podía verme—. ¿Has perdido la noción del tiempo? ¿Con una chica?

—Sí, señora. —Me ardía la garganta, la vergüenza me ahogaba—. Estaba en la biblioteca y...

—¿Y qué has hecho con ella? ¿Has encontrado un lugar apartado para cometer pecado? ¿Has profanado tu cuerpo con el suyo, chico vicioso?

Imaginé sus labios finos y blancos apretados en una línea iracunda, su cara enrojecida de rabia mientras escupía al teléfono, y negué con la cabeza.

—No, señora Janet, por favor. No ha sido así. De verdad, no la conozco bien, y, cuando me ha pedido que la acompañara, no he querido ser descortés. Pero yo no... Nosotros no... Por favor, lo siento. Lo siento.

—No me mientas.

—No lo hago, lo prometo. Me he portado bien, como me enseñó. —Aferré el teléfono desesperadamente y recé para que me creyera—. Se lo prometo.

Su tono apaciguó, y mis rodillas se desplomaron de alivio. Mi trasero aterrizó en el colchón.

—Buen chico, Riley. Estás siendo sincero conmigo, ¿verdad? Porque, si descubro que me

mientes, no dudaré en sacarte del colegio y traerte a casa. ¿Entiendes?

—Sí, señora. Lo comprendo. —Resoplé y me sequé una lágrima perdida en la mejilla—. Lo haré todo bien, lo prometo.

Cuando se calló, cerré los labios mientras esperaba su veredicto. La había decepcionado, como siempre hacía, y me odiaba por ello. Ella era lo más parecido a una madre que tenía, y yo quería ser el mejor hijo posible, aunque nunca estaría a la altura. En realidad, era un hijo terrible.

Técnicamente, ya no era su hijo adoptivo porque había salido del sistema a los dieciocho años, pero ella seguía cuidando de mí como si fuera suyo. Me pagaba el teléfono y gestionaba mis finanzas. Recibía una asignación mensual y nunca me faltaba de nada, como champú y pasta de dientes. Me llamaba cada pocos días para ver cómo estaba y mantenerme en el buen camino. Si cometía errores, me disciplinaba. Porque me quería. Porque era lo que las madres hacían por sus hijos.

Suspiró con fuerza y el aire le entró por la nariz.

—Dúchate antes de acostarte. Ambos nos sentiremos mejor si lo haces, ¿verdad?

—Sí, señora. —Me deleité con el alivio en su perdón—. Gracias.

—Es tarde y querrás estar bien descansado para tus clases de mañana, así que, después, directamente a la cama. —No era una sugerencia y expresé mi acuerdo mientras movía la cabeza—. Sigue portándote bien.

—Gracias por llamar —dije como hacía siempre al final de nuestras llamadas.

Ella gruñó, impaciente.

—Bueno, ¿qué esperabas, chico? Tengo que vigilarte de alguna manera; perderías la cabeza si no te llevara por el buen camino.

—Gracias —repetí como un tonto.

Con otro chasquido de lengua, se marchó.

—Cuídate, y directo a la cama.

—Sí, señora.

—Buenas noches.

—Buenas noches. —La línea se cortó antes de que pronunciara ambas palabras. Colgué el teléfono y lo apagué.

Me froté la cara y miré el móvil, avergonzado. Avergonzado por el alivio que había sentido al terminar la conversación. Avergonzado por desear que la señora Janet, la mujer que había cuidado de mí desde que tenía doce años, no llamara tan a menudo. Avergonzado por la amargura que me corroía las venas como veneno.

La señora Janet, a pesar de todas sus estrictas normas que nunca llegué a comprender, me quería. Me soportaba cuando tantas otras familias me habían rechazado por ser demasiado raro, por estar loco. Sin embargo, temía sus llamadas y le pagaba con debilidad y mentiras. Era egoísta y malvado, como ella decía.

Tal vez no hubiera hecho nada inapropiado con Kayla, pero había aceptado ir a una fiesta con ella, una fiesta de la que decidí no hablarle a la señora Janet. Por supuesto, no planeaba asistir, pero había mentido por omisión al mantenerlo en secreto. Me merecía su disciplina.

Me levanté de la cama, enchufé el teléfono para cargarlo y me alisé la ropa con dedos temblorosos. No quería ducharme, pero lo necesitaba. Era una persona malvada y vil, y lavarme me traería la absolución, la redención.

Me haría mejor persona; siempre lo hacía.

CAPÍTULO CINCO



EL SÁBADO POR LA noche empecé a sentir pánico. Como no tenía excusa para no asistir a la fiesta, decidí esconderme en mi habitación todo el día. Si Bethany pasaba por allí, siempre podía fingir que estaba enfermo. Nunca había hecho nada similar, pero no parecía muy difícil.

Por desgracia, mi astuto plan de esconderme en la cama mientras jugaba al ordenador se vio interrumpido por Brian y una morena risueña. Su repentina llegada me sobresaltó en el colchón, y los auriculares se me cayeron de las orejas cuando entraron. Con las bocas entrelazadas, Brian acarició el trasero de la chica, pero, en cuanto sus ojos se desviaron hacia mí, gritó y separó sus labios de los de él.

—Creía que habías dicho que tu compañero había salido. —Ella sonrió, tímida, como si no estuviera demasiado molesta por mi presencia, pero yo me marchité bajo la dura mirada que Brian me lanzó al fijarse en mí.

—Ya se iba. ¿Verdad, reinona? —Hizo un gesto con el pulgar hacia la puerta, y me quedé boquiabierto.

—¿Qué?

Brian se abalanzó sobre mi cama y yo me encogí contra la pared mientras la chica, demasiado sonriente, se lanzaba sobre la suya.

—Si sabes lo que te conviene, te largarás un rato.

La injusticia de todo aquello hizo que me ardieran los ojos, y apreté las manos temblorosas. Luchaba contra el impulso de retractarme.

—Yo estaba aquí primero...

Cerró de golpe mi portátil, con la mandíbula tensa.

—Fuera.

—¿Sabes? —arrulló la chica mientras una prenda de tirantes, su sujetador, aterrizaba sobre mi almohada—. Podría unirse. Es guapo.

Horrorizado, empujé el portátil a los pies de la cama, cogí mi libro *Robinson Crusoe* y corrí hacia la puerta. No me detuve en mi retirada por miedo a verla en *topless*. Dirigí mi mirada al suelo, pero era imposible no ver la escalofriante mirada que Brian me dirigió, como si hubiera sido yo quien sugiriera que me uniera a su sesión de besuqueos, no ella.

En cuanto la puerta se cerró tras de mí y la cerradura hizo clic, exhalé un suspiro de alivio. Quería escapar antes de que empezaran los ruidos de las ballenas, y hui del edificio bajo el sol inusualmente cálido de esa tarde.

Los estudiantes se arremolinaban en el campus, disfrutando del buen tiempo, y me acerqué a un árbol solitario cercano a un campo de hierba en el que un grupo jugaba al fútbol. Me acomodé en la base del árbol y observé cómo los equipos corrían pasándose el balón de un jugador a otro. Nunca había jugado al fútbol, pero parecía divertido.

Pasaron varias personas disfrazadas y tardé más tiempo del que me enorgullecía en establecer la conexión con la fecha de ese día. Halloween. Nunca había celebrado Halloween, al menos que yo recordara. Todos los años, desde que tenía doce, la señora Janet me repetía que era la fiesta de Satán, y yo compadecía a los inocentes niños que se atrevían a pedir dulces en el porche de su casa. En lugar de eso, recibían un sermón.

Aparté la mirada de una chica vestida de enfermera, aunque el dobladillo de su traje era mucho más corto que el reglamentario, y abrí mi libro. Después de solo dos páginas, una sombra se deslizó sobre el papel, y parpadeé contra la luz del sol mientras levantaba la cabeza para investigar la interrupción. Una figura alta se cernía sobre mí, vestida con una camiseta negra con el nombre de un grupo que no conocía, vaqueros oscuros, botas negras y una cazadora de cuero.

Jai me sonrió con suficiencia.

—Hola.

—Eh, hola. —Cerré el libro y entrecerré los ojos contra su soleado telón de fondo—. ¿Qué haces aquí?

—Podría preguntarte lo mismo —me contestó.

Sin esperar a que lo invitara, se sentó a mi lado y sacó una extraña pipa negra de un bolsillo interior de su chaqueta de cuero. Jai sacó un paquete sin marca, cogió un pellizco de lo que supuse que era tabaco y lo metió en un extremo de la pipa alargada. Encendió las hierbas secas e inhaló. El aire se llenó de especias mientras soplaban anillos de humo por encima de nuestras cabezas.

No pude contener la curiosidad.

—¿Qué es eso?

—Esto —señaló la pipa— es un *medwakh*. Esto —señaló el tabaco— es *dokha*, un tabaco de Oriente Medio. ¿Quieres probarlo?

—No, gracias. —Me aparté cuando me ofreció el *medwakh*—. No deberías fumar. No es bueno para ti.

Como si estuviera al tanto de un chiste que yo no sabía, soltó una risita oscura; su voz destilaba sarcasmo.

—Ese es un consejo inteligente, *shortstack*.

Mi respuesta a medias se esfumó al oír el apodo, y el *déjà vu* al que me estaba acostumbrando cuando me enfrentaba a mis nuevos conocidos volvió a invadirme. Había hablado con Jai apenas un puñado de veces, pero algo en lo más profundo de mi psique reconoció el apodo. Me había llamado así antes, ¿no? Pero, lo juro por mi vida, no podía recordar cuándo.

—¿Cómo me has llamado? —La pregunta se me escapó antes de que consiguiera tragármela.

Jai se retorció a mi lado. Le dio una calada extralarga a la pipa y echó otro círculo de humo hacia el cielo.

—Da igual. ¿Qué estás leyendo?

—Eh... —Impaciente, me arrebató el libro y balbuceé al verlo sonreír tras inspeccionar el título—. Oye, devuélvemelo.

Me ignoró, rebuscó entre las hojas hasta que llegó a mi marcapáginas de hilo rojo.

—Ah, esta parte ya la he leído. —Las páginas se agitaron cuando saltó varios capítulos y se detuvo en una que tenía una esquina doblada—. Yo voy por aquí. Tienes que ponerte las pilas.

Con un ahogo estrangulado, le arranqué el libro de las manos y alisé el borde doblado del papel, encogiéndome ante la marca de la página.

—¿Por qué has hecho esto?

—Oye, tenía que marcar por dónde iba —gruñó, y sacudí la cabeza, intentando en vano quitar la arruga.

—No puedes hacerlo. Ahora está estropeado. —Mi reprimenda sonó más aguda de lo que pretendía mientras el pánico florecía en mi pecho—. No deberías destruir la propiedad de otras personas.

Resopló, exasperado. Aspiró profundamente el *medwakh* y apagó el tabaco humeante.

—No lo he destrozado. Solo he doblado la esquina, cálmate.

No pude responder, demasiado ocupado con un ataque de nervios. El fantasma de la regla de la señora Janet crujía sobre mis nudillos. Me había sermoneado la primera vez que me pilló doblando la esquina de uno de sus libros. Después de la arenga, me había arrodillado en la cocina, con los dedos doloridos, y preparó una cena que no me permitió comer.

—¿Riley? Riley, ¿sigues ahí? —Un dedo calloso me pinchó la mejilla. Me sobresalté ante el contacto inesperado—. Lo siento —carraspeó, Se retiró, dejando un rastro de hormigueo en mi piel.

De repente, me sentí muy acalorado, pero me tragué el nudo que tenía en la garganta y dejé caer los ojos sobre el libro que tenía en el regazo.

—Ya no sirve —susurré, frotando de un modo irracional la arruga del papel—. Se suponía que era perfecto, pero ahora ya no lo es.

Como si hubiera probado algo amargo, Jai frunció los labios y sus oscuras cejas se fruncieron profundamente.

—La perfección es inalcanzable y perseguirla es un esfuerzo infructuoso.

Como mi inquietud lo molestaba, calmó mis dedos obsesivos con los suyos. Su palma me cubrió el dorso de la mano y la apretó de un modo incómodo que la me calentó la piel. La carne se me puso de gallina y un escalofrío me recorrió los huesos.

—Nada ni nadie es perfecto. Todos estamos maltrechos y doblados, desgastados por los bordes. Tenemos cicatrices, pero me gusta pensar que cuentan una historia de fortaleza, no de ruptura. —Enroscó sus largos dedos alrededor de mi mano; la apartó de la página—. Aún puedes leerlo, ¿verdad? La historia no ha cambiado. ¿Y qué pasa si hay una arruga en la esquina? ¿A quién coño le importa?

Mientras sus palabras trabajaban a través de mi cerebro cortocircuitado, luché por componer una respuesta. Siempre había creído a la señora Janet y había hecho caso de su sabiduría. Solo intentaba ser una buena madre y educarme bien para que fuera bueno. ¿Por qué iba a cuestionar sus innumerables sermones? Sí, algunos rozaban el extremismo, pero no me correspondía desafiarla. Se suponía que los buenos hijos debían hacer lo que se les decía.

Pero tal vez Jai tenía razón. Yo era bastante neurótico cuando se trataba de mantener las cosas limpias y ordenadas. En el pasado, la laxitud en esos deberes significaba disciplina, así que me había adaptado. Quizás era un poco irracional ponerme así por una simple página doblada.

—Supongo que no es para tanto. —Agaché la cabeza, avergonzado por mi absurdo arrebato, y casi me morí de humillación en cuanto noté que la mano de Jai seguía sobre la mía. Con un chillido, me zafé de su agarre, horrorizado de que alguien nos hubiera visto cogidos de la mano.

Se hizo un silencio embarazoso cuando Jai la retiró. Cerré el libro de un golpe seco y jugueteé con el hilo rojo de mi marcapáginas. Se aclaró la garganta y crujió el cuello. Lo miré de reojo, inseguro de cómo proceder ahora que había convertido en un desastre nuestra primera

conversación. Con razón no tenía amigos.

Él chasqueó el *piercing* de la lengua contra los dientes y, con la mirada fija en sus culos apenas vestidos, siguió a un grupo de chicas que pasaba por allí. Por instinto, seguí su mirada, pero la extensión de piel expuesta no me atrajo demasiado. Para ser sincero, me sentí terriblemente incómodo y volví a fijarme en su cara.

Por supuesto, era imposible fingir desinterés ante la bola brillante incrustada en su lengua. Me lamí los labios y reuní algo de valentía.

—Entonces, ¿te dolió?

—¿Me dolió qué? —preguntó sin prestarme atención mientras hacía contacto visual con una atractiva pelirroja, vestida como una provocativa mujer de las cavernas. Ella sonrió con timidez, y él le guiñó un ojo, separando los labios en una sonrisa socarrona.

Molesto por su falta de atención, me miré el regazo y comencé a romper la hierba. Si quería ir a hablar con la hembra *Homo erectus*, no se lo impediría, pero su repentino desinterés me pareció un desaire.

Me dio un codazo en el hombro y lo miré de reojo.

—¿El qué me ha dolido? —repitió, prestándome toda su atención.

Mis mejillas se calentaron y señalé su boca.

—Tu *piercing*.

Sacó la lengua y la movió como un niño, y yo me reí con la mano.

—Depende de tu tolerancia al dolor, supongo. El dolor es relativo.

Con un encogimiento de hombros, amontoné los trocitos de hierba cerca de mi rodilla.

—Pues a mí me parece que eso duele.

—No tanto como mi *piercing* en el frenillo, eso seguro. —Enarcó las cejas mientras yoladeaba la cabeza, confundido.

—¿Qué es un *piercing* en el frenillo?

Una sonrisa malvada iluminó su rostro mientras se reía desde lo más profundo de su pecho.

—Algún día te lo contaré.

Fruncí el ceño y decidí buscar la respuesta en Google cuando volviera a mi dormitorio esta noche.

—¿Has cenado? —me preguntó de repente, y negué con la cabeza mientras mis pensamientos cambiaban de tema. Su humor juguetón se agrió al instante—. ¿Cuándo ha sido la última vez que has comido?

—Esta mañana, supongo. —Había desayunado en el comedor, pero debía haber olvidado almorzar. Y ahora que el sol descendía en el cielo, supuse que también me había perdido la cena.

Un gruñido bastante inhumano retumbó en su pecho y me aparté de forma automática en cuanto un fuego feroz apareció en sus ojos oscuros.

—¿No has comido en todo el día? Ya estás demasiado flaco, y ahora te saltas las comidas.

—Se me ha olvidado...

Él interrumpió mi excusa.

—¡No puedes olvidarte de comer! Eso no es sano.

Me estremecí ante la reprimenda ladrada, y el instinto de supervivencia me hizo rendirme de inmediato, enseñarle la yugular en señal de sumisión.

—Lo siento. No era mi intención. No volveré a hacerlo.

Si algo había aprendido de la señora Janet, había sido el poder de la sumisión instantánea. Era estricta, pero ofrecía indulgencia si me disculpaba y aceptaba mi castigo sin discutir. Las veces que había intentado defender mi caso no me había ido bien. El instinto de conservación me

enseñó a apaciguarla con rapidez. A esas alturas de mi vida era pura compulsión darme la vuelta y enseñar la barriga, y suspiré aliviado cuando su frustración se enfrió.

—Riley, oye, no quería decir... Es solo que necesitas cuidarte mejor. —Su tono era sorprendentemente suave cuando se acercó a tocarme, pero, al ver que me encogía, bajó la mano a su muslo—. Por todos los fuegos del Infierno, no quería asustarte.

No es que me asustara. Claro, parecía un tipo que empezaba peleas de bar por diversión, pero en general me daba miedo que la gente se enfadara. La ira era una emoción horrible en cuanto se le daba rienda suelta, y su enfado hacía que me doliera el estómago.

—Estoy bien.

—Oye, mírame. —Era una orden enmascarada como una petición, y obedecí. Mis ojos se encontraron con otros desconfiados—. Lo siento. ¿Estás bien?

Después de un momento, asentí, y sus hombros se relajaron.

—Estoy bien. A veces se me olvida comer porque no tengo hambre. No lo hago a propósito.

—Sí, lo sé. —Se pasó una mano por su corte de pelo *fauxhawk* y respiró hondo con los labios fruncidos—. Olvídalo, ¿vale?

Murmuré un «De acuerdo» mientras me mordía el interior de la mejilla y tamborileaba un ritmo entrecortado en el libro en mi regazo.

—No estoy tan flaco —espeté un segundo después, y Jai arqueó una gruesa ceja.

—¿En serio? Si te pusieras de lado, desaparecerías.

Hice uso de todo mi autocontrol para no poner los ojos en blanco.

—Eso es un poco extremo, y no muy amable.

—La verdad duele. —Volvió a sonreír y mi propia irritación surgió en mis entrañas.

—¿Sabes lo que no duele? Ser educado. —No quería decirlo en voz alta y me tapé la boca con una mano en cuanto las palabras salieron de mis labios.

La señora Janet me habría lavado la boca con jabón por hablar así. Parecía poco realista esperar que alguien que era más un compañero que una figura de autoridad me disciplinara, pero la incertidumbre se mantuvo cuando sus ojos se abrieron de par en par. En lugar de ofenderse, Jai echó la cabeza hacia atrás y se rio.

—¿Te estás burlando de mí?

Un enjambre de abejas recorrió mis venas al ver en sus ojos un destello peligroso. Sacudí la cabeza con vehemencia.

—N-no.

—Qué lástima —canturreó con una sonrisa de zorro—. Me gusta tu descaro.

¿Descaro? No recordaba ningún momento de mi vida en el que alguien me hubiera descrito como una persona atrevida, pero un lugar oculto de mi corazón se llenó de felicidad al oír sus palabras. Por alguna razón, me hizo sentir valiente, un poco temerario, fuerte. Nunca había sido esas cosas, pero, de repente, deseé serlas.

Sonó el tono de un teléfono y nuestro intenso contacto visual se rompió cuando él miró el bolsillo. Sacó el móvil, desbloqueó la pantalla y abrió los mensajes. Suspiró.

—Es mi compañero; bueno, uno de ellos. Me tengo que ir. —Volvió a guardarse el teléfono en el bolsillo antes de levantarse y limpiarse los vaqueros—. Nos vemos, Riles.

Con un guiño y una sonrisa, se dio la vuelta y se marchó, y yo lo saludé patéticamente con la mano y murmuré un «Adiós» demasiado suave. No me oyó.

El sol ya casi se había puesto y el partido de fútbol había terminado. Recogí mi libro y me dirigí a mi dormitorio a través de la penumbra. Mis pensamientos giraban en torno a mi encuentro con Jai. Por alguna razón, también pensé en Noel, y deseé salir con cualquiera de ellos

esa noche. Así habría tenido una razón para no ir a la fiesta.

Kayla y yo ni siquiera éramos amigos; al menos no en mi mente. Me hacía sentir incómodo, y ni siquiera la promesa de que Bethany estaría allí era suficiente para tentarme a asistir. La señora Janet se pondría furiosa si se enteraba de que me habían invitado a una fiesta, lo que era incentivo suficiente para mantenerme alejado. No me cabía duda de que Kayla nunca me lo perdonaría, pero no podía ir. Por desgracia, mi incapacidad para decir que no lo complicaría, pero tomaría el camino de los cobardes y, sencillamente, no me presentaría.

Al acercarme a mi dormitorio, se me encogió el corazón al toparme con Bethany, Derek, Sharon, que era la compañera de cuarto de Bethany, y nada menos que la mismísima Kayla. Atónito, miré sobrecogido al grupo disfrazado. El universo estaba en mi contra, lo sabía.

—¡Riley! —chilló Kayla, y yo me encogí, preguntándome si aún tendría tiempo de huir. Mis piernas eran cortas y no sabía hasta dónde llegaría antes de que me alcanzara, pero tenía que intentarlo, ¿no?

Se me echó encima antes de que pudiera girarme, como me si leyera la mente y supiera que quería salir corriendo.

—Al no verte en la habitación, he creído que me habías abandonado, ¡pero te pillé!

Su risa era medio maníaca y su aliento olía agrio, como a alcohol. ¿Había bebido ya?

Cuando me encontré con la mirada confusa de Bethany, moví la boca, pero no sonó ninguna palabra. Intenté comunicarle a través del contacto visual mi necesidad de escapar, pero ella no lo entendió. Vestida como una camarera de los años veinte, a juego con el traje de gánster de Derek, se apartó de la cara un mechón suelto y sonrió de forma alentadora.

—Hola, Riley, no sabía que ibas a venir.

—Yo, eh, solo estaba... Hum, verás...

—Claro que viene. Prometió que vendría.

Kayla enlazó nuestros brazos y los apretó como una prensa, y resistí el impulso de apartarla de mí. No quería tocarla, pero mostraba demasiada piel como para que yo intentara desenredarnos cómodamente. Si no hubiera sido por las orejas negras que llevaba en la cabeza y la cola que le rodeaba la cintura, no habría sabido que iba disfrazada de gata. El vestido, demasiado corto y ajustado, se ceñía a su cuerpo como un guante de látex, y me obligué a apartar los ojos de su escote.

Sharon, vestida como una medallista de oro olímpica, hizo una mueca en dirección a Kayla antes de sonreírme de manera amable.

—Cuanto más seamos, mejor —dijo con sus dientes blancos, que contrastaban con su piel morena.

—Vamos. Ya llego tarde por su culpa, señor. —Kayla se inclinó hacia mí y me ruboricé cuando sus pechos me presionaron el brazo—. Creías que te librarías, ¿verdad? Pero yo lo sabía.

Me encogí ante su risita histérica. Seguro de que estaba bajo los efectos del alcohol, así que me agarré a la primera excusa que se me ocurrió.

—No tengo disfraz.

—Te buscaremos unas gafas para completar el *look* de empollón que llevas. —Hizo un gesto despectivo con la mano—. Estarás bien.

¿Tenía pinta de empollón? Había sonado como un insulto, pero me tragué mi orgullo e intenté, una vez más, alejarme de ella.

—Kayla, yo...

—¡Vamos!

Su grito no dejó lugar a discusión, y me vi arrastrado por su brazo entre los míos. Bethany

apareció a mi otro lado. Se mordía el labio, vacilante, mientras su atención iba de uno a otro. Quizá se había dado cuenta de mi malestar, pero ya era demasiado tarde. No quería causar problemas.

—Riley, ¿estás seguro? —consiguió susurrar cuando un grupo de esqueletos distrajo a Kayla durante un instante—. No tienes que...

—No pasa nada. —Odiaba ser una molestia, y peor aún era la idea de fastidiarle la noche a Bethany por indeciso y débil.

Con el ceño fruncido, me cogió el otro brazo y me dio un apretón tranquilizador.

—Quédate conmigo, ¿vale?

El alivio me inundó y asentí con una débil sonrisa.

—De acuerdo.

La tarde ya se convertía en noche para cuando estábamos llegando a la casa de la hermandad de Kayla. La música retumbaba en el suelo, crispándome los nervios como un enjambre de avispas. La ansiedad se agazapó en el fondo de mi cerebro, frotándose las manos mientras planeaba mi muerte, y recé para salir vivo de aquella experiencia, aunque mis probabilidades no parecían buenas.

CAPÍTULO SEIS



AQUELLA FIESTA NO ME gustaba nada. La música vibrante y las voces altas ahogaban mis propios pensamientos. Había mucha gente. Hacía calor. El aire estaba cargado de sudor, alcohol y algo rancio que me recordaba a las sábanas de Brian. En serio, ¿por qué seguía allí?

Me acurruqué cuanto pude en el abultado sofá de lo que supuse que era la sala de estar y me aferré a mi vaso de plástico con agua como si fuera un salvavidas. Los estudiantes danzaban en la improvisada pista de baile y se me hizo un nudo en el estómago. ¿Por qué se movían así en público? Ese tipo de acciones parecían más adecuadas a puerta cerrada, pero ¿qué sabía yo, en realidad?

Bethany y Kayla me flanqueaban, nuestros cuerpos apretados para que cupiera el mayor número posible de personas en el sofá. Apenas conseguía oír a Kayla, y mucho menos seguir su tema de conversación, pero asentía con la cabeza cuando movía la boca. Fingir era más fácil. Además, concentrarme en su boca era más agradable que ver cómo sus pechos casi se salían por la parte superior del vestido.

En cuanto la tercera copa de Kayla se vació, me gritó «Espera aquí» antes de dirigirse a trompicones hacia la concurrida cocina. Si iba a marcharme, era mi oportunidad, pero no me atreví a hacerlo.

Años de doblegamiento me habían pasado factura. Me había dicho que me sentara y esperara. Así que yo me sentaría y esperaría.

En algún momento, Derek arrastró a Bethany a la pista de baile. Los perdí de vista entre la multitud y el pánico se adueñó de mi pecho. Los desconocidos me rodeaban en el sofá, riéndose, empujándome. Una chica borracha se resbaló del regazo de mi vecino y casi derramó mi agua sobre ambos. Todos se rieron. A mí no me hizo ninguna gracia.

—¡Riley! —Kayla apareció delante de mí como por arte de magia y, cuando me ofreció la mano, la cogí, desesperado—. Aquí estás. Te he estado buscando por todas partes.

—¡Me he quedado aquí, como me has dicho! —grité para que se me oyera por encima de la música, y ella chilló de risa.

—Eres tan mono... Vamos, que apenas te oigo. —Agitó la mano hacia la multitud, con su bebida fresca salpicando por el borde de la taza—. Vámonos de aquí.

¿Quería irse? Gracias a Dios. Había perdido a Bethany, y Kayla era la única cara conocida de la sala. Odiaba su mirada vidriosa, pero prefería su compañía empapada en licor a esa fiesta aterradora.

—Ven conmigo. —Me guiñó un ojo, unió nuestros dedos y me levantó del sofá. La seguí, casi pegado a su espalda en un esfuerzo por evitar los cuerpos que se agolpaban a mi alrededor.

En lugar de llevarme a la puerta principal, me guió hasta la escalera. Distráido por la entusiasta pareja que se besaba contra la barandilla, no cuestioné nuestra dirección y subí tras ella. Las parejas se abrazaban apasionadamente en los escalones y en el pasillo, los dedos se paseaban bajo las faldas y por debajo de los cinturones. Me acurruqué junto a Kayla, apartando los ojos.

Ella se detuvo ante una sencilla puerta blanca y sacó una llave de entre sus pechos desbordantes.

—Esta es mi habitación, así que nadie nos interrumpirá.

—Hum..., ¿interrumpir el qué, exactamente?

Cuando entramos en la habitación, Kayla cerró la puerta con un suave clic. Se mordió el labio y agitó las pestañas.

—Así a ninguno de esos idiotas del pasillo se les ocurrirá venir aquí.

Tenía sentido. Habría sido horrible que alguien irrumpiera en la habitación e intentara tener sexo mientras estaba allí dentro.

Kayla tragó saliva, dejó la taza medio vacía sobre el tocador. Luego me cogió la mano con la suya, sudorosa, y me llevó a través de la pequeña habitación. Era más grande que mi dormitorio, pero no mucho. No tener compañera debía ser agradable.

Con un empujón, me sentó en el extremo de su cama antes de hundirse en el colchón, a mi lado. Su muslo desnudo rozó mis vaqueros e intenté dejar espacio entre nosotros. Ella me siguió, acortando los preciados centímetros.

—No pensaba que esta fiesta se volvería tan loca. —Apoyó la palma de la mano en mi rodilla—. Lo siento. Sé que no te gustan las multitudes.

Tiró del dobladillo de mi camisa, y yo inspeccioné los carteles brillantes pegados en las paredes.

—Sí, a veces me pongo muy nervioso, supongo.

—No pasa nada. —Se acercó mucho más, su mano subió por mi pierna y mi ritmo cardíaco se aceleró—. Me gustan los chicos tímidos.

—¿Eh? —Me corría el sudor por la frente. ¿Desde cuándo hacía tanto calor en la habitación?

—Me gusta lo nervioso que te pongo. Es muy cuqui. —Su mano subió por mi pierna, su cuerpo se inclinó hacia el mío hasta que casi estuvo en mi regazo.

No podía apartarme sin caerme de la cama, pero consideré la posibilidad de caerme a propósito. Quizá así dejaría de tocarme. Se me revolvió el estómago y un sudor frío me humedeció la nuca. Nunca había estado tan cerca de una chica. No me gustaba.

—Shhhh, está bien. —Sus uñas me rozaron la mandíbula mientras respiraba entrecortadamente. Su nariz rozó mi mejilla, y un extraño gemido raspó mi garganta cuando la mano en mi pierna subió—. Sé que nunca has estado con una tía. No pasa nada. A mí también me gusta.

¿Estar con...? Cielos, ¿eso era lo que quería? Las imágenes de las parejas de fuera revolotearon por mi mente y me encontré negando con la cabeza. ¿Me había llevado allí para... que me acostara con ella? No podía hacerlo. No quería hacerlo.

—Kayla, yo...

—Oye, está bien. Me encargaré de todo. Todo irá bien.

Sus palabras reconfortantes tuvieron el efecto contrario. Mi garganta se cerró mientras la histeria lamía la base de mi tronco encefálico. Tenía que salir de esa habitación, pero ella estaba demasiado cerca. Su aliento, afrutado pero penetrante por el alcohol, me rozó la mejilla. Sus

largas uñas se clavaron en mi muslo. No podía respirar.

—No pasa nada —repitió momentos antes de que unos labios pegajosos se aplastaran sobre los míos.

Con los ojos abiertos como platos, me puse rígido y se me trabaron los músculos. Sus pestañas rozaron mis pómulos y sus ojos se cerraron. Frunció los labios contra mi boca congelada e, involuntariamente, hice una mueca. ¿Por qué tenía los labios tan pegajosos? ¿Todos los besos debían ser tan húmedos? Como era mi primer beso, no tenía ninguna experiencia con la que compararlo.

Siempre había supuesto que los besos eran para sentirse bien, pero ya no estaba tan seguro. Tenía los labios suaves pero viscosos por el brillo, y su perfume amenazaba con asfixiarme al obstruirme las vías respiratorias.

Si aquello era besar, no creo que me gustara.

El beso duró solo un momento, pero a mí me pareció mucho más largo. Por suerte, ella se separó casi de inmediato, pero mi alivio se evaporó cuando su tono cortó el aire entre nosotros.

—Riley, devuélveme el beso.

La decepción en su voz, la curvatura de su boca y el ceño fruncido me resultaron muy familiares. Le había fallado otra vez y la culpa instintiva surgió dentro de mí. Después de que me hubieran entrenado durante años para hacer lo que se me ordenaba, obedecí mientras nos unía una vez más.

Apreté los ojos e intenté imitar el movimiento de sus labios, pero ella no me lo puso fácil. Incluyó la cabeza en una dirección, luego en otra. En cuanto aprendía su ritmo, ella lo cambiaba y yo tenía que ponerme al día.

¿Quizá había que practicar para disfrutar besando?

Como jamás me rendía, hice cuanto pude para descifrar aquella extraña danza de labios. Si me esforzaba al máximo, tal vez me gustara tanto como parecía gustarle a Kayla, a juzgar por el sutil gemido que subió por su garganta hasta llegar a mi boca. ¿O estaba sufriendo? ¿Me convertía en una mala persona que esperase lo segundo?

A medida que su beso se hacía más vivaz e intenso, luché por recuperar el aliento mientras ella se pegaba a mí por completo. Prácticamente a horcajadas sobre mi regazo, no se dio cuenta de que su vestido se deslizaba y dejaba casi al descubierto su ropa interior. Una de sus manos se aferró a mi nuca; la otra serpenteó entre nuestros cuerpos. Grité cuando las yemas de sus dedos rozaron la parte delantera de mis vaqueros.

El tacto indeseado me aterrorizó. Me debatí entre sus garras y un sonido de protesta rompió nuestro beso, pero ella no se dio cuenta. De hecho, jadeando, se zafó de mi regazo y se arrodilló entre mis piernas, con los ojos entornados y vidriosos. El sabor de su brillo de labios de uva me inundó la garganta. La bilis me inundó la boca.

—No puedo creer que por fin esté ocurriendo. —Me masajéo los muslos; yo jadeaba en busca de oxígeno—. No te preocupes, Riley. Me ocuparé de todo.

—Kayla...

Me cortó con otro beso baboso.

—Shhh, no estés nervioso.

¿Nervioso? No estaba nervioso. ¡Estaba absolutamente aterrorizado! ¿Dónde estaban mis medicamentos para la ansiedad cuando los necesitaba?

Me tocó el botón de los vaqueros. Mi cerebro se acalambró. Asfixiado por un miedo debilitante, empujé sus manos en un intento por detenerla.

«Di que no. Vamos, Riley. Por una vez en tu patética vida, ¡di que no!».

Lo intenté. Lo intenté de verdad. Pero se me pegó la lengua al paladar. Las palabras me estrangulaban y las lágrimas me escocían los ojos mientras Kayla tanteaba mi botón. Sus uñas postizas le impidieron abrirme los pantalones y refunfuñó por lo bajo.

—No te pongas nervioso, Riley —repitió, como si decir esas palabras fuera a aliviar de algún modo mi horror.

«¡Corre! Simplemente, lárgate de aquí».

Pero no podía. Mis miembros no respondían y mi cerebro luchaba contra mis instintos adoctrinados. Se suponía que debía obedecer. Quería ser bueno. Pero entonces... ¿por qué me sentía tan mal?

«¡Que alguien me ayude!».

La puerta del dormitorio se abrió de golpe y una figura alta irrumpió en la habitación. Vaqueros oscuros. Chaqueta de cuero negro. Tabaco y especias. Casi me puse a llorar de alivio. ¡Jai!

Kayla abandonó mis vaqueros entreabiertos con un chillido y se giró hacia nuestro intruso con la mirada.

—Oye, estamos ocupados aquí. —Ella volvió a fijarse en él, rastrillando su mirada de la cabeza de Jai a sus pies, luego puso los ojos en blanco—. No puedes entrar.

Una oscura ceja se arqueó y el fuego de sus ojos se encendió en señal de que lo habían ofendido.

—¡Mujer, no pongas a prueba mi paciencia! —la despreció antes de cambiar su atención hacia mí. Su rabia se suavizó cuando nuestras miradas se cruzaron y me ofreció la mano—. Riley, ven conmigo.

—Estamos ocupados. Lárgate. —Kayla le lanzó sus orejas negras de gato. Rebotaron en su pecho y por la alfombra.

Miró con apatía el tocado ofensivo antes de fijar sus ojos en mí.

—¿Riley?

Me puse en pie sobre mis piernas temblorosas y traté de alcanzar su mano extendida, pero ella se abalanzó sobre mí.

—¡Siéntate!

Me estremecí ante su tono áspero, retrocedí un paso, perdí el equilibrio y caí sobre la cama. Jai se hinchó, el aire crepitó con intensidad, y la bravuconería de Kayla se desintegró bajo su mirada. Se acobardó mientras él se cernía sobre ella y su rostro se retorcía en un gesto feroz. La luz del techo parpadeó.

—Vuelve a hablarle así y, mujer o no, te reventaré la vida —escupió con los dientes apretados. Las bombillas de la habitación zumbaban y la luz se encendía y apagaba de un modo errático.

—Jairo, ya basta. —Una voz melódica restalló en el aire como un látigo y puso fin al irracional espectáculo de luces.

Un momento... Conocía esa voz.

Estiré la cabeza más allá del enfrentamiento entre Kayla y Jai, y me sorprendió el ceño fruncido de Noel. Escrutó la habitación y me evaluó con rapidez antes de volver a Jai.

—Ocupate de Riley. Déjamela a mí —siseó en voz baja, como si no quisiera que lo oyera.

Después de mirarnos un momento, Jai gruñó a regañadientes y Noel se relajó. Jai se apartó de la ahora muy sorprendida Kayla, y Noel ocupó su lugar al instante. Sonrió con una expresión amable que me desarmó y que estaba fuera de lugar, dada la situación.

—Hola, cariño —arrulló con voz tranquilizadora a Kayla—. Tranquila. No te pasa nada. Has bebido demasiado. Estás cansada. Es hora de que te acuestes.

Como miel caliente, sus palabras gotearon sobre mi piel y me la pusieron de gallina. Kayla parpadeó perezosamente mientras sus ojos brillaban. Su postura agresiva se aflojó y se tocó la sien, frunciendo el ceño.

—¿He bebido demasiado?

Noel asintió, sus labios se estiraron en una sonrisa sensual.

—Ajá. Tienes que dormir la mona. Y, cuando despiertes, te darás cuenta de que todo ha sido un sueño.

—Necesito dormir la mona —repitió ella con voz monótona—. Esto solo ha sido un sueño.

Jai se interpuso en mi rango de visión, rompiendo el trance que Noel proyectaba sobre aquel cuarto, y jadeé. Me aparté de él y me estremecí en cuanto su mano se acercó a la mía. No creía que fuera a hacerme daño, pero tenía los nervios destrozados y el cerebro no me funcionaba bien.

Extendió las manos en señal de rendición y se agachó en el extremo de la cama.

—Está bien, Riles. No pasa nada. —Su tono tenía la misma calma adormecedora que el de Noel y el pánico que me recorría la sangre se calmó—. Es hora de marcharnos.

Con la palma levantada, esperó mientras Noel seguía ronroneando, tranquilizador, al oído de Kayla. Con dedos temblorosos, cogí con cautela la mano de Jai, y sus callos me rozaron la piel. Recé para que no se diera cuenta del sudor que mojaba mi palma en cuanto su gran mano envolvió la mía. Cuando la apretó, un cosquilleo extrañamente agradable me subió por el brazo. Si él también lo sintió, no reaccionó.

Mientras me guiaba fuera de la habitación, Jai ignoró a Noel y Kayla, y su mirada, siempre alerta, comprobó lo que nos rodeaba en cuanto entramos en el pasillo. Como si se hubiera roto una burbuja protectora, los sonidos y los olores de la fiesta me inundaron en cuanto cruzamos el umbral. Luché contra el impulso de taparme los oídos. La música sonaba a todo volumen y las risas estridentes rebuznaban. El sudor rancio y el alcohol asaltaron mi nariz. Saboreé el brillo de labios de uva artificial de Kayla.

—Cierra la puerta detrás de nosotros, niña. —Noel salió de la habitación. Kayla asintió y obedeció como un robot borracho.

La puerta se cerró; la llave se deslizó a su sitio. Y nos pusimos en marcha.

Jai se abrió paso entre la multitud, su agarre de mi mano sudorosa rozaba el dolor. El calor del cuerpo de Noel me abrasaba la espalda mientras me ponían entre ellos. Luchamos a través del vasto océano de universitarios intoxicados, y agradecí el firme agarre de Jai y la mano de Noel en mi cadera. Sin ellos, me habría derrumbado bajo el peso de mi ansiedad.

En unos instantes, nos quedamos atrapados en medio de la pista de baile y Jai maldijo. Juré haber oído un áspero «Moveos». Y, contra todo pronóstico, la masa se separó como el mar Rojo. Se abrió un delgado sendero y nos precipitamos por él.

En el momento en que salimos tambaleándonos por la puerta principal, la gravedad del encuentro me golpeó como una carga de ladrillos. Mi cuerpo tembló con violencia. Los nervios recorrían mi organismo. La acera se ondulaba bajo mis pies. La vista se me nubló. ¿Me estaba dando un ataque?

Jai me soltó la mano y tropecé por mi propio peso mientras mis salvadores se enfrentaban entre sí. El aire vibraba con malicia.

—¿En qué demonios estabas pensando? —Los ojos de Noel brillaron. Su tono claro se oscureció hasta volverse púrpura cuando empujó el hombro de Jai.

Él lo empujó hacia atrás, lanzándole una mirada asesina.

—Ah, no lo sé. Supongo que te he dejado a ti la tarea de pensar para poder actuar.

—¿Actuar? No puedes interferir cada vez que hace algo que no te gusta.

—No ha podido decidir, y lo sabes. —Jai clavó su dedo índice en el pecho de Noel. Él apartó la mano con un sonoro manotazo mientras fruncía los labios.

—No tenías derecho...

—Tenía todo el derecho. —Jai invadió el espacio de Noel hasta que estuvieron nariz con nariz. Noel ni se inmutó—. Estaba aterrado.

La convicción de Noel vaciló, sus ojos se desviaron.

—Tal vez solo estaba nervioso.

¡Un momento! ¿Estaban hablando de mí?

—No la quería. —Jai cruzó los brazos sobre el pecho con una obstinada inclinación de la barbilla.

Impaciente, Noel levantó las manos como si tratara con un niño testarudo.

—No tendríamos habernos entrometido. Se supone que no debemos...

—Se supone que no debemos hacer muchas cosas, pero no parecías tan reacio a romper las reglas cuando jugabas a sus malditos juegos de ordenador. —Jai sonrió victorioso mientras Noel se encogía, con la culpa revoloteando por sus suaves facciones.

Vale, pues sí que estaban hablando de mí.

Olvidado por su discusión, retrocedí. Mis oídos pitaron y oscurecieron sus palabras gritadas, y aproveché su distracción para escapar. Hui de la música y las risas de los borrachos, de los gritos acalorados de mis dos nuevos casi amigos.

El *shock* me cubrió como una manta, adormeciéndome frente al miedo y la confusión que se arremolinaban en mi cuerpo. El fantasma de las manos de Kayla en mis caderas y el sabor de la uva artificial en mi lengua me nublaron la vista con lágrimas. Para huir de mis crecientes pecados, corrí.

CAPÍTULO SIETE



LOS PULMONES ME ARDÍAN en busca de oxígeno. Cojeé hacia el edificio de mi residencia, con la punzada en el costado y quejándome a cada paso. No era precisamente del tipo atlético, y parecía un pez fuera del agua mientras me tambaleaba hacia la entrada principal, jadeando. Mi improvisada rutina de ejercicios se fundió con mi vergüenza y tragué bilis.

Había ido a una fiesta y había permitido que una chica me besara, que me tocara. Estaba sucio, manchado; necesitaba limpiarme. Necesitaba arrodillarme ante mi cama y suplicar perdón. Era un chico vil y malvado. Enfermo, malvado, asqueroso...

—Disculpe.

Una sombra se movió en el callejón entre los dos edificios de dormitorios, y un grito vergonzoso estalló en mi boca mientras me arrancaban de mi diatriba autodespectiva. Con la mano en el corazón maltratado, me enfrenté al desconocido que estaba envuelto en sombras. La brisa otoñal me agitaba el pelo. Se me revolvieron las tripas de miedo irracional y me entraron ganas de salir corriendo, maldita punzada en el costado.

—Disculpe, parece que me he perdido. ¿Podría ayudarme? —preguntó el hombre, con los ojos brillantes bajo la luz mortecina de la farola.

Ahuyenté el presentimiento, aunque mis instintos me pedían cautela.

—Sí, claro.

—Te lo agradezco mucho. Siempre he sido bastante inútil en lugares desconocidos. —Su risita forzada me crispó los nervios.

Esperaba que se acercara a mí, pero se quedó justo dentro del callejón. Disimulé mi enfado y avancé arrastrando los pies.

—¿Adónde necesita ir?

Al acercarme, la oscuridad se disipó y la luz de la luna se reflejó en su brillante cabeza calva. Sus rasgos eran anodinos, desde sus sencillos ojos marrones hasta su poco marcada barbilla. Su aspecto era absolutamente olvidable, pero mi instinto de supervivencia se puso en marcha en cuanto su mirada se cruzó con la mía.

—¿Adónde necesita ir? —repetí cuando no hizo más que mirarme.

El asombro tiñó su expresión por un momento antes de que una inquietante sonrisa curvara sus labios.

—Pensaba que eras una chica. Aunque, en realidad, no importa.

Fruncí el ceño.

—¿Cómo dice?

Ignoró mi indignación e inhaló profundamente, saboreando el aire. Su cuerpo se puso rígido.

—Peculiar. —Ladeó la cabeza con curiosidad—. Eres un regalo inesperado. Ven aquí, niño.

Crucé los brazos sobre el pecho y me di media vuelta.

—Escuche, señor...

Rápido como un rayo, se movió. Un puño se enredó en mi camisa y me arrastró al callejón. Amortiguó mi grito de alarma con una mano sobre mi boca mientras luchaba en vano contra su fuerte agarre. El penetrante olor a azufre y ceniza me penetró por los poros. A nivel celular, mi cuerpo se rebeló.

Mi espalda chocó con la pared de ladrillo y sus dedos rodearon mi garganta para inmovilizarme. Grité en su palma. Él se inclinó a mi altura con las pupilas dilatadas. La esclerótica de sus ojos sangraba enrojecida y sus labios se entreabrieron sobre unos colmillos relucientes donde deberían haber estado sus incisivos. Afilados como cuchillas, se alargaron ante mis ojos, y mi fino hilo de cordura se rompió.

Aquello no era real. No podía ser real. Los vampiros era un mito, material de leyenda, y mi mente no era de fiar. Estaba estresado y experimentando otra crisis psicótica. Sí, eso era lo que estaba pasando. No era real. Por favor, ¡que no sea real!

—Qué agradable sorpresa, encontrarme con semejante manjar. —Gruñó, el sonido más animal que humano—. Ni siquiera estoy seguro de lo que eres, pero tengo la sensación de que vas a tener un sabor divino.

Cada uno de mis forcejeos fue respondido con una fuerza inquebrantable. La mano en mi garganta me cerró las vías respiratorias y me elevó hasta que mis pies colgaron del suelo. No podía gritar. Apenas podía respirar. Dios mío, la noche estaba siendo horrible.

Las lágrimas corrían por mis mejillas mientras me ahogaba y yo balbuceaba. La criatura se deleitó con mis sollozos ahogados y mi estómago se contrajo cuando algo caliente y húmedo se deslizó por mi garganta: su lengua. Sus penetrantes colmillos me arañaron la yugular y mis patéticos gemidos se convirtieron en llanto. Iba a matarme. Iba a morir.

—Te diría que no gritaras, pero disfruto mucho haciéndoos gritar. —Me lamió el punto exacto en el que se notaba mi pulso. Cerré los ojos y rogué por un milagro—. Por supuesto, niño. Grita para mí.

Unos colmillos como agujas se hundieron en mi garganta, rasgando piel y tejido. La agonía me desgarró; el ácido quemó mi sangre, desintegrando mis arterias. Músculos y tendones se derritieron. A medida que mi carne se disolvía, los huesos de mi cuerpo se hacían añicos. Mi visión se oscureció, cegándome a todo menos al dolor.

Y grité.

Lo que me parecieron años después, emergí del sufrimiento eterno con el sonido más hermoso que jamás había oído: un gruñido áspero que reconocí.

—¡Quita tus sucias garras de mi discípulo!

Cuando el vampiro me liberó de su mordisco, mi cabeza se inclinó hacia un lado y gemí. Con las lágrimas nublándome la vista, apenas conseguía entender la imagen que tenía ante mí. Jai estaba de pie en la entrada del callejón, con los ojos encendidos de ira y el rostro transformado. Pero lo que me aterrorizaba más que la promesa de asesinato en su expresión y las dos espadas que empuñaba eran las dos enormes alas de ébano de su espalda.

Espera, ¿qué?

Las alas de medianoche se agitaron, la luz de la luna centelleó en los iridiscentes penachos mientras Jai se adentraba en el callejón. Su cuerpo brillaba con furia vengativa, los ojos negros y

feroces. Dos espadas de ónice con empuñaduras plateadas brillaban en sus manos. Era la aterradora imagen de un ángel vengador bíblico. Temblé ante su ira.

El monstruo me soltó y mis rodillas se doblaron bajo mi peso. Caí al suelo y me llevé por instinto la mano al cuello herido. Mis dedos se mancharon de sangre caliente.

—Vaya, vaya, vaya, si el sangre de barro tiene su propio guardián. —La criatura se lamió los labios manchados de sangre—. Aunque, por tu olor, supongo que no eres más que un secundario. ¿Dónde está tu otro?

—Aquí mismo. —Noel estaba al otro lado del callejón, por lo que habían encajonado al vampiro entre Jai y él. Su largo cabello se enroscaba en una trenza sobre su hombro, y unas alas blancas como la nieve crujían a su espalda—. Prepara tu alma ennegrecida para las profundidades del Seol, demonio, porque allí es exactamente dónde te enviaremos.

Con una carcajada maniaca, el demonio vampiro clavó sus ojos rojos en Noel y luego en Jai.

—¿De verdad creéis que podéis enfrentaros a mí sin vuestro primario?

—Míranos —respondieron al tiempo.

Se agacharon y se pusieron en la misma posición defensiva mientras dos espadas aparecían en las manos de Noel. Tal y como esperaba, eran lo contrario de las negras y brillantes de Jai, hechas de ópalo resplandeciente con empuñaduras de plata. Más largas que mi brazo y terriblemente afiladas, las hojas parecían brillar con la misma energía que emanaba de los ángeles en oleadas.

El demonio se rio y sacó una espada de la nada. Miró a los ángeles con perverso deleite.

—Esto va a ser muy divertido

Jai y Noel se movieron al mismo tiempo: se abalanzaron hacia delante y blandieron sus armas en arcos paralelos. El demonio esquivó los golpes con una rapidez inhumana. El metal tintineó al comenzar la lucha y yo me encogí contra la pared de ladrillo.

En un callejón del campus de mi universidad había una pelea de espadas entre dos ángeles alados y un monstruo-demonio-vampiro. Si antes no estaba muy seguro de haber perdido la cabeza, ahora sí. Me había vuelto oficialmente loco.

Jai y Noel se movían sincronizados, girando y dando vueltas el uno alrededor del otro, como en una coreografía. Como si supieran dónde iba a estar el otro antes de moverse, se agacharon y zigzaguearon mientras atacaban a la criatura siseante del infierno. Grácil como un bailarín, Noel bailó en círculos alrededor del demonio y Jai se lanzó con fluida agilidad, sus espadas silbando en el aire. Pero, por muy bien que trabajaran juntos, ninguno de los dos dio en el blanco.

Al parecer, el demonio era igual de hábil con la espada. Bloqueó cada golpe de los ángeles, defendiendo sus dos flancos. A medida que la lucha se acaloraba, sus movimientos se aceleraban y se convertían en sombras borrosas en la noche.

El metal chirriaba contra la piedra y el poder surcaba el aire como un trueno. Jai y Noel volaron hacia atrás, repelidos por una fuerza invisible. Aterrizaron en cuclillas, con el pecho agitado por el esfuerzo.

El demonio se pasó el pulgar por un corte poco profundo de la mejilla y la sangre manchó su piel de negro. Hizo crujir su cuello y suspiró.

—¿Ya estáis cansados, pequeños guardianes? —El demonio blandió su pesada espada, como si tuviera todo el tiempo del mundo para perder—. Qué lástima. Esperaba pelear un poco más.

—No serás tan engreído cuando te separe la cabeza de los hombros, cabronazo. —Jai enseñó los dientes mientras se ponía en pie, y Noel lo imitó. Su mirada ansiosa revoloteaba sobre mí cada poco.

—Déjame decirte cómo va a acabar esto —el demonio señaló a Jai—: voy a matarte; porque

me resultas insoportable. —Arrastró su dedo hacia mí, y gemí—. Después dejaré seco a tu pupilo. Y entonces solo quedaremos tú y yo. —Su atención terminó con Noel, una sonrisa inquietante partió su boca—. Se me ocurren varios juegos divertidos a los que podremos jugar. Eres tan guapo...

El bello rostro de Noel se transformó en una mueca de asco cuando un grito de indignación salió de sus labios. Blandió sus espadas preparándose para atacar, pero fue Jai quien gruñó como un animal.

—Tócale un pelo de la cabeza y te destriparé con una cuchara. —La gélida amenaza de Jai fue respondida con una risita despreocupada.

—Uy, qué posesivo eres. —La sonrisa voraz del demonio se ensanchó—. ¿Temes que disfrute más chupándome la polla a mí que a ti?

Se hizo un segundo de silencio entre ellos, tan pesado que podría haber oído caer un alfiler, y luego se rompió con un rugido furioso. Noel se iluminó como un letrero de neón, con un brillo etéreo casi cegador, mientras se abalanzaba sobre el demonio. El grito de alarma de Jai se perdió en el caos cuando el demonio confrontó el ataque de Noel.

El ángel oscuro saltó a la refriega, pero el daño ya estaba hecho. Jai y Noel habían perdido el ritmo. Desincronizados, estuvieron a punto de golpearse entre sí tantas veces como de asestar golpes al demonio. Jai tuvo que esquivar tanto la espada ancha del demonio como las espadas de ópalo de su compañero.

Perdieron terreno con rapidez, y no pude hacer otra cosa que observar con creciente horror cómo el demonio descargaba una estruendosa patada en el pecho de Noel. Con un ensordecedor crujido de huesos, voló hacia atrás. Jai se concentró en su compañero, con los ojos muy abiertos y expresión atormentada.

—¡No...! —El grito de Jai se cortó con un ahogo húmedo cuando el demonio giró y hundió su espada en el estómago de Jai hasta la empuñadura.

Él jadeó, sus ojos se abrieron de par en par, confusos, mientras estudiaba el arma incrustada en sus entrañas. Como si se le acabara de ocurrir, el vampiro sacó la espada del torso de Jai. Noel gritó. Me tapé la boca con la palma de la mano para ahogar mi propio gemido de horror.

Con una tos húmeda, Jai se desplomó.

—Gideon, ¿dónde estás? —Sus palabras confusas se apagaron mientras la saliva sanguinolenta goteaba de la comisura de sus labios.

Con un temible grito de guerra, la luz de Noel creció en intensidad e iluminó el callejón hasta que este brilló como el mediodía. Levantó una mano, con la palma hacia fuera; su rostro era una máscara de venganza.

Jai gimió y se desplomó cuando sus ojos oscuros se encontraron con los míos.

—Riley, corre.

Congelado por el miedo y el *shock*, era incapaz de moverme, y mucho menos de obedecer su orden. Cerré los ojos para proteger mis retinas de la luz cegadora de Noel. Sentí la onda expansiva, la explosión de poder que atravesaba el callejón como un huracán. Y, después, nada.

Cuando abrí los ojos, Jai estaba donde había caído, con las manos ensangrentadas taponándose la herida. Noel se desplomó en el suelo, una palidez mortal cubría su piel. Las alas blancas y negras se fundieron con la espalda de los ángeles hasta que volvieron a parecer humanos. El demonio gimió, enderezándose hasta alcanzar toda su estatura. Como una víctima de quemaduras solares de segundo grado, su piel estaba roja y ampollada, pero seguía vivo.

—Un truco muy elegante. Pero no te salvará.

El demonio avanzó hacia Noel, que retrocedió como un cangrejo, con un miedo desmedido

coloreándole la cara. Jai emitió un sonido desgarrador, como el de un animal herido, mientras luchaba por ponerse en pie. Y yo luché por encontrar dónde agarrarme al tiempo que un impulso irracional de proteger a Noel crecía en mi interior.

—Bonito angelito —arrulló el demonio, que levantó a Noel por el cuello y lo estampó contra la pared—. Serás una buena mascota.

—Que te jodan —graznó Noel. Intentó alejarse del demonio mientras este presionaba el cuello con su nariz.

—Todo el mundo se rompe con el tiempo. Disfrutaré destrozándote. —La criatura inhumana acarició la garganta de Noel. Su coraje se resquebrajó y el terror ocupó su lugar.

Jai tropezó en su intento de levantarse, de acortar la distancia entre su compañero y él. La determinación endureció sus facciones, pero su herida frustró sus intentos de salvarlo.

—No-Noel. —Cayó sobre manos y rodillas, tosiendo sangre.

Yo no era un luchador, no había dado un puñetazo en su vida, pero no podía quedarme de brazos cruzados. Jai se desangraba. Noel estaba a punto de morir a manos de un monstruo cruel. Tenía que hacer algo.

Cuando por fin conseguí ponerme en pie, la sangre se me concentró en los dedos de los pies. Me incliné hacia un lado, manteniendo a duras penas el equilibrio. La cabeza me daba vueltas y la vista se me oscurecía. Se me revolvió el estómago, me apoyé en la pared y vomité. Sí, iba a salvar el día, sin duda.

En cuanto me enderecé y me limpié la bilis de los labios, ocurrieron varias cosas a la vez. Jai y Noel sacudieron la cabeza hacia la entrada del callejón. El demonio se quedó congelado. Se me erizaron los pelos de los brazos cuando una luz centelleó y una abrumadora oleada de poder crepitó en el aire. Segundos después, un hombre monstruoso salió de entre las sombras.

Con el cuerpo resplandeciente, estudió la situación con el ceño fruncido mientras unas alas doradas se extendían a sus espaldas, abarcando todo el ancho del callejón. Unas espadas doradas aparecieron en sus manos, y el demonio soltó al instante a Noel y retrocedió. No lo culpaba. El recién llegado era aterrador.

—Has atacado a mi discípulo y has herido a mis dos secundarios. O eres increíblemente estúpido, o eres un suicida. —Su profunda voz resonó, cargada de autoridad y desaprobación. Se alzaba sobre el demonio y los otros ángeles, con sus anchos hombros y abultados bíceps, que tensaban la tela de su camisa abotonada. Al ser tan corpulento, trotaba más que caminaba, y avanzó hacia el demonio con pasos decididos y, al mismo tiempo, elegantes.

El pelo rubio oscuro se le enroscaba en ondas alrededor de las orejas, y sus ojos verdes y brillantes destellaban prometiendo destrucción.

—No puedo curar tu falta de inteligencia —blandió una de sus espadas doradas—, pero puedo hacer que se cumpla fácilmente tu deseo de morir.

El demonio enseñó los colmillos y siseó, alzando su espada ensangrentada.

—Te mataré como he matado a tus patéticos secundarios.

Una sonrisa fugaz asomó en las comisuras de la boca del dios griego, un hoyuelo apareció en su mejilla derecha.

—Ya veremos.

El atuendo informal de oficina del ángel no le impedía blandir sus armas, y su corbata se mecía en el aire mientras respondía al ataque del demonio con una agilidad sorprendente para alguien de su tamaño. Sus mocasines no tardaron en mancharse de tierra y temí por el futuro de sus pantalones. Él y el demonio se rodeaban el uno al otro.

Cuando ambos se enfrentaron, Noel, apretando los dientes, se arrastró para apartarse y

acercarse a un Jai apenas consciente. El ángel y el demonio luchaban con habilidad y fervor; maldecían y rugían durante el entrechocar de las espadas. No pude seguir sus movimientos demasiado rápidos y me centré en Noel y Jai.

—Ya era hora de que llegara, el cabrón. —Las fuerzas de Jai menguaron y cayó al suelo. Noel se apresuró a cogerlo.

—Eh, quieto. Te tengo. —Noel levantó a Jai en su regazo casi sin esfuerzo, medio sujetándolo, medio apoyándolo en él—. No te atrevas a morirte encima de mí, capullo egoísta.

—¿Capullo? Que me he puesto en el camino entre una espada demoníaca y tú, gilipollas —espetó Jai, y Noel resolló.

—Sí, y ahora eres tú el que tiene un agujero en las tripas. Eso te convierte en un capullo, capullo.

Una risita débil raspó la garganta de Jai, y Noel le inclinó la cabeza para que la descansara sobre su hombro.

—Que te jodan.

—No eres mi tipo. Ese demonio está loco si piensa que me acercaría a tu basura. —Noel jadeó mientras su frente se pegaba a la de Jai.

—Seguro que sabes cómo engatusar a un chico, ¿no? —Jai soltó otra carcajada—. Me sorprende que consigas citas.

Noel se rio, con un sonido débil y etéreo.

—Cállate y deja que te cure.

—No lo hagas, No. Esa explosión de energía te ha afectado. Me pondré bien.

—¿Siempre tienes que ser tan terco? Todavía estás sangrando. Deja que te cure. —Noel fulminó con la mirada a Jai, pero el moribundo le mostró a Noel su dedo corazón.

—Si me curas, podrías morir. Si mueres, tendré que arrastrar tu alma desde Elysium para poder matarte yo mismo —refunfuñó, aunque se relajó en el abrazo de Noel—. Joder, yo no... Mierda. —Sus ojos se pusieron en blanco y su cuerpo se quedó laxo.

Con un suspiro exasperado, Noel cogió entre las manos las pálidas mejillas de Jai.

—¿Jai? Jairo. Por los santos y los pecadores, lo que tengo que soportar.

Noel dejó caer una mano sobre la herida de Jai y sus cuerpos brillaron con luz etérea. Una cinta blanca brotó de la palma de su mano y se enroscó alrededor de Jai; la luz que los envolvía palpitaba a un ritmo constante. Noel palideció y perdió cualquier atisbo de color que hubiera conservado. Sus labios carnosos se secaron y agrietaron. Las bolsas de sus ojos se oscurecieron hasta volverse negras y su pelo pareció marchitarse.

Mientras Noel se debilitaba, Jai se fortalecía. Sus mejillas aceitunadas se sonrojaron y la hemorragia disminuyó. No podía ver la herida, pero el charco de sangre en el pavimento dejó de crecer. Noel estaba curando a Jai, intercambiando su salud física de un modo literal. Era extraño y hermoso.

Terminó en apenas unos instantes. La cinta que serpenteaba alrededor del torso de Jai volvió a deslizarse hasta la mano de Noel y, sin más, ambos se desplomaron, inconscientes.

—¿J-Jai? ¿Noel? —Me arrastré por el suelo, mis dedos se deslizaron sobre la chaqueta de cuero de Jai.

Un grito ensordecedor captó mi atención, y me giré a tiempo para ver cómo el enorme ángel hundía sus dos espadas en el pecho del demonio.

—Si de algún modo te arrastras fuera de las entrañas del Gehena, te sugiero que no vuelvas a acercarte a mis muchachos.

Con un gruñido, arrancó ambas espadas del cuerpo del demonio y lo decapitó. La cabeza

rebotó por el cemento, rodando como un balón de fútbol, hasta que se detuvo a dos metros de donde yo estaba arrodillado en el suelo. Tanto la cabeza como el cuerpo crujieron y temblaron, y luego estallaron en polvo. La brisa se llevó las cenizas, como si el demonio nunca hubiera existido.

Fui apenas consciente de que el desconocido se acercaba con fuertes pisadas. Se agachó ante mí. Incluso lo más encorvado posible, era enorme. Mi mirada se encontró con la suya mientras otra lágrima recorría mi mejilla.

Su mirada fija se clavó en la mía y me invadió un aroma embriagador a menta. Menta y sol. Algo me golpeó la memoria, pero no conseguí entenderlo.

El desconocido —que no era un desconocido en absoluto porque de algún modo, de alguna manera, ya nos conocíamos— me levantó la barbilla con la yema del dedo índice.

—Riley, ¿estás bien?

—Te conozco —murmuré mientras se me nublaba el cerebro. Luego, la oscuridad se apoderó de mí y me entregué con gusto a la paz de la inconsciencia.

CAPÍTULO OCHO



ME DESPERTÉ CON EL horrible sabor a uva artificial en la parte posterior de la lengua y el sonido de voces que gritaban en un idioma que no reconocía. No estaba aturdido ni confuso. Mi mente cobró vida de inmediato al repasar los acontecimientos que me habían llevado a la inconsciencia: música a todo volumen, cuerpos sudorosos bailando a su compás, la mano de Kayla en la parte delantera de mis vaqueros. Ojos rojos, alas blancas y negras, espadas chocando en la noche, el olor de la menta fresca. Lo recordaba todo.

Me dolía el cuerpo, pero lo peor era sentir el fantasma de los colmillos del demonio atravesándome la piel. El cuello me palpitó con rabia. Como si fuera un anciano, mis huesos crujieron y mis músculos agarrotados se quejaron cuando me desperté un poco más. Y por fin conseguí abrir los ojos.

Un atrapasueños colgaba sobre mi cabeza. Los hilos multicolores se enredaban en un complicado diseño mientras giraba sobre mí. El abrumador aroma a lilas flotaba en el aire y estornudé al sentarme en una cama que no era la mía, en una habitación que nunca había visto.

Las paredes estaban llenas de dibujos y pinturas, y, en un rincón, junto a la ventana, había un caballete con un lienzo a medio terminar. En el espacio que quedaba junto a la pared del fondo había un banco de arte, y me sorprendió el caos de su superficie. Había tubos de acrílicos esparcidos por la mesa, tazas volcadas llenas de lápices de dibujo y cajas de carboncillo abiertas, cuyos trozos espolvoreaban la madera con hollín negro.

Mi necesidad neurótica de tener orden me exigía arreglar aquel caos. Me levanté de la cama de matrimonio, que apenas cabía en la pequeña habitación, y me llevé las manos a los costados. A juzgar por el aroma floral que desprendían las sábanas por las que me había arrastrado, estaba en la habitación de Noel. Me moví con cuidado por el suelo desordenado, asegurándome de no tropezar con la ropa esparcida por la alfombra clara. Noel debía de ser muy desorganizado.

Al acercarme a la puerta, la tela de mis caderas se deslizó por mis piernas y me quedé boquiabierto ante la extraña ropa que cubría mi cuerpo. Unos pantalones de chándal blancos demasiado grandes se sujetaban a la de manera precaria y una camiseta negra me cubría el torso; el cuello caía por un hombro y dejaba ver un vendaje de gasa.

Alguien, que casi seguro que era el desconocido rubio, me había cambiado de ropa y vendado la herida. La angustia se apoderó de mi pecho al pensar que me había desvestido mientras estaba inconsciente, y suspiré aliviado al mirar debajo del chándal y descubrir que aún llevaba los calzoncillos. En realidad, no creía que aquel hombre fuera a hacerme daño, pero no dejaba de ser

desconcertante. Nadie me había visto sin ropa, salvo algunos padres adoptivos y la señora Janet... Y, ahora, el dios griego que decapitaba demonios como pasatiempo.

El recuerdo de la cabeza rebotando por el suelo como una pelota de voleibol me hizo estremecer de repulsión. Debía de haber sido un sueño. Eso, o había perdido oficialmente la chaveta. No sería la primera vez, desde luego, pero recé para que no fuera así. No quería volver al hospital.

Tal vez estaba alucinando. Los traumas tienden a provocar eso, ¡y el fiasco con Kayla no había sido otra cosa que traumático!

Las voces aumentaron de volumen y de nuevo llamaron mi atención hacia la puerta entreabierta. Me até los pantalones de chándal lo más fuerte posible y apreté la cintura con el puño. Con cautela, empujé la puerta y me asomé a un estrecho pasillo.

Reconocí el tono lírico de Noel y el áspero barítono de Jai, pero no los vi. Supuse que estaban en la zona común, en un extremo del pasillo, así que me arrodillé con las piernas abiertas en el umbral de la habitación de Noel mientras pensaba qué hacer.

Frente a mí había una puerta abierta. Una tercera estaba cerrada a mi derecha, en el otro extremo del pasillo. El grave timbre del hombre de las alas doradas retumbó por todo el apartamento. Aproveché que estaba distraído y me acerqué con todo el sigilo del que fui capaz a la tercera puerta y moví el pomo. Cerrada.

Vale, esa no debía ser la salida. Huir por la noche descalzo y vestido con ropa demasiado grande no era un buen plan. Sin embargo, la lógica dictaba que huyera de los hombres extraños que había al final del pasillo.

Para ser sincero, no había nada en mí que me hiciera sentir inseguro en su presencia, pero la voz de mi cabeza, que sonaba demasiado a la señora Janet, me decía que me largara de allí: eran prácticamente unos desconocidos y estaba atrapado en su apartamento.

«Pero, si hubieran querido hacerte daño, ya lo habrían hecho». La idea se me metió en la cabeza y se negó a desaparecer. Dejé que calmara el miedo que me atenazaba el pecho mientras caminaba de puntillas sobre la alfombra.

Al detenerme ante la puerta abierta que había frente a la habitación de Noel, no conseguí resistirme a la curiosidad y asomé la cabeza. La habitación era un poco más pequeña y estaba más ordenada. Sin una ventana que iluminara el espacio, no distinguí muchos detalles, aparte de la ropa de cama desarreglada y la sombra de una cómoda alta frente a la cama. En una de las paredes había un teclado electrónico flanqueado por dos fundas de guitarra, una dura y otra blanda. El olor del tabaco de Oriente Medio de Jai llenaba el ambiente.

Avergonzado por mi descarado fisgoneo, retrocedí fuera del pequeño dormitorio y reuní mi escaso valor mientras me enfrentaba al pasillo. Las sombras se deslizaban por las paredes a medida que los cuerpos se movían, y las voces, aunque agitadas, sonaban más apagadas que antes. Si iba a hacer una gran entrada, no había mejor momento que ese.

No estaba seguro de lo que iba a encontrarme al final del pasillo, pero esconderme en las sombras no era una opción. Además, aún dudaba de si era un sueño o estaba pasando de verdad. Si era un sueño, podría hacer lo que quisiera, ¿no?

Con eso en mente, avancé arrastrando los pies. Agarré bien los pantalones de chándal en mi puño para asegurarme de que no se deslizaban por mis piernas. Imaginé que tenía un aspecto bastante llamativo, nadando en una tela demasiado grande para mi cuerpo, vendado y magullado, con el pelo alborotado, mientras me movía con timidez por el pasillo.

Solté un suspiro tembloroso y entré en el salón principal del apartamento. Tenía muy pocos muebles: un gran sofá en forma de ele, un televisor de pantalla plana colgado en la pared y una

enorme mesa de centro cuadrada. Había taburetes debajo de la barra que separaba la cocina del salón. Las puertas acristaladas del patio daban a un pequeño jardín en penumbra. Aún era de noche, o muy temprano por la mañana.

Observé todo aquello en los primeros segundos antes de dirigir mi atención a los tres hombres que ocupaban la habitación.

Noel era el que estaba más cerca de mí: se había deshecho la trenza y el pelo blanco y suelto le caía sobre los hombros en mechones vaporosos. Llevaba unos pantalones de chándal blancos iguales a los míos, una camiseta rosa y, lo mejor de todo, unos calcetines con los dedos de los pies de los colores del arcoíris. Con la cadera ladeada, cruzó los brazos sobre el pecho y frunció el ceño mientras el tercer hombre, el que no tenía nombre, seguía hablando en un idioma extranjero y melódico.

De espaldas a mí, tenía una vista perfecta de los anchos hombros y la musculosa espalda del dios griego. La tela de su camisa azul de manga larga se extendía sobre su voluminoso torso y se arremolinaba donde el dobladillo se unía a sus pantalones cargo. Cuando cambió el peso de pie, capté un destello de piel dorada.

Al otro lado de la habitación, Jai estaba tumbado en el sofá con unos pantalones de pijama oscuros y, para mi vergüenza, nada más. Una venda blanca le envolvía el torso desnudo, donde lo habían apuñalado. Tinta negra le cubría la parte superior de los hombros y el lateral del cuello, dejando entrever un tatuaje en la espalda.

Por alguna extraña razón, se me secó la garganta al examinar su musculoso pecho. Una fina mata de vello oscuro se extendía por sus pectorales, que desaparecía bajo el vendaje para reaparecer en un rastro más oscuro y espeso en el espacio entre la gasa y sus pantalones. El corazón me dio un extraño vuelco y aparté la mirada de su piel desnuda.

No es que nunca hubiera visto hombres sin camiseta. Sin embargo, mi pecho se contrajo mientras la piel de gallina se extendía por mis brazos. Ah, jopé. ¿Estaba enfermo? ¿Me había infectado el vampiro con alguna enfermedad rara?

Mis preocupaciones internas se desvanecieron cuando la voz de Hércules se apagó y volví a centrarme en los tres hombres de la habitación. Jai y Noel me miraban directamente y el dios griego de los Ejércitos se volvió para seguir sus miradas. Sus sombríos ojos verdes se encontraron con los míos y me tensé. Su mirada era penetrante e intrusiva, como si pudiera ver dentro de mi alma como una radiografía, y al final tuve que desviar la mirada hacia la alfombra. Era una presencia imponente, intimidante y poderosa. Aunque sabía por instinto que estaba de mi parte, me replegué sobre mí mismo para parecer pequeño y nada amenazante.

—¿Riley? —Noel inclinó su ágil cuerpo en mi dirección mientras su mirada incolora exploraba cada centímetro de mí—. Lo siento. ¿Te hemos despertado?

De repente, sin palabras, me encogí de hombros y me tragué el nudo que tenía en la garganta.

Jai se levantó de su asiento con una mueca, y sus pantalones cayeron sobre sus caderas, mostrando la cinturilla de sus bóxer negros.

—¿Cómo estás, *shortstack*?

—Yo, eh, yo... —Levanté la cabeza e hice contacto visual durante una fracción de segundo antes de desviar la mirada—. He fisgoneado tu habitación. Lo siento.

Con una carcajada, Jai apoyó las manos en las caderas y sonrió.

—Puedes fisgonear en mi habitación cuando quieras, Riles.

—Mi habitación también está siempre abierta para fisgonear. —Noel soltó una risita, acomodándose un mechón de pelo detrás de la oreja—. Y aunque Gideon es un cascarrabias, estoy seguro de que haría una excepción contigo.

El semidiós rubio —Gideon, al parecer— trató de disimular su diversión, pero la boca se le torció. El fantasma de su hoyuelo adornó su mejilla durante un breve instante y su sonrisa ladeada relajó las duras líneas de sus rasgos. Parecía años más joven, menos asustadizo, pero la expresión desapareció tan rápido como había llegado.

—Lo creas o no, no me gusta que me llamen amargado —le reprendió Gideon, con una ceja enarcada, antes de mirarme a mí—. Me alegro de volver a verte, Riley.

Su voz profunda vibró por todo mi cuerpo y provocó cosas raras en mi estómago cuando dijo mi nombre. Incapaz de formar un pensamiento coherente, asentí con un gruñido estrangulado.

—¿Te encuentras bien, cielo? —Noel señaló el vendaje de mi cuello y automáticamente me aparté de su mano. Se le descompuso la cara y se llevó las manos a la espalda—. No vamos a hacerte daño. Jamás te haríamos daño.

En el fondo, lo sabía. Lo sentía en mis entrañas.

«Pero los viejos hábitos nunca mueren».

—Lo siento —susurré, apretando las manos para frustrar su deseo de jugar con lo que supuse que era la camisa de Jai.

Gideon se acercó a mí con movimientos lentos pero deliberados.

—¿Puedo? —Señaló la gasa que tenía pegada al cuello y se me hizo un nudo en el estómago.

Tragué saliva, asentí con la cabeza y Noel corrió por la habitación para coger un taburete mientras Gideon se detenía ante mí.

—Toma. —Aceptó el taburete de Noel y lo puso a mi lado—. Deberías sentarte. Estás un poco pálido.

Ahora que lo mencionaba, me di cuenta de que estaba mareado. Y me subí, agradecido, al taburete que me habían dado. Se me blanquearon los nudillos al agarrarme al borde, y me obligué a no huir mientras Gideon se cernía sobre mí. Me dedicó una sonrisa tensa pero tranquilizadora y me despegó la cinta adhesiva de la piel.

Para distraerme, observé a Jai.

—¿Estás bien?

Se miró el torso vendado y resopló.

—Solo una herida superficial. —Hizo caso omiso de mi preocupación, como si fuera algo cotidiano que un vampiro le apuñalara las tripas. Hasta donde yo sabía, quizá lo fuera.

Aun así, yo no estaba muy convencido, pero me guardé mis dudas. Gideon me quitó la venda y se la entregó a Noel. Unos dedos gruesos y ardientes se posaron en mi cuello. Di un respingo y casi me caí del asiento. Gideon me agarró los brazos con dos manos enormes.

—Lo siento. —Me sonrojé mientras le permitía centrarme en el taburete.

—No pasa nada. No hace falta que te disculpes.

Al parecer, él había entendido que yo era muy reactivo al tacto, porque se retiró y continuó su revisión con las manos libres. Mortificado por mi reacción, bajé la cabeza y me aferré a los cordones del chándal de Noel. Después de unos segundos, Gideon dio un paso atrás y por fin, a través de mis labios temblorosos, solté el aliento que había contenido.

—Te estás curando bien. ¿Te duele algo? —Gideon se inclinó para captar mi mirada errante y yo negué con la cabeza. Me dolía el cuerpo, pero el dolor no era intenso.

Me palpé el cuello, donde el demonio me había mordido, pero me sorprendió no encontrar pruebas de la herida. Dos puntitos de piel levantada eran el único indicio. ¿Cómo era posible?

—Gid te curó para detener la hemorragia. —Jai respondió a mi muda pregunta.

—Ah. —Le mostré a Gideon una débil sonrisa—. Gracias.

Él agachó la cabeza como respuesta sin palabras.

Un silencio incómodo se instaló en la habitación y el peso de sus miradas me aplastó los hombros mientras me mordía el interior de la mejilla. Noel se inclinó hacia mí como si lo único que quisiera fuera envolverse en un fuerte abrazo. Jai soltaba pequeñas pedorretas entre sus finos labios y tamborileaba los pulgares contra los muslos siguiendo un ritmo pegadizo. Gideon me observaba con aire expectante.

—Así que... —me aclaré la garganta— tenéis alas, ¿eh?

Jai y Noel se rieron, y Gideon asintió.

—Sí, las tenemos.

—¿Y lucháis contra vampiros?

—Los vampiros no son reales —resolló Jai, y negó con la cabeza—. Eso era un demonio.

Le lancé una mirada interrogante a Gideon.

—¿Un demonio?

Gideon asintió.

—Sí. Pido disculpas en nombre de mis inútiles secundarios. Deberían haber sido capaces de enfrentarse a él como es debido. —Su evidente decepción hizo que Jai se llenara de indignación mientras Noel hacía pucheros.

—¡Podríamos haberlo cogido si Noel no se hubiera puesto como una puta cabra con él! —gruñó Jai, y el mohín de Noel se convirtió en un escandalizado grito de ofensa.

—¡Bueno, disculpadme por ofenderme después de que me amenazara con usarme como su mascotita personal! —Se abalanzó sobre Jai. Las luces de la habitación parpadeaban—. ¡Tampoco es que fueras de mucha ayuda, señor Espada en las Entrañas!

—No tendría un agujero en la tripa si te hubieras ceñido al plan. Pero, no, tenías que enloquecer por un poquito de acoso sexual.

Los ojos de Noel se tornaron de un púrpura oscuro.

—Nadie tiene derecho a babear con mi cuerpo sin mi consentimiento, cerdo machista.

—Pues claro que no —gruñó Jai y puso los ojos en blanco—. Y tú sabes que no me refería a eso...

La luz del techo crepitaba y gemía, y le lancé una mirada de pánico a Gideon, pero él se limitó a suspirar de cansancio, pellizcándose el puente de la nariz. Murmuró en voz baja:

—Creador, dame fuerzas.

Volví a centrarme en la discusión. Jai se abalanzó sobre Noel, con una diversión maliciosa brillando en sus oscuros ojos. Noel estaba cada vez más colorado.

—Son demonios. El consentimiento es lo último en lo que piensan cuando ven a una cara tan bonita como la tuya.

—¡Venga ya, cómeme la polla y cierra la boca! —La oferta de Noel llegó acompañada de un gesto bastante descortés centrado en sus genitales.

Jai echó la cabeza hacia atrás con una carcajada sarcástica.

—¿Que te la coma? He visto tu polla lo bastante como para saber que no tengo ni para un bocado, cariño.

—¡El tamaño no lo es todo mientras sepas usarlo!

Como si la furiosa réplica de Noel fuera exactamente lo que Jai esperaba, sus labios se abrieron en una sonrisa amenazadora.

—Qué pena que te quedes corto en ambas categorías, ¿no?

Un chillido sin palabras brotó de los labios de Noel, pero Gideon intervino antes de que recurrieran a las manos.

—¡Basta ya! Santos y pecadores, ¿tengo que mandaros a vuestras habitaciones?

—¡Ha empezado él! —Noel intentó arremeter contra Gideon mientras Jai esquivaba sus agitadas extremidades.

—Y voy a terminarlo aquí en un segundo. —Jai se rio como si disfrutara de ver a Noel enfadado—. ¡Voy a cortarte el pelo y usarlo para encordar un nuevo arco de violín!

—¡No te atreverías!

—¡A la Santísima Trinidad pongo como testigo de que os castigaré a los dos si no os tranquilizáis! —Gideon los separó de un empujón—. Jairo, siéntate antes de que reabras tu herida, y Noel, deja de morder su anzuelo. Te juro que a veces sois más niños que Guardianes.

—Lo que tú digas, mami. —Jai le enseñó el dedo corazón a Gideon antes de volver con un respingo a su posición original en el sofá.

Noel resopló, enfurruñado como un niño mientras miraba con desprecio a Jai. Y yo me quedé perplejo. Durante el ataque demoníaco, Jai y Noel habían luchado tanto el uno por el otro... Se habían cubierto las espaldas, pero ahora actuaban como enemigos.

—Ignora a esos críos, Riley. Estoy seguro de que podré encontrar secundarios más adecuados antes de que te encariñes demasiado con ellos. —Jai y Noel se enderezaron horrorizados al oír las palabras de Gideon, y, aunque no entendí muy bien lo que quería decir, era una clara amenaza—. Pero volvamos al tema: no, los vampiros no son reales, aunque tu folclore sobrenatural humano tiende a provenir de avistamientos de demonios.

—¿Los demonios sí son reales? —pregunté, y él asintió—. ¿Y tú tienes alas y luchas contra ellos? —Otro asentimiento—. ¿Eso os convierte en... ángeles?

La habitación se quedó en un silencio sepulcral hasta que Gideon volvió a asentir.

—Sí, somos ángeles.

—Imposible —grazné, llevándome la mano al pecho mientras el corazón hacía todo lo posible por salir de mi caja torácica.

—Sé que es mucho para asimilar —dijo Noel, que abandonó su agrio humor—. Pero es verdad. Somos ángeles, cielo. Tus ángeles.

¿Mis ángeles?

—Esto no es real. Tú no eres real. —Me tambaleé en el taburete, con el pánico subiéndome por la garganta—. Me estoy volviendo loco.

El aire se llenó de energía y grité cuando las alas de marfil de Noel estallaron en su espalda. Se estiraron en su nueva libertad antes de retirarse, enroscándose alrededor de su cuerpo.

—No estás loco —susurró en voz baja, con las plumas crujiendo.

—Fanfarrón —le espetó Jai. Gideon le tiró del lóbulo de la oreja.

El brillo etéreo de Noel se atenuó y me quedé boquiabierto al ver sus plumas blancas. Sonríó para animarme y dio un paso adelante. En lugar de retroceder, me acerqué. La curiosidad y el miedo luchaban en mi pecho, pero, de algún modo, ganó el valor.

Sentía la tensión de Jai y Gideon como un peso sobre mis hombros, pero no podía apartar la mirada de las hermosas alas de Noel, que permaneció inmóvil y me permitió acortar la distancia. Sus plumas se agitaron con excitación y el ala más cercana a mí se desplegó, salvando la distancia.

Vacilante, fascinado y aterrorizado, acerqué la mano a las plumas. Mis dedos rozaron el borde de su ala y Noel inhaló con brusquedad. Sus párpados se cerraron con un suspiro de satisfacción.

Las plumas me hicieron cosquillas en la palma de la mano, suaves como el terciopelo, y un cosquilleo me subió por el brazo. Eran blancas como la nieve recién caída y casi me ahogué en el abrumador aroma a sol que él desprendía en oleadas. Cuando abrió los ojos, eran de un púrpura tan oscuro que parecían negros. Mis dedos rozaron los espinosos huesos de sus alas y jadeó.

Se apartó de forma brusca de mi contacto y sus iris brillaron con algo indomable. La culpa me invadió.

—Lo siento. No quería hacerte daño.

—Ya lo sé, no lo has hecho. —Su voz era ronca y carraspeó; sus mejillas se sonrosaron. Sombra a sombra, sus ojos volvieron a su tono incoloro original y sonrió con timidez—. No pasa nada. Estoy bien.

Al recordar que no estábamos solos, me encogí al ver la desaprobación reflejada en los ojos de Gideon. Mis mejillas se calentaron como una estufa mientras los labios de Jai se afinaban con desagrado. Había hecho algo mal. Tal vez tocar sus alas era de mala educación y yo acababa de cometer un atroz error cultural.

—Lo siento mucho.

El aroma de la menta me llegó instantes antes de que un dedo cálido me alzara la barbilla. Dejé que Gideon inclinara mi cabeza hasta que nuestros ojos se encontraron.

—No hay nada por lo que disculparse, pequeño, pero te sugiero que tomes asiento. Tenemos mucho de lo que hablar.

Asentí y traté de no temblar bajo su mirada mientras el dedo en mi barbilla se deslizaba, dejando un rastro de cálidos cosquilleos tras de sí.

—De acuerdo.

CAPÍTULO NUEVE



—PONTE CÓMODO, RILES. —JAI palmeó el cojín a su lado a modo de invitación. La idea de sentarme junto a él mientras estaba sin camiseta me tenía a punto de hiperventilar, pero obedecí.

—¿Tienes hambre? —preguntó Gideon.

Antes de que pudiera negar con la cabeza, mi voraz estómago rugió, y Jai y Noel asintieron con entusiasmo.

Gideon se rio entre dientes.

—Prepararé algo.

—No hace falt... —Jai sofocó mis protestas con la palma de la mano, y yo gruñí en señal de protesta.

—¿Tortitas? —Noel sacó el labio inferior, sus ojos adquirieron un matiz de cachorro.

Jai gimió en señal de aprobación.

—Tortitas de manzana y nueces...

—Con canela y bacon —terminó Noel su frase.

—¿Y sirope y nata montada? —dijeron los dos a la vez, y apenas conseguí contener una risita cuando ambos inclinaron al mismo tiempo la cabeza hacia un lado.

—Riley, ¿te gustan las tortitas? —me consultó Gideon, con una ceja rubia arqueada.

No pude responder ya que Jai seguía tapándome la boca, pero me encogí de hombros y asentí.

—Por supuesto que quiere tortitas, Gid. —Jai me soltó con una sonrisa triunfante, se recostó en el sofá y me pasó un brazo por los hombros como si fuéramos los mejores amigos—. ¿Quién no quiere tortitas a las tres de la mañana?

Extrañado por su incómodo abrazo, enrollé los cordones de mi pantalón de chándal alrededor de mi dedo índice mientras Gideon entraba a trompicones en la cocina. Las alas de Noel se fundieron con su espalda y sentí una profunda curiosidad. Estuve a punto de preguntarle cómo aparecían y desaparecían por arte de magia, pero el peso del brazo de Jai sobre mis hombros me mantuvo en silencio.

La piel de mi hombro me cosquilleaba donde descansaba su antebrazo desnudo, como si pequeños insectos corretearan sobre mi carne. No era malo ni doloroso, solo diferente. Supuse que se debía a sus poderes angelicales, que aún no había descubierto en su plenitud.

—¿Cómo tienes el estómago? —pregunté, y Jai frunció el ceño ante la ofensiva herida antes de inclinarse hacia delante en el sofá para desenvolver el vendaje.

No entendí lo que me respondió cuando vi por primera vez su espalda tatuada. La tinta negra le

cubría desde la rabadilla hasta el cuello y me quedé boquiabierto. Un hermoso árbol se extendía por su piel: las raíces desaparecían en la línea de sus pantalones, y las ramas se enroscaban en la parte superior de sus hombros y le acariciaban los costados de la caja torácica.

A un lado, brotaban flores a lo largo de ramas enjutas. En el otro, anidaban pájaros negros, que levantaban el vuelo a lo largo de su clavícula. El tronco del árbol era retorcido, casi grotesco, pero no feo. En cambio, la distorsión me llenó de una profunda tristeza. Era una atormentada imagen de belleza y dolor a partes iguales.

—Es precioso —solté mientras mis dedos, sin querer, trazaban la flor negra anidada en la parte superior de su hombro.

Jai me miró, y luego a su hombro, donde la yema de mi dedo seguía la tinta oscura. Aparté la mano, ruborizado.

—Gracias. Lo hizo Noel. —Dejó la venda sobre la mesita y apoyó los codos en las rodillas—. Puedes tocarlo si quieres.

—Hum. —La verdad era que sí quería—. Vale.

La piel de Jai era cálida y sorprendentemente suave en comparación con los músculos sólidos como rocas que se flexionaban debajo. No quería hacerle daño, así que delineé el retorcido tronco del árbol solo con la punta de los dedos.

Entre las ramas y la corteza se escondían símbolos, pero eran extraños e ilegibles. Mi dedo índice siguió el vuelo de un cuervo por encima de su hombro antes de burlarse del capullo de una flor que apenas florecía cerca de su nuca.

—Es increíble —murmuré, y moví la mano por la columna vertebral de Jai, hipnotizado por cada protuberancia ósea. Los músculos de ambos lados temblaban como si le doliera algo. ¿Le estaba haciendo daño?

—Como he dicho —dijo Jai, con la voz más ronca de lo normal—, lo hizo Noel.

—Es increíble. —Esta vez dirigí el cumplido a Noel, que entró en el salón con tres tazas humeantes en las manos.

Se encogió de hombros ante mi admiración mientras sus pómulos se sonrosaban.

—Ah, hum, gracias. No fue nada.

—Hiciste un buen trabajo. —Jai aceptó una de las tazas y Noel puso los ojos en blanco.

—Solo me haces cumplidos porque te estoy dando chocolate caliente. —Sus ojos delataban su alegría, aunque la disimulaba con un enfado fingido.

—Bueno, es posible. —Jai me guiñó un ojo y dejó la bebida caliente sobre la mesita.

Noel me ofreció una taza y yo la mecí cuidadosamente entre las manos. La cerámica hervía contra mis dedos helados. Tras una indicación silenciosa de Noel, Jai se echó hacia atrás y permitió que le revisara la herida. Aunque creo que la palabra en cuestión sonaba demasiado grave, ahora que podía ver el abdomen ondulado de Jai. Donde debería haber estado la herida, no había nada más que una tenue línea rosada que indicaba el lugar donde, apenas unas horas antes, una espada se había incrustado en su carne. ¿Tan rápido se curaban? No me extrañó que mi propia herida no fuera más que una cicatriz borrosa.

—Es como si nunca hubiera existido. —Me quedé boquiabierto, apretando con fuerza la taza para no seguir el rastro de la maravilla. Tocarle el estómago me parecía demasiado impropio, aunque acabara de experimentar una curación exhaustiva y sobrenatural.

—Podemos curarnos bastante rápido si es necesario. Solo nos da un dolor de cabeza salido directamente del Infierno. —Jai se encogió de hombros, pero el aspecto ceniciento de su tez desmentía su despreocupación. Ahora que lo buscaba, era imposible no darse cuenta de la palidez antinatural de la piel de Jai y Noel y de las bolsas que se convertían en ojeras bajo sus

ojos.

—¿Tienes náuseas? —La preocupación me corroía mientras sorbía mi chocolate caliente.

Sacudieron la cabeza.

—No —dijo Noel.

—Solo tenemos que ir a Utopía antes de lo normal para recargarnos, ¿sabes? —Jai rodeó su taza con las manos y yo me quedé con la boca abierta.

—¿Utopía?

Los dos ángeles intercambiaron una mirada significativa antes de que Jai empujara su taza a través de la mesa de café.

—Sí. Utopía, Paraíso, Nirvana, como quieras llamarlo. Hay muchos nombres para el reino celestial.

Me dolía el cerebro.

—Cielo..., claro.

Mientras me tomaba el chocolate caliente, la habitación se llenó de olor a manzanas con canela, bacon y masa dulce. Mi estómago gruñó y me rodeé el torso con los brazos, sonrojado.

—Uy. Supongo que tengo un poco de hambre.

—Al menos podemos asegurarnos de que por una vez tomas una comida completa. —Jai se relajó en el respaldo del sofá y yo fruncí el ceño. Al parecer, casi morir por una espada demoníaca no había cambiado su actitud sobre mis hábitos alimenticios.

—Jairus, pórtate bien —lo regañó Noel, que ya llevaba su taza vacía y la de Jai a la cocina.

—¿Jairus? —Le di un sorbo a mi bebida—. Suena distinto.

—Prefiero Jai. —Me dio un golpecito en la oreja y gemí, incapaz de defenderme sin derramar mi preciado chocolate caliente.

Con una risita, apoyó el brazo en el respaldo del sofá y me pasó la mano por detrás de la cabeza. Me sobresalté cuando arrastró su pulgar por mi nuca, aunque vaciló al llegar donde tenía la marca del mordisco.

—Nunca debió acercarse tanto a ti. —El remordimiento y la rabia ensombrecieron su rostro; su dedo índice trazó un camino cosquilleante desde la base de mi cuello hasta mi oreja—. Deberíamos haber llegado antes, no dejar que te tocara.

—No es culpa tuya. —Mi voz tembló mientras su dedo seguía el movimiento de mi nuez de Adán—. A veces me pasan cosas raras. Intento no darle demasiada importancia.

Jai rio entre dientes, pellizcándose el lóbulo de la oreja. Sonreí de manera tímida.

—Eso sí que es el eufemismo del siglo. Atraes los problemas como las abejas a la miel.

—No es mi intención.

Intenté ignorar las chispas que su tacto provocaba en mi piel, pero me resultó bastante difícil. En realidad, no me gustaba que me tocaran, ni siquiera las caricias distraídas como el roce de las yemas de los dedos de Jai. Pero no era tan malo cuando él o Noel me tocaban. ¿Por qué? ¿Quizás formaba parte de sus auras angelicales, que atraían a la gente con la promesa de seguridad y comodidad?

—Gideon debe haberle extraído algo terrible. —Noel, sentándose a la mesa de café, señaló el punto de mi cuello que Jai rodeaba.

Como si Jai hubiera olvidado que me estaba tocando, apartó la mano y se pasó los dedos por su despeinado corte *fauxhawk*.

—Sí, estaba pensando lo mismo.

—¿Qué quieres decir? —Me acaricié el cuello, preocupado.

Noel me acarició la rodilla a modo de consuelo.

—Nada malo. De hecho, se está curando perfectamente. Solo que muy rápido.

—¿Es normal?

—Gideon te sanó mientras estabas inconsciente, ya que Noel y yo estábamos demasiado agotados. —Jai golpeó mi hombro con el codo—. Es una buena ventaja de ser tus guardianes.

—¿Mis guardianes? —Enderecé la postura, intrigado por aquella información—. ¿Qué significa eso?

Sus ojos se abrieron de par en par y giró la cabeza para captar la también desprevenida expresión de Noel. El silencio se prolongó: buscaban una explicación, pero, antes de que me la dieran, mi cerebro me la sirvió en bandeja de plata.

—¿Como los ángeles de la guarda? ¿La gente tiene ángeles de la guarda?

Ambos se encogieron de hombros, asintiendo con un movimiento sincronizado.

—No todo el mundo, pero tú sí. Somos tu guardia —dijo al final Jai, y yo exhalé un fuerte suspiro mientras miraba los calcetines de Noel.

—¿Por qué no todo el mundo tiene un ángel de la guarda?

Noel se recogió el pelo en un moño en la nuca.

—En realidad, no es necesario. Quiero decir que las Potestades y Principados protegen el reino de los mortales de ser invadido por demonios. Así que, sin pretenderlo, protegen a la humanidad, supongo. Pero eso es otro departamento.

—¿Departamento?

Noel frunció los labios, cruzó una pierna sobre la otra y las manos sobre la rodilla.

—Bueno, sí. Hay diferentes clases de ángeles, y tenemos diferentes trabajos. Da la casualidad de que somos guardianes y nuestro trabajo es velar por ti.

Eso no respondía a mi pregunta.

—¿Y por qué tengo guardianes?

—No lo sé. Saberlo está un poco por encima de nuestro nivel salarial. Nos asignaron a ti, o te asignaron a nosotros. —Noel frunció el ceño antes de negar con la cabeza—. Y eso es lo que importa. No preguntamos por qué, y ellos no nos lo dijeron.

—¿Ellos? —Era curioso por naturaleza, pero aprender sobre un mundo de ángeles y demonios y reinos mágicos era algo muy distinto.

Noel parecía incómodo de ser el único informante, pero ni Jai ni Gideon se decidieron a tomar el relevo.

—Bueno, ya sabes, nuestros jefes. Como secundarios, Jai y yo informamos a Gideon, y Gideon informa al Consejo Arcángel.

Gideon asintió para confirmar sus palabras mientras daba la vuelta a una tortita en la sartén, y la confianza de Noel aumentó.

—Así que sí, el Consejo asigna tareas en función de lo que ven los Tronos...

—¿Tronos? —interrumpí, tapándome la boca con una disculpa entre dientes.

—Los Tronos son los ojos y las bocas del Destino. —Gideon pasó a nuestro lado de la cocina-comedor con una elegancia que no habría esperado de alguien de su tamaño—. Ellos «observan». El pasado, el presente y el futuro; lo ven todo. Son los instrumentos del Creador para dictar ciertas sentencias y mantener el mundo en el camino correcto. El universo debe permanecer en equilibrio. Ni la oscuridad ni la luz deben tener demasiado poder. Se espera que nosotros, como ángeles, hagamos nuestro trabajo para mantener ese equilibrio.

Le entregó a Noel un plato lleno y luego nos ofreció a Jai y a mí uno a cada uno. Acepté con los ojos muy abiertos: ya podía saborear la pila de tortitas cubiertas de sirope y bacon crujiente. Mi estómago volvió a rugir cuando coloqué el plato sobre mi regazo.

Sin más preámbulos, Jai y Noel se zamparon la comida con gusto, y yo los imité, llevándome a la boca un bocado de tortitas de manzana y canela. Se derritieron en mi lengua. El sabor terroso de las nueces contrarrestaba el dulzor del sirope y las crujientes manzanas le daban el toque justo de frescura.

—Madre mía, qué rico está esto —dije con la boca llena y, aunque él no acusó recibo del cumplido, noté que las mejillas de Gideon se coloreaban.

Se aclaró la garganta y continuó con su explicación.

—Como ha dicho Noel, las Potestades y los Principados mantienen el equilibrio en el reino terrenal y se aseguran de que la humanidad no sea invadida por poderes demoníacos. Los Dominios son nuestros portadores de almas, y las llevan a sus lugares de descanso final. Los Tronos casi nunca salen de su santuario, pero entregan visiones y mensajes cuando lo consideran importante.

—Los querubines son nuestros guardianes de registros, nuestros maestros, investigadores, científicos...

—Auténticos cerebritos —añadió Noel.

Gideon aprovechó la pausa para dar un bocado a su comida antes de continuar:

—Los arcángeles ocupan los asientos del Consejo por mandatos, y hacen cumplir la ley y el orden. Políticos, por así decirlo. —Hizo una mueca, pero no dio más detalles—. Los serafines son nuestros guerreros más poderosos, pero todos los ángeles están entrenados para el combate. Incluso las Virtudes.

Jai resopló en su plato al oír el nombre, y Gideon le dirigió una mirada severa.

—¿Qué? —preguntó Jai, que masticaba beicon—. Las virtudes son unas mierdecillas molestas.

—Jairo —lo reprendió Gideon.

Jai le agitó una tira de tocino en la cara.

—¡Hablo en serio! Hablan de amor, armonía y naturaleza. Revolotean como pequeñas hadas abrazadas a los árboles. No puedes tener una conversación decente sin ofenderlas, y no puedes contar con ellas para nada porque son unas cabezas huecas.

—Solo estás enfadado porque no puedes acostarte con una —le espetó Noel, y él le dio la espalda.

Refunfuñó en voz baja, Jai apuñaló despiadadamente otro bocado de tortitas.

—Podría acostarme con una virtud si quisiera.

—En cualquier caso —Gideon interrumpió la incómoda conversación mientras yo luchaba contra el acalorado rubor de mis mejillas—, desempeñan un papel importante a la hora de mantener cohesionado el ecosistema terrenal para que el hombre no muera.

—Me sorprende que lo consigan. —Aunque Gideon rechinó los dientes, Jai continuó masticando su tocino con una serena expresión de inocencia en el rostro.

—En fin, esta es una explicación sencilla de los ángeles. Hay mucho más, pero no quiero agobiarte. —Yo ya estaba abrumado, pero era muy amable por parte de Gideon preocuparse por mí—. Como ha explicado Noel, yo soy tu primario y ellos, tus secundarios.

—¿Mi primario? ¿Como si fueras su jefe? —Jai y Noel soltaron sendos ruidos que dejaban claro que los acababa de ofender, y yo retrocedí—. Lo siento, solo quería decir...

—Dependen de mí —dijo Gideon con sencillez.

Noel frunció los labios como si hubiera probado algo agrio.

—Es más como un ama de casa con muy mal genio.

—Bueno, si no os comportarais como niños testarudos, no tendría que haceros de madre —replicó Gideon.

—No es culpa mía que mi otro sea un niño a medio madurar. —Noel dejó el plato vacío sobre la mesita y se tumbó con elegancia en el sofá, a mi lado—. Yo soy el niño bueno, por si no te habías dado cuenta —susurró de forma conspiranoica, y Jai soltó una pedorreta contra la palma de la mano para imitar un pedo.

—¡Sois imposibles! —Gideon nos ignoró para comerse sus tortitas.

Incapaz de dar otro bocado, le ofrecí a Noel mi plato a medio terminar y me lo arrebató de las manos como si no hubiera comido en días.

—¿Qué es un otro?

Noel y Jai compartieron una mirada antes de que ambos se encogieran de hombros y señalaran al otro.

—Este —dijeron a la vez.

—Es mi otro. —Noel se metió un bocado de tortita en la boca.

—Y él es mi otro. —Jai me robó un trozo de tocino sobrante del plato y Noel bufó como un gato.

—No lo entiendo. —Mi atención pasó de un lado a otro, y Jai se echó hacia delante, rascándose distraídamente el pecho.

—Bueno, los guardianes secundarios siempre vamos en parejas. Las parejas se crean juntas, como un equipo.

—Ah, ¿sois gemelos? —La verdad, aparte de sus gestos y su constitución física, no se parecían en nada.

—No, no, no somos parientes. —Jai se levantó y recogió los platos vacíos—. De ninguna manera. Ni hablar.

Noel forzó su gran bocado de comida a través de la garganta.

—¡Si de verdad compartiéramos ADN, correría al inframundo y les rogaría que me llevaran al Seol!

—Reina del drama —llamó Jai desde la cocina.

—¡Idiota testarudo! —Noel metió mi último bocado de tocino en su boca con un guiño.

—Estoy confundido. —Me froté las sienes mientras el cansancio amenazaba con vencer mi insaciable curiosidad—. Dijiste que habían nacido juntos...

—Los ángeles no nacen. Son creados —dijo Noel—. Jai y yo fuimos creados juntos, pero no estamos emparentados como tú quieres decir.

Para salvar mi cordura, Gideon volvió a unirse a la conversación.

—Los secundarios se crean por parejas como opuestos complementarios. Están unidos el uno al otro por toda la eternidad, pero, dadas sus personalidades opuestas, entenderás por qué discuten como un viejo matrimonio.

Jai se estremeció ante la insinuación.

—¡Qué asco!

—¡Puaj! Gideon, ni siquiera bromees con eso. —Noel tuvo una arcada teatral.

Esa vez no conseguí ocultar mi diversión y me reí en mi mano mientras Jai y Noel ladeaban sus cabezas en direcciones coincidentes al mismo momento. Era extraño. Se reflejaban y giraban el uno en torno al otro inconscientemente. Era divertido y algo dulce. Seguía sin entenderlo del todo, pero quizá se debiera a que era tarde.

Como si me hubiera leído el pensamiento, Gideon se levantó del sofá y me evaluó.

—Creo que lo mejor es que intentes dormir un poco. Podemos responder a cualquier pregunta que tengas por la mañana. —Se tiró de la oreja—. Si todavía quieres saber más, claro.

La última parte la dijo en un susurro, más para sí mismo que para mis oídos, pero percibí la

preocupación reflejada tanto en el rostro de Jai como en el de Noel. Antes de que abordara el asunto, todos comenzaron a moverse.

Jai y Noel se metieron en la cocina y limpiaron la improvisada sesión de fogones de Gideon. En un esfuerzo por ayudar, me levanté del sofá solo para chillar y agarrarme los pantalones sueltos, que se deslizaron por mis piernas. Noel escondió la cara en el hombro de Jai, riendo, mientras Jai se reía a carcajadas. Gideon ahogó una sonrisa con la mano.

—Deberías haberle dado un flotador con lo mucho que se hunde en nuestra ropa. —Jai tiró una toalla sobre la barra del desayuno y me golpeó en la cara roja como una langosta.

Gideon fingió que no había pasado nada, salvándome de más burlas.

—¿Prefieres volver a tu dormitorio? ¿O te sientes lo bastante cómodo como para dormir aquí?

La verdad era que me sentía seguro allí, más seguro de lo que creía posible. La sola idea de volver a mi dormitorio me provocaba un nudo en el estómago. Pero ya les había causado bastantes problemas. No quería agobiarlos más.

—¿A qué distancia está el campus? —Por primera vez me di cuenta de que no tenía ni idea de dónde estábamos—. Puedo regresar si está lo bastante cerca como para ir a pie.

—No te haríamos caminar. —Jai se inclinó sobre el mostrador, ofendido por la sugerencia—. Preferiríamos que te quedaras aquí con nosotros, aunque la elección es tuya.

—No quiero molestar...

—No molestas si te estamos invitando —canturreó Noel desde la cocina, y me reí entre dientes cuando Jai desequilibró al ángel rubio con la cadera.

Noel se detuvo antes de caer y se volvió contra Jai para golpearlo en el estómago, justo donde había sido apuñalado. Este último, con el abdomen encogido, miró con desprecio a Noel y se quejó de una hemorragia interna. Noel desestimó su queja llamándolo bebé.

Era extraño ver sus interacciones familiares, pero me gustaba. Yo había sido el único hijo de la señora Janet. Cuando era más joven, nunca me había acercado a ningún otro hijo adoptivo como para tener ese tipo de relación. Era agradable que se tuvieran el uno al otro, y se cuidaran y protegieran mutuamente. Yo tenía muy poca experiencia con la familia, pero me encantaba tener la oportunidad de asomarme a sus vidas, aunque solo fuera por una noche.

—Si no es una imposición, me gustaría quedarme —respondí a Gideon, y su cabeza se inclinó.

—Bien.

Gideon desapareció por el pasillo mientras yo apoyaba la cabeza en el respaldo del sofá. Mi cerebro avanzaba con lentitud, lleno de información, preguntas e incertidumbre. No creía que me fuera posible conciliar el sueño, pero los párpados me pesaban. La lila, el *dokha* y la menta me envolvieron y mis ojos se cerraron. Estaba seguro de que nunca había experimentado esa combinación, pero mi alma ronroneaba por la reconfortante familiaridad.

Mientras me alejaba, unos brazos fuertes se deslizaron bajo mis rodillas y me rodearon los hombros. Me elevaron en el aire y me acunaron contra un pecho firme y desnudo. Jai. Su pulso constante me golpeó el oído y su ritmo relajante me adormeció. Me quedé flotando, atento solo al latido de su corazón y la sensación de los dedos de Noel recorriéndome el pelo. La menta se arremolinaba en mi mente, y me trajo recuerdos agradables y olvidados de mi hogar.

CAPÍTULO DIEZ



SOÑÉ QUE ME QUEMABA vivo en una casa que nunca había visto, rodeado de siete figuras oscuras que me observaban mientras yo gritaba. Les suplicaba ayuda, pero solo se reían.

—¡Riley!

Salí de la pesadilla con un grito ahogado y retrocedí al sentir el contacto de las manos que me agarraban el bíceps. Me estremecí, con la piel resbaladiza por el sudor, preparado para que me disciplinaran. La señora Janet tenía poca paciencia con mis pesadillas y, si la había despertado, volvería a castigarme. Odiaba el sótano, pero lo prefería al baño; cualquier cosa, menos la bañera.

—Riley, cálmate. —Una voz dulce y musical me meció; unas manos muy suaves me frotaban los brazos—. Despierta, cielo. Estás bien. Todo va bien.

Se me nubló la vista por las lágrimas, nacidas tanto de mi pesadilla como del doloroso anhelo que sentía en el pecho por la amabilidad que me mostraban. No estaba acostumbrado a la ternura. Mi corazón solitario anhelaba un afecto tierno y absorbí como una esponja el consuelo que me regalaban.

Apretado contra un pecho firme, respiré el aroma floral de Noel y mis dedos pellizcaron la piel desnuda de su espalda. Nunca había buscado consuelo físico. Mi cerebro me pedía cautela a gritos, pero, en mi estado de puro pánico, mi cuerpo tenía el control. Me aferré a Noel, luchando contra las lágrimas que se escapaban de mis ojos.

—¿Una pesadilla? —preguntó Jai. El colchón se hundió detrás de mí y otra mano me subió por la espalda.

—Sí. —Noel acarició mi nuca para mantenerme acunado contra él, y me refugié en su cuerpo mientras Jai me frotaba la columna vertebral con círculos fuertes pero relajantes.

Después de unos minutos, mi cerebro por fin se separó de la pesadilla y la realidad se abatió sobre mí como agua helada. Me aparté con brusquedad de las abrumadoras caricias y hui hacia el otro lado del colchón hasta que mi espalda chocó con la pared.

Noel y Jai estaban sentados al borde de la cama y me miraban con la misma expresión de dolor. Me froté la humedad de las mejillas, y la humillación me calentó la cara al ver que me estaban viendo llorar.

—Lo siento. —Agaché la cabeza y tiré del dobladillo de la camisa gigante de Jai para cubrir la mayor parte posible de mi cuerpo. Los pantalones de Noel me habían abandonado en algún momento de la noche.

Una pernera blanca sobresalía de las sábanas. Mi mortificación aumentó a medida que mi pudor pedía a gritos que me cubriera. Agarré con rapidez la manta y me cubrí las piernas desnudas.

Noel se acercó a mí, pero se retiró en cuanto me encogí contra la pared. Los labios de Jai se afinaron en una línea sombría ante mi retroceso. Quería explicarle que no era nada personal, que no era su culpa, pero no tenía palabras. Así que me aovillé y apoyé la frente en mis rodillas cubiertas de mantas.

Cuando ya no sentí que me estaba volviendo loco, levanté la cabeza e intenté no quedarme boquiabierto al contemplar las formas somnolientas de Jai y Noel.

Noel estaba sin camiseta, solo llevaba puesto el pantalón de chándal de la noche anterior y mostraba sus músculos cincelados. A diferencia de la espalda tatuada de Jai, su piel cremosa y sin vello no tenía marcas. Mientras que Jai era un poco más voluminoso en los hombros, Noel era ligeramente más delgado, pero igual de musculoso: las depresiones y los valles de su torso eran casi una réplica exacta de los de su otro. El pelo desordenado se le enredaba alrededor de la cara, como si se hubiera despertado con un sobresalto, y la culpa recorrió mis venas.

Jai estaba igual de desaliñado, vestido solo con un par de calzoncillos oscuros, y aparté la mirada para respetar su intimidad. No parecía avergonzado de haber sido sorprendido tan expuesto, pero tal vez se debía a que todavía estaba medio dormido. Cuando estuviera más despierto, quizás se diera cuenta de que estaba desnudo.

Su cabello sobresalía en diferentes direcciones de manera cómica. Combinado con su descuidada barba de un día, parecía un vagabundo. Un vagabundo bastante limpio y guapo, pero vagabundo, al fin y al cabo.

La mano de Noel se deslizó sobre la manta hasta que sus dedos rozaron los dedos de mis pies cubiertos.

—¿Estás bien?

Asentí sin decir palabra. Jai entrecerró los ojos con incredulidad, pero, en cuanto abrió la boca para hablar, Noel le colocó una mano en la rodilla para acallarlo. Jai frunció el ceño y cerró la boca con un resoplido, gimió frotándose los ojos y se dejó caer sobre el colchón. Se revolvió como un pez hasta situarse casi debajo de las mantas, y yo me sonrojé cuando sacó los pantalones blancos que debía llevar.

—¿Así que habéis hecho una fiesta sin pantalones y no habéis dejado que me uniera? —Me tiró los pantalones—. Eso me ha dolido mucho.

—Jairo, no te metas con él. —Noel cogió los pantalones del aire y los tiró al suelo.

—Bah, venga. —Jai se escondió aún más bajo las sábanas—. Es muy adorable cuando se sonroja.

¿Adorable? Los bebés y los cachorros eran adorables, no los chicos de diecinueve años. Convencido de que me estaba insultando, fruncí el ceño.

—No ha sido una fiesta sin pantalones. Lo que ha pasado es que ...

—Shh, estoy durmiendo. —La voz apagada de Jai salió de debajo de las sábanas, y chillé al notar que una mano cálida me rodeaba el tobillo y apretaba.

Noel golpeó el hombro de Jai.

—Déjalo en paz y lárgate de mi habitación.

Con una patada poco ceremoniosa, Jai empujó a Noel de la cama y, antes de que entendiera lo que estaba pasando, me puso en horizontal. La repentina alteración de la gravedad y el movimiento hicieron que mi cerebro se confundiera, por lo que intenté orientarme. Unos brazos firmes se deslizaron alrededor de mi estrecha cintura y me quedé helado cuando Jai se acurrucó

en mi espalda.

Apenas pasó un segundo antes de que Noel volviera a la cama, lloriqueando como un cachorro olvidado.

—Deja de toquetearlo. Le vas a provocar un infarto.

Fue bastante caótico, y mantuve el cuerpo rígido e inmóvil mientras me empujaban y empujaban de un lado a otro. Para cuando cesaron los empujones, Noel se había metido en un espacio en el que yo no creía que cupiera, y yo estaba atrapado entre dos cuerpos demasiado cálidos.

Noel apoyó la espalda contra la pared y me sonrió de forma tímida; Jai enmarcó mi espalda con su torso. Estábamos como sardinas en lata, la nariz de Noel lo bastante cerca como para tocar la mía. Nunca me habían tocado tanto y, desde luego, nunca había compartido la cama con nadie. No sabía cómo reaccionar.

—No hay suficiente espacio, Noel. —El aliento de Jai sopló sobre mi pelo—. Estábamos aquí primero. Fuera.

—¡Esta es mi cama! —Noel pateó su espinilla—. Si alguien tiene derecho a estar aquí, soy yo.

—Yo puedo...

—¡No! —gritaron los dos, acallando mi oferta de quitarme de en medio.

Jai deslizó un brazo alrededor de mi cintura para sujetarme a la cama e inspiré con brusquedad. Noel nos tapó con la manta antes de acomodar el dorso de sus manos contra el mío, entre nuestros pechos.

¿Se suponía que los amigos debían acercarse tanto? Era una forma bastante íntima de estar acostados, pero Noel y Jai parecían muy cómodos. Quizá era normal que los amigos compartieran cama a veces. Si era así, ¿se suponía que mi corazón debía latir en mi pecho como un tambor?

Me estaban obligando a formar parte de un bocadillo de Riley y yo no sabía muy bien cómo sentirme al respecto.

Por un lado, me sentía increíblemente confortado y cómodo, rodeado de los dos, pero, por otro, un pánico ansioso me cosquilleaba en el fondo de la garganta debido a la claustrofóbica e inapropiada cercanía. No nos estábamos tocando de forma obscena, pero, de alguna manera, seguía pareciéndome indecente. Sin embargo, el afecto que me ofrecían caía sobre mí como agua fresca después de una sequía, y mi corazón famélico lo absorbió hasta saciarse.

Los ojos de Noel se cerraron en cuanto tocó la almohada. No se durmió por completo, pero su expresión era tranquila. Su pelo se esparcía por el cojín, acariciándome la barbilla donde las puntas salvaban el pequeño espacio entre nuestras cabezas. Era tan guapo... Lo admití para mí mismo, pero esa certeza me pesó en el estómago. No estaba bien pensar que otros chicos eran guapos, ¿no?

Al inhalar su aroma a lilas, mis preocupaciones se calmaron y me relajé en el doble abrazo. Jai se movió detrás de mí y el vello de sus piernas me hizo cosquillas en las pantorrillas. Su mano se extendió sobre mi abdomen y me calentó tanto la piel bajo la camisa que temí que estallara en llamas.

¿Generar calor formaba parte de los superpoderes de un ángel? Jai emitía tanto calor como un horno. Yo solía tener frío, así que no me disgustó aquella agradable calidez. Sin embargo, no parecía normal.

Bueno, nada en esa situación era normal, ya que me encontraba aplastado en una cama entre dos ángeles que decían ser mis guardianes. La señora Janet se pondría hecha una furia si descubriría que me había puesto en una situación tan indecorosa. Era otro pecado más que añadir a

mi lista, otra transgresión de la que tendría que arrepentirme más tarde.

Las puntas del pelo de Noel flotaron sobre mis manos y atrapé, de forma sutil, unos mechones pálidos entre mis dedos. Su pelo, como la piel de Jai, era muy suave y, antes de ser consciente de mis actos, enredé un mechón bastante grueso alrededor de mi mano. A medida que cada hebra se deslizaba entre mis dedos, captaban la luz que se filtraba a través de los agujeros de las persianas cerradas.

Noel emitió un extraño sonido con la garganta y sus ojos se abrieron, las pupilas dilatadas. La intensidad de su mirada me hizo temblar el estómago y le solté el pelo con una disculpa entre dientes. Se me hinchó la cara de vergüenza.

—No te disculpes. —Frotó la punta de su nariz contra la mía—. Me gusta que jugueteen con mi pelo. Es agradable.

—¿Te gusta? —A mí nunca me lo habían tocado.

Asintió con la cabeza, su nariz volvió a rozar la mía, y mi vientre dio un brinco.

—Sí, es relajante.

Murmuré algo que en realidad no era inglés mientras apartaba los ojos de su pesada mirada y seguía revolviendo su pelo alrededor de mis pequeños dedos. Me gustaba tocarle el pelo, y parecía que a él también le gustaba. Me sonrió, y una sonrisa tonta se dibujó en mi cara como respuesta.

La satisfacción se asentó en mi estómago como un peso confortable, como si me hubiera saciado después de un delicioso festín. No sabía por qué permitía que yo lo tocara. Pero no tuve miedo cuando Noel arrastró su dedo índice sobre el pabellón de mi oreja. Bueno, tenía miedo porque aquello era nuevo y confuso y me hacía sentir cosas que no entendía. Pero también me resultaba reconfortante y me transmitía seguridad.

Tal vez tener amigos valía la pena, después de todo.

Para mi sorpresa, conseguí caer en un ligero sopor. Después de un tiempo indeterminado, sentí que el colchón se movía debajo de mí y me desperté cuando Noel y Jai salieron de la cama. Susurraron en su extraño idioma y yo me asomé por encima de mi hombro mientras parpadeaba para despejar los restos de sueño de mi mente.

Jai estaba de pie en el pasillo, en la puerta, con las manos en las caderas, donde le caían los calzoncillos negros. Su piel aceitunada, su pelo oscuro y sus músculos esculpidos en piedra me aceleraron el corazón y desvié mi atención hacia Noel. Me arrepentí de inmediato cuando Noel se bajó los pantalones del pijama.

Se inclinó para quitárselos de los tobillos y murmuró algo que no entendí. No parecía tener ningún problema en desvestirse frente a su otro. Jai ni siquiera pestañeó mientras Noel buscaba ropa en su tocador, solo llevaba puestos los calzoncillos. Me quedé mirando su trasero más tiempo del necesario antes de esconderme en la almohada para refrescar mis mejillas.

Volvieron las confusas sacudidas de mi estómago y me incorporé, presa del pánico. ¿Estaba a punto de vomitar? Tenía la piel húmeda y caliente. El corazón me galopaba en el pecho. No recordaba la última vez que me había puesto enfermo, pero tal vez lo estaba de verdad.

—Riley, ¿estás bien? —Noel abotonó y cerró la cremallera de sus vaqueros pitillo mientras Jai volvía a entrar en la habitación.

Evité mirar su casi desnudez y asentí.

—Sí, estoy bien.

Solo sentí alivio cuando Noel se puso una camiseta en la cabeza. No estaba enfermo, solo incómodo. Apenas soportaba ver mi propio cuerpo desnudo al ducharme, así que era lógico que no me gustara ver a otros chicos tan desnudos. Sí, tenía que ser eso.

Tiré del dobladillo de la camisa de Jai para cubrir la mayor parte posible de mis piernas y me levanté de la cama.

—Hum, ¿dónde está mi ropa?

Dos pares de ojos se posaron en mis piernas desnudas, y casi me protegí con la manta. Por suerte, ambos apartaron la mirada con rapidez.

—En la secadora. —Jai bostezó y se rascó el cuero cabelludo—. Gid puso anoche la lavadora.

Jai cruzó el pasillo y entró en su dormitorio. Noel me acompañó al salón. Gideon ya estaba despierto y cogía provisiones de la nevera para preparar la segunda ronda del desayuno. El café ya estaba listo. Noel gimió de felicidad mientras daba un rodeo para prepararse una taza.

—El baño está al final, junto al recibidor. —Señaló hacia la puerta principal.

Con un gruñido de desaprobación, Gideon dejó de batir los huevos y me hizo un gesto para que lo siguiera.

—Por aquí. Puedes usar la ducha si quieres. Te he dejado una toalla en el lavabo.

El gesto fue sencillo pero amable.

—Oh, gracias.

Le sonreí mientras abría la puerta del baño. Cambió de posición y evitó mirar mis piernas desnudas.

—Bueno, de nada. —Su incomodidad avivó la mía y me apresuré a entrar en el baño, con los ojos clavados en el suelo—. Tu ropa está en la secadora.

—Sí. Vale. —Me agarré al borde de la puerta para empujarla y cerrarla, pero, cuando él se dio la vuelta para marcharse, dudé—. ¿Gideon?

Retrocedió.

—¿Sí?

—Gracias por las tortitas, por mi ropa y, eh, por salvarme. —No pude mantener el contacto visual. Por dentro lloriqueaba como un loco.

Una sonrisa se dibujó en la comisura de sus labios y capté un breve indicio de su hoyuelo antes de que inclinara la cabeza a modo de agradecimiento.

—De nada, pero no hace falta que me des las gracias. —Su mirada se intensificó, clavándose en mí—. Siempre te protegeremos. Es nuestro trabajo.

Me dio la espalda y se retiró a la cocina. Me dejó de pie en la puerta del baño, con una extraña tristeza latiendo bajo el corazón.

Como había prometido, una toalla descansaba sobre la encimera del lavabo y, tras recuperar mi ropa de la secadora, me desnudé. Doblé la camisa de Jai y la coloqué sobre la tapa del retrete antes de añadir mis calzoncillos a mi montón de ropa limpia. No tenía recambio y salir de allí sin nada debajo de los pantalones me parecía bastante escandaloso.

Miré la ducha con desconfianza y respiré hondo para calmarme antes de abrir el agua. Tenía la intención de limpiarme de inmediato, pero decidí esperar a volver a mi dormitorio para llevar a cabo mi penitencia.

En lugar de eso, me lavé la sangre seca, el sudor y los restos de pecado que se me habían pegado a la piel. No era suficiente para limpiarme por completo, pero ya pediría perdón por mi larga lista de transgresiones más tarde, cuando estuviera solo y pudiera castigarme como era debido. Hasta entonces, disfrutaría del agua caliente.

Salí del cuarto de baño diez minutos más tarde y caminé por el pasillo con los pies en calcetines. Una vez más, los hombres de la cocina no hablaban inglés y me quedé fuera de su vista para escuchar. Las palabras se deslizaban sobre mi piel como el satén, pero mi ensoñación se vio interrumpida por una voz áspera en mi oído.

—Pensaba que escuchar a escondidas era de mala educación. —Jai se rio mientras yo saltaba del susto—. Aunque, como no entiendes nada de lo que dicen, supongo que no cuenta, ¿verdad?

—No estaba... —Me fui a la deriva, incapaz de defenderme. Me había pillado con las manos en la masa y una sonrisa burlona se dibujó en sus labios—. Me gusta cómo suena.

—Qué mono. —Jai me condujo a la barra del desayuno y me subió al taburete con las manos en las caderas. ¿En serio?

—No soy un bebé —refunfuñé, y él se rio.

Noel y Jai me flanquearon en la barra del desayuno, y todas mis protestas fueron ignoradas mientras apilaban huevos, salchichas y fruta cortada en mi plato.

—Todavía estoy hasta arriba de tortitas —dije débilmente cuando Gideon me dio un tenedor con aire expectante. Me dejé caer en el asiento y acepté el tenedor.

No estaba seguro de si podría meter algo en el estómago sin vomitar, pero parecía que no tenía muchas opciones. Hurgué en el plato y comí todo lo que pude. Noel me revolvió el pelo entre bocado y bocado, y no tuve valor para resistirme.

Otro par de calcetines cubrían sus pies. Unos unicornios blancos con cuernos de arcoíris bailaban sobre la tela fucsia, y se me escapó un bufido poco atractivo. Noel siguió mi línea de visión y luego frunció el ceño.

—¿Qué?

Tragándome la siguiente carcajada, mordisqueé un trozo de salchicha.

—Me gustan tus calcetines.

—Gracias. —Movié los dedos de los pies—. Te presto un par cuando quieras.

Sentí un placer inaudito en el pecho y me dolieron las mejillas por la sonrisa.

—Me encantaría.

En cuanto mi estómago se estiró hasta decir basta, deslicé discretamente mi plato hacia Noel. Con habilidad, él tomó los huevos revueltos restantes, pero Jai notó nuestro intercambio y se llevó las salchichas. Mientras tanto, Gideon fingía desaprobación.

—Estaba muy bueno. No puedo comer más —dije—. No quería tirar la comida.

Gideon soltó una risita y se le iluminó la cara con la primera sonrisa plena que le había visto. Apareció su hoyuelo y me quedé mudo ante su belleza angelical. Parecía más joven, más suave, pero inalcanzablemente perfecto, como una escultura de mármol.

La belleza sobrenatural debía de ser un rasgo angelical.

—Jai, hoy te llevas a Riley. Noel, debes terminar tu informe. —Gideon recogió los platos vacíos y los puso en el lavavajillas.

Noel arrugó la nariz mientras saltaba de su taburete.

—Papeleo. Qué asco.

Jai me dio un codazo en el hombro y levantó la barbilla hacia la entrada.

—Ya lo has oído. Te vienes conmigo.

Me dejé caer del taburete, me enderecé y alisé mi camiseta.

—Gracias por el desayuno —le dije a Gideon, que se ponía una corbata roja.

—De nada.

—Yo... —Me mordí el interior de la mejilla—. ¿Te volveré a ver?

Sus dedos vacilaron y falló en su primer intento de nudo Windsor.

—Hum, sí, imagino que sí.

—De acuerdo. —Seguí a Jai arrastrando los pies y me despedí con timidez a Gideon—. Eh, entonces, hasta luego.

En la puerta, Jai se encogió de hombros con su chaqueta de cuero mientras yo metía los pies en

mis zapatillas hechas jirones.

—Necesitas zapatos nuevos.

Para ser sincero, estaba de acuerdo con él, pero no quería llamar a la señora Janet para pedirle dinero extra. Ella siempre sabía cuándo me había portado mal, y temía que se enterara de la fiesta y de lo de Kayla y de todo lo que pasó después. Me estremecí de miedo.

Noel, que se apresuraba por el pasillo, me salvó de tener que responder.

—Espera, tengo algo para ti. —Supuse que se refería a Jai, pero me entregó una bola de tela arcoíris y parpadeé, sorprendido—. Tengo de sobra, así que...

Cogí el regalo con los ojos muy abiertos y desdoblé la tela. Tenía entre mis manos dos calcetines de colores, y ese calor abrumador volvió a mi pecho.

—¿Para mí? —pregunté y él asintió. La emoción me atascó la garganta—. Gracias.

Yo casi nunca recibía regalos, ni siquiera en mi cumpleaños. Cuando los recibía, eran de padres adoptivos o trabajadores sociales, personas que tenían que hacer regalos, pero nunca había recibido un regalo de un amigo.

—Si no te gustan...

Los apreté contra mi pecho por miedo a que me los quitara.

—No, me encantan. Es solo que... no tienes que regalarme cosas.

Noel me acomodó un rizo rebelde detrás de la oreja.

—Lo sé. Quería hacerlo. Pero, si no te gusta el diseño...

—¡Sí me gustan! Me gustan mucho.

Noel dio un paso atrás, se alisó el pelo con las mejillas se sonrojadas.

—Me alegro. Me alegro.

—Gracias —volví a decir. Noel ignoró mi agradecimiento, sus orejas se colorearon a juego con sus mejillas, rojas como manzanas.

De un fuerte tirón, me estrechó en un abrazo inesperado y yo resoplé contra su pecho. Podía contar con los dedos de las dos manos cuántas veces me habían abrazado de verdad. Mi falta de experiencia en ese tipo de afecto se hizo evidente cuando me quedé inmóvil durante varios segundos antes de darle palmaditas en la espalda como un idiota. A pesar de lo incómodo que fue el abrazo, me inundó de felicidad y acabé relajado en sus brazos, disfrutando del gesto amistoso.

Antes de separarse, Noel me acarició la cabeza y me pareció sentir que me daba un beso en el cuero cabelludo. Tuvo que ser mi imaginación. Era imposible que me regalara un gesto de cariño de tal magnitud, y menos delante de testigos.

Por fin, Jai interrumpió nuestro abrazo con un bufido burlón.

—Por las profundidades del Seol, es un par de calcetines, no un anillo de compromiso.

—Solo está celoso de que sea más guapo que él —susurró Noel mientras le lanzaba una mirada de soslayo.

Jai puso los ojos en blanco.

—Si vais a empezar a enrollaros, hacedlo en vuestra habitación para que no tenga que verlo.

Horrorizado, añadí varios metros de distancia entre Noel y yo.

—No estábamos... Yo no...

—Ignóralo, Riley. Ser un gilipollas es lo que mejor se le da a Jai. —El comportamiento feliz de Noel se transformó en una mirada fulminante.

Jai rio como si fuera el malo de la película mientras abría la puerta principal.

—Como nuestro experto residente en pollas, lo sabrás bien.

—Ja, ja, ja. Chistes gays por todas partes. —Noel agitó sus manos de *jazz*—. Puedes comerme mi magnífico y blanqueado ano.

Jai rugió de risa, incluso cuando Noel se abalanzó sobre él, lanzándole puñetazos a medias.

—Pensaba que no era tu tipo.

—Vete de aquí antes de que te reabra la puñalada, imbécil.

Aunque actuaban de una manera tan violenta e insultantes, ambos reían cuando se separaron, y Noel se secó los bordes de los ojos. Jai le despeinó el largo pelo y Noel gruñó.

—¿Te reúnes con nosotros más tarde? —Jai me incitó a salir por la puerta principal mientras intentaba comprender sus cambios de humor. Un segundo antes, eran los mejores amigos y, al siguiente, querían apuñalarse. No entendía su dinámica en absoluto.

—Si Gideon no me mete más papeleo por el galillo, sí.

Jai apretó los dientes.

—Ah, a veces lo pones tan fácil...

—No lo digas.

—Pero es perfecto e hilarante.

—Jairo —advirtió Noel.

—Por favor... ¿Una más? —Jai sonrió, suplicante, y Noel suspiró, exasperado.

—Está bien.

Triunfante, Jai enganchó el brazo alrededor del cuello de Noel y le hizo una pectorreta en la mejilla.

—Pero si a ti te encanta tragártelo todo.

—Te odio. —Noel lo abofeteó en la cara, lo bastante fuerte como para que picase, pero lo bastante suave como ser solo una broma.

—Lo sé. Yo también te odio. —Frotándose la mejilla, Jai dejó a Noel en la puerta y me dio una palmada en el hombro—. Venga, Riles, vámonos.

Estupefacto, tropecé tras él mientras Noel se despedía con la mano.

—Te veré más tarde. No lo mates por el camino —le ordenó a Jai antes de enviarme una sonrisa más—. Adiós, Riley.

—Adiós. —Quise decir más, la despedida no bastaba para expresar la magnitud de todo lo que había sucedido en las últimas veinticuatro horas, pero Jai me agarró del borde de la sudadera y me arrastró por la acera.

Me alejó de la puerta del apartamento y dobló la esquina del largo edificio de una planta. Nos detuvimos bajo una pequeña cochera, donde había una monstruosa motocicleta negra. La advertencia de Noel sobre no morir tenía mucho más sentido ahora. El estómago me dio un vuelco cuando Jai sacó la moto del aparcamiento.

—Has conducido esto antes, ¿verdad? —Miré a la bestia con recelo. Las motos eran extremadamente peligrosas, y no quería embadurnar el pavimento con mis sesos si nos estrellábamos.

—No me digas que te da miedo una motito de nada. —Me tendió un casco y yo lo cogí con dedos temblorosos.

—Eso no es «Una motito de nada».

Me coloqué el casco, pero Jai me apartó las manos al instante, antes de que pudiera asegurármelo. Me abrochó la correa bajo la barbilla y sacó una chaqueta de cuero bien usada de debajo del asiento de la moto. Me ayudó a ponérmela, cerró la cremallera y me echó un vistazo.

Las mangas me tapaban las manos, demasiado grandes para mi complexión, y el casco me hacía sentir tonto. Pero sonrió: sus ojos oscuros parpadeaban como una hoguera moribunda.

—¿No llevas casco? —le pregunté, y negó con la cabeza.

—Hace falta algo más que una caída para dejarme inconsciente. —Se le pasó la fanfarronería

un instante después de decir eso y me dio un golpecito en la nariz—. Aunque tú eres un poco más frágil, así que tienes que llevarlo.

El descaro poco característico que Jai solía sacar de mí hizo acto de presencia y puse los ojos en blanco.

—Seguro que parezco un idiota con esto puesto.

Moví la cabeza, y Jai se rio, evaluándome de nuevo antes de encogerse de hombros.

—Sí, más o menos.

—Vaya, gracias.

Ignoró mi enfurruñamiento sarcástico y balanceó la pierna sobre la moto.

—Ahora, sube tu culito.

Su mirada desafiante despertó algo dentro de mí, el deseo de valentía, la necesidad de rebelión. Con Jai, el valor parecía más fácil de encontrar, y me acerqué a la bestia negra con pasos decididos. Una sonrisa peligrosa curvó sus labios y, a horcajadas sobre el temible vehículo, vestido con su chaqueta de cuero y sus botas negras, parecía más demonio que ángel.

Resultó más difícil subir a la gran moto de lo que suponía, y después de que Jai se riera a carcajadas de mis fallidos intentos en solitario, me ayudó. Haciendo uso de sus superpoderes angelicales, me subió fácilmente a la parte trasera hasta situarme detrás de él. Puse las manos sobre los muslos y apreté el asiento de la moto entre las piernas mientras el terror y la excitación luchaban en mis entrañas.

—A lo mejor quieres agarrarte a mí. —Miró por encima de su hombro y mi cara se sonrojó al pensar en rodear su cintura con mis brazos.

Pero, en cuanto la moto se puso en marcha, chillé y me agarré a Jai como una boa constrictor. Su pecho retumbaba de risa bajo mis manos —o tal vez era la vibración de la moto— y apoyé la mejilla en su espalda mientras salíamos del aparcamiento.

Lo agarré con más fuerza a medida que conducía más rápido, pero, después de varios minutos de zigzaguear entre el tráfico, me relajé. En realidad, era divertido. El borrón de vehículos y árboles que pasaban amenazaba con provocarme náuseas, pero me negué a cerrar los ojos.

El viento me helaba las mejillas y me congelaba la nariz, y apreté la cara contra la espalda de Jai para entrar en calor. Lo apreté con fuerza y sonreí como un loco; se me escapó una carcajada maníaca. Después de la primera, un torrente brotó de mi boca y, de pronto, me estaba riendo tan fuerte que mis ojos se llenaron de lágrimas.

—¿Quieres que vaya más rápido?! —gritó Jai por encima de su hombro, y yo moví la cabeza contra su chaqueta de cuero mientras gritaba lo que esperaba que fuera una afirmación lo suficientemente alta—. Tomaremos la ruta panorámica a casa.

Sus risueñas palabras se perdieron en el viento. Giró a la derecha para llevarnos fuera de la ciudad, en dirección opuesta al campus. Jai apretó el acelerador y la moto rugió, embalandose por las calles vacías. Cada vez íbamos más deprisa, el viento se abalanzaba sobre mí y, aunque estaba helado, me encantaba cada minuto.

Corrimos sobre el asfalto, la moto nunca vaciló bajo el perfecto control de Jai. Me sentía inexplicablemente temerario, así que me solté de su cintura y levanté los brazos, imitando las alas de mis ángeles. Cerré los ojos e imaginé que alzábamos el vuelo mientras el fuerte viento azotaba alrededor.

La risa de Jai vibró en mi interior, levanté la cabeza y me uní a él, riendo hacia el cielo azul y soleado.

Estaba volando y, por primera vez en mi vida, era libre.

CAPÍTULO ONCE



ME TEMBLABAN LAS PIERNAS por los restos de adrenalina y las vibraciones fantasmas cuando Jai bajó de la bestia negra que rugía bajo nosotros. El palpitir de mi corazón resonaba en mis oídos. Me ofreció su mano para ayudarme a desmontar y conseguí ponerme en pie sin demasiados tropiezos embarazosos.

—¿Qué te ha parecido? —Jai balanceó la moto sobre el caballete, con el pelo alborotado.

Me quité el casco y él lo guardó bajo el asiento junto con la chaqueta de cuero que me había prestado.

—Ha sido maravilloso.

Se le iluminó la cara y levantó el puño, con los nudillos al aire. Lo miré con recelo y él puso los ojos en blanco con un resoplido.

—Venga, no me dejes colgado.

—Creía que esto solo lo hacían los deportistas. —Golpeé mis nudillos contra los suyos. Como si lo hubiera ofendido personalmente, frunció el ceño, me dio la espalda y caminó decidido hacia mi residencia. Me esforcé por seguir sus largas piernas—. Jai, espera, ¿qué he dicho?

Se detuvo con brusquedad y giró sobre sus talones justo a tiempo de evitar que me cayera sobre él. Me agarré a su camisa para mantener el equilibrio, y mi acelerado corazón dio una voltereta cuando los ondulantes músculos abdominales se apretaron bajo mis dedos. Jai gruñó por el impacto.

Le pedí disculpas mientras sus manos rodeaban mis caderas para estabilizarme. Al levantar la cabeza, me quedé paralizado ante la intensidad de sus ojos oscuros. El aroma a tabaco especiado invadió mis sentidos y las llamas ardían en sus iris. ¿Le había hecho daño?

—Lo siento —repetí con torpeza. Deshice mi agarre feroz de su camisa.

Al principio no me soltó, y sus largos dedos se flexionaron. El calor de su abrazo me quemó las capas de ropa. Su temperatura corporal tenía que ser un superpoder.

—¿Por qué lo sientes? —Ladeó la cabeza, curioso, expectante.

—No quería hacerte daño.

Una sonrisa desconcertada se dibujó en sus labios y aspiré bruscamente cuando sus dedos me acariciaron la barbilla.

—No me has hecho daño. Pero eres muy peligroso. Aunque no como tú crees.

Sin dar más explicaciones, me soltó. Chillé al notar que sus dedos se colaban en mi bolsillo trasero y sacaban la cartera de mis vaqueros. Sacó el carné de estudiante de la cartera y me la

devolvió al bolsillo. Luego se dirigió despreocupadamente hacia mi residencia. Me quedé inmóvil y confuso en el aparcamiento.

¿Era peligroso? ¿De verdad lo creía? Ese comentario no había sido muy amable por su parte.

Me sacudí el estupor y tropecé con mis pies al seguirlo escaleras arriba, regodeándome en mi desgracia. Me detuve instantes antes de estrellarme contra la puerta de cristal y grité cuando Jai me apretó el brazo.

—¡Por las puertas del Infierno! ¿Puedes al menos intentar no suicidarte cuando estoy cerca? Los otros no me dejarán vivir si te mueres en mi presencia.

Me encogí bajo su frustrada reprimenda y bajé mis ojos, ahora llorosos, hacia el cemento.

—Lo siento.

—Joder, Riles...

Corrí hacia el interior para escapar de su arenga y subí los escalones de dos en dos. Mi pequeña ventaja no duró. Sus largas piernas me alcanzaron con facilidad y subimos los escalones restantes codo con codo. A medida que avanzábamos por el pasillo hasta mi dormitorio, mi alegre estado de ánimo se sumía en la desesperación. Jai pensaba que yo era peligroso y yo no creía que fuera un cumplido.

Proponso a los accidentes y torpe, podía entender las dificultades que yo añadía a su trabajo. Tenía muy mala suerte y solían ocurrir cosas terribles a mi alrededor. No creía que la mayoría de las veces fuera culpa mía, pero seguía siendo un peligro para su salud. Si quería permanecer inmune a cualquier maldición que se cerniera sobre mí, debía mantener las distancias. Quizá se refería a eso.

Después de asegurarme de que no había testigos en el pasillo, abrí la puerta y acompañé a Jai al interior. Temía los rumores que podrían circular si alguien me veía dejar entrar a un hombre en mi habitación, sobre todo uno de aspecto tan aterrador como él. Además, quería evitar a Bethany y su inevitable curiosidad.

Jai leyó mis pensamientos.

—¿Escondiéndome de tu amiga?

—No quería que hubiera una escena.

—¿Una escena? ¿Por mi culpa? —Se rio entre dientes, y el sonido ronco me erizó la piel—. ¿Por qué supones lo peor de mí?

—¿Puedes culparme? —Puse los ojos en blanco e hice un gesto hacia su rebelde ropa cuando él, confundido, ladeó la cabeza—. Oh, vamos. Quiero decir, con todo eso de la ropa negra, los *piercings* y en general... Es intenso.

Sus cejas se alzaron. Una sonrisa juguetona curvaba sus labios.

—¿Así que te parezco intenso?

Tragué saliva ante el brillo travieso de sus ojos mientras se pavoneaba por la habitación hacia mí.

—Sí. Eres algo intenso y sombrío. No me culpes por preocuparme por su reacción. Probablemente la asustes.

—¿Crees que doy miedo? —Su voz grave se convirtió en un ronroneo mientras bajaba la cabeza para ponerse a mi altura.

En sus ojos oscuros brillaron la diversión y algo que no podía nombrar y mi barriga se puso del revés.

—A... veces —balbuceé.

Recortó la distancia que nos separaba, inclinó la cabeza y su aliento me acarició la boca.

—¿Tienes miedo ahora?

—No —mentí.

La punta de su nariz rozó la mía y mis ojos se cerraron, mi cerebro cortocircuitó. Necesitaba algo, pero no sabía el qué. Me incliné hacia su calor, pero él rompió la hipnotizante atmósfera al apartarse de mí como si lo hubiera abofeteado.

Por alguna razón, me sentí engañado y, a la vez, mortificado. Retrocedí.

—Perdona, ¿de qué estábamos hablando?

—De nada. —Se dejó caer sobre el colchón y metió la mano bajo el somier para coger mi libro de *Robinson Crusoe*—. Deberías hacer los deberes. Y deja de preocuparte por que tus amigos te juzguen.

Fruncí el ceño ante su repentina frialdad mientras me ignoraba, hojeando mi libro hasta llegar al punto en que se había quedado. ¿Qué había hecho? Me había llamado peligroso y yo le había dicho que daba miedo. Tal y como yo lo veía, estábamos en paz, ¿no?

—Ya he hecho los deberes. —Crucé los brazos sobre el pecho y me senté al final de la cama—. Y no seas malo. Bethany es una buena persona y mi amiga.

Eché un vistazo por encima de mi libro y arqueó una ceja.

—Pero tienes miedo de que me eche un vistazo y piense que anoche te llevé a casa para hacer mis perrerías contigo.

—¿Por qué iba a pensar eso? —balbuceé con las mejillas encendidas.

Con una sonrisa siniestra, se sentó e invadió mi espacio una vez más.

—Por mi intensidad, claro.

Se echó a reír al ver mi cara de pocos amigos, y yo me quité las zapatillas resoplando y molesto por sus burlas. Se acomodó en mi cama, con las botas colgando, y siguió riéndose. Fruncí el ceño e hice lo posible por ignorar sus palabras insinuantes.

—Si te sirve de algo, siempre le he gustado a Bethany. Así que ya está. —Me sacó la lengua en un gesto infantil.

—No sabía que os conocíais.

Enrosqué las piernas debajo de mí mientras intentaba ignorar la franja de piel que dejaba al descubierto su camisa subida. «Por el amor de Dios, Riley, es solo piel». Forcé mi mirada hacia la cara de Jai en su lugar, pero mi estómago dio un vuelco cuando chasqueó el *piercing* de su lengua contra sus dientes delanteros.

Vale, al parecer, mirarlo a la cara tampoco servía. ¿Qué me pasaba? ¿Estaba mi misteriosa enfermedad asomando la cabeza de nuevo?

Inmune a mi agitación interior, Jai dejó caer mi libro sobre su pecho, arrugando las páginas.

—Bueno, en realidad no. Quiero decir cuando la usamos para vigilarte. Puede que le hiciera más caso a Noel que a mí —arrugó la nariz—, pero aun así me dejaba persuadirla... la mayoría de las veces.

—¿Persuadirla? —Los recuerdos de Kayla actuando como un robot borracho bajo las instrucciones de Noel llenaron mi mente, y el horror se apoderó de mí—. ¿Controlas a la gente?

—Bueno, no; no del todo. Pero la intervención física en nombre de un pupilo no suele ser necesaria y está mal vista. La mayoría de las veces es más fácil influir en la gente que te rodea para que te mantenga a salvo. —Se encogió de hombros—. No es que te hayas hecho el hábito de ser croqueta de demonios. No eres rebelde y evitas el peligro de forma natural. Rara vez hemos tenido que persuadirte.

Las tripas se me llenaron de plomo al oír sus palabras. Me habían controlado toda la vida por el sistema de acogida, los padres adoptivos, los médicos y, al final, la señora Janet. Por fin había encontrado algo de libertad en la universidad, pero ahora estaba en las garras de tres ángeles que

harían exactamente lo mismo que la señora Janet.

—¿Me controlabais? —Mi voz se quebró y la comprensión se reflejó en el rostro de Jai antes de que sus ojos se abrieran de par en par.

Se incorporó y sus botas mancharon mi edredón.

—¡Joder, no! Riley, no es así. No podemos controlarte. Eso no funciona. Y, aunque pudiéramos, no lo haríamos. Los humanos tienen libre albedrío, tú tienes libre albedrío. La decisión siempre es tuya.

—Pero Kayla...

—Estaba muy borracha. —Las llamas de la ira estallaron en los ojos de Jai, pero, sorprendentemente, no me inmuté cuando me acarició la mejilla—. No creo que hubiera actuado como lo hizo si hubiera estado sobria. Eso, combinado con su consumo de alcohol, hizo que su mente fuera más fácil de moldear. Y se lo estábamos poniendo muy difícil. Kayla no tenía que escucharnos a mí o a Noel, pero una parte de ella que eligió obedecer. Además, la asusté, y el miedo es un buen motivador.

—¿Por qué la asustaste?

La mandíbula de Jai se apretó y un músculo le hizo un tic en la mejilla.

—Porque es una niña mimada acostumbrada a conseguir lo que quiere sin importarle los sentimientos de los demás. En cierto modo, sabía que no tenía ninguna oportunidad contigo a menos que te emborrachara y, al ver que eso no funcionaba, te arrolló. Intentaste detenerla y ella se negó a escuchar. Borracha o no, es detestable.

La vergüenza me invadió en cuanto el recuerdo de sus caricias se reflejó en la parte delantera de mis vaqueros. Se me erizó la piel mientras me miraba los dedos inquietos en el regazo. Quizá Kayla se había equivocado, pero yo no había sido muy firme en mi negativa. Mis intentos de detenerla habían sido patéticos en el mejor de los casos. Tenía que asumir mi parte de responsabilidad de aquella situación.

—Debería haber...

—No fue culpa tuya, Riley. —Jai me obligó a levantar la cabeza, su mirada feroz, intensa—. ¿Me has oído? No fue culpa tuya.

La culpa en mi pecho se alivió un poco, aunque sabía que estaba equivocado. Había sido culpa mía. Nunca debí ponerme en esa situación, ni siquiera debería haber ido a la fiesta, y los resultados fueron el castigo por mis malas decisiones. Había sido malo, y el mal tenía consecuencias.

—No quiero hablar más de esto. —Apreté las rodillas contra el pecho y me rodeé las espinillas con los brazos. Apoyé la barbilla en las rótulas—. Entonces, no puedes obligarme a hacer cosas, ¿verdad?

El metal chasqueó contra los dientes de Jai y su mejilla se crispó. Parecía que quería insistir, pero, por suerte, hizo caso a mi ruego tácito y cambió de tema.

—No, no podemos obligarte a hacer algo que no quieres. Podría sugerirte que graznaras como una gallina, pero...

Ahogué la risa entre las rodillas y él me tiró de la oreja.

—No creo que puedas convencer a nadie de que grazne como una gallina.

—Probablemente no. —Me dio un codazo en el hombro con el brazo—. Solo te hacíamos sugerencias cuando creíamos que necesitabas orientación. Y tú solo escuchabas si era algo que querías.

—¿Y si es algo que no quiero? —Miré el lugar donde nuestros brazos se rozaban, el calor de su cuerpo filtrándose a través de nuestras mangas.

—Entonces, no lo hacías. —Se puso detrás de mí y me frotó la columna vertebral con círculos relajantes—. Ven aquí. Dame un abrazo.

La orden surgió de la nada, pero la embriagadora capa que cubría sus palabras ahogó la parte de mi cerebro que cuestionaba la sensatez de su petición.

—¿Eh?

Inclinándose, su mirada capturó la mía, el fuego dentro de sus ojos parpadeaba de forma hipnótica.

—Ven aquí, Riles.

Parpadeé soñoliento y obedecí. Me gustaba cómo pronunciaba mi nombre, como un susurro ronco en la brisa. Le rodeé el cuello con los brazos y me abracé a él. Su cuerpo retumbó y mis pensamientos se agitaron mientras mi interior se derretía. Era muy dulce.

—Ahora —ronroneó, con sus labios bailando sobre mi oído. Me estremecí—, grazna como una gallina.

Durante una fracción de segundo, lo consideré antes de que la parte más inteligente de mi cerebro se sacudiera la bruma de su persuasión. Al volver a la realidad, me negué a aceptar mi posición, casi sentado en su regazo mientras lo abrazaba con fuerza. Y nuestra conversación me golpeó de lleno.

—¡Idiota! —Me aparté de un empujón, y él soltó una carcajada cuando perdí el equilibrio y me caí de la cama.

Mi trasero protestó al caer, pero a Jai no pareció importarle. Se rio como un niño al que habían pillado gastando una broma. Se levantó y me tendió la mano. Sus ojos bailaban alegres y su despampanante sonrisa casi ahogó mi enfado. Casi.

Fruncí el ceño y rechacé la mano que me ofrecía.

—No eres muy buen amigo.

—En realidad, no. Soy un poco un gusto adquirido. Pero no te preocupes, Riles. —Apoyó las manos en las caderas y me miró con la intensidad de siempre—. Tengo la sensación de que al final te gustaré mucho.



Dos horas más tarde, seguía enfurruñado por la broma. A instancias de Jai, añadí los últimos retoques a una redacción que debía entregar al final de la semana y luego jugué a *Legend Of Zelda online* mientras él leía *Robinson Crusoe*.

Una vez más, estaba tumbado en mi cama, aunque se había quitado las botas a petición mía. Sus pies en calcetines descansaban sobre mis espinillas, detrás de mi ordenador, y silbaba una melodía desconocida, pasando las páginas a intervalos uniformes.

Un golpe en la puerta me distrajo, y a duras penas conseguí evitar que Link muriera antes de pausar el juego. Jai dobló las piernas, lo que me permitió levantarme de la cama, pero no apartó los ojos de mi novela. Quienquiera que estuviese en la puerta no debía de poner en peligro su vida si ni siquiera se molestaba en bajar el libro.

Cuando abrí la puerta, un cuerpo pasó a mi lado en un torbellino de pelo blanco y rayos de sol, y cerré la puerta tras él. Noel casi tropezó con las botas. Gruñó algo en su idioma y Jai resopló

ante el supuesto insulto. Sin pedir permiso, Noel se quitó las zapatillas blancas, apartó las piernas de Jai y se subió a mi cama individual.

—¿Puedo jugar yo también? —Noel se metió en el espacio al final de la cama y cogió mi ordenador, radiante de emoción.

—Sí. Por supuesto.

Jai debió de darse cuenta del poco espacio que había en la cama, porque se desplazó por el colchón hasta sentarse contra la pared, como Noel, dejando entre los dos un hueco lo bastante grande para que me sentara yo. Marcó su lugar en mi libro antes de arrojarlo sobre mi almohada.

Ambos me miraron expectantes y me sonrojé cuando me metí en la cama y me acomodé entre ellos. Por extraño que parezca, actuaron como si fuera lo más natural del mundo irrumpir en mi habitación y sentirse como en casa. La verdad, no me molestó. Para ser sincero, era agradable, como algo que hacían los amigos.

—Deberías enseñarle a Jai a jugar. —Noel dejó el ordenador sobre mis rodillas y pasó una mano por mis rizos rebeldes—. Uno de estos días, te cortaré el pelo. Lo tienes demasiado largo.

—De acuerdo. —Activé el juego y me volví hacia Jai, explicándole los controles sobre la marcha.

Al igual que Noel, Jai lo cogió enseguida e intercambiamos el ordenador entre los tres mientras pasábamos los niveles. Jai y Noel se burlaban el uno del otro, haciendo apuestas ridículas para hacer el juego más competitivo, y yo hacía lo que podía para ocultar mi risa ante sus payasadas.

El sol empezaba a ponerse y la luz natural menguaba, proyectando rayos dorados sobre el suelo. Mientras Noel controlaba a Link, Jai y yo observábamos, mi cuerpo aplastado entre los dos ángeles. Sus hombros rozaban los míos y nuestros muslos se tocaban. Lo que debería haber sido incómodo no lo fue, y no sabría decir si me sentía más culpable por sentarme demasiado cerca de unos chicos a los que apenas conocía o por mi falta de vergüenza ante nuestra inapropiada proximidad.

Nuestra agradable actividad se vio de pronto interrumpida por la puerta, que se abrió de golpe, y me sobresalté cuando mi compañero de habitación entró en la habitación. La puerta se cerró de golpe y Brian se volvió hacia mi cama, con la boca abierta para, a juzgar por su nariz arrugada, gritarme por algo que probablemente no había hecho. Pero se quedó inmóvil.

Al ver a Jai y Noel, se le salieron los ojos de las órbitas y se le aflojó la boca. Cualquier duda que yo hubiera tenido sobre la existencia real de los hombres que había a mi lado se desvaneció en cuanto Brian se quedó boquiabierto como un pez fuera del agua.

—¿Qué coño es esto?

Noel le lanzó una mirada fugaz antes de volver a centrarse en la pantalla de mi ordenador, y Jai lo ignoró. Yo, en cambio, enderecé la columna y me desplacé hacia delante en el colchón para crear el mayor espacio posible entre los dos hombres que había en mi cama y yo.

—Hola, Brian. —Luché contra el rubor cuando los ojos de mi compañero de cuarto se entrecerraron, juzgando claramente nuestra disposición de los asientos—. ¿Qué tal tu...?

—¡No! —Me cortó, y me estremecí ante su volumen—. Joder, reinona. No, de ninguna manera. No, ni hablar.

Me había acostumbrado a la mirada de asco de Brian, pero no pude evitar acobardarme cuando apoyó las manos en las caderas con una mueca de desprecio.

—¿Qué...?

—He aguantado mucha mierda. —Me señaló la cara con el dedo índice, y un gruñido sutil retumbó en el pecho de Jai cuando la mano de Noel se posó en la parte baja de mi espalda para

mostrarme apoyo—. Pero esto no. De ninguna manera.

Nos hizo un gesto como si estuviéramos haciendo algo sucio y me sentí como un insecto que se hubiera atrevido a escabullirse por su escritorio. ¿Estaba enfadado porque había traído amigos a nuestra habitación? Él siempre traía gente, normalmente chicas, sin consultarme. Su enfado no parecía justo.

—Si quieres ser gay, es cosa tuya, tío —continuó, y sentí que se me iba la sangre de la cara en cuanto la humillación sustituyó a la confusión—. Pero no va a pasar en nuestro cuarto. Vete a chuparles la polla a otra parte.

Un ahogo horrorizado se atascó en mi garganta, estrangulándome, y Noel gruñó sin palabras. Jai se puso en pie con precisión mecánica, el rostro retorcido por una rabia sombría. El aire se espesó con el mismo zumbido que había sentido en el callejón la noche anterior y la lámpara del techo parpadeó. Brian tragó saliva al ver que Jai se erguía en toda su estatura, pero no retrocedió.

—Nada de mariconadas aquí. Esa es la regla. —Brian hinchó el pecho como un animal salvaje, sacando la barbilla.

Jai avanzó hasta que Brian y él estuvieron casi juntos. Se inclinó hacia él y Brian retrocedió unos centímetros.

—Entonces, te sugiero que te vayas a otro sitio.

—¿Quién coño te crees que eres? —Brian era obstinado y, si yo no estuviera mortificado y asustado a partes iguales, podría haber elogiado su capacidad para permanecer de pie ante el enfado de Jai.

Jai enseñó los dientes, muy lejos de sonreír.

—Soy el tipo que te va a reventar las rodillas si te atreves a toserle a Riley.

—Jairo —advirtió Noel mientras dejaba mi portátil sobre la cama, con los ojos oscurecidos por la ira.

—Ya, claro. —Brian cuadró los hombros, haciendo acopio de la dignidad que creía poseer—. Esta es mi habitación...

—También es la habitación de Riley —dijo Noel.

Jai terminó el pensamiento de Noel como si fuera suyo.

—Y como es la habitación de Riley, él puede hacer lo que quiera. Así que, si sabes lo que te conviene, te sugiero que te largues de mi vista.

—¿O qué?

Una sonrisa escalofriante adornó los labios de Jai mientras Noel se levantaba y pasaba un brazo por encima del hombro de su otro, su pecho a la espalda de Jai.

—Porque estamos a punto de hacer un montón de cosas de reinonas.

—Y odiaríamos someterte a nuestra fabulosa homosexualidad. —Noel puntualizó su sarcasmo con un beso en el cuello de Jai.

Nadie me había defendido antes, y no sabía si estaba más sorprendido por su actitud protectora o por su extravagante exhibición de afecto. Parpadeé mientras Brian hacía una mueca de disgusto. Me lanzó una mirada de desdén y salió de la habitación sin decir una palabra más. Las ventanas retumbaron cuando la puerta se cerró tras él.

En cuanto perdió de vista a Brian, Noel abandonó el acto cariñoso y Jai se zafó de su abrazo.

—Bésame otra vez y empezaré a pensar que te gusto.

La risa centelleante de Noel trino por la habitación.

—¿Cuántas veces tengo que recordártelo? No eres mi tipo.

Se giraron hacia mí al mismo tiempo, sus miradas duales me aplastaron los hombros.

—¿Riley? —Simultáneamente, inclinaron la cabeza hacia la izquierda, frunciendo el ceño.

—Lo siento muchísimo. Es tan malo. Yo...

—Cielo, no es culpa tuya que sea un idiota homófobo. —Noel me cogió las mejillas encendidas.

—Ya sabíamos que era un gilipollas. Ahora quizá se lo piense dos veces antes de tratarte como a una mierda —dijo Jai.

Por muy amables que fueran sus palabras, no podía dejar de sentirme mal. Habían sufrido su crueldad por mi culpa. Por no mencionar que, al parecer, yo había estado haciendo algo malsano para que él reaccionara con tanta fuerza.

¡Nuestra cercanía estaba mal! Los amigos no actuaban así, no se tocaban así. Yo lo sabía. ¿Cómo había podido dejar que pasara? Primero, Kayla y, ahora, mis guardianes. Era una persona terrible, que causaba que todos a mi alrededor pecaran. Ni siquiera los ángeles, puros y santos, eran inmunes a mi maldad. Los pervertía.

Era egoísmo, puro y simple. Su afecto me hacía sentir bien, pero estaba mal. No podía arriesgar sus almas solo para disfrutar de sus caricias. Y eran hombres, ¡lo que era mucho peor! Brian tenía razón. Yo era repugnante.

—Necesito ir al baño. —Tropecé fuera de la cama y esquivé la mano de Jai, que intentó enderezarme—. Lo siento.

Antes de que consiguieran detenerme, salí corriendo de la habitación y me refugié en uno de los retretes. El estómago se me revolvió violentamente y me saltaron las lágrimas mientras cerraba la puerta. Me senté sobre la tapa cerrada del retrete y me rodeé la cintura con los brazos.

Era un chico horrible y malvado, y pervertiría a los ángeles que habían prometido protegerme. ¿Qué había hecho? ¿Era tan terrible disfrutar de su afecto platónico? ¿Era yo tan malo que esos inocentes roces habían manchado sus almas? Había pensado que estaba bien, que los amigos se abrazaban, pero había ido demasiado lejos. Necesitaba limpiarme, pedir perdón.

Ya de pie, pensé qué castigo sería apropiado para expiar mis pecados. De cara al retrete, levanté la tapa y me arrodillé. Me temblaban los dedos mientras miraba fijamente el agua con la voz de la señora Janet resonando en mi cabeza.

«Te sentirás mejor después, Riley —me canturreó al oído. Me apretó la nuca hasta que sus uñas me perforaron la piel—. Te hace sentir mejor».

—Me hace sentir mejor —repetí, limpiándome la nariz mientras la plácida agua del retrete se burlaba de mí.

«Es por tu propio bien. Lo sabes, ¿verdad?».

Apreté los ojos.

—Sí, señora.

«Para que mejores».

—Sí, señora. Para hacerme mejor.

CAPÍTULO DOCE



EL AGUA FRÍA GOTEABA de mis mejillas manchadas mientras me lavaba los últimos restos de sudor. Mis emociones se habían calmado ahora que había pagado mi penitencia, pero mis ojos inyectados en sangre y mi rostro enfermizamente pálido no reflejaban esa tranquilidad. No parecía tener el control y era urgente que me recompusiera. No quería que Jai y Noel sospecharan... Nunca lo entenderían.

Una vez presentable, me quité el polvo de las rodillas de los vaqueros y salí del baño. Caminé por la moqueta hasta mi dormitorio. La puerta estaba entreabierta y el sutil aroma del humo especiado se colaba por el pasillo a través de la rendija. Abrí los ojos, alarmado, y empujé la puerta, casi tropezando en el umbral.

Jai estaba sentado en el alféizar de mi ventana y daba caladas a su *medwakh*, y yo agité la mano delante de mi cara para disipar la fina capa de humo.

—¡Jai!

Al oír mi grito, Noel levantó la vista del ordenador con los labios fruncidos.

—Ya le he dicho que no fumara aquí.

Jai se rio entre dientes, expulsando una nube de humo por la ventana abierta.

—Va, no te pongas así.

—Me meteré en un buen lío si te pillan fumando en mi habitación. —Crucé los brazos sobre el pecho con un gruñido.

Con los ojos en blanco, expulsó el último resto de humo por la ventana antes de cerrarla.

—No es la primera vez que fumo aquí y no será la última.

—¿Y si me echan de mi dormitorio?

—No te echarán de tu dormitorio. —Jai se centró en mi cara, su sonrisa juguetona se disolvió mientras fruncía las cejas—. Oye, ¿estás bien? Estás pálido.

Me enderecé, y evité su mirada intrusa jugueteando con el dobladillo de mi camisa.

—Estoy bien.

—Sabes que no estamos enfadados contigo por lo de Brian, ¿verdad? —Noel dejó el ordenador a un lado y se acercó al borde de la cama—. Quiero decir..., sé muy bien lo intolerante que es.

—Supongo que los humanos no son una gran compañía. —Me encogí al recordar las crueles palabras de Brian y Noel sonrió con tristeza.

—Los ángeles pueden ser igual de malos, por desgracia. A veces juzgamos lo que no

entendemos porque es más fácil que desafiar nuestras ideas preconcebidas. —Él se encogió de hombros mientras Jai se dejaba caer sobre la cama, metiéndose sin ceremonias en el espacio de Noel hasta que su cabeza descansó sobre el regazo de su otro. Noel gruñó irritado, pero pasó sus pálidos dedos por el cabello oscuro de Jai.

—Sí, pero en el Cielo puedes besar a tu novio en público sin correr el riesgo de que algún gilipollas homófobo te dé un puñetazo en la cara —se pavoneó Jai bajo las caricias de Noel—. No quiero decir que no disfrute ayudándote cuando eres una damisela en apuros.

—Puedo defenderme solo, muchas gracias. —Noel pellizcó el cuello de Jai, y él huyó con un chillido al otro lado de la cama para escapar de la irritación de su otro—. De todos modos, no es como si tuviera un novio al que besar, así que estamos a salvo.

—¿Quieres un novio? —solté, antes de taparme la boca con la mano—. Quiero decir...

—Me gustan los hombres, así que una novia no es una opción. —El humor salpicó sus ojos, pero su cuerpo se puso rígido, en guardia—. ¿Es eso un problema?

—¡No! —Me abracé el torso, bajando el volumen—. No, no soy como Brian.

Radiante, Noel me alcanzó y me acercó a la cama.

—Sé que no lo eres.

Ruborizado, sonreí y bajé para sentarme a su lado.

—Vale, bien. Porque es idiota, y no quiero que pienses que yo...

—Eres mejor hombre que él, Riley. Y lo sabemos. —Noel me atrajo hacia él y me abrazó abrazarme, y casi morí de vergüenza cuando me dio un casto beso en el cuero cabelludo—. En fin, Jai y yo tenemos que hacer unos recados para Gideon. ¿Puedes quedarte aquí, en tu dormitorio, hasta que volvamos?

—¿Qué vais a hacer?

Intercambiaron una mirada seria, comunicándose sin decir una palabra, antes de que Noel se encogiera de hombros.

—Cosas de ángeles.

—¿Es peligroso? —Sentí un nudo en el estómago al recordar la noche anterior. ¿De verdad había pasado solo una noche desde que mi vida había dado un cambio tan radical?—. Quiero decir que no os harán daño, ¿verdad?

Noel me acarició la espalda y Jai me alborotó el pelo.

—Estaremos bien, *shortstack*. Quédate en tu dormitorio hasta que volvamos, ¿vale?

¿Adónde más esperaban que fuera? No era como si tuviera un calendario de eventos. Para empezar, apenas tenía amigos, y mucho menos planes extravagantes para el fin de semana. Y de ninguna manera iba a salir de mi residencia por la noche. Había tenido suficientes encuentros con demonios para toda la vida, muchas gracias.

—De acuerdo. —Recogí un hilo suelto de mis vaqueros mientras Jai se ataba las botas—. ¿Puedo salir para, no sé, ir al baño?

Noel se rio, sofocando su humor con la palma de la mano en respuesta a mi ceño fruncido.

—Lo siento, es que... Sí, puedes salir de tu habitación para ir al baño.

—Tenemos protecciones en todo el edificio y algunas más fuertes en el umbral de tu habitación —dijo Jai—. Esta habitación es la más segura, pero, mientras permanezcas dentro del edificio, estarás bien.

Me levanté, los acompañé hasta la puerta y la mantuve abierta para que salieran al pasillo.

—De acuerdo, me quedaré aquí.

Para mi consternación, Jai volvió a despeinarme los rizos, desordenándolos aún más.

—Buen chico.

—No soy un perro —refunfuñé, aplastando mi caótica melena lo mejor que pude, y ambos ángeles rieron.

—Volveremos más tarde, cielo. —El dedo índice de Noel me rozó la mandíbula, y mi irritación desapareció al tiempo que un cosquilleo me recorría la piel.

Sin decir nada más, Jai y Noel se alejaron por el pasillo. Los vaqueros claros de Noel se pegaban a sus largas piernas como una segunda piel, todo lo contrario que los vaqueros negros de Jai, holgados y ligeramente caídos. Jai se puso la chaqueta de cuero sobre los anchos hombros y Noel metió las manos en el bolsillo de la sudadera blanca. Como reflejos de espejo, caminaban con pasos similares, pero con las piernas contrarias. Polos opuestos, pero iguales.

Antes de desaparecer por el hueco de la escalera, Noel se despidió con una sonrisa alegre y Jai hundió la barbilla, su mirada parpadeando con intensidad. La puerta se cerró entre nosotros cuando me quedé en el pasillo y dejé caer a mi lado la mano que agitaba. Una soledad irracional se apoderó de mí en cuanto regresé a mi habitación, pero me deshice de ella. Si había algo que se me daba bien era estar solo, y hoy no iba a ser una excepción.

Observé desde mi ventana cómo Noel subía a la parte trasera de la moto de Jai. Su pelo blanco se convirtió en un torbellino en cuanto Jai arrancó el motor y salieron a toda velocidad del aparcamiento. En cuanto el estruendo final de la moto se desvaneció en la distancia, suspiré y me desplomé en la cama.

Apenas habían pasado dos minutos cuando alguien llamó a mi puerta.

—¿Riley? Sé que estás ahí. Abre. —El tono ansioso de Bethany me hizo apresurarme y corrí hacia la puerta. Ella volvió a golpear la madera. La abrí de un tirón y mis desasosegadas preguntas murieron en mis labios en cuanto me abrazó con fuerza—. ¡Dios mío, Riley! ¿Dónde te habías metido? Desapareciste de la fiesta y no volviste a casa. Estuve a punto de llamar a la policía.

—Espera, ¿qué? ¿Por qué? —Mis palabras se ahogaron en cuanto me aplastó la cara contra su pecho, y me agité en un intento de escapar de su prisión blanda y sofocante.

Ella no se dio cuenta de que me asfixiaba y me estrechó con más fuerza.

—Kayla se había desmayado en su habitación y no te encontraba. Y luego no volviste a tu dormitorio y yo estaba muy preocupada. Pensé que te habían secuestrado o algo peor.

Por suerte, me soltó de su abrazo casi mortal antes de que muriera por falta de oxígeno.

—Estoy bien —respondí entre bocanadas de aire—. Me encuentro bien. Estaba con... amigos.

—¿Amigos? ¿Quiénes? —Me estremecí ante su tono exigente y su rostro palideció. Dio un paso atrás e inspiró profundamente para calmarse. Sus dedos temblorosos se enredaron en su pelo rubio mientras se relajaba—. Lo siento.

—No pasa nada. —No estaba seguro de por qué se disculpaba, pero me obligué a no encogerme.

—Estaba muy preocupada por ti. —Me apretó la mano—. Anoche me porté fatal y, si te hubiera pasado algo, nunca me lo habría perdonado.

Su pesar me derritió el corazón, aunque negué con la cabeza.

—No eres una mala amiga. Eres la mejor amiga que he tenido nunca.

Parpadeó una, dos veces. Luego sus ojos se humedecieron.

—Oh, Riley. —Y volví a hundirme en su pecho, incapaz de respirar.

Palmeé su espalda con torpeza, contando los segundos que faltaban para que me liberara. Por suerte, no me abrazó durante mucho tiempo. Tragué aire, me alisé la ropa y ahuyenté el calor de mis mejillas mientras Bethany me cogía la mano una vez más.

—Vamos. Necesito que me hables de tus amigos. —Antes de que pudiera discutir, me arrastró

por el pasillo hasta su habitación—. Sharon está en la ducha, así que tenemos tiempo. Quiero detalles.

—¿Eh? —La seguí hasta el sofá y casi me caí al suelo.

Su mirada burlona me llenó de culpa, aunque no sabía por qué.

—Esos chicos que han salido de tu habitación, ¿son los amigos con los que te quedaste?

—Hum, sí. —Me lamí los labios agrietados, con la garganta seca—. Jai y Noel. Me quedé en su apartamento anoche.

—¿En serio? —Su incredulidad debería haberme ofendido, pero no podía culparla. Yo estaba lejos de ser el rey de la fiesta y nunca había dormido fuera de mi dormitorio.

—Quería irme de la fiesta. Me llevaron. —Me quedé con medias verdades, incapaz de mentir con eficacia—. Era tarde, así que Gideon dijo que podía quedarme.

—¿Gideon?

—Su... compañero de piso —mentí—. Tienen un apartamento fuera del campus, y yo no me encontraba bien. Así que me dejaron quedarme.

Ahí estaba, esa era la verdad... Más o menos.

—Ah, vale. Yo solo... Lo siento, estoy siendo sobreprotectora. —Una sonrisa complaciente se dibujó en sus labios—. Solo quería asegurarme de que no...

Se quedó callada y yo ladeé la cabeza con curiosidad.

—¿De que no qué?

Con las mejillas sonrosadas, estudió el brillante estampado del sillón.

—Nada. Solo quería saber si te sentiste seguro.

—Estoy bien —repetí una vez más, confundido por su extraña forma de expresarse—. Son muy amables y me dijeron que estaba bien que me quedara.

Había algo que intentaba comunicarme, que intentaba preguntarme, pero estaba claro que yo no lo entendía. En lugar de insistir, sonrió y me dio una palmadita en la rodilla.

—Bien. Bien.

Sentí alivio cuando la puerta se abrió de golpe y puso fin a la incómoda conversación, pero el consuelo no duró mucho. Sharon entró envuelta en una toalla de baño. Y nada más. El agua goteaba de su pelo rizado y le resbalaba por los hombros, y aparté la mirada de su piel morena y brillante con un ahogo estrangulado. La puerta se cerró tras la compañera de Bethany, y me quedé atrapado en la habitación con una chica desnuda.

—Hola, Riley. —Se acercó a una pequeña cómoda, totalmente indiferente a mi presencia—. He olvidado el sujetador. Lo juro, si no tuviera la cabeza pegada al cuello...

Las chicas se rieron mientras yo hacía lo posible por no hiperventilar. La tela húmeda cayó al suelo con un ruido sordo, y el rojo parpadeó en la esquina de mi visión. Aunque luché contra el instinto, mi mirada siguió el color y tragué saliva.

De espaldas a mí, Sharon hablaba con Bethany mientras se subía por las piernas unos shorts rojos de tela. Su ropa interior azul de encaje era casi transparente y me quedé boquiabierto ante la extensión de piel que mostraba. Nunca había visto a una chica sin ropa.

Su cuerpo se curvaba donde el de los chicos no lo hacía y su piel parecía suave como el satén. No debía mirar, lo sabía, pero no podía apartar la mirada. La curiosidad se impuso a mi sentido común cuando se puso un sujetador azul a juego alrededor de la cintura.

Objetivamente, era guapa, pero no había nada dentro de mí que reaccionara ante su casi desnudez. De hecho, mi primer instinto fue comparar su torso sin camiseta con el de Noel y Jai. Su piel era más oscura que la de Jai. Me pregunté si sería más suave que la de Noel. Era probable. Donde él era firme y musculoso, ella sería blanda y dulce.

—Bonito color, ¿verdad? —Sharon giró en círculo con un contoneo, llamando la atención sobre su sujetador azul.

Perdí la capacidad de hablar mientras inspeccionaba su cintura desnuda, donde una joya verde pálido atravesaba su ombligo.

—Hum...

Bethany se había echado a reír en silencio, con la cara roja y los ojos cerrados. Sharon se unió a ella. Yo balbuceaba sin palabras. Incómodo y avergonzado, me concentré en mis calcetines y recé para que el suelo me tragara.

Sharon se puso una camiseta y se cubrió el torso.

—Entonces, ¿vemos una película? —le preguntó a Bethany, y esta asintió.

Después de varios minutos de preparación, me encontré atrapado entre Sharon y Bethany en el sofá. El ordenador de Bethany reproducía una película sobre un romance gay de instituto. Comimos *pizza* de tofu y las chicas se murieron de risa mientras los personajes se enamoraban. Cuando terminó, yo estaba bastante desconcertado, un estado al que empezaba a acostumbrarme.

Sharon se fue al baño. Bethany miró sus mensajes y su cara se iluminó de felicidad al escribir uno.

—Es Derek. —Guardó el teléfono.

—¿Cuánto tiempo lleváis saliendo? —Llevaban juntos desde que la conocía, pero nunca habíamos hablado de su relación en profundidad.

—Algo más de un año. —Se acomodó en el puf, con los ojos brillantes—. Nos conocimos a través de unos amigos comunes y congeniamos. Salí con él un par de veces y luego me pidió que fuera su novia. Fue genial.

—¿Cómo supiste que le gustabas?

Meditó su respuesta durante varios segundos, escrutándome de cerca.

—Bueno, coqueteaba mucho, y hacía pequeñas cosas para mostrarme que estaba interesado. Sutiles caricias aquí y allá. Me hacía cumplidos y una vez, que tuve un accidente, me compró flores. Era dulce conmigo, supongo.

Sus mejillas se colorearon y sonreí.

—Eso suena bien. ¿Y tú? ¿Cómo supiste que te gustaba? —Mi pregunta se escapó antes de que consiguiera detenerla, y me enroscué en mí mismo cuando las cejas de Bethany se elevaron hasta la línea de su pelo.

Ah, vaya. Ahora pensaba que yo era raro. ¿Qué chico de diecinueve años no entendía la atracción y el flirteo?

—Lo siento, ha sido una pregunta estúpida...

—No, está bien. Me parecía muy guapo, claro. —Sus mejillas se volvieron rojo furioso—. Me hacía reír y con él me sentía segura y cómoda. Y, cuando me cogía de la mano, me revoloteaban mariposas en el estómago, ¿sabes?

No sabía mucho de mariposas, pero asentí de todos modos.

—Qué bonito.

—Sí, lo es. —Se mordió el labio inferior, sus ojos adquirieron una mirada extraña por un momento antes de volver a hablar—. ¿Nunca has sentido eso por alguien?

—Ah, no. No puedo... Quiero decir, nunca... No. —La mera noción de interés romántico me llenó el pecho de pánico. La señora Janet había sido muy clara en esos temas. Yo era una decepción constante a sus ojos, pero nunca iría contra ella en ese sentido.

Al notar mi desconcierto, Bethany me pasó una mano tranquilizadora por el hombro.

—No pasa nada. No tienes por qué avergonzarte, Riley. Solo tienes diecinueve años y toda la

vida por delante. Quiero decir, no es como si Derek y yo fuéramos a casarnos mañana. Estamos disfrutando de nuestro tiempo juntos y dispuestos a ver adónde nos lleva.

La conversación se calmó y, cuando Sharon regresó, terminamos el resto de la *pizza* mientras me enseñaban a jugar al póker y al *blackjack*. Sharon hizo todo lo posible por explicarme las reglas, pero era más difícil que los demás. Y yo mentía fatal, así que los faroles estaban descartados.

—Gracias por la *pizza*. Me he divertido mucho. —Salí de la habitación mientras Sharon tiraba la caja vacía.

Bethany se apoyó en el marco de la puerta con una sonrisa.

—A mí también. Deberíamos salir más. Quizá podrías invitar a tus amigos Noel y Jay.

—Es Jai —la corregí automáticamente—. Como en inglés la palabra *hi*.

Se encogió de hombros.

—Lo siento. Jai. Podríamos ir todos a la bolera o algo alguna vez.

—Tal vez. No sé si les gustan los bolos, pero puedo preguntarles. —No quería comprometerme a algo que tal vez no me permitieran hacer, así que hice un gesto con la mano y retrocedí por el pasillo sin dar una respuesta directa—. Que paséis buena noche.

—Igualmente.

Al entrar en mi habitación, casi pegué un grito cuando un cuerpo se movió en cuclillas cerca de mi cama. Brian se enderezó y cruzó la habitación hasta su escritorio, mirándome fijamente. ¿Había estado rebuscando entre mis cosas?

—¿Qué miras, reinona? —Se dirigió hacia mí y yo me encogí contra la puerta—. Deberías darme las gracias por librar a tus novios de una buena paliza. La próxima vez, puede que no sea tan generoso.

—Yo...

Sus manos golpearon la madera a ambos lados de mi cabeza y me alejé mientras él se cernía sobre mí.

—Mantén a tus amigos maricas fuera de nuestra habitación.

Busqué el coraje que Jai me inspiraba, pero no lo encontré. Así que agaché la cabeza de forma sumisa y asentí. Brian me dio una palmada en la mejilla y se rio cuando me estremecí.

—Así me gusta, mariquita.

Carcajeándose como una bruja, volvió a su cama y yo le miré a la espalda mientras la ira burbujeaba en mis venas. Para evitar decir algo de lo que me arrepentiría, cogí mis cosas de aseo y hui de la habitación. La ira era una emoción fea, pero difícil de sofocar. Me temblaban los dedos de la fuerza con la que le puse pasta al cepillo de dientes.

«Deberías darle una lección».

Resoplé. Sí, claro. Tenía tanto valor como un ratón de campo. Y Brian me aplastaría como a un insecto si lo miraba mal. Además, no quería que Jai o Noel se metieran en problemas. Si Brian iniciaba una pelea, no sería un buen augurio para nadie.

Después de restregarme los dientes con ganas, me salpiqué la cara para enfriar mi temperamento. Como hacía con la mayoría de mis emociones, las enterré muy adentro y las dejé allí para que se pudrieran. No era sano, pero hacía tiempo que había aprendido a no dejar traslucir mis verdaderos sentimientos. Los padres adoptivos no querían un niño problemático y los profesores no apreciaban la sinceridad. Ceder a las emociones solo traía problemas al final. Era mejor así.

Brian roncaba con demasiada fuerza mientras me ponía el pijama en la oscuridad. Después de guardar mis cosas debajo de la cama, me metí entre las sábanas y me acurruqué en la almohada.

Brian roncó aún más fuerte, y yo enterré mi resoplido de fastidio en el edredón.

A pesar de lo cansado que estaba, mi cerebro se negaba a apagarse. La ansiedad se arremolinaba como un torbellino en mi pecho mientras me preocupaba por Jai y Noel y los recados de los ángeles sobre los que habían estado tan callados. También me preocupaba Gideon y me pregunté si estaría al tanto del secreto. Me preocupaba la señora Janet y los castigos que me esperaban si descubría los sucesos del fin de semana.

Hecho un ovillo, ignoré los rápidos latidos de mi corazón y cerré los ojos. Tras lo que podrían haber sido horas más tarde, el borde de mi colchón se hundió bajo un peso desconocido. No estaba del todo despierto, y el miedo instintivo generado por demasiados hogares de acogida con habitantes poco amables afloró de inmediato. Una dulce brisa floral me envolvió y ahogó el terror antes de que se formara de verdad, y me relajé.

—No pasa nada, cielo. Soy yo. —Los dedos de Noel se deslizaron entre mis rizos y su risa tintineante sonó suave en medio de la noche mientras una respuesta confusa se deslizaba entre mis labios inconscientes—. Shhh, vuelve a dormir.

Acepté su sugerencia sin rechistar. Caí en un océano de tinta lleno de medusas luminiscentes; unos labios suaves y cálidos se deslizaron por mi sien y encendieron fuegos artificiales bajo mi piel. El fuego crepitante no me dolió y suspiré, saboreando la quemadura.

CAPÍTULO TRECE



ME DESPERTÉ SOLO EN la cama en cuanto la luz del sol asomó entre las ramas de los árboles. Brian roncaba, gruñendo de vez en cuando, y yo salí de la cama sin hacer ruido para no despertarlo. Había tenido un sueño de lo más agradable, pero no lo recordaba. Me vestí sacudiéndome el embotamiento.

Tras una parada en el baño para orinar y lavarme los dientes, abandoné la inútil batalla con mis rizos y cogí la mochila de mi habitación. Dudé ante la puerta de mi residencia y mi mano vaciló en el picaporte.

Jai y Noel habían dicho que solo mi edificio estaba protegido por guardas, lo que supuse que significaba hechizos angelicales. La noche anterior había prometido quedarme dentro, pero era imposible que quisieran decir que no podía salir. Tenía clases.

Por lo visto, debería haberles pedido más información sobre la tutela que ejercían sobre mí y lo que implicaba.

El frío de primera hora de la mañana flotaba en el aire cuando salí de mi dormitorio y me dirigí al centro de estudiantes. Mi sudadera apenas era lo bastante gruesa para protegerme del frío y temblé mientras me ponía la mochila a los hombros.

Caminé por la acera, exhalé con fuerza y me reí al ver el vaho que se formaba delante de mi boca. Pocos estudiantes estaban despiertos a esas horas a menos que tuvieran que estarlo, y los que tenían la mala suerte de tener clase temprano, como yo, no estaban lo bastante despiertos como para entablar una conversación trivial. Nos cruzamos en silencio, cada uno a lo suyo.

Al llegar a un pequeño tramo de arboleda, mis pies se detuvieron. Recuerdos de ojos rojos y gruñidos parpadeaban en mi mente, y mi aliento se agitó ante mi cara en bocanadas temblorosas. No era habitual ver animales callejeros en el campus, así que las posibilidades de que el perro siguiera allí eran escasas. Sin embargo, necesité todo mi autocontrol para seguir adelante.

Me froté los ojos borrosos mientras los árboles me engullían. El sol se colaba entre las hojas y veía bien la calle del campus a través de la delgada zona boscosa. Mi miedo era irracional, pero me sudaron las palmas de las manos al atravesar la zona más densa.

Por un momento, juré que había oído un profundo estruendo en el grupo de árboles más oscuros al romperse una ramita, pero una voz familiar se interpuso en mi creciente terror cuando unas botas repiquetearon contra el pavimento detrás de mí.

—Riles, espera. —Jai apareció en un recodo del camino y me tragué un grito muy poco masculino mientras giraba para mirarlo.

—Hola —chillé.

Se detuvo frente a mí vestido con vaqueros, una camisa gris oscuro y su chaqueta de cuero negra.

—Hola, ¿estás bien? —Una mano me rodeó el codo y la otra me levantó la barbilla—. Parece que has visto un fantasma.

—Estoy bien —grazné, mirando hacia los árboles vacíos. Allí no había nada. Ningún animal gruñendo, ningún aterrador ojo rojo. No había nada. Estábamos solos—. No es nada. Estoy bien.

—¿Has dormido bien? —Su pulgar se arrastró bajo el rabillo de mi ojo, donde las bolsas oscurecían la piel.

La electricidad chispeó dentro de mis venas bajo el toque.

—Sí.

Entrecerró los ojos, pero no preguntó más.

—Tienes que comer antes de clase. Y deberíamos irnos, o llegarás tarde.

Mi estómago gruñó, de acuerdo con su evaluación, y él sonrió. Me cogió de la mano y se dirigió con paso firme hacia el comedor. Me sonrojé hasta la punta de las orejas al ver las miradas que nos dirigían mientras cruzábamos el patio del centro de estudiantes. Su palma estaba caliente en comparación con mis dedos fríos y aquella maldita sensación de cosquilleo vibró en mi mano, me subió por el brazo y se me metió en los huesos hasta estremecerme.

Por mucho que mi cerebro me ordenara apartarme de aquel contacto inapropiado, mi cuerpo se negó. Su gran mano envolvió la mía y, para mi sorpresa, me gustó sentir el contacto directo de su piel. Me resultaba difícil aceptar o disfrutar del tacto, pero, por alguna razón, Jai y Noel eran diferentes. Quizá fuera su condición de guardianes lo que calmaba mi psique, o quizá todos los ángeles tuvieran ese efecto sobre los humanos. En cualquier caso, me tragué mis protestas mentales mientras subíamos los escalones de entrada, cogidos de la mano.

Noel nos esperaba en la cafetería con una mesa llena de comida. Huevos revueltos, bacon y tostadas llenaban un plato, y en otro había una pila de tortitas. Cuatro eslabones de salchicha se mecían por la superficie del lago de sirope. Por su parte, las tortitas se ahogaban en el azúcar. Los copos de avena cubiertos de fruta casi rebosaban del último plato. Me quedé boquiabierto.

—Todo esto no puede ser para mí. —Me dejé caer en una silla. Jai carraspeó y Noel sonreía, soñoliento.

—Puedes elegir —dijo Noel—. Pero no elijas lo que yo quiero.

—¿Serás egoísta? —se rio Jai.

Noel frunció el ceño e hizo un gesto con el dedo corazón a su otro.

—Shhh, no tan alto. Es demasiado temprano.

—A Noel no le gusta madrugar. —Jai empujó el brazo de Noel, lo que provocó un gruñido de este—. Ignóralo y elige lo que quieras.

Por instinto, elegí los copos de avena, y la actitud adusta de Noel se animó un poco cuando acercó el plato de tortitas. Jai se quedó los huevos con beicon.

—Necesito café. —Noel se levantó y caminó como un zombi hacia la cafetera.

—¿Los ángeles necesitan cafeína? —Escondí mi sonrisa detrás de la mano y Jai puso los ojos en blanco.

—Sí, listillo. Nos gusta la cafeína como a cualquiera. —Señaló mi avena—. Come.

Comí. La adición de fruta y azúcar moreno mejoró la avena y, por primera vez desde que era niño, disfruté de comer un plato así.

Noel volvió con dos tazas de café, una negra y otra marrón lechosa. Jai aceptó la taza de líquido más claro mientras Noel sorbía el tueste oscuro. Suspiró.

—Uf, odio tus clases de los lunes tan temprano.

—Lo siento —dije con la boca llena de avena, y Noel me guiñó un ojo antes de zamparse sus tortitas.

En cuanto mi tazón estuvo medio vacío, lo aparté y me limpié la boca con una servilleta. Jai me había traído un vaso de zumo de manzana de la zona de bebidas y me lo tomé mientras ellos terminaban sus platos.

—¿Te quedas o quieres ir con Gid hoy? —preguntó Jai, que se tragó su último bocado de huevos.

Noel lamió el almíbar de su tenedor, su lengua rosada se deslizó sobre el metal de una manera muy distractora mientras se encogía de hombros.

—Es mi turno con Riley, ¿no?

—Sí, pero no me importa quedarme si tú...

—Yo me quedo con Riley —cortó Noel.

Se comunicaron en silencio durante un momento más antes de que Jai se encogiera de hombros.

—De acuerdo.

Me sentí como un niño atrapado entre dos padres divorciados, y fruncí el ceño.

—No necesito una niñera. No soy un crío.

—No es hacer de niñera. Es vigilar. —Jai me dio un codazo en el costado y chillé—. Es nuestro trabajo, así que no te quejes.

—Voy a clase a plena luz del día. ¿Qué podría pasar?

La nariz de Noel se arrugó en una mueca.

—Te sorprendería lo que los demonios están dispuestos a hacer a plena luz del día, cielo.

Con un resoplido, me hundí más en mi asiento.

—Dudo que me encuentre con más demonios. Estoy bastante seguro de que el primero fue una casualidad.

Jai soltó una risita y me sobresalté cuando sus dedos me rodearon la nuca y apretaron con suavidad.

—Casualidad o no, eres nuestra responsabilidad y nos tomamos muy en serio nuestra tarea. No te agobiaremos, pero nos mantendremos cerca y haremos nuestro trabajo. Y tú estarás feliz de que lo hagamos. Ahora es cuando dices, «Vale, Jai».

—Vale, Jai. —Fue más un murmullo a regañadientes que otra cosa, y ellos se rieron—. ¿Qué haces hoy con Gideon?

Jai resopló con los labios fruncidos.

—Cosas de ángeles.

—¿Voy a averiguar alguna vez qué significa eso?

Jai y Noel, reflejándose el uno en el otro, sonrieron y ladearon la cabeza hacia la derecha de forma simultánea.

—No —dijeron al unísono.

Resoplé una carcajada a pesar de mi enfado. Realmente eran gemelos. Los gemelos más opuestos que había conocido, pero gemelos, al fin y al cabo.

—Muy bien, deja de hacerte el gracioso y mueve el culo. —Jai me dio un codazo en el hombro para que me levantara de la mesa, y me sonrojé.

—No soy un bebé —refunfuñé en voz baja mientras me colgaba la mochila del hombro.

Jai recogió los platos usados y Noel terminó su taza de café. Rodeó la mesa y añadió su taza al montón que Jai había apilado. Intercambiaron una mirada contundente antes de que Noel pusiera

la palma de la mano en el pecho de Jai, sobre su corazón.

—Tened cuidado. Los dos.

Cuando las facciones de Jai se suavizaron, copió el toque de Noel, su mano descansando sobre su pecho.

—Siempre lo tenemos. Mantén a Riles alejado de los problemas.

—Siempre lo hago.

El intercambio fue platónico, pero me sentí como si hubiera presenciado algo que no debía. A pesar de sus discusiones, la intimidad entre ellos era imposible de ignorar. Era tan confusa como dulce.

En un abrir y cerrar de ojos, el momento pasó y Noel dejó que Jai se ocupara de los platos mientras me ponía un brazo sobre los hombros.

—Vamos a llevarte a clase antes de que llegues tarde.

Jai me saludó con la mano y yo le devolví el saludo, preocupado por las «cosas de ángel» que tenía que hacer con Gideon. Noel le había dicho que tuviera cuidado, lo que significaba que, posiblemente, estaban haciendo algo peligroso. Eso no me gustó nada.

—¿Vienes a clase conmigo? —pregunté mientras nos acercábamos al edificio de ciencias, y Noel asintió—. ¿No te meterás en problemas por sentarte en una clase en la que no estás inscrito?

—El profesor no se dará cuenta. —Sonrió como si tuviera un secreto, y me detuve al pie de la escalera.

—¿Cómo? Es un poco difícil no verte. —En el momento en que las palabras salieron de mi boca, me apresuré a meterlas de nuevo en mi garganta.

Las cejas de Noel se levantaron y se quedó boquiabierto.

—Guau. No estoy seguro de si ha sido un cumplido o un insulto.

—Ha sonado mal. Solo quería decir que, como eres así, con ese aspecto, pues, eh... —Casi me palmeé la cara mientras profundizaba el agujero metafórico que cavaron mis palabras.

—¿Cómo soy? —Los estallidos de estrellas alrededor de sus pupilas brillaban con humor. Cuando no respondí, me cogió la barbilla, manteniéndome como rehén con su mirada chispeante—. Dime, Riley.

Su voz melódica adquirió un canto sedoso y mi cerebro cortocircuitó. En algún rincón de mi cerebro era consciente de lo que hacía. Podía sentir que la sugerencia enlazaba su tono, pero no pude resistir el tirón. Se me aflojó la lengua.

—Guapo —susurré, y sus labios se abrieron en una sonrisa diabólica.

—¿Crees que soy guapo?

Mi vergüenza trajo una ola de claridad, y sacudí la cabeza para despejar las telarañas que arrojaban sus sugerencias.

—No. O sea, sí. Es decir, no como si yo fuera una chica y... Solo... Hmmm...

Con una risita tintineante, Noel interrumpió mi humillante balbuceo con su dedo índice presionado contra mis labios.

—Está bien. Me gusta que pienses que soy guapo. —Su mano libre me pasó por el pelo—. Pero guapo o no, pondré un blindaje para que nadie más que tú sepa que estoy ahí.

Con un paso atrás, me liberó de su hechizo angelical e inhalé bruscamente mientras el mundo volvía a enfocarse. Los estudiantes pasaron rozándonos en su camino hacia el edificio de ciencias, y mi mortificación se disparó. Agaché la cabeza y subí los escalones, bajando la voz para que no me oyeran.

—¿Qué es el blindaje? —Le pedí así que desviara la conversación de mi estúpida declaración

sobre su apariencia.

—Es una forma de estar presentes en este reino sin ser vistos por los ojos humanos. Como si fuera invisible, supongo. —Metió las manos en sus vaqueros claros y asintió con la cabeza al chico que en ese momento mantenía la puerta abierta para sus compañeros de clase—. Gracias.

El desconocido le echó a Noel una mirada de agradecimiento, su sonrisa amistosa se agudizó con interés.

—No hay problema, guapo.

Ante el cumplido, las mejillas rosadas de Noel se sonrojaron y le guiñó un ojo al tipo. Se me agrió el estómago mientras lo seguía a través de la multitud cada vez más densa.

—¿Puedes ser invisible? —Mi tono resultó más duro de lo que pretendía, pero desvió su atención del extraño chico hacia mí. Ignoré la culpa, que me indicó que me disculpara—. O sea, no lo vas a hacer ahora, ¿verdad?

—No, no lo necesito. En este momento, solo soy una cara entre la multitud. Pero, si es necesario, puedo protegerme y los humanos no me ven.

La puerta de mi aula apareció a través de la masa de estudiantes, pero no estaba listo para terminar la conversación. Era tan fascinante como aterrador. Tiré de la manga de Noel.

—¿Te pusiste el blindaje también para que yo no te viera? —le pregunté, y él asintió de mala gana—. Entonces, ¿cómo te vi en el patio?

Jugueteó con un mechón de pelo claro que caía de su moño descuidado, evitando mi mirada.

—Hum, en realidad no estoy seguro. Se suponía que no debías hacerlo. Pero mis escudos no estaban muy altos en ese momento. Sucede a veces. Hasta los ángeles cometen errores.

¿Un error? La palabra me golpeó como un puñetazo en el estómago. Había perdido la cuenta de cuántas veces me habían dicho que había sido un error. Dejarme en la estación de bomberos cuando era un bebé, un error. Acogerme como un niño adoptivo, un error. Olvidar mis medicamentos, desobedecer a la señora Janet, nacer, error, error, error.

Y, ahora, ser amigo de mis ángeles de la guarda: otro error.

—Ah. —Me aparté, parpadeando ante la repentina embestida de la tristeza—. Vale.

—¿Riley? —Noel se acercó a mí, pero lo esquivé.

—El profesor va a entrar enseguida. —Corrí a clase y dejé a Noel boquiabierto y confundido detrás de mí.

Me senté al lado de Danny, sonriendo a través de mi desesperación lo mejor que pude. Él me devolvió la sonrisa, pero se desvaneció enseguida. Sus ojos color avellana se apagaron detrás de sus gafas de montura negra.

—Oye, ¿estás bien?

No éramos exactamente amigos, pero me gustaba pensar que estábamos en el camino de la amistad. Aun así, no tenía palabras para explicar la tristeza que estrangulaba mi corazón. En lugar de eso, asentí con una débil sonrisa en mi rostro.

—Sí, estoy bien.

No vi a Noel en toda la clase. Tal vez estaba allí, protegiéndose lo bastante como para desaparecer de mi vista. O tal vez se había quedado fuera. Odiaba lo mucho que dolía su ausencia, pero era mejor así. No quería ser una carga. El hecho de que me los hubieran asignado como guardianes no los convertía automáticamente en mis amigos. Su trabajo consistía en protegerme, lo habían dicho en numerosas ocasiones. Un trabajo. Nada más y nada menos.

—¿Hiciste algo divertido en Halloween? —preguntó Danny mientras recogíamos al final de la clase.

Hice una mueca y negué con la cabeza.

—No, la verdad es que no. ¿Y tú?

Danny se encogió de hombros.

—Fui a una fiesta, pero no fue genial.

«Pues ya somos dos».

Salimos de la sala de conferencias y vi a Noel apoyado contra la pared. Danny siguió mi línea de visión, y debió haber visto Noel también porque su sonrisa se atenuó mientras nos miraba del uno al otro.

—Nos vemos luego, Riley. —Con un gesto de despedida, se alejó y me dejó solo frente a Noel.

En el momento en que Danny desapareció entre la multitud, Noel se encogió de hombros y se acercó a mí con cautela. Cada paso parecía medido con exactitud, como si se acercara a un animal herido, y su precaución me asustó. El corazón se me subió a la garganta cuando se detuvo a escasos centímetros de nuestras zapatillas.

—No sé qué he dicho para molestarte, pero lo siento. —Su mirada recorrió el pasillo mientras movía su peso de un lado a otro.

—No pasa nada. —Mi mochila se sacudió por la fuerza de mi encogimiento de hombros.

Su mirada se centró en mí como un láser, arrugó el ceño y ladeó la cabeza. Como si intentara resolver una ecuación especialmente difícil en su cabeza, me escrutó y su ceño se frunció con desagrado. Desconecté el contacto visual, bajando la mirada en señal de sumisión. Era mi instinto de supervivencia.

—Riley. —Mi nombre salió de sus labios y alcé los ojos desorbitados cuando se apartó de mí como si le doliera—. Vamos. No quiero que llegues tarde a tu próxima clase.

Con las manos en el bolsillo de la sudadera, encorvé los hombros y seguí al ángel. Siempre había sido estúpido y muy inepto para las relaciones sociales, pero parecía que algo se había roto entre nosotros. Aunque, la verdad, no podía entender qué.

El mar de estudiantes se embotelló en las puertas y nos detuvimos bruscamente cuando la multitud avanzó y retrocedió. Me aparté del empuje de los cuerpos desconocidos y me refugié en el espacio de Noel. Mientras la multitud cruzaba el umbral, miré a Noel por el rabillo del ojo. Mi mente buscaba una solución al aprieto que yo había provocado.

Demasiado asustado para acercarme a él, apreté mi brazo contra el suyo y me estremecí por el calor inmediato que se filtró a través de mi ropa. Bajó la mirada, con ojos interrogantes, y yo esboqué una pequeña sonrisa temblorosa. Quise disculparme, pero se me paralizó la lengua.

Contra todo pronóstico, Noel lo entendió. Su expresión se suavizó hasta volverse casi tierna y se movió un milímetro en mi dirección. Nadie habría notado el sutil cambio, pero la presión añadida sobre mi brazo era imposible de ignorar. Me lo tomé como un perdón y mi sonrisa se ensanchó.

Con las mejillas algo ruborizadas, miré hacia delante mientras el gentío avanzaba, y Noel, que enlazó su bazo con el mío, se rio por lo bajo. Una vez fuera, escapamos de la claustrofóbica multitud y estudié nuestros brazos enganchados por los codos. Como si Jai me cogiera de la mano, me inundaba una felicidad abrumadora que no estaba acostumbrado a experimentar.

De manera lógica, sabía que no debía fomentar afectos tan extraños. Los chicos no se tocaban así. No se cogían de la mano ni enganchaban los brazos. Pero tampoco podía retirarme. Me habían robado el afecto inocente toda mi vida, me habían negado el contacto platónico. Y ahora que lo había sentido, no sabía si podría seguir sin él.

Más ligero que el aire, fluté hasta mi siguiente clase. De no ser porque Noel me había anclado a tierra, habría ido a la deriva hasta la estratosfera. Pero a él no parecía importarle mantenerme

anclado, y me ofrecía espacio para volar.

CAPÍTULO CATORCE



LAS DOS SEMANAS SIGUIENTES trajeron cambios imprevistos en mi rutina diaria. Seguí asistiendo a clase, estudiaba en la biblioteca casi todas las tardes y cenaba con Bethany los lunes, aunque no los jueves. Pero la forma en que vivía mi día a día era muy diferente; apenas reconocía mi vida.

Ya no estaba solo en la biblioteca. La mayoría de las veces, Danny se sentaba a mi mesa. Nuestra amistad crecía poco a poco, ya que ninguno de los dos éramos especialmente extrovertidos. Al menos, teníamos la timidez en común. Algunas tardes, Danny tenía que trabajar, así que yo iba solo a la biblioteca. Esos días, Noel o Jai ocupaban el asiento vacío de Danny en la biblioteca y me miraban estudiar. De vez en cuando se ofrecían a ayudarme, pero tenía la sensación de que mis cursos universitarios les aburrían.

En cuanto terminaba, Jai o Noel me llevaban a cenar a su apartamento. Nunca veía a Gideon fuera de allí. No me visitaba en el campus ni me seguía a todas partes como hacían ellos. Como «jefe» de Jai y Noel, tenía otras responsabilidades que nunca revelaban si yo estaba presente.

Poco a poco me fui adaptando a la nueva rutina. Era agradable tener amigos, pasar los fines de semana con alguien que no fuera mi propio reflejo en la pantalla del ordenador. Y a mis guardianes parecía gustarles tenerme cerca. Era difícil saberlo con certeza, por supuesto. Quizá solo estaban siendo educados. Quizá no fuera más que un trabajo para ellos. Pero, para mí, lo era todo.

Nunca había formado parte de una familia. Privado de amistad por mi propia incompetencia social y las estrictas normas de la señora Janet, me aferré al calor que me ofrecían. Llevaba mucho tiempo hambriento y, como una planta seca, absorbí su afecto platónico hasta casi ahogarme en él.

Pero no me atrevía a dejarlo ir. Había descubierto cómo podía ser la vida con amigos a mi lado y no podía imaginarme perderlos. Pero todo lo bueno se acaba. Mis guardianes actuaban como si estuvieran en mi vida para siempre, como si no fueran a marcharse, pero era difícil confiar en las promesas tácitas. Al final, todos me dejaron, de un modo u otro.

A medida que se acercaba Acción de Gracias, el tiempo refrescaba, pero el frío no disuadía a Jai de conducir su moto por la ciudad. Ir sentado detrás siempre me provocaba mariposas en el estómago. Con mis brazos alrededor de su cintura, me sonrojaba y hacía lo posible por ignorar cómo sus músculos abdominales se ondulaban y flexionaban bajo mis manos. Jai aparcó bajo el garaje. Yo tenía los dedos casi congelados y se rio cuando tuvo que soltarme de su chaqueta de

cuero.

—¿Te va bien ahí, enano? —Jai me ayudó a desmontar mientras mis piernas temblaban por el estruendo del viaje.

—Estoy bien —aseguré, y entonces reconocí el brillo burlón de sus ojos. Crucé los brazos sobre mi estrecho pecho—. Estoy bien —dije con más firmeza.

Al entrar en su apartamento, se me hizo la boca agua al instante cuando el ajo, las hierbas y el pan horneado me acariciaron la nariz. Aspiré los apetitosos aromas y me lamí los labios. Gideon estaba en casa.

De los tres ángeles, Gideon parecía ser el que más disfrutaba de la cocina. Jai y Noel podían preparar la cena si él se quedaba trabajando, pero no tenían el mismo talento. Como la señora Janet nunca me dejaba cocinar por miedo a que ensuciara o estropear sus utensilios, yo era bastante inútil en la cocina. Pero Gideon nunca me prohibió mirar. En lugar de considerarme un estorbo, me explicaba lo que hacía y por qué, en un sutil intento de enseñarme. Si tenía suerte, me dejaba remover la salsa o preparar la ensalada.

Me encantaba estar en su apartamento. Hasta cierto punto, me sentía como en casa, sentado en los confines de su pequeño y extraño mundo y observando a su familia. Era agradable formar parte de sus vidas, aunque solo fuera un rato.

—¡Cariño, ya estoy en casa! —Jai se quitó las botas y las dejó tiradas en la entrada. Enseguida las recogí y las coloqué en el zapatero: a Gideon no le gustaba el desorden.

—Bien. Ya puedes irte —canturreó Noel desde el salón, y yo ahagué mi risita con la palma de la mano mientras me quitaba las zapatillas y las colocaba junto a las botas de Jai.

—No lo animes. —Él me revolvió el pelo, y yo siseé cuando su dedo se enganchó en un rizo enredado—. Mierda, lo siento.

Seguí a Jai por el pasillo y me detuve en el arco de la cocina cuando dobló el pasillo hacia su habitación, mientras se quitaba la chaqueta de cuero. Noel se paseaba por el salón, hablando por teléfono, pero me dedicó un saludo y una sonrisa. Le devolví el saludo en voz baja antes de dirigirme a la cocina.

Vestido con una camisa azul abotonada y pantalones caqui, Gideon estaba de pie junto a los fogones, removiendo en una cacerola algo que olía de fábula. Como si sintiera mis ojos clavados en él, miró por encima del hombro. La piel alrededor de sus ojos se arrugó con una sonrisa apenas perceptible.

—Riley.

Me retorcí bajo su intensa mirada verde.

—Ho-Hola.

Se volvió hacia los fogones.

—¿Te gustan las gambas?

—Nunca las he probado. —Entré en la cocina y eché un vistazo alrededor de su ancho cuerpo a la comida que chisporroteaba—. ¿Estás haciendo gambas?

Gideon inclinó la sartén y las removió, ya que las estaba dorando. Un líquido cremoso burbujeaba en una cacerola y la pasta hervía en el quemador trasero. El horno emitía un calor tostado mientras horneaba pan de ajo.

—Gambas con salsa Alfredo sobre cabello de ángel. —Gideon pinchó una gamba con un tenedor, la sumergió en la salsa hirviendo a fuego lento y luego me la ofreció, ahuecando la mano debajo para recoger cualquier goteo—. ¿Quieres probar?

Asentí dando un paso adelante. Gideon sopló sobre el bocado humeante.

—Cuidado. Está caliente —advirtió, y se me encogió el estómago ante la dulce preocupación.

Por un segundo, tanteamos el terreno mientras yo abría la boca para aceptar la comida al tiempo que él giraba la muñeca para ofrecerme el mango del tenedor. Mi boca acabó rozando el dorso de sus nudillos, y me sonrojé más que la sartén que estaba friendo las gambas. Murmuré una disculpa.

Cogí el tenedor de las manos de Gideon con torpeza y me metí la gamba en la boca. Por supuesto, estaba caliente. Estuve a punto de escupirla cuando me quemó la lengua, pero ya me sentía demasiado humillado como para seguir adelante. Perseveré, masticando el marisco caliente, mientras se me humedecían los ojos. La carne era dulce pero esponjosa. Por suerte, la salsa ligera y sabrosa compensaba la extraña textura.

Cuando por fin conseguí tragar, me aclaré la garganta y le devolví el tenedor a Gideon.

—Está muy bueno.

Sus mejillas estaban casi tan sonrosadas como las mías. Dejó el tenedor sobre la encimera y se tiró de la oreja izquierda.

—Bien, eh, bien. —Señaló con la cabeza hacia la puerta—. Ve y avisa a los demás de que la cena está lista.

Me tomé el despido con calma y salí de la cocina. Gideon era el menos afectuoso de mi guardia y evitaba el contacto físico en la mayoría de las situaciones. Intenté no tomármelo como algo personal, ya que trataba a Jai y Noel de forma similar. Como todo un profesional, se mantenía distante y estoico, y me dejaba con las ganas, aunque no sabía de qué en concreto.

—¡Riley! —Noel me abrazó con entusiasmo y me hizo girar en círculo mientras los dedos de mis calcetines se arrastraban por la alfombra.

Gruñí ante su entusiasta bienvenida.

—Oh, hum, hola. ¿Has tenido un buen día?

Enterró la cara en la parte superior de mi cabeza e inhaló, como si estuviera olfateando mi pelo.

—Ha estado bien, pero es mejor ahora que estás aquí.

—Nos vimos ayer.

Me dejó caer sobre mis pies e hizo un gesto con la mano a modo de despido.

—Sí, ayer. Y ahora es hoy. Te he echado de menos.

Me acarició los rizos rebeldes y dejé que me acicalara, momento que aproveché para ocultar mi placer ante su confesión.

—Yo también te he echado de menos.

Tras mi confesión, Noel sonrió y las estrellas que rodeaban sus pupilas brillaron como piedras preciosas. Sonreí, feliz de que estuviera contento.

—¿Qué has hecho hoy? —Me pasé el pulgar por la comisura de los labios y lo retiré cubierto con una gota de salsa de las gambas.

—Oh, esto y aquello. Cosas de ángeles. —Se metió mi dedo en la boca y mis ojos se abrieron de par en par mientras lo lamía.

—Cosas de ángeles —repetí, con los ojos clavados en sus labios, que rodeaban el pulgar.

Noel se lo sacó de la boca y sus iris se oscurecieron un poco. Tarareó y enarcó una fina ceja.

Me ruboricé de nuevo, bajé la mirada y tragué saliva para humedecer mi garganta, repentinamente reseca. El corazón me galopaba en el pecho y las palmas de las manos me sudaban un poco. Las reacciones que los ángeles provocaban en mi cuerpo eran raras y aterradoras, pero también me estimulaban. Desconfiaba de las sensaciones extrañas, y aquella no era una excepción. En mi experiencia, lo nuevo solía ser malo.

Para empeorar las cosas, Jai entró en la habitación sin camiseta. Los pantalones de chándal

oscuros le caían sobre las caderas, mostrando la banda de sus calzoncillos grises. La extensión de piel, el escaso vello del pecho y los músculos cincelados volvieron a encender las mariposas, y casi resoplé de fastidio.

¿Tan difícil era ponerse una camiseta? Había visto tanto a Jai como a Noel en diferentes estados de desnudez durante las dos últimas semanas, y eso me incomodaba terriblemente. Gracias a las fervientes enseñanzas de la señora Janet, me esforzaba por mantener la modestia en todo momento. De hecho, en el instituto, nunca me cambiaba delante de nadie en los vestuarios antes y después de la clase de gimnasia. Utilizaba los retretes.

—¿Cómo te ha ido? —Jai se detuvo junto a Noel. Había bajado la voz, como si no quisiera que lo oyera.

—No ha habido suerte —dijo Noel con un suspiro.

Inclinándose, Jai apoyó una mano reconfortante en la cadera de Noel, y cuando él inclinó la cabeza para encontrarse con la mirada de su Otro, sus narices casi se tocaron. Estaban más cerca de lo que a cualquier humano le habría hecho sentirse cómodo, pero no se dieron cuenta o no les importó. Era difícil ver cómo aceptaban el contacto físico y la cercanía.

Para ser sincero, era aún más difícil de aceptar cuando dirigían su atención hacia mí. Mientras que Gideon apenas me tocaba a menos que la situación lo requiriera, Jai y Noel estaban en contacto casi constante conmigo de una forma u otra. Me tocaban la mano, me rozaban el hombro. Por mucho que mi cerebro me dijera que debía rechazar esas caricias, mi corazón anhelaba ese contacto.

—¿Cómo...?

—Después. —Noel cubrió la mano de Jai en su cadera con la palma; sus ojos se desviaron hacia mí un momento.

Puse los ojos en blanco ante su secretismo y me dirigí al sofá como un niño enfurruñado. En las últimas semanas, habían estado cuchicheando por las esquinas cuando creían que no les prestaba atención o interrumpían la conversación en cuanto yo entraba en el mismo cuarto. Su trabajo era complicado y, me gustara o no, había cosas que no podían contarme. Odiaba que me dejaran de lado, pero, por desgracia, no podía hacer nada al respecto.

—La cena está lista —dijo Gideon, que puso los platos llenos en la barra del desayuno.

Mientras Noel cogía vasos, Jai me puso uno de los platos en el regazo. Olía a gloria y, una vez sentados con los vasos de agua sobre la mesita, me zampé con gusto la pasta. Estaba deliciosa, y el hoyuelo de Gideon me saludó cuando le hice un cumplido.

En cuanto terminamos de comer, cargué los platos en el lavavajillas; Noel fregó las sartenes en el fregadero, y Gideon y Jai se escabulleron por las puertas del patio para discutir algo en privado en el jardín trasero. A juzgar por el ceño fruncido de Jai y el gesto adusto de Gideon, no era nada agradable.

—Me preguntaba si me dejarías cortarte el pelo esta noche. —Noel hizo una pausa en su fregado mientras yo ponía en marcha el lavavajillas—. Empieza a tenerlo muy largo, y tengo que cortarle el pelo a Jai de todos modos. ¿Te importaría?

Me toqué la punta de un rizo que me colgaba de la oreja.

—No demasiado corto, ¿verdad? —La señora Janet siempre me lo había rapado demasiado cerca del cuero cabelludo.

—No, solo un corte. —Levantó una mano enjabonada—. Puedes confiar en mí, lo prometo.

Eso ya lo sabía. Confiaba en él. Además, mi mata de rizos ya era lo bastante caótica, no había mucho que él pudiera hacer para empeorarla.

—De acuerdo.

Se apresuró a terminar de fregar las sartenes y se secó las manos antes de tirar de mí hacia el salón. Superemocionado, me ordenó que me sentara en un taburete que había sacado de la barra del desayuno y luego recorrió el apartamento en busca de lo que necesitaba. Colocó los artículos necesarios —tijeras, cortapelos eléctrico, un peine y cosas por el estilo— sobre la mesita del salón y me señaló.

—Quítate la camisa, cielo. —Me guiñó un ojo.

Agarré la tela con fuerza y abrí mucho los ojos.

—¿Qué?

—Te envolvería los hombros con una toalla, pero tu camisa se llenaría de pelos de todas formas. —Me puso las manos en los hombros y apretó—. Esta noche tenemos una fiesta de pijamas, ¿verdad? Querrás llevar esto por la mañana.

Me sorprendió tanto la invitación a la fiesta de pijamas como la orden de quitarme la camiseta.

—¿Me quedo esta noche? —pregunté para aclarar, y Noel asintió—. No lo sabía. No tengo pijama ni...

—Puedes tomar prestada mi ropa para dormir, y puedes volver a usar esta mañana. No está sucia. —Me estiró la camiseta—. A menos que no quieras quedarte. Podemos llevarte a los dormitorios si quieres.

Con una tímida sonrisa, agaché la cabeza.

—La verdad es que nunca he ido a una fiesta de pijamas.

—Entonces, quédate. —El dedo de Noel me rozó la mandíbula y yo apreté las manos contra los muslos—. Veremos películas y comeremos patatas fritas y galletas. Nos pondremos calcetines y nos pintaremos las uñas.

Resoplé.

—Eso es para chicas.

—Y una mierda. —Noel se rio cuando le lancé una mirada incrédula—. Yo me pinto las uñas a veces, y es divertido. ¿Eso me convierte en una chica? —Negué con la cabeza y le miré las uñas: no estaban pintadas—. No pasa nada si no quieres pintarte las uñas, Riley. Pero nunca dejes de hacer algo solo porque un consejo de ricachones inseguros decidió una vez que no era normal. Te gusta lo que te gusta, ¿verdad?

La verdad, nunca me habían permitido que me gustara lo que me gustaba. En realidad, nunca me habían dejado elegir. En cierto modo, temía no saber lo que me gustaba. Me gustaban los calcetines y el té de menta, la música alternativa y las tortitas. Me gustaba jugar con el ordenador, leer libros y montar en la moto de Jai. No me gustaban las camisas abotonadas ni las corbatas y, definitivamente, no me gustaba besar a Kayla. Pero no creía que esa lista fuera a lo que Noel se refería.

—¿Empezamos? —Me agarró la camisa y yo la levanté vacilante por encima de la cabeza.

Poca gente me había visto nunca sin camiseta, y me cubrí el pecho flaco y pálido con los brazos mientras Noel la doblaba de forma descuidada y la tiraba sobre la mesita. No se detuvo en mi torso expuesto y no supe si lo hizo por respeto a mi pudor o porque realmente no le interesaba mi aspecto. Por alguna razón, recé para que fuera lo primero.

No es que yo impresionara a nadie, y menos a Noel. Era escuálido y casi lampiño, sin ni siquiera un atisbo de músculos. No lo culpé por apartar la mirada mientras me ponía una toalla sobre los hombros.

Agarré la mullida toalla y me la envolví para cubrirme la mayor parte posible de la parte superior del cuerpo. Noel me observaba con los labios apretados y los ojos llenos de una tristeza que no comprendí. Entreabrió los labios como si quisiera hablar, pero se lo pensó mejor y cerró

la boca con un suspiro sombrío.

Cuando Jai y Gideon entraron en el apartamento, Noel rodeó el taburete y me cortó el pelo por detrás. Los dos ángeles se detuvieron con la mirada fija en mí. Me retorcí e inquieté, incómodo por ser el único centro de su atención.

—Sigue moviéndote y te cortaré una oreja sin querer. —Noel me dio un ligero golpe en la cabeza y me quedé paralizado.

—Y necesitaríamos una alfombra nueva —dijo Gideon con una sonrisa apenas disimulada—. Quitar las manchas de sangre es un dolor.

—Hostia puta, ¿Gid acaba de hacer un chiste? —Jai soltó una risita y el hoyuelo de Gideon desapareció mientras sus pómulos se sonrojaban.

Noel y Jai se rieron de la incomodidad de Gideon, pero yo me mordí el labio para acallar mi propia diversión. No quería avergonzarlo aún más. En lugar de eso, permanecí en silencio e inmóvil, asegurándome de que Noel no me mutilara por accidente y manchara la alfombra.

Con las orejas rosadas, Gideon se dirigió hacia el pasillo desabrochándose la camisa. Seguí con la mirada su corpulento cuerpo mientras se la quitaba por completo. La piel dorada se extendía sobre sus fibrosos músculos y se me reseco la garganta. La camiseta sin mangas se le pegaba como una segunda piel a sus ocho abdominales definidos y sus pectorales firmes y redondos. El calor me recorrió la espina dorsal y se instaló en los dedos de mis pies. Miré hacia la alfombra.

—¿Qué quieres ver, Riles? —Jai me distrajo del extraño burbujeo de mi estómago mientras se desplomaba en el sofá, con el mando a distancia en la mano.

—Lo que queráis ver está bien.

Noel y Jai pusieron los ojos en blanco, pero Jai no se opuso.

—De acuerdo. Pues *A todo gas*.

Noel se detuvo a medio sorbo, sus tijeras volando alrededor de mi visión periférica.

—¡No vamos a ver *A todo gas*! Si quieres ver mujeres humanas con faldas cortas, hazlo en tu tiempo libre. Es asqueroso.

Jai soltó una carcajada, medio divertida, medio ofendida.

—Son mujeres humanas con faldas cortas y coches geniales. Es la película perfecta.

—Hum, puaj.

—No dirías eso si fueran hombres con faldas cortas. —Con una carcajada, Jai lanzó una almohada a la cabeza de Noel.

—¡Ten cuidado o le corto la oreja a Riley! —Noel apartó la almohada de una patada, con las mejillas sonrojadas—. Y no es que me avergüence, pero los hombres femeninos no son mis preferidos. Prefiero a los tíos en pantalón corto que en falda, pero esa película sigue siendo basura. No permitiré que conviertas el cerebro de Riley en papilla.

Jai se burló de Noel en voz baja a sus espaldas antes de captar mi mirada.

—¿Quieres ver chicas con faldas cortas, Riles?

—¿Qué? ¡No! —Me negué ante la escandalosa proposición.

—¿Quieres ver chicos con faldas cortas? —Su sonrisa malvada comunicaba que era broma, pero mi cara se descompuso ante la insinuación.

—No quiero ver a nadie con nada corto. —Me hundí más en mi asiento, lamentando mi decisión de quedarme a dormir.

—¿Ves? Riley es un chico decente. —Noel volvió a cortarme el pelo con un guiño orgulloso—. No es un bárbaro como tú.

Murmurando en voz baja, Jai se desplazó a través de las películas disponibles en su programa

de transmisión en vivo.

—Bien. Pues vemos *Arma Letal* y, vosotros, capullos, no podéis decir una mierda al respecto.

—¡Mamá! Jai ha llamado capullo a Riley —gritó Noel lo bastante alto como para que se oyera por el pasillo hasta la habitación de Gideon. Me pareció oírlo reír.

—¡No es verdad! —bramó Jai, que fulminó a Noel con la mirada—. Me refería a ti, lameculos.

—Besa mi culito angelical, gilipollas. —Noel blandió sus tijeras como un arma cuando Jai se abalanzó sobre él, y yo me agaché para evitar que me empalaran.

—Por la Santísima Trinidad, ¿podríais dejar de comportaros como niños? —Gideon apareció y me levantó del taburete al estilo nupcial. Evitó, por poco, que Noel lo apuñalara con las tijeras mientras Jai golpeaba al bello ángel en la cabeza con un cepillo—. Se supone que debes proteger a nuestro discípulo, no apuñalarlo.

Correctamente castigados, Jai y Noel se separaron y agacharon la cabeza, avergonzados. Cuando la mano de Gideon me calentó la parte baja de la espalda bajo la toalla, me puse roja como una langosta. Nadie me había tocado antes por debajo de la ropa, y ese revoloteo regresó a mi estómago con más fuerza.

—Lo siento —repitieron como loros Jai y Noel, y Gideon refunfuñó algo que no conseguí descifrar mientras me dejaba caer de nuevo en el taburete.

Noel siguió cortándome el pelo y Jai puso la película, ambos sometidos gracias a la reprimenda de Gideon. Después de otros quince minutos, Noel dejó las tijeras a un lado e inspeccionó su trabajo. Me revolvió los rizos y me sacudió los pelos sueltos, que me llovieron sobre la cara, picantes y espinosos. Estornudé.

—Ya está.

Me frotó el cuello, me ayudó a bajar del taburete y me quitó la toalla. Me peinó hacia un lado y luego hacia otro. Ya listo, me giró hacia Gideon y Jai, con las manos en los hombros.

—Le queda bastante bien, si me permitís decirlo. ¿Qué os parece?

Ardiente como el carbón, la mirada de Jai se deslizó desde la parte superior de mi cabeza hasta la punta de los dedos de mis pies y viceversa. Sus finos labios se curvaron en una sonrisa peligrosa y me tembló la barriga.

Gideon levantó la vista de su libro por encima de sus gafas de lectura y asintió.

—Muy guapo.

—Gracias. —Crucé los brazos sobre el pecho y apreté las manos en puños mientras Noel revoloteaba alrededor de mi cuerpo en círculos, hurgando en mis hombros y deslizando las yemas de sus dedos sobre mi piel desnuda.

—Tienes buen aspecto, Riles. —Jai se echó hacia atrás, flexionando los músculos de su pecho desnudo—. No es que antes no tuvieras buen aspecto, claro.

Deseoso de algo que me cubriera el torso, murmuré otro agradecimiento y busqué mi camisa. Noel me detuvo.

—¿Qué tal si te metes en la ducha? Te traeré un pijama. —Señaló hacia el pasillo y, agradecido por cualquier escapatoria que pudiera encontrar, asentí.

—Vale.

Sin mirar a ninguno, me escabullí por el pasillo, abrazándome el torso desnudo. Cuando llegué al baño, encendí la luz y me refugié dentro. La piel se me puso de gallina y me froté los brazos. No sabía por qué tenía ganas de hiperventilar.

Por suerte, la curiosidad pudo más que la inseguridad y me volví hacia el espejo de la pared. Me quedaba bien el pelo. No me lo había cortado demasiado, pero los rizos estaban menos caóticos que antes. A Noel se le daba bien la peluquería.

—¿Te gusta? —Noel se movió detrás de mí en el reflejo y di un grito de sorpresa—. Ay, perdona. No quería asustarte.

—No pasa nada. Estoy bien. —Le sonreí en el espejo—. Me gusta mucho. Gracias.

Noel colocó un bulto de ropa sobre la encimera y me pasó una tierna mano por el pelo.

—Sin problema.

Haciendo acopio de valor, le rodeé la cintura con los brazos y lo abracé. Escondí la cara en su camisa y él resopló. Me puso una mano en la cabeza y me rodeó la espalda con la otra.

Era la primera vez que iniciaba un contacto entre nosotros. Parecía tan sorprendido como yo por mi atrevimiento.

—Gracias, Noel —repetí, y él me estrechó con más fuerza.

—De nada, cielo. —Me besó en la coronilla y casi morí de felicidad—. Lávate y terminaremos de ver la película.

Asentí y, tras otro beso en la cabeza, me dejó en el baño para que me duchara.

Cuando terminé, salí vestido con los pantalones de chándal de Noel y una camiseta demasiado grande de Jai. Como la primera vez, nadé con sus ropas, pero, en secreto, me gustaba estar rodeado de sus olores enfrentados. Las lilas luchaban con el *dokha*, pero la combinación era muy reconfortante.

En la sala de estar, Noel terminaba de peinar a Jai, recortando los lados a ras de cuero cabelludo para que destacara su *fauxhawk*. Gideon leía un libro en otro idioma —francés, pensé— mientras Jai jugaba en su teléfono. Todos me sonrieron mientras me acercaba al sofá, intentando que los pantalones de Noel no se me cayeran.

Jai se duchó a continuación y Noel se puso su pijama: unos pantalones de felpa a cuadros grises y blancos y una camiseta blanca. Se sentó en el suelo, entre mis piernas, y me dio una goma para el pelo.

—¿Sabes hacer trenzas? —me preguntó, y yo negué con la cabeza.

—Creo que no.

Frunció los labios.

—Ah, bueno, entonces, juega con mi pelo hasta que vuelva Jai. Él te enseñará.

Como Noel había predicho, Jai hizo exactamente eso. La película se reanudó y él me enseñó a trenzarle el pelo a Noel como a él le gustaba. En lugar de sujetar la trenza terminada, Jai la sacudió una vez más y luego inclinó la cabeza de Noel hacia mí.

—Inténtalo tú.

Con dedos torpes, lo intenté y no conseguí trenzarle el pelo. Tuve que hacer varios intentos y necesité correcciones de Jai antes de que se lo dejara bien. Pero a Noel no le importó. Le gustaba que jugáramos con su pelo y, como un gato satisfecho, se contoneó en su asiento entre mis piernas, ronroneando feliz.

—¿Siempre le trenzas el pelo? —pregunté en cuanto Noel se fue al baño, y Jai resopló.

—Puede trenzarse su maldito pelo él solito. —Jai se tumbó de lado y apoyó la cabeza en mi regazo—. Es que le gusta más cuando lo hago yo.

Por alguna razón, la confesión de Jai me llenó de alegría.

—Entonces, ¿lo haces por él, porque le gusta?

Jai cogió un cordón suelto de los pantalones de Noel que había a la altura de mi rodilla y se encogió de hombros.

—Supongo.

—Qué tierno.

Encogiéndose de hombros de nuevo, Jai agarró mi mano y la dejó caer sobre su cabeza en una

orden clara.

—Es mi otro —afirmó, como si eso lo explicara todo. Para él, quizá sí.

Pasé los dedos por el pelo corto de Jai, rascándole el cuero cabelludo mientras suspiraba satisfecho. Noel no era el único al que le gustaba que alguien jugara con su pelo, al parecer.

La película transcurrió en una ráfaga de colores y sonidos borrosos. No entendí de qué trataba, demasiado distraído con la cabeza de Jai en mi regazo y el calor de Noel a mi otro lado. Cuando la camisa de Jai se deslizó sobre uno de mis hombros, Noel pasó un brazo detrás de mí y trazó ochos sobre mi piel desnuda. Me quemaba por dentro y por fuera y, aunque mi cerebro me ordenaba que me apartara, no me atrevía a obedecer. Quería disfrutar de su sol.

Miré a Gideon y vi que nos observaba atento. Su expresión era una mezcla de confusión y curiosidad; su mirada, intensa y escrutadora mientras me apoyaba en el costado de Noel, con la cabeza en su hombro. No sabía qué hacer o decir en respuesta al ceño fruncido de Gideon, así que le dediqué una sonrisa tentativa.

Él me devolvió la sonrisita, con un hoyuelo dibujado en la mejilla, y mi preocupación se disipó. En cuanto se me cerraron los ojos, sucumbí a su calor abrumador y caí en la inconsciencia.

CAPÍTULO QUINCE



A LA MAÑANA SIGUIENTE, me desperté en la cama de Noel, que me había cambiado de sitio mientras dormía. Los pantalones del pijama, demasiado grandes, me habían abandonado en algún momento y, tras buscarlos bajo la manta, los localicé a los pies del colchón. Me escabullí bajo la manta y una brisa me acarició los muslos al abrirse la puerta de la habitación.

Con el culo en pompa y la ropa interior a la vista, grité y corrí para enderezarme. Por supuesto, me enredé con las sábanas y, con las prisas, perdí el equilibrio. Me caí del colchón con un aullido poco varonil.

Me preparé para el impacto, pero, en lugar de estrellarme contra la alfombra, mi cuerpo chocó con carne y huesos. Rodando con mi impulso, Noel me atrapó y se llevó la peor parte de la fuerza con la espalda. Giró hasta que quedé boca arriba, con las piernas retorcidas en la sábana, mientras él se sentaba a horcajadas sobre mi cintura.

—Y mi primera tarea de guardián del día está completa. —Se rio a carcajadas—. Buenos días, Riley.

—Buenos días. —Mi vientre dio una voltereta cuando el peso de Noel se asentó sobre mis caderas.

—¿Y qué demonios hacías con tu precioso culo en pompa?

La imagen me hizo arder la cara y escondí las mejillas enrojecidas detrás de las manos.

—Se me han caído los pantalones.

Con la cabeza hacia atrás, se rio de nuevo con ojos brillantes.

—Bueno, me disculparía, pero no me ha molestado la vista.

Me guiñó un ojo, se levantó y me ofreció una mano para ayudarme a levantarme. La cogí. Sus palabras me confundieron, pero no se explayó y me sentí demasiado cohibido para pedirle aclaraciones.

Mientras me desenredaba de sus sábanas, Noel siguió riéndose y sacó ropa limpia de su cómoda. Sin sus pantalones de pijama, yo tenía las piernas desnudas desde los muslos hasta los dedos de los pies, y tiré del dobladillo de la camisa de Jai para cubrirme todo lo posible.

—Vamos a desayunar. —Noel me miró de pasada las piernas desnudas. Sus mejillas se enrojecieron—. Vístete.

La puerta se cerró tras él y me apresuré a obedecer. Me puse la ropa del día anterior y dejé el pijama prestado doblado sobre la cama de Noel. Una vez decente, salí al pasillo y me topé de bruces con Gideon. Mi cara se estrelló contra su pecho, mi frente rebotó contra un prominente

músculo pectoral y me tambaleé en un intento de recuperar el equilibrio. Su grueso brazo me rodeó los hombros y mis manos se aferraron a su camisa desabrochada. Mis dedos se toparon con carne cálida y sólida, y ambos gruñimos.

—Ten cuidado. —Gideon rodeó una de mis muñecas mientras mi otra palma presionaba su esternón—. ¿Estás bien?

Sin palabras, asentí con la cabeza e hice todo lo posible por no mirar su torso desnudo. Fracasé; era imposible no quedarse boquiabierto ante sus abultados músculos. Gruesos rizos rubios cubrían su pecho, el vello se oscurecía a medida que descendía hasta su ombligo y más allá hasta la cinturilla de sus pantalones. Era suave contra las yemas de mis dedos, y reprimí el aterrador impulso de hundirlos en la zona más gruesa entre sus pectorales.

Era como una escultura de piedra, cincelada a la perfección. La vergüenza rugió por mis venas para devorar las mariposas que revoloteaban en mi estómago. Bethany había hablado de mariposas... ¡No! No podía referirse a eso. No eran mariposas lo que sentía, sino una indigestión. Sí, solo una indigestión.

—¿Riley?

Como si me hubiera quemado, me aparté de él y agaché la cabeza.

—Lo s-siento.

—Está bien...

Pero ya caminaba a toda velocidad por el pasillo, a través del salón y hacia el baño. Me negué a pensar en los extraños sentimientos que mis guardianes parecían inspirarme. Probablemente tenía que ver con sus poderes angelicales. Seguro que afectaban así a la mayoría de los humanos. No es que... me gustaran. Eran chicos, y a mí no me gustaban —no podían gustarme— los chicos.

—Riley, ¿has terminado? —Noel llamó a la puerta del baño y yo parpadeé.

En el lavabo corría agua fría sobre mis manos, que me había enrojecido los dedos, y me salpiqué con prisa el rostro para refrescarme las mejillas acaloradas. Mantuve las manos bajo el chorro helado hasta que se me entumecieron antes de secármelas y salir del cuarto de baño.

—¡Por fin! Gracias al Creador. —Jai estaba junto a la puerta, con las botas puestas y la chaqueta de cuero doblada sobre el brazo—. Me muero de hambre. Mueve el culo.

—Deja de ser malo —lo reprendió Noel mientras se calzaba unos botines marrones. Me sonrió—. ¿Listo?

—Sip. —Tanteé las zapatillas con los dedos demasiado fríos como para que fueran funcionales.

Noel me quitó las zapatillas de la mano y siseó.

—¡Por el río Estigia! Tienes las manos heladas.

—Lo siento —murmuré.

Noel me ayudó a ponerme las zapatillas mientras Jai se apoyaba contra la pared con un gruñido impaciente. Yo debía haber dormido hasta más tarde de lo que pensaba para que él tuviera tantas ganas de desayunar.

—Pasadlo bien —dijo Gideon desde la puerta de la cocina.

—¿No vienes con nosotros? —solté, y él negó con la cabeza.

—Tengo que terminar unos papeles.

—Ah.

Mi intento de despreocupación fue patético en el mejor de los casos, mi decepción brilló a través de mí, y Noel rodeó a Gideon con el ceño fruncido.

—Deja de ser un aguafiestas. Ven con nosotros.

Jai abrió la puerta y me acompañó fuera, pero pude escuchar el resto de la discusión entre Noel y Gideon.

—Tengo papeleo para el Consejo y quiero hacer otro barrido de los Archivos...

Noel interrumpió sus excusas.

—Hazlo en otro momento. Riley apenas te ve.

Sus voces se apagaron mientras Jai me guiaba hasta el sedán plateado de Gideon y me abría la puerta del copiloto. No quería causar problemas; no quería presionar a Gideon para que nos acompañara si prefería quedarse. Pero, cuando apareció detrás de Noel, que salía del apartamento, el corazón se me subió a la garganta por una mezcla de culpa y felicidad.

Gideon le robó las llaves a Jai y dobló su enorme cuerpo en el asiento del conductor; Noel y Jai subieron a la parte de atrás. Discutieron sobre la emisora de radio, inclinándose hacia delante entre los asientos delanteros para controlar el dial. Como era de esperar, se enzarzaron en una discusión, empujándose el uno al otro en un intento de elegir la música, pero Gideon le puso fin de inmediato.

—¡Vosotros dos, basta! Riley está a cargo de la radio. Fin de la discusión. —Golpeó la mano de Jai, que aún buscaba el dial, y Noel carcajeó mientras su otro se acomodaba en el asiento, enfurruñado.

Nunca había estado a cargo de la radio. La presión para elegir el género adecuado era enorme, y miré a Jai y Noel para pedirles ayuda.

—¿Qué...?

—Nada de pedirles opinión. —Gideon aprovechó que estábamos al ralentí en un semáforo para pellizcarme la barbilla y obligarme a mirarlo—. Elige una emisora que quieras escuchar. Ellos se encargarán.

—Vale.

Gideon sonrió orgulloso y vi su hoyuelo cuando miró hacia delante y aceleró en el cruce.

Mientras conducíamos por la ciudad, pasé por las diferentes emisoras de radio, abrumado por la variedad. En su coche, la señora Janet siempre escuchaba sermones grabados y a mí nunca me dejaba tocar el dial de la radio. No reconocía la mayoría de la música, pero Jai y Noel se las sabían todas.

Noel canturreaba la letra; Jai golpeaba el compás con las piernas y luego hacía la pantomima de un complicado ritmo de batería. Había visto instrumentos musicales en su habitación, pero nunca lo había oído tocar. Quizá lo hiciera para mí si se lo pedía.

Cambié de emisora y Noel y Jai gimieron en señal de protesta. Por supuesto, también se sabían la siguiente canción, y el concierto improvisado continuó. Esta vez, Jai tocó una guitarra de aire y Noel cantó una extraña armonía en falsete. Me reí, echándome hacia atrás en mi asiento mientras terminaban la canción de *rock*, una llamada *Stairway to Heaven*. Al parecer, era un clásico, y Jai se tomó como una ofensa personal que yo no la conociera.

—Vamos a educarte, Riles —dijo mientras Gideon aparcaba el coche—. Música, cine, te tenemos cubierto.

—¡Oh, tiene que ver *Star Wars*! Le encantará. —Noel aplaudió cuando salíamos del coche.

Jai enganchó un brazo alrededor de mi cuello.

—*El señor de los anillos* también. Y algunos clásicos de culto. Monty Python, *El Resplandor*, *Clowns asesinos*.

—*The Rocky Horror Picture Show* —sugirió Noel, y Jai se rio.

—*James Bond* —añadió Gideon, que nos abría la puerta para que entráramos en la cafetería.

—¿Qué te parece? ¿Listo para una reeducación cultural? —Jai me condujo a un reservado de

la esquina y se deslizó dentro.

Noel le siguió y yo me metí a continuación.

—Hum, claro. No he visto muchas películas.

—La próxima fiesta de pijamas será un maratón de *Star Wars* —decidió Noel, y Jai estuvo de acuerdo. Chocaron los cinco para cerrar el trato.

—No creía que fuera posible que os pusierais de acuerdo en algo. —Gideon se apretujó en la mesa, y me tragué la risa cuando hizo una mueca por lo justo que estaba.

Jai y Noel le levantaron el dedo corazón exactamente al mismo tiempo y se me escapó una carcajada.

—Buenos días, chicos. —Una camarera de pelo canoso nos entregó los menús y sirvió café en las tres tazas que Jai, Noel y Gideon habían volcado—. ¿Tú también querías café, cariño? ¿O algo más?

Me miró expectante, y yo me encorvé en mi asiento, con la lengua trabada.

—Hum...

—¿Tienes chocolate caliente? —me rescató Gideon y, cuando la camarera, Doris, según su etiqueta, asintió, él sonrió—. Una taza de chocolate caliente con nata montada, por favor.

Comer fuera era un lujo en el que tenía muy poca experiencia y agradecí que Gideon pidiera por mí. Era una tontería que me pusiera nervioso, pero mi ansiedad siempre elegía los momentos más inoportunos para despertarse.

—Este es el sitio favorito de Jai para desayunar —dijo Noel mientras me entregaba un menú.

—Técnicamente, cualquier sitio de desayunos es mi favorito. —Jai se rio cuando Noel puso los ojos en blanco.

—¿Tienes que llevar siempre la contraria?

—No. —Jai movió su lengua perforada, y Noel gruñó molesto.

—Sed buenos, niños. Estamos en público. —Gideon me miró de reojo y yo ahogué la risa en mi hombro.

Al estudiar el menú, me sentí abrumado con tantas opciones. ¿Cómo podía alguien elegir? Me había pasado los últimos años desayunando avena porque era lo que me preparaba la señora Janet. Mis nervios aumentaban a medida que leía la larga lista.

—¿Están listos para ordenar? —preguntó Doris al detenerse frente a nuestra mesa una vez más, y yo asentí cuando tres pares de ojos se posaron en mi cara con la misma pregunta en la mirada.

—Tomaré la tortilla griega con tostadas de trigo y croquetas de patata, por favor. —Gideon entregó su menú con una sonrisa.

Noel también entregó su carta y pidió una tostada francesa con nata montada, y Jai eligió la tortilla mexicana. En lugar de una tortita, pidió una crepe de frambuesa. Los ojos de Doris se posaron en mí en último lugar, y me hundí más en mi asiento.

—Hum, solo tomaré avena.

—¿Avena al horno, al horno con fruta fresca o avena irlandesa con azúcar moreno o miel? —preguntó con el bolígrafo sobre el bloc de notas.

—Perdona, ¿qué? —No sabía lo que era la avena irlandesa y nunca había comido avena al horno. ¿No había avena normal? ¿Un paquete de avena instantánea?

Una vez más, Gideon intervino.

—¿Podríamos tomar una taza de la avena irlandesa con miel y podría poner un plato extra para que pueda compartir nuestros entrantes? —Su encantadora sonrisa deslumbró a la pobre Doris, que parpadeó varias veces antes de asentir.

—Por supuesto. —Lo anotó en su bloc antes de dedicarle a Gideon una sonrisa aturdida. Pobre Doris. Si yo hubiera recibido la sonrisa de Gideon, me habría dado un ataque de pánico antes de llegar a la cocina.

Si Jai o Noel encontraron extraño que Gideon pidiera por mí, ninguno lo mencionó. Actuaron como si fuera lo más sensato desde la invención del papel higiénico. Me sentí mal al ver que tuvieran que compartir sus platos por mi indecisión, pero nadie pareció disgustado por el acuerdo.

Me callé y di un sorbo a mi delicioso chocolate caliente. Gideon había recordado que me gustaba el chocolate caliente. Escondí mi vertiginosa sonrisa en mi taza.

En cuanto llegó la comida, cada ángel cogió una porción de su plato y la echó en el mío. Formulé una protesta, pero me ignoraron, como sabía que harían. En lugar de pelearme con ellos, les di las gracias por compartir y comí. Era el mejor desayuno de mi vida, y la taza de avena irlandesa se quedó olvidada en el centro de la mesa.

A mitad de la comida, Jai y Noel empezaron a discutir. La discusión se acaloró y se produjo una furtiva pelea de comida entre ellos cuando pensaban que Gideon no les prestaba atención. Me agaché y comí, negándome a tomar partido.

No pasó mucho tiempo antes de que su batalla me absorbiera y grité, consternado, cuando una porción de nata montada destinada a Noel cayó en mi regazo.

—¡Chicos!

—¡Santos y pecadores! —Gideon le lanzó un montón de servilletas a Noel, que se disculpó profusamente—. ¿Podéis al menos fingir que sois guardianes competentes? Si no hubiera estado allí en el momento de vuestra creación, ¿no creería que sois centenarios por lo infantiles que actuáis!

Jai se rio en su propia servilleta mientras Noel me limpiaba los vaqueros. Le aparté las manos, mortificado porque me hubiera limpiado la parte delantera con tanta facilidad, pero las palabras de Gideon me sacaron de mi vergüenza.

—¿Cuántos años tenéis? —Me limpié los vaqueros lo mejor que me fue posible. Jai y Noel intercambiaban una mirada seria.

—Hum. —Noel se metió el labio inferior en la boca y Jai se rascó la nuca con la cara contraída.

—Unos cuantos siglos, década arriba o abajo —dijo finalmente Jai.

—¿Siglos? —Menos mal que estaba sentado. Esa revelación amenazaba con derrumbarme.

—Sí, algo así. —Noel pasó por alto la excesiva diferencia de edad entre nosotros, como si no importara lo más mínimo—. El tiempo no importa tanto si eres inmortal.

—*Hashtag* problemas de ángeles. —Jai resopló en su café y Noel se rio.

Eran cientos de años mayores que yo, ¿y creían que no importaba? No me extrañaba que me trataran como a un bebé; ¡para ellos, yo era un bebé!

Como un pez fuera del agua, vacilé entre asustarme y fingir que me estaban gastando una broma pesada. Puesto que estábamos en público, un ataque de nervios no era bueno para ninguno de nosotros. Me tragué el susto y volví a mi plato, terminándome la comida con movimientos robóticos y espasmódicos.

—Se lo está tomando bastante bien —susurró Jai al oído de Noel, y el ángel asintió.

—No se ha desmayado.

—No le dais suficiente mérito. —Gideon vació su taza de café e hizo señas a una camarera que pasaba para que se la rellenara.

Cuando mi plato estuvo vacío, carraspeé y bebí un sorbo de agua.

—Sois muy viejos.

Se rieron. Las campanillas de viento de Noel chocaron con las risitas ásperas de Jai mientras Gideon retumbaba su propia alegría.

—Díselo a Gideon. Estuvo allí durante la guerra. —Jai enarcó las cejas y me picó la curiosidad.

—¿Qué guerra? —Me imaginaba a Gideon vestido de rebelde luchando contra los británicos, pero no creía que Jai se refiriera a la guerra de la Independencia.

—La Guerra Celestial —dijo Noel, disipando su humor—. Cuando la Tierra era joven.

—¿Por qué hubo una guerra? —Bajé la voz para que no nos oyeran.

Gideon frunció los labios y removió despacio el café.

—¿Por qué siempre hay guerras? Había quienes creían saber más que el Creador, quienes querían que las cosas cambiaran. Debido a sus celos y orgullo, intentaron derrocar al Hacedor y a los que estaban del lado de la luz.

En mi mente se filtraron recuerdos de la señora Janet leyendo la Biblia en la mesa.

—¿Quieres decir, como Satanás?

—En realidad, no —dijo Jai—. Satán es una especie de entidad que todo lo abarca, pintado como el diablo con cuernos y cola roja. Es un poco más complicado que eso.

Cuando Jai y Noel volvieron su atención hacia Gideon, yo seguí su ejemplo, y el ángel grande hizo una mueca.

—Este no es el mejor lugar para una conversación así.

—Nadie está escuchando —dijo Jai.

—Sí, y Riley quiere saberlo —añadió Noel.

En realidad, que quería saberlo. La historia siempre había sido mi tema favorito, y era fascinante conocer la suya. Pero leí su reticencia y guardé silencio.

Después de sostener mi mirada embelesada y ligeramente suplicante, Gideon suspiró derrotado.

—De acuerdo.

CAPÍTULO DIECISÉIS



—LUCIFER FUE UNO DE los siete traidores originales —dijo Gideon, con su voz retumbante y tranquila para que no se oyera por encima del bullicio de la concurrida cafetería—. Pero era el líder, el instigador. Junto con otros dos, Leviatán y Belcebú, atrajo a otros cuatro: Berit, Mammon, Asmodeo y Belfegor. Los Siete trabajaron para engañar a los otros ángeles y que se volvieran contra el Creador.

»Trabajaron en secreto, en susurros a puerta cerrada, y durante muchos años esperaron. Crecieron en número y esperaron su momento. De no haber sido traicionados por algunos de sus propios reclutas, podrían haber captado suficientes ángeles y que su golpe habría tenido éxito.

Jai y Noel se estremecieron y bebieron un trago de sus cafés para entrar en calor. Di un sorbo a mi agua, pendiente de cada palabra.

—Cuando se revelaron los traidores —Gideon continuó la historia, con la piel alrededor de los ojos tirante—, comenzó la guerra, una guerra que el reino celestial nunca había vivido. Enfrentó a hermano contra hermano, a Comprometidos contra Comprometidos; destrozó familias. Se perdieron muchas vidas.

Un gran silencio se apoderó de la mesa y, por una vez, ni Jai ni Noel soltaron un chiste para animar el ambiente. La tristeza de Gideon se extendió por el espacio que nos separaba y me escocían los ojos.

—Ganamos, pero el precio que pagamos por la victoria fue muy alto. Muchos de nosotros lo perdimos todo. Los Siete, junto con los ángeles que se habían vuelto contra sus hermanos, fueron castigados, despojados de su estatus y desterrados de Utopía. Maldecidos por el poder ancestral, les arrancaron las alas de sus cuerpos y cayeron, sin posibilidad de volver a ver la belleza del rostro del Creador ni el reino celestial.

»Los caídos residen ahora en el inframundo. O en el reino de los mortales, si así lo desean. Y los Siete pasan el tiempo torturando a los condenados y asolando la tierra con su odio.

Me lamí los labios y carraspeé dos veces para que no se me quebrara la voz.

—¿Los expulsaron del Cielo? ¿A todos?

—Pocos se salvaron. El Consejo celebró juicios y los culpables fueron expulsados.

—¿Al Infierno? ¿Es un lugar real?

—Sí. Está el reino celestial y el reino maldito, y en medio descansa el reino mortal. —Gideon apiló las manos, una sobre otra, antes de mover una mano para añadir una capa intermedia—. La Tierra es terreno neutral, el lugar donde ángeles, caídos y demonios pueden vagar libremente. El

inframundo recibe muchos nombres: Infierno, Hades, Seol. Opuesto al Cielo, es la representación física de la muerte y la decadencia. Es donde las almas condenadas son enviadas a pasar su eternidad después de su muerte humana, mientras que las almas benditas son enviadas al Elíseo para estar con el Creador.

—¿El Creador? ¿Como Dios?

Noel tomó otro sorbo de café.

—También recibe muchos nombres.

La señora Janet era extremadamente religiosa, y había aprendido numerosas historias de la Biblia.

—Entonces, ¿como Jehová?

Gideon reflexionó un momento mientras Jai y Noel comían de mi plato.

—El mundo tiene muchos textos sagrados, todos escritos por el hombre. Esos textos pueden haber sido inspirados por la Santidad, pero la humanidad siempre ha tenido un don para la mala interpretación. ¿Jehová? ¿Adonai? ¿Dios? Son el Creador.

—Pero ¿cuál es el correcto?

—¿Solo hay una verdad absoluta? —Respondió a mi pregunta con una de las suyas.

—¿No debería haberla? —Me mordí la mejilla y estudié mis manos, en mi regazo.

Gideon no respondió de inmediato y, cuando el silencio se prolongó, levanté mi mirada hacia la suya. Como si eso fuera lo que estaba esperando, sonrió, con una ligera inclinación de la boca.

—Eso parece bastante estrecho de miras. —No era un insulto ni una reprimenda, pero me estremecí—. Lo que una persona considera una verdad absoluta, otra puede verlo como un consejo o una sugerencia.

—¡Pero existen el bien y el mal! —Mis manos se agarraron a la tela de la camisa y el corazón me dio un vuelco en el pecho—. Existen la verdad y la mentira. El bien y el mal. Si decimos que ninguno de los dos existe...

—Tienes razón. —Gideon apoyó una mano en mi hombro para calmarme—. Existen el blanco y el negro, pero lo que la humanidad no comprende es que hay muchos matices de gris en medio. Pensáis en absolutos, en afirmaciones generales, y lo que no encaja en vuestras cajas prefabricadas es desechado.

»El Creador habla de la vida, la creación y el amor. Hay cosas que van en contra de esos principios, como la destrucción, el odio y el asesinato. Pero como el hombre tiene libre albedrío, están ahí.

Siempre me habían enseñado a creer en absolutos, a creer lo que me decían y obedecer sin cuestionarlo. Sin embargo, ahí había un ángel afirmando que teníamos elección, libre albedrío. Pero ese libre albedrío conllevaba la responsabilidad de elegir sabiamente o, de lo contrario, atenerse a las consecuencias. Era estimulante y aterrador a la vez.

—Por eso tus elecciones tienen consecuencias —dijo Gideon—. Y, al final, hay juicio.

—¿Juicio? ¿Como el Infierno o el Seol o lo que sea?

—Sí, la condenación. —Su rostro se ensombreció—. Es el castigo.

—¿Castigo? —Me vinieron a la mente recuerdos de los castigos de la señora Janet y se me puso la piel de gallina.

—Sin castigo por el mal, no puede haber justicia; sin justicia, no puede haber confianza. Sin confianza, no hay amor, y sin amor, ¿cómo puede haber vida? —Me dolía el cerebro, amenazaba con explotar por la plétora de nuevos pensamientos y filosofías. Pero Gideon no había terminado—. Castigo y recompensa, vida y muerte, bien y mal. Equilibrio. Para eso existen los ángeles, para mantenerlo.

—Entonces, ¿la gente buena va al Cielo y la mala al Infierno?

—Es un poco más complicado que eso, cielo. —Noel me acarició el pelo con dulzura—. Las decisiones del hombre, buenas y malas, se pesan en la balanza de la eternidad, y el Creador dicta sentencia. El Creador no es cruel, pero es justo. Con las maldades que cometemos unos contra otros, debe haber justicia de una forma u otra, ¿no crees?

Pensé en los numerosos genocidios infligidos por algo tan simple como el nombre o el color de la piel, las cosas horribles hechas a los niños que no podían protegerse a sí mismos. Asentí con la cabeza.

—Sí, debería haber justicia.

Se hizo un largo silencio en la mesa hasta que Jai no pudo contenerse.

—Bueno, menuda forma de estropear el desayuno.

—Lo siento. No quería preguntar por algo tan doloroso. —Levanté la mano, con la intención de ponerla en el brazo de Gideon en un intento de consolarlo, pero dudé.

Él se apartó, e interpuso distancia mientras recogía nuestros platos vacíos y los apilaba.

—Es nuestra historia. Y es importante que no la olvidemos o nos condenaremos a repetir nuestros errores.

Como si hubiera estado esperando alguna señal, Doris volvió a la mesa para recoger nuestros platos. Me di cuenta de que se había retocado el maquillaje y se había recogido el pelo en un moño. Sonrió a Gideon, ajena al tenso ambiente.

—¿Cómo ha estado todo?

—La comida ha sido excelente. —Gideon le ofreció una pila de billetes de veinte de su cartera junto con una sonrisa cortés—. Quédate con el cambio y que tengas un buen día, Doris.

—Gracias. —Ella miró boquiabierta los billetes que tenía en la mano—. Que tengan un buen día.

Con una inclinación de cabeza, Gideon se levantó de la mesa y se dirigió decidido hacia la salida, como si no hubiera nada más importante que salir del restaurante lo antes posible. Tenía la sensación de que había sido la conversación, y no la cafetería, lo que lo había asustado.



Después de usar el único retrete de la cafetería, dejé que Noel y Jai se pelearan por quién orinaba después y crucé el aparcamiento. Gideon estaba de pie junto al sedán, con las manos en las caderas y la mirada fija en algún lugar lejano. Hablar de la Guerra Celestial le había dolido —debía de haber perdido mucho— y yo quería aliviarle de algún modo. Por desgracia, no tenía ni idea de cómo consolar a alguien, sobre todo a alguien tan distante como Gideon.

Hice acopio de mi lamentable valor, me acerqué a él y, con cautela, le rodeé la muñeca con los dedos. Se sobresaltó al contacto y sus ojos volvieron al presente. Me lamí los labios, preparándome para disculparme u ofrecerle unas palabras de consuelo, pero, antes de que pudiera pronunciar una sola sílaba, se apartó de mi contacto.

Con un tirón en la oreja, carraspeó y se apartó, añadiendo espacio entre nosotros. El rechazo me quemó. Retrocedí, replegándome sobre mí mismo, mi cara ruborizada por la vergüenza. Por supuesto, lo había empeorado. Era lo que mejor se me daba.

—No sé cuándo volveré. —Gideon miró por encima de mi cabeza mientras Jai y Noel se detenían detrás de mí—. Llámame si me necesitas.

—Claro —dijo Jai.

Sin dirigirme una palabra o una mirada, el cuerpo de Gideon se iluminó como un letrero de neón y luego se desvaneció, como si nunca hubiera estado allí.

—¡Santo cielo! —Me tropecé con alguien... Noel, supuse por las manos que tenía en los brazos—. ¿Qué demonios ha sido eso?

Riéndose, Noel me apretó los brazos y me dirigió al lado del pasajero del coche.

—Teletransporte. Así nos movemos entre reinos.

—¿Todos hacéis eso?

—Ajá. Podemos ir y venir cuando queramos. —Noel me abrió la puerta y me dejó caer dentro.

—¿Así que podéis ir a París por la tarde y luego cenar en Australia? —Torcí el cuello para escudriñar a mi alrededor, esperando a medias que Gideon reapareciera y me explicara que había sido una broma pesada.

Jai se sentó al volante y ajustó el asiento para acomodar su baja estatura, comparada con la de Gideon.

—No, saltar dentro de este reino es diferente. Se necesita mucha más energía para transportarnos aquí que, por ejemplo, en el inframundo. Pero Utopía es nuestro hogar, y la energía de allí nos carga.

—Ir y venir a Utopía no nos cuesta energía, pero hacerlo aquí es un despilfarro. Quiero decir... —Noel se inclinó entre los asientos delanteros y señaló mi cinturón de seguridad—. Abróchate. Las emergencias no cuentan, por supuesto. Saltamos si hace falta, pero, si no es necesario, usamos el transporte normal.

—Ejemplo: esta oxidada chatarra de mierda de Gideon. —Jai agitó la mano por el interior del coche usado.

—Pero, si puedes teletransportarte a Utopía, ¿qué importa si gastas energía?

—Sí, pero tú no puedes teletransportarte a Utopía. Si estamos demasiado agotados, no podemos protegerte. —Jai navegó por el ligero tráfico del domingo por la mañana mientras Noel hacía girar el dial de la radio—. Y dado que protegerte es el objetivo de nuestra existencia, no poder hacerlo nos pondría a todos en un buen aprieto.

—¿Podéis llevarme al cielo con vosotros? —pregunté.

Tras encontrar la emisora que buscaba, Noel apoyó los brazos en las rodillas, con la cabeza aún metida entre los asientos delanteros.

—Podemos saltar con pasajeros a costa del doble de energía, pero las almas mortales necesitan un permiso especial para entrar en el reino celestial. A menos que estés muerto y te dirijas al Elíseo, claro.

—Podríamos llevarte, pero te echarían enseguida. Y entonces el Consejo de Arcángeles nos daría una paliza y, entonces, probablemente te llevarían y te entregarían a otro equipo de guardianes. —Jai frunció el ceño al terminar de pensar, y yo imité la mueca.

—Bueno, entonces no tentaremos a la suerte —dije—. Ya no quiero ir.

Noel sonrió y se abalanzó sobre mí para plantarme un beso en la mejilla.

—Bien. Tampoco queremos perderte.

Me sonrojé durante el resto del trayecto.

Al llegar a mi dormitorio, el sol brillaba cálido y radiante, con una agradable brisa que sustituía al frescor matutino. Me puse de cara al sol, absorbiendo su calor por un momento antes de seguir a mis secundarios. Llegaron primero a las escaleras de mi residencia, pero me detuve

en el último escalón cuando una voz femenina me llamó por mi nombre.

—¡Hola, Riley! —Bethany saludó desde el aparcamiento mientras Sharon cerraba el coche.

Jai y Noel se detuvieron al final de las escaleras y yo hice la señal universal con el dedo para decir:

—Dadme un segundo. —Asintieron y me volví para saludar a las chicas.

Bethany se detuvo con una sonrisa de felicidad en su cara redonda.

—Hola. Ayer pasé por tu dormitorio para invitarte a otra noche de cine y no estabas.

No era una pregunta, pero entendí la pregunta tácita.

—Me he quedado con unos amigos. —Miré a Jai y Noel—. Quiero decir, en su apartamento. Hicimos una fiesta de pijamas.

Bethany soltó una risita.

—Qué adorable.

Sharon se unió a nosotros, escudriñando a los chicos detrás de mí, y sus ojos se abrieron de par en par.

—Mierda, Beth, no bromeabas. Esos tíos están... O sea, van a provocar a un incendio en el campus un día de estos.

Jai no estaba fumando, al menos no en ese momento. Miré por encima de mi hombro para comprobarlo. No. Su *medwakh* negro estaba bien guardado en el bolsillo de su chaqueta de cuero.

Debieron de oírnos hablar de ellos porque bajaron las escaleras para unirse a nuestro grupo. Las chicas intercambiaron una mirada indescifrable. Bethany se alisó la camisa y Sharon levantó la cadera, haciendo girar un rizo con el dedo. Como una leona que acechaba a su presa, siguió los pasos de Jai hasta que se detuvo a mi lado.

—Vaya vaya, Riley es un chico afortunado por tener amigos como tú. —Sharon extendió la mano con una sonrisa depredadora—. Por favor, dime que tienes hermanos porque... Maldita sea.

Noel se tapó la boca con la mano, ahogando una aguda carcajada de asombro, y las palabras anteriores de Sharon hicieron clic. Iban a provocar un incendio, o sea, que era muy guapo, atractivo. Estaba flirteando. Perfecto.

A diferencia de Noel, Jai no se ruborizó ni se rio. Sonrió satisfecho, recorrió a Sharon de pies a cabeza de una forma que me retorció el estómago y le cogió la mano.

—No hace falta que conozcas a mis hermanos, créeme. Soy Jai.

—Sharon.

Se dieron la mano, y mi estómago aterrizó en algún lugar cerca de los dedos de los pies.

—Soy Noel, uno de los hermanos. —Noel estrechó la mano de Bethany, y luego la de Sharon—. Pero no malgastes esos ojos de dormitorio conmigo, cariño. No llevas el equipo adecuado para tentarme.

Le guiñó un ojo y Sharon se rio.

—Eres directo. Me gusta.

—No demasiado directo. —Se rio—. Pero me ahorra muchos dolores de cabeza. No quiero sonar sexista, pero algunas chicas no se toman bien cuando confunden la amabilidad con el coqueteo y descubran al final de la noche que eres supergay y no estás ni remotamente interesado en tener sexo con ellas.

Me sobresalté ante su descarada confesión. Bethany se sonrojó, pero se unió a Jai y Sharon, que se rieron. Noel se encogió de hombros, su risa tintineante mezclándose con el resto, y me llevé las palmas de las manos a las mejillas para ocultar mi sonrojo.

—Discutiremos las ventajas del sexo con mujeres en otro momento. —Jai dio una palmada en el hombro de Noel y luego volvió a dirigir su atención a las chicas—. Encantado de conoceros. Riley nos ha hablado mucho de vosotras.

Me asomé de entre mis dedos mientras Bethany y Sharon sollozaban con un «Qué cuquiii» a la vez.

—Espero que todo sean cosas buenas. —La mano de Sharon se deslizó sobre el brazo de Jai y algo caliente y amargo estalló en mi estómago.

—Solo lo mejor. —Jai guiñó un ojo y la sensación agria subió a mi pecho, abrazando mi corazón.

Miré al pavimento y luché por controlar mi creciente frustración. ¿Por qué la miraba así? ¿Y por qué me daban ganas de empujar a Sharon al jardín?

Perdí el hilo de la conversación, demasiado concentrado en mi confuso y casi violento enfado. Bethany y Noel charlaban mientras Sharon devoraba a Jai con la mirada. Él prácticamente se rendía ante la atención, chasqueando el anillo lingual contra los dientes y sonriendo. Parecía estúpido, como un estúpido... estúpido gilipollas.

«Qué bien».

Sharon soltó una risita por algo que dijo Jai, y yo puse los ojos en blanco.

—Oh, me encantan los bolos. —Noel me sacudió el hombro, rompiendo así mis sombríos pensamientos—. Quieres ir a la bolera, ¿verdad, cielo?

Bethany me dedicó una sonrisa de oreja a oreja y yo me sonrojé.

—¿Qué? ¿A los bolos?

—Deberíamos ir este fin de semana. Todos estaremos ocupados el siguiente con Acción de Gracias, y los exámenes finales se nos echarán encima antes de que nos demos cuenta, así que probablemente no encontremos tiempo más tarde —dijo Bethany, que siguió la mano de Noel mientras me acomodaba un rizo detrás de la oreja y luego bajaba para frotarme la espalda—. ¿Qué te parece?

—Tengo planes el viernes, pero el sábado estoy libre como un pájaro —dijo Sharon.

—Estoy seguro de que estaremos disponibles, pero tendremos que comprobar si podemos encajarlo en el apretado calendario social de Riley. —Jai me revolvió el pelo con una sonrisa burlona, pero su broma no me hizo mucha gracia.

Me aparté de su contacto y me acurruqué junto a Noel. La sonrisa de Jai se desvaneció y frunció el ceño, confundido. Sharon se echó a reír, pero Bethany estaba demasiado ocupada consultando la agenda de su teléfono para darse cuenta de la mala broma de Jai.

Noel aceptó mi abrazo improvisado y se dobló por la cintura para susurrarme al oído:

—No pasa nada si no quieres ir. Solo he pensado que te gustaría.

—Nunca he jugado a los bolos —le confesé, y su brazo me rodeó la cintura y me apretó.

—Es divertido. ¿Quieres ir?

Si eso significaba que Jai y Sharon estuvieran en la misma habitación, la verdad era que no. Pero era una tontería. Estaba siendo egoísta. Quería tener a mis ángeles para mí solo, pero que hicieran otros amigos no significaba que ya no quisieran ser mis amigos. Y si Jai y Sharon se gustaban, es decir, si se gustaran de verdad, ¿por qué iba a importarme?

No quería ser el amargado que estropeara sus planes.

—De acuerdo. Suena divertido —dije, y Noel me estrechó contra él con una sonrisa orgullosa.

—Excelente.

Concretaron los planes para el siguiente fin de semana e intercambiaron los números mientras todos nos dirigíamos al edificio de la residencia. Jai se detuvo en el baño y nos separamos de

Bethany y Sharon en mi dormitorio. Nos saludaron con la mano y se dirigieron al final del pasillo, hacia su propia habitación.

—Nos vemos el sábado. —Bethany saludó a Noel y me guiñó un ojo con picardía. Escapé a mi habitación antes de que hiciera algo más embarazoso.

—Siempre me ha gustado Bethany —comentó Noel mientras cerraba la puerta tras nosotros—. Es un encanto.

—Es una buena amiga —murmuré, inspeccionando el desorden que Brian había dejado.

Pateé su ropa desechada hacia su lado de la habitación y tiré los restos de bolsas de comida rápida a la basura. Era tan vago que daba asco.

—¿Riley? —Noel me agarró la nuca y masajé la tensión de mis músculos—. ¿Qué te pasa? ¿No quieres ir a la bolera? No pasa nada si no quieres.

Mis emociones eran tan desconcertantes como aterradoras, y nunca se me habían dado bien las palabras. En lugar de responder verbalmente, giré sobre mí mismo y rodeé su cintura con los brazos. Era extraño empezar a sentir afecto físico, pero cada vez me resultaba más fácil. Suspiré cuando Noel me devolvió el abrazo.

—Oye, ¿qué pasa?

—Nada. —Inhalé su aroma floral y me tranquilizó el alma—. Creo que me gustan los abrazos.

—A mí también me gustan los abrazos. —Oí la sonrisa en su voz y, cuando me besó la parte superior de la cabeza, sentí que levitaba.

Después de que nuestro abrazo se aflojara, me retiré con un suspiro, pero él me cogió la cara con las manos antes de que pudiera apartarme. A menos de medio metro de distancia, su mirada recorrió mis rasgos. No sabía qué buscaba, pero me dejé llevar. Estudió mis ojos, luego mi nariz, mi barbilla, mi boca. Se detuvo allí y mis labios se entreabrieron.

El aire que nos rodeaba se espesó con algo para lo que no tenía nombre y las estrellas violáceas que rodeaban sus pupilas se oscurecieron. Me encantaba cómo cambiaban sus ojos, pero sentía curiosidad por saber la causa.

—Riley... —La voz de Noel era suave, pero más grave de lo normal, un poco entrecortada. Me estremecí.

—¿Qué?

Noel parpadeó, sus iris se aclararon una vez más, dio un paso atrás y retiró las manos de mis mejillas.

—Nada. No importa. ¿Tienes deberes que terminar para mañana?

El brusco cambio de tema me desconcertó, y tardé varios segundos en recuperar mi hilo de pensamiento.

—Creo que sí.

Con una mano en su pelo largo, Noel asintió hacia mi cama.

—Bueno, será mejor que lo hagas todo. No quiero que tus notas bajen porque estemos monopolizando tu tiempo.

—Oh. Vale.

Sentí un frío extraño mientras tropezaba hacia mi cama y recuperaba mi portátil y mi mochila. Noel y Jai tenían un don para desequilibrarme, y los singulares sentimientos que encendían dentro de mí crecían en magnitud. Me asustaba más de lo que quería admitir. Pero, fuera lo que fuera lo que significaban esas emociones, recé para que mis ángeles no me dejaran solo con ellas.

CAPÍTULO DIECISIETE



—¿Y CREES QUE ES apropiado? ¿Coquetear con chicas en sus habitaciones? Ese no es el comportamiento que te enseñé —siseó la señora Janet a través del teléfono, y yo me tragué las lágrimas que me obstruían la garganta mientras paseaba por mi dormitorio.

—No es lo que piensa. Solo vimos una película.

—¿Y luego participaste en todo tipo de libertinaje? ¿Crees que soy estúpida, gamberro?

Despotricó durante otros quince minutos mientras yo intentaba explicárselo, pero no me dejó. Interrumpía cada uno de mis intentos, hirviendo de decepción y de rabia. ¿Cómo sabía que había visto una película en la habitación de Bethany y Sharon? Siempre se daba cuenta de mis errores. Era inútil intentar esconderme de ella.

Enjugándome las lágrimas, al final cerré la boca y la dejé gritar. Someterse era más fácil; siempre lo había sido.

—Estás castigado, ¿me oyes? Ve a limpiarte y no te atrevas a salir de tu habitación, excepto para ir a clase.

—Pero esta noche vamos a la bolera. —Me arrepentí al instante. Casi la oí llenarse de furia.

—¿A los bolos? ¿Con esas zorras? —La estática llenó la conexión mientras murmuraba para sí misma—. ¡Límpiate ya! Treinta minutos en la ducha esta noche...

—¡Señora Janet, por favor!

Gruñó más allá del punto de la lógica.

—¡Treinta minutos, Riley! Y si me entero de que te has pasado de la raya, llamaré al decano y te sacaré de la universidad. —Me invadió el horror y me desplomé en la cama, derrotado—. ¿He sido clara?

—Sí, señora.

—¿Y tu castigo?

—Debo limpiarme ahora y pasar treinta minutos en la ducha antes de acostarme. —Resoplé, secándome la humedad que me goteaba de la nariz—. Y estoy castigado a quedarme en mi habitación, excepto para las clases.

Hubo un largo silencio y pensé que tal vez me había colgado el teléfono. Pero al final habló con voz más suave.

—Buen chico, Riley. Esto es para que mejores, lo sabes, ¿verdad? Ahora serás un buen chico, ¿a que sí?

—Sí, señora.

—Excelente. —Colgó sin despedirse.

Mientras me recomponía, una miserable pieza a la vez, me limpié los rastros de lágrimas de las mejillas y me soné la nariz. Guardé el teléfono en el cajón y me alisé la ropa. Jai y Noel se habían ido a hacer «cosas de ángeles» por la tarde para poder jugar a los bolos esa noche, y yo me había quedado en mi dormitorio, como había prometido. Pero volverían pronto. Necesitaba limpiarme antes de que regresaran.

Después, me sentí hueco y vacío. Por mucho que me preocupara lo de esa noche, había estado deseando jugar a los bolos. La decepción me aplastó mientras me hacía un ovillo en la cama y luchaba contra unas lágrimas infantiles.

Llamaron a mi puerta, seguido de la voz de Jai.

—¿Riles? ¿Puedo entrar?

Las cosas habían estado raras entre nosotros esa última semana, pero ninguno de los dos abordó el tema. Jai actuaba como si todo fuera normal, y yo intentaba hacer lo mismo, pero, cada vez que pensaba en Sharon tecleando su número en el teléfono de Jai, volvía la amargura.

Como no contesté, Jai abrió la puerta y metió la cabeza dentro. Al verme en la cama, pálido por el castigo y con los ojos inyectados en sangre, su expresión se ensombreció. Entró en la habitación con el aura ennegrecida a cada paso, hasta que se cernió sobre mí con los puños arriba por la ira. Me aovillé.

—¿Qué pasa? ¿Qué coño ha pasado? —casi gritó, y me estremecí, acobardándome ante su ira. Parecía que hoy no podía hacer nada bien.

«Primero la señora Janet y ahora Jai. Lo estropeo todo».

—Eh, eh. —Su tono se calmó, su voz más amable que antes—. Riley, ¿qué pasa? Háblame.

Mientras se agachaba delante de mi cama, buscó mis manos entrelazadas alrededor de mis rodillas dobladas. Tomó una entre sus cálidas manos y volvió a frotarla en círculos. El contacto fue tan tierno que apenas lo soporté. Rompí a llorar.

—Maldito Hades, Riley. Ven aquí. —Me atrajo hacia él y le eché los brazos al cuello con un sollozo—. ¿Qué te pasa? ¿Ha sido Brian? ¿Te ha vuelto a joder? Porque le patearé el culo hasta Tombuctú.

Negué con la cabeza, escondiendo la cara en su hombro.

—No, no ha hecho nada.

—Entonces, ¿qué ha pasado? Me estás asustando de cojones, ¡dímelo ahora mismo!

—No puedo ir a la bolera —solté, con la respiración entrecortada por otro sollozo—. Quiero, pero no puedo. Lo siento.

Me frotó la espalda y me abrazó, con las piernas colgando a ambos lados de su cuerpo agachado.

—No pasa nada. Si no quieres ir, no tenemos que hacerlo.

—Yo quería.

—Bueno, entonces, ¿por qué no puedes?

La verdad me mordía la lengua, pero me la tragué. No podía contarle lo de la señora Janet. Se enfadaría o, peor aún, se reiría. Se suponía que los chicos normales de diecinueve años no recibían castigos. No lo entendería.

—No me encuentro bien —dije por fin, y Jai me agarró por la nuca y me obligó a salir de mi escondite.

Al observar mi nariz roja, mis ojos llorosos y mi tez pálida, frunció el ceño.

—No te ofendas, pero tampoco tienes buen aspecto. ¿Qué te pasa? ¿Tienes náuseas?

No tuve que mentir cuando asentí.

—Ajá. No me encuentro bien.

—Bueno. Entonces no iremos a la bolera. Está bien.

—Lo siento.

Ante mi disculpa, se rio. No fue cruel —más triste que otra cosa—, pero las lágrimas volvieron a inundar mis ojos. Apretó los labios, ahogando una sonrisa.

—No tienes nada que lamentar. Estás enfermo. No pasa nada. —Me revolvió el pelo y me acarició la mejilla—. Le diremos a Bethany que tenemos que cambiar la cita.

El alivio recorrió mis venas y la opresión de mis pulmones se aflojó.

—Vale. ¿No estás enfadado?

—No, *shortstack*. No estoy enfadado. —Volvió a estrecharme entre sus brazos y lo hice de buena gana—. ¿Por qué iba a enfadarme? —Me encogí de hombros y se rio—. Vale, vamos. —Se puso de pie conmigo aún en brazos, y yo rodeé su cintura con las piernas para no caerme. Sostuvo mi peso con un brazo bajo mi trasero y me llevó hacia la puerta como a un niño pequeño—. Volvamos al apartamento. Gideon te preparará sopa caliente. Noel te envolverá en mantas y calcetines. Y tendremos un maratón de películas, ¿de acuerdo?

No podía salir de mi dormitorio, pero la oferta era demasiado buena para dejarla pasar. Técnicamente, seguía obedeciendo, ya que no iría a la bolera. Y no quería quedarme en mi dormitorio fingiendo que estaba enfermo. Jai y Noel insistirían en quedarse cerca de mí, y a Brian le daría un ataque.

Tal vez no fuera tan malo quedarme en su apartamento.

—De acuerdo —acepté, y Jai me frotó la columna para consolarme.

Me cargaba con una mano mientras con la otra agarraba mi sudadera y mi mochila. Haciendo malabarismos, abrió la puerta y consiguió cerrarla detrás de nosotros. Por suerte. Brian tenía llaves.

—Dios mío, ¿Riley? ¿Qué te pasa? ¿Está herido? —Bethany se precipitó por el pasillo desde el baño, y me enterré en el pecho de Jai para esconderme.

—Hola, Bethany. La verdad es que me alegro de haberte pillado. Vamos a tener que dejarlo para otro día. Riley no se encuentra bien.

Jai me subió más a su cuerpo y me sonrojé. Estaba actuando como un niño pequeño, envuelto alrededor de él como un mono. Pero, en este momento, no podía importarme menos.

—¿Es grave? ¿Necesita ir al hospital?

Jai negó con la cabeza.

—No, solo tiene náuseas. Probablemente ha cogido un virus estomacal.

—Oh, ¿has sido tú el que ha vomitado antes? —La mano de Bethany se posó en mi brazo y me tensé—. Me ha parecido oír a alguien vomitando mientras me metía en la ducha.

—Mierda, Riles, ¿has vomitado? ¿Por qué no me lo has dicho?

Mis pulmones se contrajeron mientras el miedo se burlaba desde la parte posterior de mi garganta. No sabía mentir y tenía la lengua pegada al paladar. Asentí una vez, rezando para que dejaran de hacer preguntas y, por suerte, lo hicieron. Reanudaron la conversación, lo que me permitió volver a enterrar la cara en el cuello de Jai.

—Siento haberme echado atrás en el último momento...

—No, claro que no. Solo lamento que no se encuentre bien. Espera, ¿adónde lo llevas? —La voz de Bethany tenía una nota de sospecha, y Jai se tensó.

—A nuestro apartamento. Allí estará más cómodo.

Se hizo un silencio.

—¿Dónde está Noel? —preguntó.

—Haciendo recados. Probablemente tendré que ir a por antiácidos mientras está fuera. —Jai palmeó mi espalda—. ¿Te parece bien?

Me encogí de hombros. Odiaba la medicina, pero no iba a discutir.

—Entonces, ¿Noel también estará allí? —insistió Bethany.

Jai rechinó los dientes, su tono más agudo que antes.

—Sí, Noel estará allí.

La mano de Bethany se apretó contra mi brazo, me asomé por encima del hombro y me encontré con sus preocupados ojos azul grisáceo.

—Puedes quedarte conmigo si quieres, Riley.

—Quiero ir con Jai —dije, y ella frunció los labios.

Después de otra mirada cautelosa en dirección a mi ángel, asintió.

—Vale. Bueno, que te mejores. Avísame si necesitas algo.

Le dediqué una débil sonrisa.

—Gracias, Bethany.

Jai no esperó más preguntas. Salió disparado hacia la escalera y abrió la puerta de una patada con más fuerza de la necesaria. No entendía su enfado con Bethany, pero estaba demasiado agotado para preguntarle. Me agarré a él mientras bajaba los escalones y corría hacia el sedán plateado.

—¿Dónde está Noel? —pregunté cuando Jai me sentaba en el asiento del copiloto y me abrochaba el cinturón.

—En el Cielo, con Gideon, pero volverá más tarde. —Jai tiró mi mochila en el asiento trasero y me ofreció mi sudadera con capucha—. ¿Tienes frío?

Asentí con la cabeza, acepté la sudadera y me la subí por los brazos. El cinturón de seguridad me impedía ponérmela por encima de la cabeza, pero era suficiente por el momento. Eché la cabeza hacia atrás y cerré los ojos mientras Jai arrancaba el motor.



En realidad, no estaba enfermo, pero mis guardianes se preocuparon por mí como si me hubieran diagnosticado un cáncer terminal. Como había predicho Jai, Gideon preparó una sopa de pollo con fideos y Noel me abrigó con sus pantalones de pijama, una de las camisas de Jai y unos calcetines de color naranja chillón con pequeños pavos: calcetines de Acción de Gracias.

Envuelto en mantas como un burrito, me quedé en cuarentena en el sofá mientras veíamos la primera película de *El señor de los anillos*. La sopa de pollo estaba deliciosa y, hasta cierto punto, calmó mis náuseas, causadas por la culpa y la vergüenza más que nada, pero el caldo me ayudó.

Apoyé la cabeza en el regazo de Noel, que me acarició el pelo. Jai me puso los pies en su muslo y sus delgados dedos jugueteaban con los dedos de mis pies de vez en cuando. A intervalos de quince minutos, Gideon me preguntaba cómo me sentía, si necesitaba más sopa, un vaso de agua, tal vez cubitos de hielo. Estaban siendo muy dulces y mi autodesprecio crecía.

Técnicamente, les estaba mintiendo, pero, de forma muy egoísta, me dejé llevar por su amabilidad mientras veíamos *La comunidad del anillo*.

A mitad de la película, los párpados comenzaron a cerrarse por sí solos y debí de quedarme dormido, porque me desperté un rato después y unos brazos fuertes me levantaban del sofá. Acaricié un pecho que olía a sol y a lilas. Noel me besó la coronilla mientras me cargaba como a un bebé.

—Toma —susurró Jai por encima del susurro de la tela—. Puede dormir en mi habitación.

—Yo puedo dormir en el sofá —dijo Noel.

—Dormiste en el sofá la última vez. Estoy bien.

Noel me tumbó entre sábanas que olían a tabaco. Hurgué en las mantas, buscando calidez. Medio despierto, vi cómo Jai se quitaba la camiseta, la luz difuminada del salón jugueteando a lo largo de su espalda tatuada.

—Buenas noches, Riley. Que te mejores. —Noel me dio un beso en la frente y sonreí.

—Buenas noches, Noel.

Con un apretón en el brazo de Jai, Noel salió de la habitación y la puerta de su dormitorio se cerró un momento después. Jai estaba junto a la cama en pijama, con las manos en las caderas.

—Estaré en el sofá. Llama si necesitas algo.

Ya me sentía culpable por haber mentido, y echar a Jai de su cama era la guinda del pastel. Si hubiera estado consciente, habría permanecido en silencio, pero el sueño me soltó la lengua.

—Podemos compartirla. La cama es lo bastante grande. No me importa.

—Estoy bien en el sofá.

—Pero es tu cama.

Los ojos oscuros de Jai brillaron de forma extraña en la luz apagada y miró por encima del hombro mientras su *piercing* de la lengua chasqueaba contra sus dientes.

—No debería...

—¿Por qué no?

Es cierto que tenía poca experiencia en fiestas de pijamas, pero los amigos compartían cama, ¿no? Era bastante ilógico que yo durmiera solo en la cama de matrimonio de Jai y que él se quedase en el sofá.

Tras tomar una decisión, Jai empujó la puerta, dejándola entreabierta unos centímetros. Me acerqué hasta que mi espalda tocó la pared, y el colchón se hundió un momento después. Jai se colocó al otro lado de la cama, y yo me acurruqué entre las mantas y sonreí. Me gustaba estar cerca de mis ángeles.

Mientras sucumbía al sueño una vez más, un dedo rozó el dorso de mi mano bajo las mantas. La abrí y Jai la envolvió con la suya, mucho más grande, rozando con sus callosidades mi suave palma. Nuestros dedos se entrelazaron, compartimos un suspiro y la inconsciencia me engulló por completo.

Miré fijamente a un par de ojos rojos como la sangre, con llamas malditas ardiendo en su interior. Cuando abrí la boca para gritar pidiendo ayuda, la bestia se abalanzó sobre mí. Su aliento caliente y putrefacto me quemó la piel. Sus afilados colmillos atravesaron mi garganta. Me ahogaba en un lodazal espeso y metálico de sangre. Y no podía respirar. No podía respirar.

—¡Riley! —Alguien me sacudió para despertarme mientras me asfixiaba con mi propia sangre—. ¡Riley, respira!

—¿Qué pasa? —Otro par de manos me agarraron y luché como un animal. No quería morir, no así—. Riley, cielo, cálmate.

La energía atravesó el aire y mis ojos se abrieron de golpe. Inhalé en un suspiro, ahogándome con nada. Demasiados brazos me abrazaron. Apretado entre dos cuerpos, jadeé en busca de oxígeno.

—Shhh, todo va bien. —Noel me pasó la mano por el pelo y acunó mi cabeza en su hombro—. Respira despacio. Ya está.

—Ha dejado de respirar. No se despertaba y *no respiraba*. —La voz de Jai temblaba, y alargué la mano a ciegas para consolarlo. La cogió y la llevó a su desaliñada mejilla.

Una mano enorme me apretó la pantorrilla: Gideon. Todos estaban allí. Estaba a salvo. No me estaba muriendo.

—Lo siento. No quería hacerlo. Lo siento.

—No tienes nada que lamentar —dijo Gideon—. No has hecho nada malo. Concéntrate en respirar hondo. ¿Puedes hacer eso por mí, pequeño?

Asentí, hundiéndome más en el abrazo de Noel. La habitación se aquietó e inhalé profundamente por la nariz y exhalé por la boca. Bajo las caricias de mis ángeles, me calmé.

—Aún es muy temprano. —Gideon se levantó y me acarició la cabeza—. Haced que vuelva a dormir.

Jai y Noel asintieron y Gideon salió de la habitación después de revolverme el pelo otra vez. Había perdido los pantalones durante el forcejeo, pero ni Jai ni Noel parecían interesados en recuperarlos. En lugar de eso, Noel me cambió de sitio hasta que quedé tumbado de lado, con Jai a mi espalda. Él se tumbó delante de mí, con las manos entrelazadas en el pecho.

—Solo ha sido un sueño —dijo—. Ahora estás a salvo.

El brazo de Jai se deslizó alrededor de mi torso y su vello facial me arañó la nuca.

—Ha dejado de respirar, Noel. No respiraba.

—Está bien, Jai. Puedes sentir los latidos de su corazón. Puedes oír el aire en sus pulmones. Está bien. —La voz melódica de Noel trajo la calma al ambiente, y Jai se estremeció, enterrando su cara en mi nuca.

En el pliegue del cuello de Noel, me acurruqué en su abrazo combinado. Apretados, recuperamos el aliento, calmados por el subidón de adrenalina. Una parte de mi agotado cerebro me decía que no debería estar allí, que no debería permitir que me abrazaran así. Pero estaba demasiado cansado para escuchar. Necesitaba eso; los necesitaba a ellos.

—Vuelve a dormirte.

Noel tarareó una melodía tranquila, una canción de cuna que reconocí, aunque nunca la había oído antes. Me invitó a la inconsciencia y la canción continuó, incluso después de que me rindiera.

CAPÍTULO DIECIOCHO



ME DESPERTÉ ATURDIDO Y acalorado, demasiado acalorado. El sudor se me acumulaba en la nuca y en la base de la columna, pero no me moví. Siempre tenía frío y me encantaba el calor que irradiaban los calefactores que tenía delante y detrás de mí.

Tomé conciencia despacio y, cuando abrí los ojos, mis pestañas revolotearon sobre la nuez de Adán de Noel. Su corazón latía rítmico bajo una de mis palmas, y mi otra mano se confundía con la de Jai sobre mi estómago. Nuestras piernas se enredaban bajo las mantas; la tela y el vello de las piernas me hacían cosquillas en la piel.

El aliento caliente de Jai soplaba sobre mi hombro, donde mi camisa se había deslizado hacia abajo, y sus dedos rozaban la piel por encima de mis calzoncillos, por debajo de mi camisa. Mis ángeles roncaban con suavidad en una mezcla de partes del cuerpo, y nos quedamos acurrucados el uno contra el otro. Nunca me había sentido tan seguro y protegido, atrapado entre los confines de sus diversos miembros.

Permanecí en silencio para no despertarlos mientras las yemas de mis dedos recorrían el pecho de Noel. Rastreé su clavícula y luego pasé los dedos por el fino vello blanco, apenas visible, que salpicaba sus pectorales. Una voz en el fondo de mi mente luchaba por hacerse oír por encima del palpitar del corazón de mis oídos, pero la ignoré.

Cuando sentí punzadas en los dedos de los pies, a punto de quedarme dormido, me contoneé para liberar la pierna aprisionada. La mano de Jai sobre mi vientre apretó con más fuerza mi piel y me quedé quieto.

—Es muy temprano —ronroneó contra mi cuello—. Vuelve a dormirte.

—Mi pie. —Me retorcí de nuevo y Jai siseó.

Su gran palma me sujetó la cadera por encima de la ropa interior y me mantuvo en mi sitio.

—Deja de moverte, Riles.

Su voz rasposa y espesa por el sueño me recorrió la espina dorsal, y algo extraño cobró vida en mis venas. En cuanto dejé de revolverme, su agarre se aflojó y unos dedos largos recorrieron mi bajo vientre. Su palma volvió a posarse sobre mi ombligo y me abrasó la piel.

La pierna de Noel se movió, deslizándose entre las mías, y jadeé cuando su vello acarició la delicada piel del interior de mis muslos. Su pierna subió más, peligrosamente cerca de mi ingle, y casi me atraganté con la lengua.

Respiré de forma entrecortada y me acomodé en el colchón mientras el hervor de mi sangre se hacía cada vez más intenso. Sentía la piel demasiado tensa, la sensibilidad exacerbada y, cuando

el vello facial de Jai me arañó la tierna piel del cuello, se me puso la piel de gallina.

El calor, sus olores, las caricias íntimas me abrumaban. Era demasiado y, por primera vez en mucho tiempo, un cosquilleo familiar y travieso estalló en mi vientre. Abrí los ojos de golpe, presa del pánico.

«No, no, no. Por favor, ahora no. Por favor, eso no».

Pero no pude evitarlo. Mis venas cosquilleaban y hervían, y los fuegos artificiales crepitaban y estallaban en mi estómago. Para mi vergüenza, empecé a tener una erección.

A medida que crecía, también lo hacía mi histeria. Estaba demasiado cerca de Noel, y la mano de Jai se cernía justo por encima de la cinturilla de mi ropa interior. No pude ocultar la reacción de mi traidor cuerpo. Si hacía el más mínimo movimiento, ambos lo sentirían también. Y entonces estaría en problemas. Me castigarían.

La presencia de mis ángeles, que momentos antes había sido indulgente, ahora me sofocaba. Luché contra sus garras, un quejido ahogado escapó de mis labios mientras me agitaba para liberarme. Jai gruñó y Noel se incorporó con un grito de alarma.

—¿Qué está pasando?

—¡Soltadme!

Con una patada accidental en el riñón de Jai y un cruel empujón en el hombro de Noel, me levanté de la cama y caí sobre la alfombra. Me puse de pie y hui de la habitación, dejando a dos ángeles desconcertados a mis espaldas. Por suerte, no me persiguieron de inmediato y llegué al baño antes de que me atraparan. Cerré de un portazo.

Las lágrimas me quemaron los ojos al mirar el bulto de mi ropa interior. La respiración se cortó en un sollozo y aplasté la palma de la mano contra el miembro hinchado hasta que el dolor me mareó.

«Vete, vete, vete», me repetí como un mantra mientras me ahogaba en la humillación.

¿Lo habían visto? ¿Lo sabrían?

La vergüenza me estranguló al comprender lo que me estaba ocurriendo. Era ingenuo, lo sabía, pero no estúpido. Sabía lo que era una erección. Comprendía por qué se producían y para qué servían. El asco me invadió.

Me había excitado por un chico, ¡dos chicos! Eran mis amigos, mis guardianes, y los había ensuciado. Mi alma estaba podrida y los había ensuciado. Era vil, asqueroso, malvado, como decía la señora Janet.

—¡Eres repugnante, Riley! —Su agarre en mi muñeca cortó la circulación mientras me arrastraba a su cuarto de baño—. Un monstruo, ¡qué desastre has hecho! Criatura asquerosa.

A los trece años, debería haber entendido los procesos naturales de mi cuerpo, pero me habían prohibido hacer preguntas o buscar respuestas. Despertarme sudado y con algo pegajoso en la ropa interior me había asustado. Estaba confuso y atemorizado; una parte de mí temía haber hecho algo malo, pero llamé a la única madre que tenía.

Janet, que siempre tenía el sueño ligero, entró en mi habitación con el albornoz ceñido a su delgada cintura. Su mirada se posó en el desastre que había en las sábanas, luego en mi ropa interior húmeda, y sus ojos se abrieron de par en par. Cuando su rostro blanqueó de rabia, el terror se apoderó de mí.

Me ordenó que me desnudara en la cama. Obedecí al instante; sabía que no debía hacerla esperar. Después me cogió del brazo y me sacó de la habitación, me arrastró al cuarto de baño, me arrojó contra el lavabo y yo me agarré a la porcelana con dedos temblorosos.

Nunca me resistí a sus castigos. Eran por mi bien, para hacerme mejor, y me los merecía porque era perverso. Pero, en cuanto empezó a llenar la bañera, echando un cubo de hielo en el

agua ya fría, pedí clemencia. Le pedí perdón y le supliqué, agarrándome al borde de su bata mientras lloraba, pero ella no quiso escucharme.

Aquello era peor que estar encerrado en el jardín trasero en mitad de la noche, despojado de mis calzoncillos blancos. Con gusto correría al sótano y me acurrucaría en el arcón congelador sin usar. Soportaría la oscuridad y el miedo durante horas. Cualquier cosa, menos la bañera.

—Entra. —Su expresión carecía de emoción, cincelada en piedra.

Sollocé entre las manos y sacudí la cabeza.

—Por favor...

Volvió a empujarme y mi cadera chocó con el lateral de la bañera.

—Métete ya.

Con los dientes apretados, entré y casi grité cuando el agua helada me quemó la piel. Me metí hasta que solo mi cabeza quedó por encima de la superficie. El hielo tintineó contra mis brazos y piernas, y mi cuerpo se convulsionó con violentos escalofríos.

—Los humanos somos criaturas inmundas, Riley. Tenemos que aprender a refrenar nuestros deseos, a controlar la perversa lujuria que llevamos dentro. Estamos destinados a ser puros y perfectos. ¿Lo entiendes? —La señora Janet me acarició la cabeza cariñosamente.

No, no lo había entendido. No quería provocar aquel desastre. Había sido un accidente.

—Lo siento. Lo siento —repetí mientras el dolor me sacudía el cuerpo—. Por favor, señora Janet, lo siento. No volveré a hacerlo. Por favor.

—Es por tu propio bien. Lo sabes, ¿verdad? —Sus ojos brillaron con una convicción insana y sollocé con más fuerza—. Lo hago porque te quiero, para hacerte mejor. Los chicos son criaturas desagradables, pero tú te portarás bien, ¿verdad?

Asentí, rezando para que me dejara salir de la bañera.

—Seré bueno. Lo prometo, seré bueno.

—Hago esto para curarte. —Su mano suave se enredó en mis rizos, la amabilidad se desvaneció—. Para hacerte mejor persona. Para hacerte bien. Porque te quiero.

Agarrándome por el pelo, me metió la cabeza bajo el agua y me tapó la boca y la nariz con la otra mano. El hielo me quemó las mejillas y los ojos. Y no podía respirar, no podía respirar, ¡no podía respirar!

Salí del recuerdo, jadeando en busca de oxígeno mientras me aovillaba en el suelo del cuarto de baño. Atrapado entre el pasado y el presente, cerré los ojos y supliqué perdón. Me había esforzado tanto por ser bueno..., pero nunca había estado a la altura. Era diabólico hasta la médula.

Según los libros de salud de mi colegio, las erecciones espontáneas y los orgasmos incontrolables eran naturales y saludables, pero mentían. La señora Janet no me castigaba a menos que hiciera algo malo. Cada vez que me despertaba con una erección o manchaba mi ropa interior, me obligaba a meterme en el baño de hielo.

Para evitarme el dolor, mi cuerpo dejó de reaccionar y mis accidentes se hicieron menos frecuentes. No recordaba la última vez que me había despertado con el pene duro. Hasta hoy.

—¿Riley? —Noel golpeó la puerta—. Riley, cielo, ¿estás bien?

«No».

—Sí —mentí.

Si supieran la verdad, estarían tan enfadados, tan decepcionados... Quería que estuvieran orgullosos de mí, pero ahora me odiarían. Al final verían lo perverso que era, y Gideon me sujetaría bajo el agua helada. Jai me encerraría en el arcón congelador sin usar, y Noel me obligaría a arrodillarme frente al retrete, metiéndome el dedo en la garganta hasta que vomitara.

Necesitaba limpiarme. Si tomaba la iniciativa, quizá el castigo no fuera tan horrible. Verían que intentaba portarme bien. No me odiarían.

—¿Riley? —El pomo de la puerta se sacudió y Jai maldijo—. ¡Riley! Abre la maldita puerta.

Temblando de miedo, me puse en pie y abrí la ducha. Puse la temperatura lo más fría posible y me desnudé.

—Me meto en la ducha ahora —grité mientras apartaba la cortina—. Me meto ahora, lo prometo.

El agua helada golpeó mi piel y perdí el aliento durante varios segundos. Me sumergí bajo el gélido chorro y cerré la cortina a ciegas. Cada gota picaba como una aguja al caer sobre mí y apreté los dientes por el frío. Se me puso la piel de gallina y me llevé las manos a los costados, obligándome a permanecer bajo el agua helada.

Era mi culpa. Me lo merecía.

Se oyeron voces y volvieron a golpear la puerta. Caí de rodillas en la bañera y me metí el dedo en la garganta hasta que me entraron arcadas. Mi estómago estaba vacío, pero tenía mucha práctica. Apenas rocé la campanilla antes de vaciar el escaso contenido de mi estómago en la bañera.

—¡Eres un pecador infame, Riley! —Su saliva salpicó mi mejilla para mezclarse con mis lágrimas mientras me metía el dedo índice en la boca—. Tenemos que sacarte el pecado. Es por tu propio bien.

La bilis ácida me destrozaba la garganta, y cada vez que jadeaba me daban arcadas y me ahogaba. Yo era un niño malvado y necesitaba limpiar el mal que había mí. Me haría mejor. Me hacía bueno. Solo quería volver a ser bueno.

Cuando no quedaba más que ácido estomacal en el revestimiento de mi garganta, me hice un ovillo y observé cómo el vómito restante se arremolinaba por el desagüe. Lo había conseguido. Todo iría bien.

—Ya está mejor, ¿verdad, Riley? —La señora Janet me quitó el pelo de la frente sudorosa y me acunó contra su pecho—. ¿No te sientes mejor ahora?

—Sí, señora —ahagué entre sollozos.

—Buen chico. —Me abrazó como una madre abraza a su hijo—. Sabes que es por tu bien, ¿verdad?

—Sí, señora.

—Buen chico, Riley. Ahora te sentirás mejor.

—Sí, señora. —Levanté mi cara hacia el agua helada y dejé que lavara la suciedad—. Ahora me siento mejor.

Se oyó un fuerte estruendo y la cortina de la ducha se abrió de un tirón. Grité, encorvándome para ocultar mi desnudez mientras Jai me miraba con desprecio. La humillación me asfixió cuando Noel, despeinado, me arrojó una toalla sobre el cuerpo desnudo.

—¡Por el río Estigia! —Noel se apartó del chorro de la ducha—. ¡El agua está congelada!

Jai palideció y la ira de sus ojos se disolvió en una pena que le estrujaba el alma.

—Riley, no. —Se desplomó junto a mí—. Cariño, sal de la bañera.

—¿Qué?

—¡Sal de la bañera, Riley!

¿Por qué me gritaba? Ya me había limpiado, y me quedaría bajo el agua fría todo el tiempo que él quisiera. Solo quería que me perdonara.

—Cielo, sal de la bañera —suplicó Noel, con los ojos llenos de lágrimas.

La confusión sustituyó a mi miedo.

—No puedo. Aún no he terminado.

Jai gruñó y se levantó. Vestido con los pantalones del pijama, se metió en la ducha y su espalda se llevó la peor parte del chorro. Hizo una mueca a causa del frío mientras se arrodillaba ante mí.

—¡Por las puertas del Infierno! Riley, sal de la bañera.

—¿Qué demonios está pasando aquí? —Gideon irrumpió en el cuarto de baño y yo me apreté más fuerte la toalla alrededor de los hombros.

Noel se lanzó sobre Gideon, hablando con rapidez en su idioma angelical. Jai apenas les dedicó una mirada, su furiosa mirada se clavó en mí.

—T-t-tienes frío —tartamudeé—. Necesitas salir.

—Tú te quedas, yo me quedo. —Se estremeció y sus ojos oscuros se clavaron en los míos—. Así es como funciona, cariño. Siempre ha funcionado así.

Noel se metió en la bañera, detrás de mí, y me rodeó los hombros con la toalla.

—Eso es la familia, cielo. —Noel enterró su cara en mi nuca—. Tú te quedas, nosotros nos quedamos.

Mientras Gideon se arrodillaba junto a la bañera, mire hacia él, parecía devastado.

—Es hora de salir de la bañera, pequeño. —Me cogió la barbilla y su pulgar calentó mi mejilla helada—. Pero no podemos hacerlo por ti. Tú decides.

Libre albedrío. No me obligarían, no podían obligarme. Yo me había metido allí y tendría que salir. Pero ¿quería hacerlo? Se suponía que debía estar ahí, ¿no? Quería expiar mi pecado.

—Solo quiero volver a ser bueno.

—No hay nada de malo en ti. —El timbre profundo de Gideon me bañó como lluvia tibia—. Nunca lo ha habido.

Unas lágrimas frescas resbalaron por mis mejillas y mojaron sus dedos.

—Lo siento. No lo entiendo. Lo s-siento.

Noel ahogó otro sollozo y Jai soltó un gemido gutural, como un animal herido. El pulgar de Gideon presionó contra mi labio inferior para detener mis balbuceantes disculpas.

—Sal de la bañera, Riley.

Nuestras miradas se sostuvieron durante un momento interminable mientras le suplicaba una redención que él creía que no necesitaba. Vacilante, agarré el salvavidas que me ofrecían. No lo entendía, no del todo, pero quería la misericordia que parecían tan desesperados por darme. Yo era un muchacho desdichado e inmoral, pero ellos no me habían abandonado. Habían sido amables y cariñosos.

«Tú te quedas, nosotros nos quedamos. Así funciona la familia».

No sabía lo que querían decir, pero quería saberlo.

—V-v-vale.

Una simple palabra. Era todo lo que necesitaban.

Me sacaron de la bañera y yo me agarré a la toalla desesperadamente para preservar el pudor que aún poseía. Cuando Gideon me puso de pie cerca del retrete, me ofreció una toalla seca y la cambié lo más rápido posible para no enseñar demasiada piel. Noel me atendió al instante, sus manos se deslizaron por mi pelo, mis hombros. Retrocedí. Ya no estaba excitado, pero no podía confiar ni en mí ni en sus caricias.

—¿Qué coño ha sido eso? —Jai apartó a Noel de un empujón, sus pantalones de pijama empaparon la alfombra de baño que teníamos debajo—. ¿Qué estabas haciendo? ¿Por qué te estabas castigando?

Noel le golpeó el hombro, con los ojos enrojecidos por las lágrimas.

—Jai, cálmate. Lo estás asustando.

—Se lo merece, joder, después de hacer algo tan estúpido. —Mis sollozos volvieron con toda su fuerza mientras Jai gritaba, con la cara convertida en una máscara de furia.

—Jairo, ya basta —dijo Gideon—. Si no vas a ayudar, lárgate.

—No me voy a ninguna parte hasta que me explique qué coño estaba haciendo bajo una ducha helada —dijo Jai.

Noel rodeó a Gideon y se abalanzó sobre Jai, golpeándole el pecho con los puños.

—Deja de gritarle, matón. Odia que le grites.

Gideon pasó por encima del dúo y cayó de rodillas ante mí. Yo seguía temblando de frío, apreté la toalla más fuerte a mi alrededor. Otro sollozo salió de mi pecho.

—Por favor, no os p-p-peléis.

Su expresión se suavizó mientras me agarraba los hombros con sus anchas manos.

—¿Qué ha pasado? No puedo ayudarte si no me dices qué te pasa. ¿Por qué te castigabas?

No había forma de que pudiera revelar la verdadera razón por la que me había metido en la ducha fría. No solo era la experiencia más humillante de mi vida hasta la fecha, sino que era repugnante y estaba mal. Nunca me volverían a hablar si supieran que yo... que yo...

Si me disculpaba, tal vez ya no estarían enfadados.

—Lo siento...

—No quiero que lo sientas. Quiero que me digas qué ha pasado. —Su expresión y su tono eran expectantes, sombríos. Al parecer, volvería a decepcionarlo. Negué con la cabeza mientras nuevas lágrimas se derramaban por mis mejillas.

—Claro que no nos lo va a contar —dijo Jai, esquivando los puños de Noel—. Ni siquiera confía en nosotros.

—Ah, me pregunto por qué. Gritar a la gente suele infundir un nivel de confianza maravilloso, ¿no? —Noel empujó a Jai con una fuerza que ninguno de los dos esperaba, y Jai se tambaleó hacia atrás. Estuvo a punto de caer de nuevo en la bañera.

—¡Basta! —bramó Gideon.

Caí de rodillas a modo de penitencia. Gritaban y se peleaban, todo por mi culpa. Porque yo era un chico terrible, malvado y perverso.

—Riley, no. Levántate —ordenó Gideon con la voz exasperada mientras se pasaba una mano por el pelo—. No has hecho nada malo. Deja de arrodillarte.

—Profundidades del Seol, ¿qué te pasa? —Noel arrastró a Gideon por la camisa y gruñó lo que debió ser una retahíla de maldiciones angelicales antes de reflejar mi posición sobre sus rodillas—. Riley, cielo, no pasa nada. No estamos enfadados contigo...

—Yo sí —dijo Jai.

—Y voy a buscar el pincel más grande que tengo y te lo voy a meter tanto por el culo que te voy a pintar la garganta de marrón. —La luz del baño parpadeó y el cuerpo de Noel se iluminó con un resplandor etéreo—. ¡Cállate, Jairo!

Noel volvió a centrar su atención en mí mientras yo me acobardaba ante la mirada indignada de su otro.

—Shhh, cielo, está bien. Todo va a ir bien. No estamos enfadados contigo. —Me acarició las mejillas y me quitó las lágrimas con el pulgar—. Solo estamos asustados y preocupados. Lo que estabas haciendo no es sano. No es bueno para ti.

—Pero me hace mejor —susurré. Sus ojos incoloros se aguaron.

—No te pasa nada, Riley. No necesitas ser mejor; solo necesitas ser tú. —Lloraba, y sus lágrimas rompieron mi negro corazón—. No eres malo, ni malvado, ni desagradable. No eres

ninguna de las cosas que ella te dijo que eras. Eres amable, dulce y desinteresado. Te preocupas por todos y quieres a todo el mundo, incluso cuando no se lo merecen. Eres muy bueno, y no puedes seguir escuchándola. ¿Lo entiendes?

»Ella estaba equivocada. Siempre se equivocó contigo. Nunca debió hacerte daño, porque no eres nada de lo que ella te hizo creer. Eres perfecto. —Me tiró hacia delante para besarme la frente, pero el pecho se me encogió al comprender el significado de sus palabras.

Con la boca entreabierta y la garganta ardiendo, contemplé el rostro lleno de dolor de Noel antes de levantar la mirada hacia la ira rota de los ojos de Jai. La expresión estoica de Gideon se había quebrado hacía rato y revelaba un tic furioso en su mandíbula; sus ojos chispeaban ferozmente. Y la verdad me golpeó como un mazo.

«Tú te quedas, yo me quedo. Así es como funciona, cariño. Siempre ha funcionado así».

Lo sabían. Siempre lo habían sabido. ¡Demonios, habían estado allí! La traición sustituyó el hielo de mi sangre hasta que temblé por el fuego que corrió por mis venas, caliente y acre.

Cuando devolví mi mirada muerta a Noel, este se apartó.

—¿Cómo sabéis lo de la señora Janet?

CAPÍTULO DIECINUEVE



EL SILENCIO PESABA EN el aire, sofocante y sombrío. Tres pares de ojos evitaron mi mirada y la amargura de mi sangre se calentó hasta convertirse en ira. Cuando nadie respondió, resoplé y me aclaré la garganta.

—¿Cómo sabéis lo de la señora Janet? —repetí, esta vez con más firmeza.

Noel se mordió el labio inferior hasta que el rojo brotó de la carne.

—Somos tus guardianes, Riley. Claro que lo sabemos.

Comprendí y tragué la bilis que se me agolpaba en la garganta.

—¿Desde cuándo sois mis guardianes?

Noel se giró, avergonzado, y apretó los labios mientras una lágrima amenazaba con caer de sus pestañas. Jai seguía con la mirada al suelo. Miré fijamente a los ojos de Gideon.

—¿Cuánto tiempo? —le pregunté.

El rostro de Gideon, cerrado y carente de emoción, me dejó más frío de lo que podría dejarme el agua.

—Desde la noche en que te dejaron en el parque de bomberos.

Se me atascó un sonido estrangulado en la garganta. Era un bebé cuando mis padres me abandonaron sin nada más que mi nombre bordado en la gorra. Lo que significaba que lo sabían todo. Los terribles hogares de acogida, las casas de grupo sin afecto, mi estancia en el hospital psiquiátrico, la señora Janet y sus castigos... Lo sabían todo.

—¿Toda mi vida? —No lo negaron. Mi ira creció y se solidificó en algo oscuro y feo en mi estómago—. Si habéis sido mis guardianes toda mi vida, ¿por qué no me ayudasteis?

Con un gemido, Noel se acercó a mí para abrazarme, pero me aparté. En su lugar, se abrazó a sí mismo.

—Cielo, por favor...

—Estaba solo. ¿Dónde estabais?

—Nunca te dejamos. —Jai se enderezó, con los brazos cruzados sobre el pecho—. Nunca te dejamos solo, ni una sola vez.

Debería haberme consolado, pero no lo hizo.

—Me dejasteis con ella.

—¡Nunca nos fuimos!

Jamás había perdido los estribos, pero algo en mí se abrió y el dolor y el rechazo de los últimos años fluyeron como un río furioso.

—Entonces, ¿dónde estabas? —grité, y el control de Jai se quebró.

—¡Estábamos en esa puta bañera contigo! —La luz del techo gemía y parpadeaba mientras su piel se iluminaba con un resplandor etéreo—. Nos sentábamos en el hielo, nos congelábamos en la oscuridad y te sosteníamos cuando te arrodillabas hasta que te sangraban las rodillas. Cada uno de los castigos. No podíamos detenerla, pero los sufrimos contigo. Cada. Maldito. Momento. Nunca nos marchamos.

Sacudí la cabeza.

—Si estabais allí, ¿por qué no os vi? ¿Por qué no os conocía?

—Sí nos conociste. —Noel me cogió por los hombros y me sacudió—. Siempre nos has conocido.

Jai empujó a Noel lejos de mí, su ira se transformó en miedo.

—¡Cállate, Noel!

Pero el daño ya estaba hecho.

—¿Qué quieres decir? Hace dos meses que nos conocemos. —Una vez más, nadie habló, pero su culpabilidad llenó la habitación hasta que saboreé su vinagre en la lengua—. ¿Qué quieres decir?

—Nos conocías de antes —repitió Noel, abrazándose a sí mismo mientras moqueaba.

Me habían resultado familiares desde el principio. Algo en mi mente los había reconocido, aunque no supiera cómo. En lugar de investigar la sensación, la había descartado y me había centrado en mi incipiente amistad con ellos, pero ¿ahora?

—Entonces, ¿por qué no puedo recordar? —Cuando nadie me miró, mi frustración volvió a crecer. Estaba harto de que me negaran la verdad—. ¿Por qué no recuerdo nada?

—Porque yo te hice olvidar. —Gideon tenía la voz entrecortada y una expresión molesta—. No formamos parte de tu mundo. Se suponía que nunca nos conocerías, pero nos viste, de todos modos.

—A veces pasa con algunos niños. Creen en cosas que los adultos ignoran, pero lo superan en pocos años. Tú no lo hiciste. Nos conocías, nos llamabas por nuestro nombre y hablabas de nosotros como si fuéramos reales porque, para ti, lo éramos. Éramos más reales para ti que tu reino mortal.

—Con el tiempo, tus cuidadores se dieron cuenta. Pensaron que te pasaba algo y tuvimos que actuar. Te habrías quedado en ese hospital si no hubieras seguido adelante sin nosotros. Así que te convencí para que olvidaras.

La máscara sin emociones de Gideon se mantenía firme; ni siquiera parecía humano. Era un robot, una máquina insensible, sin remordimientos y cruel. Yo no era una persona violenta, pero me temblaban las manos de ganas de arrancarle el estoicismo de la cara.

Sacudiendo la cabeza, sollocé en la toalla.

—No podéis obligarme a hacer nada. Jai me lo dijo. No podéis obligarme a hacer algo que no quiero.

—Podemos ser persuasivos si lo necesitamos. Te habías pasado la vida intentando encajar, tratando de ser normal. Había una parte de ti que quería olvidar para ser como los demás niños. Nos escudamos para que no nos vieras, dejamos de hablarte para que nos olvidaras. Y confiabas más en mí que en tu propia mente. —Me miró a los ojos sin una pizca de arrepentimiento—. Confiaste en mí y yo utilicé tu confianza para manipularte. Nos olvidaste, creíste que éramos parte de tu imaginación. Si mis secundarios hubieran hecho bien su trabajo, seguirías viviendo con esa creencia.

Cada palabra era como un puñetazo en el estómago. Amigos imaginarios, aquellos tan reales

que me volvían loco. Mis ángeles eran esos amigos, excepto que no eran imaginarios en absoluto. Eran reales. Sin embargo, habían permitido que los médicos me drogaran, que me pincharan hasta que no distinguí lo que era la realidad y lo que solo era real en mi cabeza. Y después habían alterado mis recuerdos.

—¿Os metisteis en mi cabeza? —De alguna manera, esa traición me quemó más que el que me dejaran en la bañera de la señora Janet. Sentí como si me hubieran arrancado el corazón del pecho y lo hubieran pisoteado.

Había confiado en ellos, pero me habían mentido. Actuaban como si se preocuparan por mí, como si yo fuera una pequeña parte de su extraña familia. Pero, como todos los demás, ponían sonrisas falsas y se escondían detrás de palabras amables que no sentían en realidad.

—Creía que erais mis amigos. —El frío me caló hasta los huesos, adormeciéndome ante el tormento de su traición.

—Somos tus amigos —gimoteó Noel, pero sus lágrimas no consiguieron descongelar el hielo de mi pecho.

—Pues no habéis hecho un buen trabajo. —Me limpié las lágrimas de las mejillas—. Quiero irme a casa ya.

Sin mediar palabra, Gideon se apartó y hui del baño sin mirar atrás. Algo se rompió detrás de mí, el espejo, tal vez, y Noel gimió de pena. No me detuve.

En la habitación de Jai, me vestí tan rápido como me lo permitieron mis dedos temblorosos. Me negué a mirar la cama, donde minutos antes había estado tumbado con total satisfacción entre mis ángeles de la guarda. Nunca había compartido la cama con nadie. ¿Cómo iba a dormir solo, ahora que sabía lo que se sentía cuando te abrazaban? Pero no debía pensar eso, porque eran unos mentirosos que no se preocupaban por mí en absoluto.

Se habían metido en mi mente y habían intentado controlarme. Aunque Jai lo negara, me habían abandonado en el momento en que más los necesitaba. Tal vez la señora Janet tenía razón sobre mí, tal vez no. Pero permitieron que me sujetara bajo el agua helada. Los amigos no hacían eso. Se protegían y cuidaban unos a otros. Los amigos no dejaban que te hicieran daño.

En el momento en que salí de la habitación de Jai, Noel me bombardeó con sollozos suplicantes.

—Riley, no te vayas. Por favor, cielo, sé que estás disgustado. Pero quédate. Déjanos explicártelo.

Cuando me agarró las manos, salté fuera de su alcance.

—¡No me toques!

Se tambaleó hacia atrás como si lo hubiera abofeteado, con el rostro pálido y húmedo por las lágrimas. ¿Cómo podía seguir estando guapo con la nariz roja y llorosa y los ojos inyectados en sangre? No era justo.

Al apartarme de Noel, que aún lloraba, casi me di de bruces contra el pecho de Jai. Estaba de pie en la entrada del pasillo, con los brazos cruzados y los pies abiertos: trataba de bloquearme el paso. Con la mandíbula desencajada y los ojos escupiendo fuego, me miró fijamente.

—No te vayas así —gruñó—. No te vayas.

—No puedes obligarme a quedarme.

—¡No te vayas!

La magia persuasiva se deslizó sobre mi piel y envolvió mi mente, engatusando las partes de mí que querían permanecer en sus brazos. Pero mi ira era más fuerte. Me sacudí la sugerencia y lo odié por usar su poder contra mí.

—Elijo marcharme.

—Quédate.

—No.

—Riley...

—¡No puedes obligarme! —Empujé su pecho, pero no se movió—. Me voy. Por favor, deja que me vaya.

Con una maldición, se apartó y golpeó la pared con el puño, clavando los nudillos en la pared. Me alejé de su violencia, aterrorizado por su ira, y mis ojos se posaron en su espalda tatuada. El árbol se retorció y las flores caían hasta la base de su espalda, donde se marchitaban y morían. Los mirlos agitaban las alas en su hombro y graznaban en protesta silenciosa.

No comprendía la magia de su tatuaje, pero sentí su dolor como si fuera el mío. Me di la vuelta, incapaz de presenciarlo un segundo más.

En cuanto llegué a la puerta principal, me calcé las zapatillas e ignoré a Gideon. Las llaves tintineaban en su mano.

—Te llevaré a tu dormitorio.

—No, gracias. —Me até los cordones y me limpié la nariz con la manga de la sudadera—. Prefiero caminar.

—No te permito...

—No estoy pidiendo permiso. —Sus cejas desaparecieron en el nacimiento de su pelo, y le sostuve la mirada con rodillas temblorosas—. Si me seguís en el campus, no quiero veros. No quiero saber que estáis ahí. Por favor, dejadme en paz.

Sin esperar respuesta, abrí de un tirón la puerta principal y hui. Los oí gritar detrás de mí, pero no me detuve. Esprinté por la acera, los zapatos golpearon el cemento y yo resoplé en busca de oxígeno. Solo había recorrido unas manzanas cuando tuve que aminorar la marcha. En aras de mi cordura, miré detrás de mí cada pocos pasos, pero no vi a ninguno de ellos. No me habían seguido.

Mientras mis sollozos se calmaban, me tomé un momento para estudiar mi entorno. No sabía a qué distancia estaba el campus, pero caminé en esa dirección. Reconocí algunos edificios y puntos de referencia, pero no estaba seguro de dónde me encontraba. Como no conducía, desconocía casi toda la ciudad. No me permitieron sacarme el carné de conducir cuando vivía con la señora Janet y, después de empezar la universidad, nunca lo necesité. Ahora me arrepentía de esa decisión.

—¿Riley? —Un coche frenó a mi lado, con las luces de emergencia parpadeando, y me enjuagué los ojos para aclarar mi visión acuosa. Danny se inclinó sobre la consola central, su atención desviándose entre mí y la carretera delante de él—. Riley, ¿eres tú? ¿Qué demonios haces?

—¿Danny?

—¿Necesitas que te lleve? —Paró el coche por completo y oí el clic de las puertas al abrirse—. Venga, sube.

El cansancio me invadió y me acerqué al coche con resignación. Pedir ayuda sonaba mejor que caminar sin rumbo por la ciudad hasta encontrar el camino de vuelta al campus.

Subí al asiento del copiloto y cerré la puerta. Danny se incorporó al tráfico mientras yo me abrochaba el cinturón de seguridad, y me hice un ovillo en el asiento, abrazando las rodillas contra el pecho. La mirada interrogante de Danny me arañó la piel y me picó la nuca.

—No te ofendas, pero no tienes muy buen aspecto —dijo por fin—. ¿Estás bien? ¿Te has hecho daño? Ay, mierda, ¿tengo que llamar a alguien? A la policía o...

—Estoy bien —murmuré entre dientes—. Solo quiero volver a mi dormitorio.

Sus dedos tamborileaban sobre el volante mientras conducíamos en un incómodo silencio. Sentí su mirada de preocupación, pero me negué a mirarlo. Era una grosería, pero no podía mirarle a la cara. Lo último que quería era contarle mi drama a un desconocido.

Cada pocos minutos me preguntaba si estaba herido, si estaba seguro de que no necesitaba que llamara a nadie. Y cada vez le aseguraba que estaba bien. Mis mocos no lo convencían, pero le prometí que nadie me había hecho daño.

—No quiero hablar del tema —dije para poner fin a la discusión, y él dejó de preguntar.

Cuando llegamos al centro de estudiantes, le pedí que se detuviera.

—Iré andando el resto del camino. —Me desabroché el cinturón; Danny puso el coche en punto muerto.

—Escucha, Riley...

—Gracias por traerme. Disculpa las molestias. —Abrí la puerta y salí arrastrándome, él tartamudeaba detrás de mí—. Te veré en clase.

—¡Riley!

—Lo siento. Me tengo que ir. —Eché a correr y dejé a Danny medio fuera de su coche—. Lo siento.

No miré atrás hasta que estuve en el edificio de mi dormitorio. Danny no me había seguido. Tampoco mis ángeles. Con un suspiro roto de alivio, subí corriendo las escaleras e irrumpí en mi habitación. Por suerte, Brian no estaba allí y me derrumbé sobre mi cama con un gemido. Me abracé a la almohada y sollocé como un bebé patético mientras el dolor y la traición me embargaban.

Como la caja de Pandora, mi cerebro se abrió y me inundaron recuerdos olvidados durante mucho tiempo. Me acordé. Lo recordé todo.

En mi mente, vi cómo Noel me enseñaba a crear formas y criaturas divertidas con plastilina. Nos vi a Jai y a mí tumbados boca abajo sobre una alfombra cargada de humo, jugando a las figuras de acción. Recordaba con nitidez el peso de las manos de Gideon sobre mis hombros y mi espalda mientras corría a mi lado la primera vez que monté en bicicleta sin ruedines.

Habían sido mis mejores amigos. Mi familia. Me cuidaban, me protegían, me querían cuando nadie más lo hacía. Pero luego me abandonaron, me dejaron cuando más los necesitaba.

¿Había sido por mi propio bien? ¿O simplemente se habían cansado de mí? ¿Era una molestia para ellos?

Habían sido reales conmigo, demasiado reales. Ahora lo recordaba. Quizá me habrían metido en el manicomio si no me hubieran obligado a olvidar, pero mi ira no se iba a rendir tan fácilmente. Deberían haber encontrado otra forma, una que no incluyera borrar mis recuerdos. No eran mejores que los médicos que me convencieron de que estaba loco.

El hecho era que había confiado en ellos y me habían apuñalado por la espalda. Y en los últimos dos meses habían mentido por omisión. Me habían dejado caer en su trampa de afecto y promesas vacías. Me deleitaba con sus ideas de familia, pero no creía que la familia tuviera que doler así.

Con el corazón roto, lloré durante horas, hasta que se me irritó la garganta y se me secaron los ojos. Por fin me calmé lo suficiente como para tomarme dos ansiolíticos y quedarme catatónico. Sin ver nada, con la mente adormecida, acabé sumiéndome en un sueño intranquilo.

Tenía cuatro años y coloreaba las vacas de mi ficha de animales de granja con un lápiz morado. Las vacas debían ser blancas y negras, pero esta era especial, como mi amigo. Quería colorear la vaca del color exacto de sus ojos. Su pelo blanco le hacía cosquillas en la barbilla mientras se inclinaba sobre su propio papel, en el que coloreaba flores en rojos, naranjas y

amarillos brillantes. Pintaba mejor que yo, pero no me importaba porque siempre se sentaba a mi lado en la mesa. Los otros niños de preescolar pensaban que yo era raro y nunca se sentaban conmigo, pero mi amigo no. Él siempre coloreaba conmigo.

Tenía seis años, me había caído de la bicicleta y me había raspado la rodilla. Me ardía mucho la piel manchada de asfalto, me acurruqué en el bordillo y me eché a llorar. No estuve solo mucho tiempo antes de que unos brazos fuertes me levantaran y me acunaran contra un pecho firme que olía a bastones de caramelo. Mi amigo gigante me llevó a casa, donde mi padre adoptivo estaba borracho en el sofá. Me limpió la herida y me puso una tirita de dinosaurio. Con una suave sonrisa, me apretó la manita mientras sus ojos verdes centelleaban.

Acababa de cumplir siete años y corría por el patio trasero de la residencia. Reía mientras mi presa se escabullía entre los árboles. Llevaba mi insignia de *sheriff* casera sujeta a la camisa, por encima del corazón, y seguía la sombra escurridiza del ladrón al que perseguía. Unos ojos oscuros brillaron en la cara de mi amigo, que asomó la cabeza por detrás del árbol, moviendo su lengua perforada, y yo chillé de risa. Levanté mis pistolas de juguete y disparé.

Tenía casi nueve años y estaba sentado en una cama almidonada de la sala de psiquiatría del hospital. Dos cuerpos cálidos se sentaban a ambos lados de mí, el aroma de las flores a mi derecha y el de las especias a mi izquierda. La menta flotaba en el aire, y el hombre fuerte se paseaba frente a mí, mirando al suelo con el ceño fruncido. Al final se detuvo, se agachó y posó su mirada verde en mí. El arrepentimiento brillaba en las profundidades de la piedra preciosa. Se me llenaron los ojos de lágrimas.

—Todo va a salir bien, Riley. Te lo prometo. —Me acarició la mejilla con la palma mientras Jai y Noel me apretaban las manos al mismo tiempo—. No lo recordarás, pero cuidaremos de ti. ¿De acuerdo?

No entendía lo que quería decir, pero confiaba en él. Estaba allí y lo arreglaría. Gideon era bueno arreglando cosas.

—Perdónanos, pequeño.

CAPÍTULO VEINTE



PLAGADO DE RECUERDOS, NO dormí mucho y me desperté más agotado que cuando me había dormido. Era primera hora de la tarde y, aunque tenía el estómago vacío, la mera idea de comer me llenaba la garganta de bilis. Me tumbé en la cama, apático y patético, mientras mis recuerdos olvidados se arremolinaban en mi mente para burlarse de mí.

Ahora que mis emociones se habían calmado, la rabia que exigía distancia entre mis ángeles y yo dio paso al aplastante peso de su ausencia. Qué estupidez. Estaba disgustado y dolido, pero seguía anhelándolos, deseaba estar con ellos.

Bueno, no los quería. No así. No podía quererlos así.

Aunque sí lo había hecho, ¿no? Su calor, su tacto, habían encendido algo dentro de mí que nunca había experimentado. Pero no debía pensar en ello. No estaba bien y no permitiría que volviera a suceder. Porque era sucio y repugnante, incorrecto.

«¿De verdad lo es?».

Enterré la cara en la almohada y aparté la molesta duda de mi mente. No podía pensar eso.

En mis diecinueve años, nunca había reaccionado así ante nadie. A veces me despertaba con erecciones, pero nunca había sido una respuesta sexual.

Hasta ahora.

El fantasma de los dedos de Jai en mi vientre y el peso de las piernas de Noel enredadas con las mías hicieron que el calor volviera a burbujear mis venas.

«¡No, no, no! Basta ya».

Incapaz de afrontar la incipiente verdad, me levanté de la cama y me dirigí a la puerta. No podía respirar. Necesitaba aire.

Alguien me llamó por mi nombre, pero no seguí la voz. Se me tensaron los pulmones y se me cerró la garganta. Volvía a asfixiarme.

—Shhh, respira. Inspira por la nariz, espira por la boca. —Una voz tranquilizadora me acarició y una mano suave me frotó la columna vertebral—. Estás bien, Riley. Respira.

Obedecí, metiendo la cabeza entre las rodillas, y poco a poco recuperé la visión. La ansiedad paralizante desapareció cuando me concentré en respirar una bocanada tras otra.

En cuanto recobré la lucidez, me encontré en la habitación de Bethany, sentado en su sofá. Me dio una botella de agua y me la bebí de un trago.

—¿Mejor? —preguntó, y yo asentí—. Bien. Ha sido un ataque de pánico horrible. ¿Los tienes a menudo? —En lugar de responder, me encogí de hombros—. ¿Te traigo algo? —Negué con la

cabeza y ella se sentó a mi lado, de nuevo con la mano en la espalda. ¿Qué ha pasado, cariño? Creía que estabas con Jai y Noel.

Al oír sus nombres, me estremecí y el dolor volvió a desgarrarme el pecho.

—Estaba con ellos. —Como si supiera que había algo más en la historia, esperó en silencio y finalmente me derrumbé—. Nos peleamos.

Cuando me quejé de forma patética, Bethany me abrazó, apoyando mi cara en su pecho.

—Ay, Riley. Riley, lo siento. ¿Quieres hablar?

Para mi sorpresa, sí quería. Era demasiado confuso. Mis emociones me abrumaban y era imposible pensar con claridad. Tal vez me ayudara hablar con una amiga. Y si podía confiar en alguien, era en Bethany, mi primera amiga.

Busqué las palabras para explicarme. No podía contarle todo sobre mis ángeles; aunque hubiera estado permitido, no me habría creído. Tenía que elegir mis palabras con cuidado.

—Los conozco desde hace tiempo —confesé—. Desde que era un niño, quiero decir.

—¿En serio? —Me acarició los rizos como a un perro, pero fue reconfortante.

Arrimé la cara a su cuello mientras intentaba explicarme sin revelar demasiado.

—Éramos algo así como amigos, supongo. Pero nos distanciamos. Ahora volvemos a ser amigos.

—Pero ¿os habéis peleado? —me preguntó, y yo asentí.

—Me mintieron.

—¿Sobre qué?

No podía decírselo. Pensaría que estaba loco.

—Es complicado.

Su «ajá» vibró a través de su pecho y en mi mejilla.

—Vale, ¿estaban arrepentidos?

Parecía que sí, al menos Jai y Noel. Gideon se había mostrado frío, distante. Había visto un destello de arrepentimiento en sus ojos, pero luego me había mirado como si yo no fuera más que un extraño, un niño que no entendía el mundo. Quizá no lo entendía.

—Creo que sí.

—Bueno, como no conozco toda la historia, puede que mi consejo no sea correcto. Pero si me peleo con mis amigos o con Derek, me parece que lo mejor es tomarme un tiempo para calmarme y evaluar mis sentimientos. Cuando me siento preparada, hablo con ellos y veo si es posible hacer las paces. A veces sí, a veces no. Eso depende de ti. Algunas cosas se pueden perdonar, pero solo tú sabes lo que eres capaz de perdonar y lo que no.

»La amistad solo funciona si ambas partes se preocupan y quieren lo mejor para el otro. Solo es sana si cada uno se implica para que la relación funcione. —Me dio una palmadita en el hombro en cuanto me separé de su abrazo—. Pero todo el mundo comete errores. Nadie es perfecto. Y todos, incluso los mejores amigos, pueden fallarte y hacerte daño. A veces tenemos que olvidar nuestras heridas y perdonar si queremos seguir adelante.

Ella siempre decía cosas con sentido, y yo me limpié con disimulo los mocos en la manga de la sudadera mientras asentía.

—No quiero estar enfadado ni dolido, pero no puedo evitarlo.

—No hay nada malo en sentirse así. De hecho, es sano que lo hagas y reconozcas que lo que han hecho ha estado mal. Pero, cuando lo superes, deberás tomar una decisión. Si vale la pena salvar la amistad, dejas ir el dolor; si los perdonas, debes seguir adelante.

Me mordí la mejilla, analizando sus palabras. Tenía lógica, pero ¿y si en realidad no lo sentían? ¿Y si solo intentaban manipularme?

Pero, si era así, ¿por qué? No podía ofrecerles nada. Solo era yo, el tonto de Riley.

Su amabilidad había sido sincera; sus invitaciones de amistad, genuinas. Esa mañana su enfado no se había debido a mi accidente, sino al castigo en sí. No querían que me disciplinara. Noel había dicho que no era sano, que era malo para mí. Eso sonaba como algo que diría un amigo.

Tal vez eran mis amigos y solo habían cometido un error. ¿Podía reprochárselo? Eran ángeles, pero no eran perfectos. Solo se habían caído de los pedestales tan altos que yo les había construido.

—¿Te he ayudado en algo? ¿Te sientes mejor? —Bethany me trajo otra botella de agua.

—Sí, supongo. —Me sentía mejor, al menos respecto a la discusión en el baño. Seguía bastante confuso sobre lo que había provocado la discusión.

En el pasado, nunca había pensado demasiado en las relaciones, el romance o las cosas que se derivaban de ellos. En primer lugar, no estaban permitidos en casa de la señora Janet. La curiosidad era mala, y pensar en cosas íntimas era perverso. Lo había dejado muy claro desde el principio.

En segundo lugar, nunca había querido pensar en ello. Nunca me había sentido atraído por nadie, nunca había tenido el más mínimo interés, sobre todo en lo que se refería a otros chicos. Eso, definitivamente, no estaba permitido.

—¿Estás seguro? Aún pareces disgustado.

¿Podría decírselo? ¿Me odiaría? ¿Seguiría queriendo ser mi amiga si yo fuera... si realmente fuera... maricón?

—Creo que me pasa algo.

—¿Qué quieres decir? —Bethany se acercó un poco más y, cuando tomó mi mano entre las suyas, apreté sus dedos para anclarme.

—Mi madre adoptiva es muy estricta y me decía muchas cosas. Pero ahora estoy confundido.

—¿Sobre qué?

Esa era la pregunta del millón.

—Sobre mí. Sobre todo.

Tras una larga pausa, Bethany me inclinó la barbilla y remarcó el contacto visual.

—Riley, no hay nada que puedas preguntar o decir que me haga pensar mal de ti. Eres mi amigo y los amigos se ayudan. ¿Hay algo que quieras decirme?

Mis ojos se humedecieron mientras asentía.

—Sí.

—Entonces, estaré encantada de escucharte.

De verdad, era la chica más increíble que había conocido. Si había alguien que podía ayudarme, era ella.

—¿Es malo... que me gusten otros chicos? —Las palabras desollaron mi garganta, pero lasforcé a salir.

Sus ojos se abrieron de par en par y mi miedo regresó. ¿Estaría decepcionada conmigo?

—No, Riley, no. No, no está mal. —Me quitó las lágrimas que resbalaban por mis mejillas—. ¿No lo sabías?

—Saber ¿qué?

—Ah, vaya. —Bethany se sentó y soltó un largo suspiro, el aire hinchando sus mejillas—. Pensaba... Quiero decir, todos pensábamos... Y luego te vi con Noel, y yo... Simplemente, lo asumimos.

Ah, claro. No era la primera vez que todo el mundo asumía que era gay.

—Sí, todo el mundo lo hace.

—Lo siento. Nos hemos comportado como ignorantes. Nunca deberíamos haberlo hecho, sobre todo porque tú ni siquiera te lo habías preguntado. —Sus frases entrecortadas y sus disculpas no tenían sentido para mí, y le di unas palmaditas en el hombro.

—No pasa nada.

—No, sí pasa. Nunca le has prestado mucha atención a las chicas y siempre has rechazado a Kayla. Y con Noel estabas tan feliz..., y pensé...

Al final, tuve que interrumpir su autoflagelación.

—No estoy enfadado. Nunca me ha gustado nadie, ya sabes, así. Todavía no, o al menos tal vez no. No lo sé.

—No puedo imaginar lo confuso que es para ti.

—Eso es quedarse corta. —Me reí sin gracia y ella me pasó un brazo por los hombros y me estrechó.

¿Me gustaban Noel o Jai? ¿Gustarme de verdad?

Eran mis amigos, o lo habían sido, pero no quería salir con ellos, ¿no? ¿Era posible? Eran mis guardianes, lo que añadía una capa más de complejidad. Era raro y probablemente no estaba permitido.

Además, a Jai le gustaban las chicas y, aunque a Noel le gustaban los chicos, era imposible que yo le gustara. Era un ángel, un ángel dulce, amable y guapísimo que había vivido siglos más que yo. Podía gustarle cualquiera, así que no me elegiría a mí. ¿Por qué lo haría? Ni siquiera yo me elegiría a mí mismo.

Y gustarle alguien, por norma, llevaba a salir, y salir llevaba a... otras cosas.

Tal vez estuviera mejorando, pero todavía no se me daba bien el contacto. Tal vez la señora Janet tenía razón sobre lo pecaminoso de la intimidad física. Tal vez no. En cualquier caso, por el momento sabía que no me gustaban los besos. No tenía mucha experiencia, pero mi primer y único encuentro no había sido nada agradable. ¿Sería diferente con un chico? ¿Quería besar a chicos?

Por un momento, me permití analizar lo ocurrido aquella mañana. Estar tumbados juntos, los cálidos arrumacos, la comodidad y la seguridad de estar simplemente abrazados... Me había encantado cada segundo. Las otras caricias, las más íntimas, habían sido el punto de inflexión. La mano de Jai en mi vientre, tan cerca de mi ingle. La pierna de Noel deslizándose entre las mías. Había sido un accidente, de eso estaba seguro, pero me había hecho reaccionar. ¿Habría reaccionado así si fueran dos chicas?

La verdad, no tenía respuesta.

—¿Cómo has...? —Bethany frunció el ceño mientras buscaba las palabras correctas—. ¿Ha pasado algo? ¿Con Noel?

—No. —«Sí»—. La verdad es que no. —Levantó una ceja incrédula y me sonrojé—. Yo solo, eh, ha sido un poco...

Era humillante. ¿Cómo iba a contarle lo que había pasado? ¿Cómo podía explicarle que Jai y Noel, en tándem, habían provocado mi reacción y no solo uno de ellos? Eso era exponencialmente peor, ¿no?

—¿Te has dado cuenta de lo buenos que están tus amigos? —Soltó una risita mientras mi rubor aumentaba.

¿De qué servía negarlo? Eran guapísimos.

—Sí, lo sé.

Me estrechó en un fuerte abrazo y mis músculos se agarrotaron por un momento antes de relajarse en el abrazo.

—No hay nada malo en admirar la belleza. No tienen por qué gustarte, solo significa que te atraen. Y eso no tiene nada de malo.

Escondí la cara en su hombro; era más fácil expresar mis inseguridades si ella no me miraba.

—¿De verdad lo crees?

—Puede que algunas personas no estén de acuerdo conmigo, pero, en lo que a mí respecta, no hay nada malo en sentirse atraído por quien te atrae. Chica o chico, ambos o ninguno. A la gente le gusta quien le gusta, y el amor nunca debería llevar etiquetas. —Nos separó y me dio un dulce beso en la mejilla—. No te pasa nada raro, Riley.

Me escocían los ojos, pero me negué a derramar más lágrimas. Era una tontería llorar por eso, pero su aceptación incondicional suavizó años de inseguridad y autodesprecio como un bálsamo tranquilizador. Bethany sabía que yo era... Que tal vez yo era...

Vale, aún no estaba preparado para admitirlo. Aún estaba inseguro y le estaba buscando sentido a todo aquello. Pero ya no creía que estaba perdiendo la cabeza. Eso era un paso en la dirección correcta.

—Gracias.

—De nada, tonto. —Nos reímos mientras me limpiaba las lágrimas que aún me cubrían las pestañas. Bethany me empujó la botella de agua medio llena para que bebiera—. ¿Quieres quedarte y ver una película? ¿Distraerte un rato?

Me dejé caer en el sofá.

—Más que nada en el mundo.

En menos de cinco minutos, estábamos acomodados en el puf con una manta sobre el regazo. El portátil reproducía una película de animación sobre un anciano que hacía volar su casa con globos —me gustó mucho— y nos atiborrábamos de patatas fritas y caramelos de chocolate con la promesa de tomar un helado en cuanto Sharon regresara.

A ratos, mi mente daba vueltas con preocupaciones y preguntas y, cuando lo hacía, Bethany me recordaba que debía respirar. Me decía que estaba bien hacer preguntas y no saber las respuestas. Aún no estaba seguro de todo lo que habíamos hablado, pero me animó a no estresarme. No había razón para etiquetar nada a menos que yo quisiera, me dijo.

No me presionó para que tomara una decisión que cambiara mi vida ni esperó que entendiera lo que sentía. Según ella, podía sentir lo que quisiera, y eso era muy liberador. Nunca me lo había permitido, pero ahora me deleitaba con la liberación.

Vimos películas el resto de la tarde. Sharon llegó por la noche con *pizza* y helado, y yo comí Rocky Road hasta vomitar. Jugamos a las cartas y bebimos refrescos. En un momento dado, me reí tanto que el líquido espumoso me salió por la nariz. En lugar de morirme de vergüenza, me reí con Sharon y Bethany.

Volví a mi habitación sintiéndome mejor, pero, sin las distracciones bienintencionadas de Bethany, era imposible no pensar en mis ángeles. Los echaba muchísimo de menos, aunque sus mentiras seguían doliendo. Así que seguí el consejo de Bethany: me permití sentir el dolor y la rabia. Quería volver a hablar con ellos, si me dejaban. Pero aún no. Necesitaba comprender mis propios sentimientos antes de enfrentarme a ellos.

Cuando no estaba pensando en la pérdida de mis guardianes, mi cerebro se estresaba por la epifanía de mi posible atracción por los chicos o, al menos, por ciertos chicos. Sentí que era un desastre y, aunque no era tan tarde como para dormir, recogí mis cosas de aseo y prepararme para ir a la cama. Mental y emocionalmente, estaba agotado y quería acabar con el día.

Por costumbre, miré el teléfono y me estremecí al ver las llamadas perdidas de la señora Janet. Mis sentimientos hacia mi madre adoptiva eran aún más confusos. No sabía qué creer sobre su

teología y sus castigos. Lo único que sabía con certeza era que no me habían gustado los baños helados ni que me encerraran en la oscuridad. Y no quería hablar con ella.

Por primera vez, no sentí ni un ápice de culpa cuando apagué el teléfono y lo dejé en el cajón sin devolverle la llamada.

Me lavé los dientes y me duché. Luché contra la voz que me decía que abriera el grifo, pero perdí la batalla. Por mucho que odiara el agua helada, el castigo tenía algo de reconfortante. Después de un día como ese, me tranquilizaba, aunque odiara cada segundo del chorro punzante.

Vestido para ir a la cama, entré en mi habitación diez minutos más tarde, pero vacilé en el umbral. Brian estaba tumbado, con los ojos pegados al teléfono. Los altavoces de su móvil emitían gemidos detestables, y sus vaqueros estaban desabrochados, con un bulto asqueroso formándose en sus pantalones.

Tardé un segundo más en comprender lo que planeaba hacer, pero entonces me di cuenta. Me dieron arcadas. No era la primera vez que lo pillaba viendo pornografía, pero sí la primera que estaba tan avanzado en su proceso de autosatisfacción.

—¡Joder! —Dejó caer el teléfono y se abrochó de inmediato los pantalones mientras la mujer de la película porno gritaba de placer—. ¿Qué coño haces, reinona? Lárgate de una puta vez.

Cualquier otro día, habría obedecido al instante. Me habría sentado en el pasillo hasta que hubiera terminado o me habría refugiado con Bethany como refugio hasta que fuera seguro volver. Si ese no hubiera sido el peor y más confuso día de mi vida, habría hecho exactamente eso.

Pero había sido un día difícil y se me había acabado la paciencia.

—Me voy a dormir. —Metí el neceser debajo de la cama y señalé su teléfono—. ¿Puedes apagarlo, por favor?

—¿Qué tal si te vas a la mierda? Estoy en medio de algo y no quiero que jadees detrás de mi polla mientras lo hago. —Cogió su teléfono y subió el volumen a propósito.

Vaya, la mujer o estaba pasando el mejor momento de su vida o estaba muy dedicada a su trabajo como actriz. En cualquier caso, me dio náuseas.

—Esta también es mi habitación y estoy cansado. Me voy a la cama —le dije, y Brian sonrió, alegre por mi mal humor.

—Joder, marica, ¿te has metido un hámster en el culo y se te ha muerto ahí dentro? ¿Has roto con tus novios o algo?

Me puse rígido, el interrogatorio estaba enervando mis nervios ya deshilachados.

—No son mis novios. Apaga eso. No quiero oírlo.

—Ay, pobre marica. Pues vete y así no lo oirás. —Hizo un gesto con la mano hacia la puerta—. Una tía ha sido una calientabraguetas y me ha dejado colgado. Y ahora voy a quitarme el calentón.

Me estremecí. Qué asco.

Hice acopio de mi escaso valor, enderecé la columna y apreté las manos temblorosas.

—No voy a ninguna parte. Por favor, apaga eso.

—No. —Me puso el teléfono en la cara, con la pantalla llena de piel y pechos, y yo retrocedí tambaleándome.

—¡Para!

Algo estalló, y Brian dejó caer su teléfono al suelo como si lo hubiera electrocutado.

—Mierda. ¿Qué ha sido eso?

Me miró con desconfianza y se frotó la mano antes de coger el móvil de la alfombra. La pantalla estaba en negro y los gemidos repugnantes por fin habían cesado. Mientras él intentaba

devolverle la vida, apagué la lámpara y me tapé.

—¡Gilipollas, acabas de romper mi teléfono! —Con la mirada fija en mi dirección, golpeó el teléfono contra la palma de la mano varias veces, como si la violencia fuera la cura para los problemas técnicos.

—Ni siquiera lo he tocado.

Tiró el teléfono en la cama y me dio un fuerte empujón en el hombro.

—Me debes un móvil nuevo, puto maricón.

El insulto me golpeó como un puñetazo en el estómago, y la ira burbujeó en mis venas.

—No me llames así.

Su frustración se transformó en diversión ante mi indignación.

—¿Qué prefieres? ¿Mariconazo? ¿Muerdealmohadas? Porque tú no eres el soplanucas, ¿verdad?

Las llamas rugieron con más fuerza y se convirtieron en un infierno bajo mi piel. Juro que vi rojo.

—Cállate.

Inmune a la furiosa bola de fuego en mi pecho, Brian hizo una mueca intimidante.

—Mejor cuida esa boca, reinona. O te meterás en problemas.

A medida que mi furia crecía, mi miedo se desvaneció. Era más grande que yo, más corpulento, más alto. Diablos, podía tumbarme de un puñetazo. Sin embargo, la ira de mis huesos me produjo una extraña sensación de poder. En ese momento, no me sentí débil. De algún modo, sabía que podía hacerle daño. Quería hacerle daño.

—¡Cállate!

—No me da la gana —recalcó sus palabras para que no me perdiera ni una sílaba—, chupapollas.

Durante unos instantes, todo se quedó en silencio, excepto un extraño zumbido en mis oídos. Y estalló mi rabia incontrolable.

—¡Cállate!

Una luz cegadora iluminó la habitación y una onda expansiva, alimentada por mi ira, estalló en mi cuerpo. Brian voló hacia atrás como si una fuerza invisible lo hubiera golpeado. Cayó sobre la cama y su cabeza chocó con la pared de yeso con un crujido audible. Sus ojos se pusieron en blanco y cayó inconsciente sobre el colchón.

Conmocionado, miré a Brian y luego mis manos. Brillaban. Una niebla blanca se envolvía mi piel y parpadeaba con destellos rojos. Estaba brillando. ¿Cómo podía brillar?

Brian gimió y sentí un gran alivio. Seguía vivo. No lo había matado.

En cuanto el resplandor desapareció, salí de la habitación, aturdido. El cerebro me dio un calambre y me refugié en el baño. Me encorvé sobre el lavabo mientras mi estómago amenazaba con vaciar el helado Rocky Road. Acababa de atacar a alguien. No lo había tocado, no le había puesto un dedo encima, pero se había derrumbado como una marioneta. ¡Iba a ir a la cárcel!

¿Dónde estaban mis guardianes cuando los necesitaba? Ellos sabrían lo que había pasado, ¿no? Porque yo, desde luego, no tenía ni idea.

Como una botella de refresco agitada con demasiada fuerza, había bastado un giro del tapón para que todo brotara de mí. El estallido de energía había sido similar al que había presenciado de mis ángeles cuando lucharon contra el demonio en Halloween. ¿Había tomado prestados sus poderes angelicales? ¿Lo podía hacer un discípulo?

Era lo único que tenía sentido. Eso, o me lo había imaginado. Tal vez había alucinado de nuevo. Me esperaba un brote psicótico, después de todo, en especial si en cuenta el día que había

tenido. Ay, Dios, estaba perdiendo la cabeza otra vez, ¿no?

Me lave la cara con agua fría y las gotas me resbalaron por la nariz antes de desaparecer por el desagüe. Medio convencido de que había alucinado todo el encuentro, corrí a mi dormitorio para ver cómo estaba Brian. Pero no estaba allí. Su teléfono roto yacía sobre su cama deshecha, pero no estaba. La habitación estaba vacía.

La habitación estaba vacía. Me estaba volviendo loco. ¡Esta vez de verdad!

No podía volver al hospital. Me darían antipsicóticos de nuevo, y adormecerían mi cerebro. Me pincharían y me dirían que estaba loco. No quería volver. No podía volver.

Me metí en la cama, me tapé hasta la barbilla y me quedé mirando al techo. Estuve despierto durante horas, temblando como una hoja, temiendo el momento en que Brian volviera a la habitación. Pero no lo hizo.

Hacia medianoche, cerré los ojos y me metí bajo las mantas para esconderme de mi locura. Pero no era algo de lo que pudiera huir. Como un virus, vivía dentro de mí y se extendía por mis venas, infectándome. Esa cosa levantó la cabeza y olfateó el aire mientras despertaba de un profundo sueño. Luego abrió sus ojos rojos y sonrió.

CAPÍTULO VEINTIUNO



UNAS MANOS ME AGARRARON y me sacaron de la cama. Unos dedos extraños me metieron un grueso calcetín de lana en la boca y abrí los ojos de golpe. No podía ver nada, cegado por una tela oscura que olía a la loción de Brian. Una funda de almohada.

Al principio, creí estar soñando, pero la fría realidad me asaltó con rapidez. Aquello era real. El pánico se apoderó de mi pecho y el instinto hizo acto de presencia. Luché contra los apretones dolorosos que me rodeaban los brazos y los tobillos. Grité en el calcetín, pero solo se oyó un chillido ahogado.

—Vamos. Vámonos antes de que nos cojan —dijo alguien mientras me agarraban entre varias personas.

Me llevaron en volandas por la escalera y, unos minutos después, oí que se abría una puerta. El aire frío de la noche golpeó mis brazos al descubierto y la piel se me puso de gallina.

Una nueva voz gruñó cuando mi pie chocó con un fuerte hombro.

—No para de revolverse.

No reconocí las voces hasta que una tercera dijo:

—Cállate y mételo en el coche.

¿Brian?

De un tirón, me metieron en lo que supuse que era un maletero. Me pusieron los brazos a la espalda y me ataron las manos, luego los pies. Mis hombros gritaron en protesta por el ángulo, pero ignoraron mis gemidos agónicos y el maletero se cerró sobre mi cabeza.

Gimoteé contra la improvisada mordaza, me revolví en el estrecho espacio, tirando de las ataduras de las muñecas y los tobillos. Estaban demasiado apretadas; no tenía fuerza para romperlas. Lágrimas calientes resbalaban por mis mejillas mientras el calcetín mohoso me hacía cosquillas en la garganta.

Mi sensible reflejo de vomitar amenazó con activarse, pero lo contuve. Si lo hacía, me asfixiaría. Jadeé por la nariz, mi comprometida visión se volvía borrosa. No podía respirar.

Mientras el coche estaba en marcha, cerré los ojos y me concentré en respirar profundamente. Era difícil, ya que mi histeria me sofocaba, pero conseguí no desmayarme. No corría verdadero peligro. Se trataba de Brian. Era un matón, pero no iba a hacerme daño. Me daría una lección, lo más probable era que fuera una paliza. Pero, en realidad, no me mataría.

El maletero olía a queso podrido y sudor rancio, y rogué que pararan pronto. Iba a vomitar si me quedaba allí mucho más. Por suerte, no condujeron muy lejos. Los frenos chirriaron al

detener el coche y gemí cuando mi hombro chocó con algo duro.

Me acosté lo mejor que pude en la oscuridad; enrosqué las piernas, preparándome, mientras las puertas del coche se cerraban con estrépito. Esperé, escuchando las voces apagadas. No conseguía distinguir sus palabras, pero el volumen aumentaba a medida que se acercaban al maletero.

La tapa se abrió con un chasquido y saqué los pies con todas mis fuerzas. Choqué con un cuerpo, que resopló por el impacto. Un puño se estrelló contra mi estómago y grité dentro de la mordaza. El dolor me recorrió el torso y el estómago se me hinchó. Tragué bilis.

«No vomites».

Mientras me sacaban del maletero, me agité valientemente, pero no bastó. Nunca había sido una persona violenta, aunque, como todo el mundo, poseía un sano instinto de supervivencia. Lo utilicé lo mejor que pude para luchar contra tres asaltantes con las extremidades atadas.

—Este tío pesa cincuenta kilos mojado. ¿Cómo te ha dado un puñetazo? —me preguntó el que me sujetaba los pies.

—Se me ha echado encima, ¿vale? —Brian resopló. Intentaba controlar mi cuerpo, que se retorció—. Ahora, cállate. Vamos a darle una lección que no olvidará.

—Tío, es como un enano. —El tercer bufón sonaba inseguro—. No podemos darle una paliza a un crío.

—¡Brian, por favor! —Mi súplica no fue más que un grito confuso.

Me soltaron y caí. Golpeé el suelo con fuerza y me crujieron los huesos. Mi nariz se llenó de olor a tierra y hojas en descomposición. Los palos y las piedras se clavaron en mi espina dorsal mientras giraba en un intento de aflojar los nudos que me rodeaban las muñecas. Por desgracia, solo conseguí apretarlos más.

—No es un crío cualquiera. Es un bicho raro.

—Tío, vámonos ya. Si lo jodemos demasiado y va a la policía...

—No irá a la policía. ¿Verdad, maricón? —Brian me dio un codazo en la nuca con el pie. Cuando solo le respondí con un sollozo, se rio—. ¿Ves? Ahora, ayúdame a quitarle la ropa.

La sangre se me heló en las venas y una antigua discusión me asaltó el cerebro. ¿Desnudarme? No, no, no.

El terror embargó todas mis emociones en cuanto unas manos me bajaron los pantalones del pijama por las piernas, de la misma forma que mi hermano adoptivo había intentado hacer años atrás. Retrocedí en el tiempo: volvía a tener cinco años, estaba agarrado a mi osito de peluche mientras el niño mayor me quitaba el pijama con dibujitos de dinosaurios.

—Nos tocaremos —me había dicho—. Será nuestro secreto.

—¡No!

Con renovado vigor, luché con uñas y dientes contra los dedos que me arrancaban la ropa del cuerpo. Mi hermano adoptivo nunca me tocó —Gideon se había asegurado de ello—, y yo tampoco dejaría que Brian lo hiciera. Era la última pizca de inocencia que me quedaba y me aferré a ella desesperadamente.

—¿Este tío es epiléptico? Porque está teniendo un puto ataque.

Temblé en el suelo, en calzoncillos, me hice un ovillo y lloré. Me habían liberado las manos y los pies al quitarme la ropa, pero apenas me había dado cuenta. Solo quería que me dejaran en paz. No quería que me tocaran.

—Brian, tío, creo que ya es suficiente. Querías asustarlo y está asustado. Vámonos.

Se oyó el sonido de una refriega, y luego las hojas crujieron bajo los pies mientras Brian murmuraba obscenidades en voz baja. Me tapó la nariz con la funda de la almohada con la que

me habían atado, asfixiándome mientras me siseaba al oído.

—No sé a qué coño estás jugando, bicho raro, pero si vuelves a acercarte a mí, no vivirás para contarlo. —Me soltó y caí al suelo como un muñeco de trapo.

Los palos chasquearon, la maleza se movió y se hizo el silencio.

Con dedos temblorosos, me quité la funda de la almohada de la cabeza y el calcetín de la boca. Tragué aire e intenté orientarme, pero no tenía ni idea de dónde estaba. Los árboles me rodeaban y sus frondosas copas ocultaban la luz de la luna. Estaba oscuro y hacía frío. Y estaba solo.

—¿Brian? —dije en medio de la noche, pero no recibí respuesta—. Brian, lo siento. Por favor, no me dejes aquí.

Pero ya lo había hecho.

Los árboles se alzaban sobre mí, sus sombras largas y siniestras. Unas patitas correteaban entre la maleza y un búho ululaba. Como la temperatura seguía bajando, temblaba de frío y de miedo. Me abracé las rodillas contra el pecho y me mordí el labio tembloroso hasta saborear la sangre.

Estaba solo y desnudo en medio del bosque. Nadie sabía que estaba allí, ni siquiera mis ángeles de la guarda. Les había dicho que me dejaran en paz, y lo habían hecho.

—¿Gideon? ¿Jai? ¿Noel? —grité en la noche—. ¡Ayudadme!

Una vez más, no recibí respuesta.

«¡Vamos, Riley, piensa!».

No habíamos conducido mucho, por lo que no me habían metido en las profundidades del bosque. No podía estar muy lejos de la civilización. De hecho, oía el lejano rumor de los coches circulando sobre el asfalto. Olía a tierra y a cosas silvestres, pero la brisa me traía un ligero olor a comida. ¿Comida rápida, tal vez?

Brian quería asustarme, no matarme. Había sido cruel que me quitara la ropa y me abandonara en el bosque. Pero no era como si estuviera perdido. Podía encontrar el camino de vuelta. No había otra opción, en realidad. Dependía de mí salir de ese lío. Y podía hacerlo.

Con renovada determinación, me puse en pie y me limpié la cara, manchándome las mejillas de barro. La suciedad y los escombros se me pegaron al culo y las piernas, y tenía las palmas de las manos arañadas de las rocas del suelo. Pero, en general, estaba ileso. Me tenía que centrar en lo positivo.

Emprendí el camino de vuelta a casa, siguiendo el lejano sonido del tráfico. La omnipresente oscuridad me desorientaba, y el crujido de los árboles y el correteo de los animales acentuaban el miedo que lamía mi tronco encefálico. Pero seguí adelante. El bosque no podía durar siempre. Recé para ir en la dirección correcta.

Las plantas de mis pies se quejaron cuando las rocas y las ramitas me mordieron la carne. Tropecé y elevé plegarias silenciosas al cielo. Quizá los mensajes llegaron a mis ángeles y me rescataran.

Los echaba tanto de menos... Ni siquiera me importaba que me hubieran mentido. Hasta cierto punto, entendía por qué lo habían hecho. Pero nada de eso importaba ya. Solo quería que me encontraran. Quería volver a su apartamento y dormir en sus camas. Quería volver a casa.

Una rama se quebró. El crujido resonó en el aire. Esforcé los ojos para buscar en la oscuridad.

—¿Brian?

Esperé una respuesta, pero el bosque seguía en silencio. Cuando continué mi camino, me centré en lo que me rodeaba y los signos reveladores de un acosador eran inconfundibles. Algo grande se movía entre la maleza detrás de mí, resoplando y gruñendo. No era humano.

«¡Jolines!».

Me agaché detrás del gran tronco de un árbol y apoyé la espalda en la corteza, ignorando el

mordisco de la madera contra mi piel. El animal respiraba con dificultad y aulló. Tal vez fuera un coyote. Pero entonces gruñó, un sonido profundo y furioso. ¿Había lobos en California?

El viento agitó las ramas por encima de mi cabeza y me trajo el inconfundible olor a azufre.

«Dios, por favor, no. Por favor, que esté alucinando otra vez».

Mientras los gruñidos invadían mi escondite, me asomé con cautela por el tronco del árbol. La noche era demasiado oscura; apenas veía metro y medio delante de mí. Pero, a lo lejos, divisé movimiento. Dos orbes brillantes levitaban sobre el suelo. Ojos. Dos ojos rojos como la sangre me devolvieron la mirada, reflejando las llamas del infierno de su interior.

No podía pensar, solo actuar. Mi cuerpo tomó el control, mi necesidad de supervivencia tomó las riendas. Corrí. No me importó la dirección. Lo único que quería era poner distancia entre mí y la criatura de la muerte que tenía detrás.

Corrí hasta que mis piernas se convirtieron en gelatina y me dolieron los pulmones. Esprinté a través de los árboles, ignorando las afiladas rocas y los palos que me rebanaban las plantas de los pies. Hui como si mi vida dependiera de ello, porque así era.

Algo me perseguía.

Se abría paso entre los árboles y sus aterradores gruñidos resonaban en el bosque. Me estaba cazando. Si me atrapaba, me mataría. La adrenalina corrió por mis venas y fortaleció mis músculos. Mis pies alzaron el vuelo. Nunca había corrido tanto en mi vida.

El tiempo y los pensamientos ya no tenían sentido. Solo era consciente de mi respiración entrecortada, del dolor en las piernas y del terror absoluto que me invadía.

A medida que los árboles eran más escasos, la esperanza se encendió en mi pecho. A lo mejor lo conseguía.

«No voy a morir».

Algo se clavó en la planta de mi pie, perdí el impulso y caí al suelo con un grito. Con los dedos en la tierra suelta, me arrastré hacia la libertad. Mi pie herido tiraba detrás de mí, con una astilla enorme incrustada en la carne.

Si no podía correr, tenía que esconderme. Localicé un tronco hueco y me metí en él, doblando las extremidades para ocultarme. Por una vez, agradecí mi terrible genética. Era lo bastante pequeño para caber dentro.

El aliento se me nubló en pesadas bocanadas y me tapé la boca con una mano para amortiguar la respiración. La ceniza y el azufre me obstruyeron la garganta cuando mi cazador se acercó, con sus ojos escarlata brillando en la noche. Con un gruñido feroz, la bestia salió de las sombras y se adentró en la tenue luz de la luna. No se parecía a nada que hubiera visto antes.

Del tamaño de un caballo pequeño, se asemejaba a un lobo en la forma general de su cuerpo. Su pelaje negro estaba enmarañado y lleno de manchas, y dejaba ver unas escamas brillantes debajo. Tres colas de reptil se agitaban detrás de su cuerpo como serpientes individuales, sus puntas, finas agujas como las de un escorpión. Caminaba sobre cuatro patas, pero los huesos estaban mal colocados y desarticulados. Sus afiladas garras brillaban a la luz de la luna y sus enormes mandíbulas se abrían en un aullido, con los dientes en forma de daga alineados como los de un tiburón.

Era grotesco. Como si hubiera salido de mis pesadillas.

Me apreté contra el árbol mientras el monstruo olfateaba el suelo. Lamió un charco de mi sangre y se estremeció con un siseo de placer. Mis mejillas se llenaron de lágrimas cuando su mirada fatal se clavó en mí.

«No es real, no es real. No es real».

Se detuvo en la abertura del árbol hueco, despegó los labios y rugió. Su aliento caliente y

apestoso me abofeteó. Lo miré a los ojos, llenos de llamas eternas, y vi la muerte. La bestia se preparó para embestir, y yo cerré los ojos y grité.

Esperaba desgarros, sangre y dolor. En lugar de eso, la atmósfera vibró y la criatura chilló. Unas alas crujieron a escasos centímetros de mi cara mientras una voz grave gruñía una maldición. Olí a sol y a menta.

Abrí los ojos y mi visión se llenó de plumas doradas. Gideon había inmovilizado a la bestia en el suelo atravesándole el cuerpo con una espada dorada. Sus bíceps ondulaban mientras le retorció la cabeza en un ángulo antinatural. ¡Crac! El cuello se partió, pero la bestia aún se retorció, rugiendo. Gideon blandió su segunda espada y cortó las púas de sus tres colas antes de clavar la hoja en el cráneo del monstruo.

Con un último aullido lastimero, se quedó inerte.

—¡Maldita crucifixión! —Noel se abrió paso entre los arbustos, con la cara pálida y el pecho hinchado, como si acabara de correr una maratón—. Tenemos que hacer más cardio. Estoy fuera de forma. Oh, Creador, ¡me estoy muriendo!

—Deja de lloriquear. —Jai se tambaleó a la vista un momento después, sus manos sobre sus rodillas mientras se doblaba en la cintura—. Profundidades del Seol, ¿qué hace aquí un sabueso infernal?

Tres pares de alas aletearon. Yo parpadeé en medio de mi conmoción, intentando desbloquear mi cuerpo helado. Un ahogo estrangulado escapó de mi boca y tres pares de ojos se posaron en mi pequeño escondite. Gideon se arrodilló ante mí, con la mejilla manchada de sangre negra, y me ofreció la mano.

—Ya estás bien, pequeño. Puedes salir. —Noel y Jai se agolparon detrás de él, pero el ángel dorado los espantó—. Dadle un minuto.

Con una última mirada al inerte sabueso infernal para asegurarme de que no volvía a levantarse, alargué la mano y se la di a Gideon. Me guio para salir del agujero y me desplomé en sus brazos, echándole los brazos al cuello. Enterré la cara en su hombro y sollocé.

Gideon no sabía muy bien qué hacer conmigo, pero al final me dio unas torpes palmaditas en la espalda.

—No pasa nada. Todo va bien.

Su método de consuelo dejaba mucho que desear, pero Noel lo compensó. En cuanto estiré la mano en su dirección, me levantó y me estrechó en un abrazo. Mis piernas rodearon su cintura mientras le manchaba la camisa de lágrimas y, seguramente, de mocos. Pero no le importó.

—Ahora estás a salvo, cielo. Te tenemos. —Me besó la cabeza y yo me aferré a él como un mono.

Pasé los dedos por las crestas de su trenza e inhalé su olor a lilas dulces. Luego me invadieron el tabaco y las especias: Jai se puso a mi lado y me rodeó el tobillo con la mano. Le toqué el hombro para asegurarme de que era real, y sus finos labios se fruncieron.

—Respira hondo, Riles —dijo. Luego agarró la ramita que sobresalía de mi pie y la arrancó.

—¡Jopelines! ¡Leñe! ¡Esto duele un montonazo! —grité, y Noel me meció de lado a lado como un bebé. Jai y él se rieron.

—Incluso cuando maldice es mono. —Jai me revolvió el pelo y yo le puse mala cara mientras Noel me ponía de pie—. Lo siento, *shortstack*.

Gideon se aclaró la garganta, su rostro palideció.

—¿Dónde está su ropa?

Como si acabaran de darse cuenta de mi estado de desnudez, entraron en pánico. Preocupados por mí, me pasaron las manos por los hombros y los brazos, la cabeza y la espalda. Jai tenía una

mirada asesina y los ojos de Noel se inundaron de lágrimas.

—Riley, ¿estás herido? ¿Te ha tocado alguien?

Negué fervientemente con la cabeza mientras mis mejillas se calentaban.

—¡No!

—Mírame. —Gideon me cogió la barbilla y me obligó a mirarlo, tenía una expresión dura como la piedra—. ¿Quién ha sido?

—B-Brian.

Jai y Noel soltaron exclamaciones de rabia a juego, pero Gideon los silenció con una mirada severa antes de volver a centrarse en mí.

—¿Te ha tocado?

Entendí lo que quería decir y mi rubor se calentó hasta que toda mi cabeza se puso a hervir.

—No.

Tras retraer las alas, Gideon se encogió de hombros, se quitó la camisa y me entregó la tela blanca salpicada de sangre negra. La acepté, haciendo todo lo posible por no contemplar su esculpido torso.

Agaché la cabeza bajo su camisa y oculté mi rubor hormonal durante los segundos que tardé en ponérmela. Me rozaba las rodillas y el escote se deslizaba por un hombro.

—Gracias.

—De nada. —Una gran palma se posó sobre mi cabeza y suspiré. Gideon no era cariñoso como Jai y Noel, pero entendí qué quería decir.

Con la nariz arrugada, Jai pateó el cuerpo del sabueso infernal.

—Es un explorador. Deberíamos salir de aquí antes de que su manada nos alcance.

—Tienes razón. —Gideon recuperó sus espadas del cadáver y le cortó el cuello.

—¿Qué hace aquí una manada de perros infernales? —preguntó Noel.

—Explorando, al parecer. —Jai señaló a la bestia muerta, y Noel puso los ojos en blanco.

Antes de que se pusieran a discutir, Gideon los interrumpió.

—Probablemente no tengamos mucha ventaja sobre su manada. Vámonos.

—Sí —murmuró Jai, que dio una última patada al cadáver—. No tengo ganas de convertirme en pienso de sabueso infernal ahora mismo...

Un borrón negro saltó de la maleza y aterrizó en el pecho de Jai, haciéndolo caer al suelo. Jai bramó en cuanto un nuevo sabueso infernal le aplastó el hombro con sus mandíbulas. Noel gritó y sus espadas de ópalo se materializaron en su mano. Me vi obligado a retroceder cuando un segundo sabueso infernal salió de entre los árboles y se abalanzó sobre él.

Gideon se agachó ante mí, sus alas se abrieron de nuevo, y otros tres perros infernales surgieron de las sombras. Acecharon hacia nosotros, chasqueando las mandíbulas, con sus colas triples serpenteando en el aire.

Jai luchó con una de aquellas bestias. Escupía maldiciones mientras apuñalaba su áspera piel con las espadas de ónice. Noel luchaba contra otro, y yo enroscaba los dedos en las trabillas del cinturón de Gideon, observando bajo sus alas la amenaza que se cernía sobre nosotros. No sabía casi nada de criaturas demoníacas ni de habilidades angelicales, pero temía que nos superaran en número.

—Pase lo que pase, Riley, quédate detrás de mí —ordenó Gideon. Me limité a gemir en respuesta.

Los tres sabuesos se acercaron, moviéndose como una unidad. A pesar del gran tamaño de Gideon y la amenaza de sus armas, apenas se fijaron en él. Su atención se centraba en mí. Estaban ahí por mí; yo era el único objetivo de su misión. Mis ángeles eran simples daños

colaterales e iban a morir protegiéndome.

Una espada de ópalo voló por el aire y se clavó en uno de los flancos del sabueso, que se acercó a Noel con un gruñido.

—Vamos, chucho sarnoso. Ven a por mí —lo desafió Noel, que empuñaba su segunda espada. Distráido por la nueva presa, dio un paso en dirección a Noel y dejó a los otros dos luchando contra Gideon.

—¿A qué esperáis? —murmuró en voz baja, con el cuerpo tenso, mientras esperaba el ataque.

Con un poderoso gruñido, se arrojaron hacia nosotros. Chillé y salté hacia atrás para que Gideon tuviera espacio Gideon para maniobrar mientras defendía la primera línea de batalla. Jai y Noel estaban enzarzados en sus propias luchas y, aunque Gideon ahora solo se enfrentaba a dos, ¿cuánto tiempo conseguiría aguantar?

Busqué en el suelo una roca grande o una rama caída para usarlas como armas, pero no había nada. Solo yo, en calzoncillos y con la camisa sucia de Gideon. Era un inútil.

En cuanto Gideon esquivó un feroz chasquido de mandíbulas, el segundo sabueso infernal se abalanzó. Sus afiladas garras brillaron en la noche, apuntando a la espalda del ángel, donde sus alas se unían a la columna vertebral. Era un punto débil; de algún modo, lo sabía, como un conocimiento olvidado hacía mucho tiempo que acababa de recordar.

Si Gideon caía, Jai y Noel lo seguirían. Todos morirían. Por mí. No podía dejar que eso sucediera. No tenía armas, así que usé lo único que tenía a mi disposición: mi cuerpo.

Como si me moviera a cámara lenta, me puse delante de Gideon: un patético escudo humano. Levanté los brazos para defenderme mientras la luz de la luna brillaba en las garras del sabueso infernal. Cerré los ojos y me preparé para el impacto.

Los segundos previos a la muerte se alargaron, como si alguien hubiera puesto el reloj en pausa. Mi cerebro me proporcionó recuerdos reconfortantes: la risa áspera de Jai, el aroma a lilas de Noel, los intensos ojos verdes de Gideon. Eran mi familia; siempre lo habían sido, y en las familias se cuidan los unos a los otros.

Una feroz posesividad surgió en mi interior, una potente rabia hacia los monstruos que intentaban arrebatarme a los míos. Como una corriente eléctrica, fluyó por mi cuerpo y encendió cada terminación nerviosa hasta que fue demasiado fuerte. Era una bomba a punto de detonar y temblaba de emoción.

Liberé el control y la noche explotó.

Fue imposible comprender lo que pasó después. Hubo una ráfaga, una oscura satisfacción y, luego, la calma después de la tormenta. Al abrir los ojos, parpadeé confundido ante la escena que me rodeaba. Para mi sorpresa, estaba vivo. Y lo que era aún más sorprendente, mis ángeles también.

El hombro de Jai estaba destrozado y la piel del pecho de Noel, desgarrada. Gideon sangraba por numerosas heridas y una de ellas coronaba su cabeza, un río carmesí oscuro corría por un lado de su cara. Pero estaban vivos. Todos estábamos vivos.

Los perros infernales no. Sus cuerpos se hallaban esparcidos por el suelo, carbonizados y chisporroteando mientras el humo se arremolinaba en el aire. Alrededor de sus cadáveres había tierra ennegrecida y cenizas. El hedor pútrido de la carne y el pelo chamuscados me daba vueltas la cabeza.

«¿Qué demonios ha pasado? ¿Cómo hemos ganado?».

—Anda y que me follen. —Jai cayó de rodillas, con los ojos oscuros muy abiertos.

—Lo siento, no eres mi tipo —murmuró Noel por pura costumbre.

Nadie se rio.

Frente a Gideon, seguí su mirada fija y me resistí a mis manos brillantes. Pulsos de electricidad chisporroteaban a lo largo de mis dedos, que crepitaban como los extremos de cables eléctricos sueltos. El poder surgía bajo mi piel con cada latido de mi corazón, pero, a medida que el resplandor disminuía, el agotamiento reemplazó la energía.

Era demasiado. Todo ese día había sido demasiado, y estaba más cansado que nunca en mi vida. Mi visión se oscureció y perdí la conexión con mi cuerpo. Cuando mis rodillas fallaron, Gideon se acercó a mí. Todo se volvió negro antes de que tocara el suelo.

CAPÍTULO VEINTIDÓS



MIENTRAS FLOTABA EN UN océano de cristal, escuché el latido rítmico de un corazón debajo de mi oído. El calor palpitaba a través de mi pie, en cadencia con el latido sordo del corazón, y me sumergí más hondo en la dicha. Me rendí a la menta balsámica, y me dejé arrastrar por la corriente.

En algún momento, las voces se filtraron en mi reposo y mis oídos se agudizaron al reconocerlas. Nadé hacia la superficie, pues quería estar más cerca de los dueños de dichas palabras. Poco a poco, regresé a la tierra de los vivos.

—Jai, deja de retorcerte —ordenó Noel.

Se oyó el crujido de algo que se desgarraba, y Jai siseó.

—¡Ay! Ten cuidado.

—¡Pero bueno!, ¡te he dicho que dejaras de retorcerte!

—Por favor, no manches de sangre el sofá. —La voz de Gideon retumbó en mi mejilla y me estremecí. Una mano pesada descansaba sobre mi cabeza, dedos gruesos recorrían mi cabello—. Shhh, no les hagas caso, pequeño. Todo está bien.

Relajándome bajo sus atenciones, me mecí a lo largo de la superficie de la conciencia sin despertar del todo. Estaba seguro ahí en este estado intermedio, y no sabía a qué tendría que enfrentarme al despertar.

—Entonces, ¿puedo recordarte que me debes cincuenta dólares? —Noel soltó una risita ante la maldición de Jai.

—No puedo creer que se haya iluminado como un maldito árbol de Navidad. Ha sido increíble.

—Bueno, ya era hora de que mostrara sus habilidades.

—Casi nos asa.

—¡Eh, no lo ha hecho, es un niño mayor!

Como siempre, Gideon intervino.

—Ha mostrado una cantidad sorprendente de control. Su poder ha pasado por completo encima de cada uno de nosotros.

—A mí me ha quemado —refunfuñó Jai, y Noel resopló.

—Probablemente porque has cogido al sabueso que Riley estaba asando. La próxima vez, mantén tus manos alejadas cuando Riley reparta venganza.

—¿Cómo se supone que...? ¡Ay! Ten cuidado. ¿... debería haber sabido que se iba a convertir

en una supernova? Lo he visto comportarse como un maldito mártir, tratando de salvarle el culo a Gideon...

—Para que conste, no necesitaba que me salvaran. —La ofensa coloreó el tono de Gideon—. Ahora, bajad la voz. Necesita descansar.

—Está bien. —Traté de levantar la cabeza, pero la sentía muy pesada.

—Silencio. —Por segunda vez, la gran mano de Gideon se posó en mi cabeza—. Duerme.

Apretado contra su pecho desnudo, me relajé. Nunca había estado tan cerca de mí, nunca me había abrazado así antes. Me gustó la inmensidad de su cuerpo en comparación con el mío, más pequeño, como si pudiera perderme dentro de su abrazo. Mi estado de semiinconsciencia reforzó mi coraje, y le rodeé el cuello con un brazo y me acurruqué en su pectoral. El vello de su pecho era suave y peludo, y me hacía cosquillas en la nariz.

Gideon se convirtió en piedra debajo de mí.

—Eh, ¿alguno de vosotros quiere llevárselo?

—Me parece que está muy cómodo —dijo Jai—. ¿Qué opinas tú?

Las campanillas de viento de Noel tintinearón en la habitación.

—Sí, será mejor que te quedes con él, Gid.

Estuve de acuerdo. No había forma de que lo dejara escapar, no ahora que finalmente lo tenía.

El gruñido de Gideon recorrió mi cuerpo.

—Muchas gracias.

A medida que me despertaba más, luché contra mis pesados párpados y observé cómo mis dedos desenredaban los rizos rubio oscuro que cubrían su esternón. Tardé demasiado en relacionar lo inapropiado de mi tacto con la incomodidad resultante que se filtraba por todos los poros de Gideon. Estaba lejos de estar relajado, y mis mejillas se enrojecieron cuando mi mano se congeló y mi mirada se elevó vacilante hacia la suya.

Su nuez de Adán se balanceaba en mi visión periférica.

—Todavía es muy temprano. Vuelve a dormir.

Luché contra la atracción de su sugerencia. Había algo de vital importancia que no recordaba, ¿no? ¿Dónde estaba? ¿Por qué estaba allí? ¿Qué había pasado?

Una ceja rubia se arqueó y me levanté de mi posición reclinada en sus brazos mientras los acontecimientos de las últimas veinticuatro horas bombardeaban mi cansado cerebro. Nuestra discusión, Brian, los bosques, los sabuesos infernales... Todo.

—Ay, Dios mío, ¿estás bien? —Agarré la cabeza de Gideon e inspeccioné el lugar donde había estado sangrando. Su cuero cabelludo se había curado hacía mucho rato, así que dirigí mi atención a su torso. Mis manos se deslizaron sobre sus costados, analizando las heridas cerradas dejadas por las púas del perro infernal.

Con un extraño gruñido, Gideon se sacudió y capturó mis muñecas para apartarlas de su cuerpo.

—Estamos bien, Riley. Nos curamos muy rápido.

—¡Había tanta sangre...!

—Estoy bien. Todos estamos bien.

«¡Todos!».

Me puse de pie tambaleándome, trepé por encima de la mesa de café para alcanzar a Noel, y él me cogió antes de que cayera de bruces. Su piel de marfil era casi translúcida, sus ojos incoloros, apagados como el cemento. La preocupación se alimentó de mis temores y le subí la camisa blanca. Tracé las líneas rosadas que se desvanecían donde habían desgarrado su pecho.

—Estabas sangrando. —Me aparté de Noel y caí en el regazo de Jai, con las manos sobre la

gruesa venda que envolvía su hombro—. Estabas herido.

Unos dedos callosos me aprisionaron las caderas y se me trabó la garganta mientras tocaba el borde de la gasa.

—Estamos bien. Es solo un rasguño —susurró Jai.

—Pero, pero...

Noel me acarició la cabeza y Jai dirigió mi mano temblorosa hacia su pecho. Su corazón latía bajo mi palma, firme, fuerte.

—¿Sientes eso? Significa que estoy bien. ¿De acuerdo?

Asentí con la cabeza, me dejé caer a un lado y me desplomé en el sofá, junto a Jai.

—Lo siento. Lo siento mucho.

—No, no, no. No has hecho nada malo, cielo. —Noel se sentó al otro lado y me frotó el brazo—. En realidad, lo has hecho excepcionalmente bien. Estamos muy orgullosos de ti.

—¿Orgullosos? ¡Pero todo esto es culpa mía!

Gideon se deslizó hacia delante y apoyó los codos en las rodillas.

—No, esto ha sido culpa nuestra. Te dejamos solo porque pensamos que las protecciones te mantendrían a salvo. Nunca pensamos que el peligro vendría de tu mundo.

—Voy a poner fin a la patética y mortal existencia de tu imbécil compañero de cuarto. —Jai tomó mis piernas y las apoyó en su regazo, sus dedos tensos sobre mis pantorrillas.

—Pero...

—Queríamos respetar tu solicitud de espacio, pero, al hacerlo, te hemos dejado vulnerable. Te hemos fallado, Riley. —Con un movimiento de cabeza, Gideon cortó el contacto visual y se rascó el pecho desnudo—. Esto ha sido culpa nuestra. Lo sentimos mucho.

Su odio hacia sí mismo me dolió en el corazón y me acerqué a él. Resoplé, molesto, cuando mi brazo se quedó corto.

—No me habéis fallado. Me habéis encontrado. —Quitó las piernas de encima de Jai y puse los pies en el suelo—. Me habéis salvado.

—En realidad, has sido tú quien nos ha salvado. —Gideon se movió del sofá a la mesa de café, sus rodillas rozaron las mías mientras tomaba mi mano extendida. Su voz adquirió un tono serio y mi columna vertebral se enderezó—. ¿Te acuerdas de lo que ha pasado?

Sí, lo recordaba, pero mi memoria tenía muy poco sentido. No sabía si podía confiar en mi cabeza.

—He vuelto a tomar prestados vuestros poderes de ángel, ¿verdad?

—¿Que si te hemos prestado nuestros...? —empezó a decir Gideon.

Pero Jai lo interrumpió de inmediato, incrédulo.

—¿Qué?

—¿Cómo que otra vez? —gruñó Noel.

Hablaban al mismo tiempo, luchando por acaparar mi atención, y me trabé con mis palabras mientras me apresuraba a explicarlo.

—B-Bueno, eh..., quiero decir, como, yo-yo... Más o menos. Hmmm...

Gideon alzó la mano y la habitación se quedó en silencio.

—En primer lugar, es imposible tomar prestados nuestros poderes angelicales. No hay ninguna conexión entre el guardián y el discípulo que pueda permitir que tal cosa suceda. En segundo lugar, explica a qué te refieres con «Otra vez».

Era una orden disfrazada de petición, y jugueteé con el dobladillo de mi camisa; bueno, la camisa de Jai. Tenían la habilidad de vestirme con ropa limpia mientras estaba inconsciente. Los nervios me carcomían el estómago cuando el miedo volvió. ¿Se enojarían? ¿Me entregarían a la

policía por atacar a mi compañero de cuarto?

—Fue un accidente. No era mi intención, pero estaba muy enfadado.

—Haz respiraciones profundas. —Noel me frotó la espalda, su aliento calentó mi cuero cabelludo cuando besó la parte superior de mi cabeza—. Solo cuéntanos qué pasó.

Escudriñé la suciedad bajo mis uñas, demasiado avergonzado para enfrentarme a ellas.

—Le hice daño a Brian. Por eso me dejó en el bosque. Estaba muy cabreado y quería darme una lección.

Noel gruñó sin decir palabra mientras Jai lanzaba una serie de coloridas maldiciones, pero Gideon me dio unos golpecitos en la parte inferior de la barbilla y me indicó que lo mirara a los ojos.

—¿Cómo le hiciste daño?

Su mirada me penetró hasta el alma, y no pude negarle nada. La verdad brotó de mí en un torrente, y vomité las palabras. Los insultos de Brian, mi rabia desbordante, el ardor en mi pecho y la explosión de poder. Le conté todo, lo que había llevado a Brian a abandonarme en el bosque. Bueno, casi todo. No mencioné a Bethany ni nuestra conversación. Eso se quedaría entre nosotros por ahora.

—No quise atacarlo, lo prometo. Pero él me llamaba... me llamaba... Y me enfadé tanto que no conseguí controlarlo.

—Venga, cielo, está bien. Todo el mundo pierde el control en algún momento. —Noel me consoló mientras Jai tiraba de mi camisa para llamar mi atención.

—Hiciste bien. Ese tío es un imbécil y merece que lo tiren contra la pared de vez en cuando.

Su indiferencia hizo que mi pánico se disparara.

—¿Podría ir a la cárcel! Si va a la policía...

—¿Y qué les va a decir? —Jai me apretó la rodilla con una risita—. ¿Que lo arrojaste al otro lado de la habitación sin siquiera tocarlo?

Bueno, si lo contaba así ...

Moví la boca, pero no pronuncié palabra, y Gideon me apretó las manos con cautela.

—Riley, escúchame. Sé que es confuso, pero créenos cuando decimos que no hay forma de que vayas a la cárcel. Si el señor Mason piensa siquiera en denunciarte, nos encargaremos de ello. En todo caso, tú eres quien debe denunciarlo a la policía. Te ha secuestrado de tu dormitorio, te ha metido en el maletero de un coche, te ha quitado la ropa y te ha dejado solo en medio del bosque, en pleno invierno. Esos son delitos imputables.

—No quiero hablar con la policía. —Nada bueno salía nunca de hablar con ellos. Había aprendido esa lección desde el principio.

—Riley...

Corté a Noel, con la mandíbula firme.

—No lo voy a denunciar.

Con un gruñido, Jai se puso de pie y caminó a lo largo de la mesita de café.

—¡No puedes aceptar una mierda como esta, Riley! Si lo dejas salirse con la suya, pensará que es invencible. Lo hará peor. —Su mirada se dirigió a Noel—. Los abusadores no saben cuándo parar.

Noel evitó el contacto visual, muy interesado en mi cabello. Había una historia allí de la que no estaba al tanto, pero dudaba que me lo explicaran si preguntaba. En lugar de eso, me froté la cara con las palmas de las manos y respiré hondo a través de los labios fruncidos.

—Pediré una reasignación de habitación. Si ya no estoy cerca de él, el problema estará resuelto. —Crucé los brazos sobre el pecho obstinadamente, y Jai levantó las manos con

frustración.

—¡Gid, habla con él!

—Es decisión de Riley, no nuestra. —Gideon y Jai se enzarzaron en una mirada silenciosa y, al final, Gideon ganó.

Jai gruñó y se echó hacia atrás en el sofá. Esta vez no me tocó, y lo dejé enfurruñado mientras Gideon se aclaraba la garganta.

—Estoy de acuerdo con Jai. Creo que deberías denunciar a Brian, debe rendir cuentas de sus actos, pero la decisión es tuya.

Odiaba decepcionarlos, pero sacudir el avispero siempre conducía a cosas peores.

—Lo pensaré —dije con firmeza, y luego cambié de tema—. Has dicho que no podía tomar prestados tus poderes. Pero eso no tiene ningún sentido. ¡Mis manos brillaban!

—Lo sé. ¡Ha sido asombroso! —chilló Noel, que tomó mis manos entre las suyas—. Has calcinado a esos sabuesos del infierno. Lo has hecho increíble.

—¿Increíble? ¡Casi se mata! —El arrebato de Jai hizo que tanto Noel como yo saltáramos, y me acobardé al lado de Noel—. Te has metido delante de un maldito perro del infierno. ¿Tienes pensamientos suicidas o algo así?

Con un brazo alrededor de mi hombro, Noel saltó en mi defensa.

—Ha sido muy valiente.

—Ha sido estúpido. —Los ojos de Jai brillaron peligrosamente mientras me pinchaba el muslo con el dedo índice—. No tiras tu vida por la borda así.

—Gideon iba a salir herido. ¿Qué se suponía que debía hacer?

—¡No saltar frente a un perro del infierno como un sacrificio humano, por ejemplo!

No era una persona obstinada, pero mi ira quemó mi instinto de someterme.

—¡No podía quedarme ahí parado y no hacer nada!

—Si eso te salva la puta vida, lo harás. —Jai invadió mi espacio, su furia era casi palpable, y me puse rígido cuando sus dedos rodearon mi garganta. No me asfixió, pero su agarre fue firme. No había forma de ignorar el toque—. Tú debes quedarte al margen mientras nosotros...

—¿Por qué es más importante mi vida? No voy a quedarme ahí sentado y dejar que muráis por mí. —No podía dar marcha atrás, no después de todo aquello—. Dijiste que éramos amigos, y los amigos se protegen unos a otros.

Su ferocidad se suavizó y su pulgar trazó círculos sobre mi yugular.

—Riles, no lo entiendes. Somos tus guardianes. Es nuestro trabajo morir por ti.

Una punzada me atravesó el pecho al recordarlo. Yo no era más que una tarea para ellos, una responsabilidad. De niño, habían sido mi única constante, la familia que nunca tuve. Y, de adulto, se habían convertido en mis amigos. Pensaba que, tal vez, yo era para ellos que más que un simple un trabajo. Me equivocaba.

Aparté su mano, me acurruqué y me abracé las rodillas contra el pecho.

—Bueno, para mí es más que eso.

Jai se rascó la cabeza y se tironeó de su pelo, desordenando su cresta.

—Puertas del Infierno, que alguien más hable con él. Estoy jodiendo esto.

—No es solo un trabajo para nosotros, Riley. —La mano de Noel serpenteó alrededor de mi tobillo mientras su barbilla se clavaba en mi hombro—. Eres nuestro niño. Siempre lo has sido.

—Lo que quieren decir —intervino Gideon— es que estamos aquí para protegerte. No al revés. Estamos entrenados para luchar contra criaturas con las que nunca has soñado, y cuando te pones en peligro... —Se alejó, tirando de su oreja—. Me has honrado con tu sacrificio y tu valor, pero no vuelvas a hacerlo. Por favor —añadió como una ocurrencia tardía, y yo hice un mohín.

¿Se habrían quedado ellos de brazos cruzados? ¡No! ¿Cómo podían esperar que me escondiera mientras se sacrificaban por mí? ¿En qué clase de amigo me convertiría?

—No prometo nada —murmuré entre las rodillas, y Gideon se resistió a sonreír, con un hoyuelo en la mejilla.

—Insolente. —Jai me pellizcó el costado y grité.

Para salvarme de él, Noel me abrazó por la cintura y me dejó caer sobre su regazo. Jai puso los ojos en blanco ante el abrazo, pero Gideon frunció la boca en señal de disgusto. Debería haberme avergonzado, pero mis emociones eran demasiado intensas. Agaché la cabeza bajo la barbilla de Noel y absorbí su afecto.

—Sigo sin entender lo que ha pasado. Me refiero a lo de los perros infernales. —Me mordí el interior de la mejilla hasta saborear el cobre.

Mis ángeles se pusieron serios, con la espalda erguida y los ojos cautelosos. Reaccioné de la misma manera, poniéndome rígido entre los brazos de Noel.

—¿Qué? —pregunté.

—Bueno, nos preguntábamos... —Gideon volvió a tocarse el lóbulo de la oreja—. Desde que te atacaron en Halloween, sospechábamos que había algo más en ti de lo que parece.

Hizo una pausa, esperando una respuesta, y me lamí los labios, con la garganta desecada.

—¿Qué quieres decir?

—Cuando el demonio se alimentaba de ti, brillabas —dijo Noel.

—El demonio debe haber...

—Los demonios no brillan, Riles —dijo Jai—. Los ángeles brillan. Los caídos brillan. Los demonios, los humanos, otros espíritus, no.

—Estabas brillando, como has brillado esta noche. —Noel me besó la cabeza, por encima de mi oreja.

—¿Qué quieres decir? —repetí.

Gideon se inclinó hacia delante y se preparó para decir algo importante que yo probablemente no quería oír. Pero no tenía nada que decir al respecto. La verdad estaba ahí, mirándome a la cara, y no podía huir de ella, ya no.

—Significa, Riley, que no eres tan humano como nos habían hecho creer. Significa que tienes sangre angelical en tus venas. —Puso una enorme mano en mi rodilla, su mirada clavada en la mía—. No eres humano, pequeño. Eres un nefilim.

Capítulo veintitrés

—¿Nefilim? Eso es una locura. —Me burlé de la escandalosa afirmación y esperé que estuvieran de acuerdo, que se rieran como si fuera una broma de mal gusto. Pero nadie se rio. Tres expresiones serias me devolvieron la mirada.

¿Nefilim? Reconocí el término de la santa Biblia de la señora Janet, pero la descripción bíblica difería de la mía. Se suponía que eran gigantes, y yo era lo más alejado a eso. Me había pasado toda la vida siendo bastante anodino. Y, ahora, ¿querían hacerme creer que era un híbrido de ángel y humano?

No podía ser un nefilim. Pero tampoco era humano. ¿Quién era yo?

—Eres Riley —respondió Noel a lo que yo creía que había sido una pregunta no formulada—. Sigues siendo tú, cielo. Solo tienes algunos genes especiales recorriendo tus venas, nada más. Puedes lanzar a los gilipollas contra las paredes y hacer barbacoas de perros infernales.

—¿Yo he hecho eso? ¿He sido yo? —Tres cabezas asintieron y me llevé la mano al corazón—. ¿Cómo?

—Eres un nefilim, nacido de un humano, engendrado por un ángel —dijo Gideon—. Tus

habilidades deberían haber aparecido antes, pero, dada tu personalidad y tu historia, es posible que tu madurez angélica se haya visto retrasada.

Noel me tapó los oídos con las manos, como si eso me impidiera oírlo.

—No uses esa palabra, tiene connotaciones negativas. —Quitó las manos y sonrió de forma muy dulce—. Solo eres un florecimiento tardío.

Gideon intercambió una mirada confusa con Jai antes de asentir vacilante.

—Claro. Claro. Solo quería decir que desarrollaste tus habilidades más tarde de lo habitual, por eso no estábamos seguros de tu herencia hasta esta noche.

—¿Qué significa eso? ¿Para mí y mi vida? —Me acerqué a Noel, y él entrelazó nuestros dedos al instante y me puso los pies en la tierra. Entendió lo que necesitaba sin que yo tuviera que decirlo.

—Significa que tendrás cientos de chicas acudiendo a ti para experimentar tus dedos electrizantes. —Jai me movió los dedos en la cara mientras Noel y Gideon se encogían de hombros. No entendí la broma, y las risitas de Jai se desvanecieron—. Va a cambiarlo todo, Riley, pero estaremos aquí para ayudarte a superarlo.

Firmó su promesa con un apretón en mi nuca, y parpadeé para alejar el ardor de mis ojos.

—Entonces, ¿yo también tengo superpoderes?

—Claro que sí.

—Los poderes se manifiestan de formas distintas en cada nefilim; normalmente, en función de su parentesco —explicó Noel—. No sabemos quién te engendró, quién es tu sire, así que al principio todo serán conjeturas. Pero, si nos basamos en la apariencia física...

—No queremos hacer suposiciones —dijo Gideon con una mirada significativa, y Noel asintió.

—De acuerdo. Iremos poco a poco.

Volvían a ocultarme cosas, pero quizá era lo mejor. Mi cabeza ya estaba a punto de estallar, y apenas habíamos empezado la conversación.

—¿Mi sire? ¿Te refieres a mi padre? ¿No sabéis quién es?

Como me abandonaron cuando era un bebé, nunca había sabido quiénes eran mis padres. La única pista que tenía de mi pasado era un sombrero azul bordado con mi nombre: Riley. Era la única pieza que tenía de esos progenitores que nunca conocí. Nunca me quisieron ni me amaron, pero me habían puesto un nombre. Tenía que servir de algo.

La decepción apagó la última esperanza que me quedaba cuando Noel negó con la cabeza.

—Fue lo primero que buscamos tras el ataque de los demonios, pero...

Se mordió el labio y se calló, como si hubiera dicho algo que no debía. Tiré de su mano.

—Pero ¿qué?

—No hemos podido localizar tu registro genealógico —dijo Gideon.

—¿Son difíciles de encontrar?

—No —dijo Noel.

Jai terminó su frase.

—Eso es lo raro.

Miré a Gideon en busca de una respuesta mejor y él extendió las manos.

—Los registros de historia y genealogía son de libre acceso en los Archivos, pero el tuyo no estaba entre los pergaminos. Hemos buscado incluso en los pergaminos sellados con la ayuda de un viejo amigo, un querubín, pero no hemos encontrado ningún rastro.

—¿Mi registro estará mal etiquetado o quizás se ha traspapelado? —No sería la primera vez que mis papeles se perdían en la confusión: los asistentes sociales los perdían a menudo.

—Es posible —dijo Gideon, pero su expresión desmentía sus palabras.

Noel me pasó la palma de la mano por el dorso y negó con la cabeza.

—Los querubines son meticulosos.

—He dicho que era posible, no probable.

—Ya le hemos mentado bastante, ¿no crees? —La mano de Jai permaneció en mi nuca, su pulgar masajeando mis tensos músculos—. Díselo.

—¿Decirme qué? —La irritación me arañaba las venas y me picaba la piel—. Por favor, cuéntamelo. Quiero saber quién soy.

Con las manos entrelazadas entre las rodillas, Gideon se humedeció los labios y suspiró.

—Los ángeles no son infalibles, pero un error por parte de los querubines es poco probable. Es más plausible que tu registro fuera eliminado a propósito. Tal vez lo colocaran en otro lugar o lo destruyeran. No lo sabemos.

—¿Por qué alguien cogería mi registro? —Claro, ser medio ángel era una locura, pero no creía que justificara acciones tan extremas—. ¿Por qué lo destruirían?

—No sabemos qué ha pasado. Todo lo que sabemos es que ha desaparecido. Y la verdad, no es la primera cosa sospechosa que hemos encontrado... —dijo Noel.

Mi frustración aumentó, pero Gideon habló antes de que pudiera expresarla.

—No exageremos.

—No es una exageración, Gid. Alguien nos está jodiendo —dijo Jai.

—Vale, no pretendía empezar una teoría de la conspiración. —Noel golpeó la pierna de Jai—. Solo quería decir...

—Si el Consejo sabía lo que era Riley y no nos lo dijo, nos estaban jodiendo. Si el Consejo no lo sabía cuando nos reasignaron, otro los estaba jodiendo a ellos. Y si nadie en todos los reinos hubiera sabido lo que era Riley, entonces su expediente estaría en los putos Archivos, donde debería estar. —Jai se desplomó en el respaldo del sofá y señaló con el dedo el aire—. ¡Alguien está jodiendo a alguien, pero nosotros somos los que están jodidos!

—Como de costumbre, tu imaginación es asombrosa —dijo Gideon—. Pero Jairo tiene razón hasta cierto punto. Hay alguien ahí fuera que quería que tu identidad y tus posibles habilidades permanecieran latentes y secretas. Tengo la intención de averiguar quién.

Una vez más, había fuerzas externas que dictaban mi vida, y yo ni siquiera lo había sabido. Mi corazón se encogió. ¿Nunca sería libre?

—Tal vez trataban de protegerlo —sugirió Noel—. Puede que fuera por su propio bien, como un nuevo sistema puesto en marcha para proteger a los nefilim restantes.

«Espera, ¿qué?».

—¿Por qué hay que proteger a los nefilim? —Mi voz se quebró, y al instante me abrumaron unas manos reconfortantes.

—No hay razón para tener miedo. Nosotros estamos aquí. Nunca dejaremos que te pase nada. —Noel me acarició las mejillas, pero quité sus manos.

—Deja de mimarlo. —Jai expresó mi muda queja.

—Necesita conocer la realidad de su situación, de lo que esto podría significar para él. —Gideon se puso del lado de Jai—. La ignorancia es peligrosa, como todos hemos descubierto.

Con el ceño fruncido, Noel cruzó los brazos sobre el pecho.

—Tampoco necesitamos asustarlo.

—Quiero saberlo. —Le rogué en silencio que lo comprendiera, y los hombros de Noel cayeron derrotados—. Necesito saberlo.

Gideon se pasó una mano por el pelo, no parecía muy contento con la situación.

—Durante las dos últimas décadas, los nefilim han ido desapareciendo. Nadie sabe por qué los

atacan, pero su número ha disminuido drásticamente. Por la poca información que hemos conseguido reunir, han sido llevados al inframundo. Que yo sepa, ninguno ha regresado.

No me di cuenta de que estaba temblando hasta que Jai me atrajo hacia él y me estrechó contra su pecho vendado. Noel me cogió las manos y frotó calor en mis dedos helados, y yo luché por recuperar el aliento.

—Vamos a cuidar de ti, ¿vale? —me susurró Jai en el pelo—. No digo que no debas tener miedo. Serías un idiota si no lo tuvieras, pero no tienes que permitir que te controle. Dale al miedo su lugar, luego confía en que haremos nuestro trabajo. Vamos a protegerte. Pase lo que pase.

Cuando mi temblor se calmó, respiré profundamente y mis pulmones se llenaron de *dokha*, lila y menta.

—Lo sé. Es que hay mucho que asimilar.

—Lo hay. Me disculpo por echarte todo esto encima, pero no se puede evitar —dijo Gideon—. Tenemos más preguntas que respuestas y es imperativo que entiendas la delicada situación en la que nos encontramos.

—Por alguna razón que desconocemos, alguien ha ocultado tu verdadera herencia. No sabemos si el Consejo está implicado o no, pero, sea como sea, creo que es prudente no llamar demasiado la atención.

—Ya lo hacemos, de todos modos —dijo Jai.

—Excepto que esta vez no es por nuestra conveniencia, sino por la seguridad de Riley. —La declaración de Gideon cayó por la habitación como la hoja de un hacha, y mis secundarios se enderezaron.

Me aclaré la garganta y resistí el impulso de levantar la mano como si estuviera en la escuela.

—Creo que se me escapa algo. ¿Por qué íbamos a escondernos de esa gente del Consejo si son ellos los que mandan? ¿No deberían saber que me han atacado? ¿No deberían estar protegiendo a los nefilim? Quiero decir, los nefilim son en parte ángeles, así que deberían recibir ayuda de las autoridades celestiales, ¿no?

—Es complicado —insistió Gideon.

—¡Entonces, explícamelo para que lo entienda! —Enterré la cara entre las manos para contener mi enfado—. Lo siento. He sido muy grosero.

Sujetándome las muñecas, Gideon me llevó las manos al regazo.

—No te disculpes. Entiendo que es frustrante. Solo queríamos ahorrarte dolor, pero, quieras o no, ahora formas parte de este mundo. Necesitas saber cómo navegar por él.

»Para entender cómo ven los ángeles a los nefilim, primero hay que entender su punto de vista sobre los humanos —dijo, y Noel y Jai se acercaron hasta colocarse a mis lados, nuestros muslos en contacto—. Hasta que el Creador creó a la humanidad, los ángeles eran Sus obras de arte más preciadas. Éramos la joya de Su creación, y lo disfrutábamos. Pero entonces crearon al hombre a Su imagen y semejanza, y las cosas cambiaron.

»Ya no éramos los gobernantes. Ahora servíamos. Las virtudes se encargaron de cuidar la tierra y sus delicados ecosistemas. Los guardianes fueron creados para atender a los humanos que necesitaban protección extra. Y la lista sigue. Como imaginarás, algunos ángeles no apreciaron el cambio.

No era la primera lección de historia que me daba Gideon, pero esta vez no se me pasó por alto su importancia. No era solo su historia, ¡era la mía! La historia de su pueblo, mi pueblo.

—Hay una razón por la que los Siete tuvieron tanto éxito reuniendo apoyos para su causa: prometieron restaurar el orden, devolver a los ángeles al lugar que les correspondía.

—¿Su legítimo lugar sobre los humanos? —pregunté, y Gideon asintió.

—Sí. No fuimos creados para servir a criaturas tan indefensas y crueles. —Se rio sin humor—. Tienes que entender que los ángeles no somos perfectos. Tenemos nuestros propios prejuicios desde el principio de los tiempos, incluso antes que los humanos. Pero los humanos inclinaron la balanza. Muchos los consideraban apenas superiores a los animales.

»Me gusta pensar que los ángeles han evolucionado y crecido, pero todavía hay quienes conservan ese punto de vista. Los ángeles de alto rango que no interactúan con el reino mortal son más propensos a estas discriminaciones que los que vivimos aquí, entre humanos.

Yo mismo aporté la conclusión:

—Por eso los ángeles no ayudan a los nefilim. Porque no somos verdaderos ángeles. Solo somos subproductos de la reproducción interespecífica.

—Inter... ¿qué? Qué manera de hacer que algo tan increíble como el sexo suene aburrido y científico. —Jai se estremeció mientras una carcajada salía del pecho de Noel.

La vergüenza lamió mis mejillas y puse los ojos en blanco. Aunque en ese momento estaba atravesando mi equivalente a una crisis adolescente, una punzada de ira me atravesó el vientre. Por supuesto, ninguno de mis ángeles era puro en ese sentido, pero la idea de que Jai tuviera experiencia íntima... me alteró al instante.

«¡No, Riley, ahora no! Guarda esa reflexión para otro momento».

—Gracias, Jairo. Sigues deslumbrándonos con tu clase e ingenio. —Resoplé ante el atípico descaro de Gideon, que esbozó una sonrisa—. Científicamente dicho o no, tienes razón, Riley. Muchos ángeles consideran que copular con humanos equivale a la zoofilia.

—Qué asco. —Hice una mueca.

—Copular. —Jai y Noel resoplaron al mismo tiempo, riendo como niños.

Gideon se pellizcó el puente de la nariz.

—Por la Santísima Trinidad...

Me tragué mi propia risita inoportuna. La edad de Gideon nunca era más evidente que cuando utilizaba un lenguaje tan arcaico. Y el rubor de sus mejillas también era bastante gracioso.

Por supuesto, Jai se negó a dejarlo pasar.

—Vamos, Gid, deja de sonar como un profesor estirado. Aquí todos somos adultos. Puedes llamarlo por su nombre: una buena follada a la antigua.

—Añadir el plátano a la ensalada de frutas —dijo Noel.

—Mojar el perrito en ketchup.

—Arrodillarse ante Jesús.

Jai y Noel lanzaron los términos de un lado a otro como si fuera un partido de tenis, y mi cara estaba roja como un ladrillo cuando Gideon los interrumpió.

—Por las profundidades del Seol, es como si viviera en una fraternidad.

Se rieron, y Gideon se sonrojó más. Nunca habría pensado que podría utilizar la palabra «mono» para describir a Gideon, pero me equivocaba. No había ningún otro término apropiado para describirlo mientras miraba y refunfuñaba en voz baja. Era agradable no ser el único en la habitación mortificado por el lenguaje de Jai y Noel.

—Ahhh, los dos se han puesto rojos. —Noel me envolvió en sus brazos como un bebé y plantó un beso descuidado en mi mejilla, lo que no ayudó en nada a mi sonrojo, pero me hizo sonreír—. Es tan cuqui...

—Bájalo —ladró Gideon.

—No, no creo que lo haga. —Me acarició la nuca y su áspera mandíbula me arañó la piel de un modo muy agradable—. Hoy hemos estado a punto de morir, así que nos merecemos mimos.

Al recordármelo, mi diversión se desvaneció y Noel aflojó su abrazo al notar mi cambio de actitud.

—Por eso han venido a por mí los sabuesos infernales —dije, casi rozando la frente de Noel con la barbilla—. Porque soy nefilim. Me perseguían porque soy ángel en parte.

—Ajá. Tanto si los han enviado a por ti como si han dado contigo por casualidad, te daban caza por eso. —La yema del dedo de Noel me recorrió la yugular.

El fantasma de los colmillos del demonio en mi cuello ardía como el ácido, y reabrió la vieja herida.

—Entonces, ¿los Caídos me persiguen porque soy nefilim, pero los ángeles no me protegen por esa misma razón?

Los nudillos de Jai rozaron mi mejilla.

—Más o menos. Técnicamente, nos tienes a nosotros, así que la protección no es un problema.

—Pero ¿y los otros nefilim?

—No están exactamente en lo alto de la lista de prioridades del Consejo —dijo Noel.

Gemí. Mi cerebro amenazaba con explotar por el exceso de información, y una migraña me asaltó detrás del ojo. Tenía tantas preguntas..., pero al mismo tiempo quería irme a la cama y dormir durante horas.

Sin embargo, había una última cuestión en mi cerebro, una vocecita que intentaba hacerse oír. No quería saber la respuesta, pero tenía que preguntar. ¿Qué niño no lo habría hecho?

—¿Por eso mi padre no me quería? —Mi voz era demasiado débil, apenas un susurro—. ¿Porque fui una consecuencia accidental de una relación con un ángel?

—Cariño, probablemente tu padre no sepa que existes. —Noel deslizó sus dedos entre mis rizos y me masajearon el cuero cabelludo.

Jai se rascó la nuca e hizo una mueca.

—Escucha, esto no es agradable de oír, no importa cómo lo digamos, así que voy a decirlo. Lo más probable es que un ángel dejara embarazada a una chica de una noche. Sedujo a una humana para excitarse y no llamó a la mañana siguiente. Así son estas cosas.

»Los ángeles y los humanos no se comprometen ni tienen relaciones. Los humanos son mortales. Envejecen y mueren. Mierdas como el amor y las emociones no son comunes entre nuestras especies. —La lástima se dibujó en las caras de mis ángeles cuando Jai chasqueó su *piercing* contra sus dientes—. Tu sire no pudo mantenerla en sus pantalones y, al parecer, no lo hizo. Y nueve meses después... *Mazel tov*.

Jai tenía razón, no era agradable de escuchar.

—Así que, o mi padre no sabe que existo, o lo sabe y nunca me quiso. —Detestaba el ardor de las lágrimas, pero el nuevo rechazo abría viejas heridas—. Quizá fue él quien destruyó mi historial para que nadie conociera su vergonzoso secreto.

—Ay, cielo.

—No pasa nada. Creí en el sistema de acogida, ¿recuerdas? Estoy acostumbrado a que no me quieran. —Intenté reírme, pero la última palabra se me atascó en la garganta, ahogándome—. ¿Y no hay forma de saber de mi madre?

Nadie respondió de inmediato, pero Gideon negó con la cabeza.

—Sin tu historial, no. Lo siento, Riley.

—No pasa nada. Siempre supe que mis padres no me querían. —Me encogí de hombros, como si no fuera para tanto, pero una lágrima traicionera se filtró por el rabillo del ojo y esculpió un rastro por mi mejilla.

—Muchos padres renuncian a sus hijos por razones desinteresadas. —Noel me besó el dorso

de las manos, con los ojos vidriosos—. Tenías catorce meses cuando te tuvimos. ¿Sabes lo que eso significa?

Negué con la cabeza.

—Durante catorce meses, tu madre te quiso y te cuidó.

—Si me quería, ¿por qué me abandonó? —Más lágrimas salpicaron mis mejillas mientras afloraba toda una vida de dolor—. Quizá fui un mal bebé. Quizá lloraba demasiado o no dormía, y por eso no me quiso.

Mis turbulentas emociones estallaron como un volcán. Todo el dolor y las heridas, la confusión y el miedo, todo lo que había reprimido durante años salió de mí. Como un crío, lloré la pérdida de algo que nunca había tenido, pero no lo hice solo. Estaba envuelto en dos pares de brazos, acunado entre dos cuerpos fuertes.

Noel y Jai me abrazaron mientras lloraba. El peso reconfortante de la mano de Gideon se deslizaba sobre mi cabeza y sus dedos se enganchaban en mis rizos rebeldes. Eran la única familia que tenía, ¿no? Me protegían cuando los necesitaba, cuidaban de mí incluso cuando yo no sabía que estaban ahí. Aunque los cubriera de lágrimas saladas y mocos, seguían abrazándome. Y si eso no era familia, no sabía qué lo era.

—Siempre te hemos querido. ¿Me oyes, Riles? —La barba incipiente de Jai me arañó el pabellón de la oreja y me ahogué con un nuevo sollozo—. Desde el momento en que te vimos...

—Te quisimos —Noel terminó su pensamiento—. Eres nuestro chico, ¿vale? Siempre has sido nuestro chico.

Gideon no dijo nada, pero no lo necesitaba. Su mirada brillaba de simpatía y convicción mientras me quitaba un rizo de la frente y me ofrecía un pañuelo de su bolsillo. Lo cogí con una risa húmeda y sin alegría, y me limpié los ojos.

La barbilla de Noel descansaba sobre mi cabeza y la cara de Jai se hundía en mi nuca. No debería haber dejado que me abrazaran así, no cuando me gustaba de una forma malsana, pero les dejé. Me aferré a ellos mientras luchaba por controlar mis poco fiables emociones, absorbiendo el consuelo y el afecto de su abrazo.

Con el pañuelo de Gideon, me sequé la cara y me soné la nariz. Él se levantó de la mesita y se dirigió a la cocina. Volvió con un vaso de agua helada y yo sorbí el líquido frío, sorbiéndome los mocos.

—Voy a ponerme en contacto con una vieja amiga —dijo—. Parece que tiene oídos en todas partes. Quizá tenga alguna información que nos ayude.

—No hace falta que hagas eso. —Noel agarró el brazo de Gideon—. Hay otras maneras...

—Pero esta es rápida y sin apenas consecuencias. Todo irá bien.

Ni Jai ni Noel parecían contentos con ese giro de los acontecimientos, pero no discutieron. El cansancio se instaló en mis huesos, me acurruqué en el hombro de Noel y cerré los ojos. Tenía el cerebro agotado y el cuerpo dolorido. Solo quería dormirme y no despertar en unos cuantos años.

—Está agotado. —Jai bostezó y yo lo imité. Compartimos una pequeña risa—. ¿Qué tal si intentas dormir un poco más?

No creía que pudiera, pero lo intentaría.

—Vale.

Con la ayuda de Noel, me tambaleé y me dirigí al pasillo. Mis pies eran de plomo y los arrastraba detrás de mí a cada paso. No sabía que fuera posible estar tan cansado.

—Riley, antes de que te vayas. —La mano de Gideon se posó en mi hombro y me giré hacia él, balanceándome un poco.

—¿Sí?

Tirándose de la oreja, Gideon se apartó de mí. Su mirada recorrió la habitación sin encontrarse con la mía.

—Sé que esta noche ha sido intensa, pero no quiero ignorar lo que pasó ayer por la mañana.

—Gid, es tarde. Podemos hablar de eso después de dormir. —Noel frotó el hombro de Gideon, y el hombretón asintió.

—Por supuesto. Tienes razón. Ahora no es el momento.

Lo último que quería era volver a discutir. Ya no me quedaban energías.

—No pasa nada. Quiero decir..., todo eso ya no importa.

Por supuesto, Jai no estuvo de acuerdo.

—No hagas eso, Riley. No evites el tema. La hemos jodido de verdad y tienes todo el derecho a odiarnos a muerte. No actúes como si no importara cuando importa.

—Yo...

—Tiene razón —dijo Noel—. Lo que sientes es válido e importante. No lo descartes como si no valiera nada. Vale algo. Importa, porque tú importas.

Si me hubiera quedado alguna lágrima por derramar, lo habría hecho entonces.

—Entiendo por qué tuvisteis que hacer lo que hicisteis.

—Pero ¿entiendes que no queríamos hacerlo? Cómo deseábamos no tener que engañarte... —Gideon se agachó ante mí, y yo casi me reí por ser más alto que él por primera vez en mi vida—. Que tuviéramos buenas razones no significa que fuera la decisión correcta. El fin no siempre justifica los medios.

»Confiaste en nosotros y te traicionamos. Yo os traicioné. —Apartó la mirada, con la mandíbula crispada—. Espero que algún día encuentres en tu corazón la forma de perdonarme.

—Perdonarnos —añadió Noel, con los dedos apretando el hombro de Gideon—. No fue solo decisión tuya.

Haciendo uso de un coraje que no sabía que tenía, me arrodillé frente a Gideon y deslicé mi mano entre la suya.

—Me duele que te metieras en mi cabeza, que no supiera que estabas ahí en los momentos en que me sentía tan solo. Pero creo que hiciste lo que creías que tenías que hacer para protegerme.

Gideon abrió la boca para protestar y yo le aplasté los dedos para detenerlo.

—Quizá hubiera otra forma, quizá no. Pero sé que mi interés estaba en el centro de todas las decisiones que has tomado como mi guardián. Porque eso es lo que eres. —Me encontré con la mirada de Jai, luego la de Noel—. Es lo que sois. Cuidáis de mí; siempre lo habéis hecho. Y quiero perdonaros. Quiero volver a confiar en vosotros.

A Noel se le cortó la respiración cuando se desplomó a mi lado y me abrazó con fuerza, y Gideon me agarró la mano. Jai puso los ojos en blanco y refunfuñó en voz baja, pero se unió a nuestro abrazo grupal, bajando al suelo detrás de mí.

—Volveremos a ganarnos tu confianza, pequeño. —El pulgar de Gideon presionó el dorso de mi mano—. No somos perfectos. Cometemos errores. Igual que te hemos fallado en las últimas veinticuatro horas, te volveremos a fallar.

—Creía que erais perfectos —bromeé, rodeando el brazo de Noel, y mis ángeles rieron entre dientes.

—Ojalá pudiera decir lo contrario, pero estamos lejos de ser perfectos. —Un destello de picardía iluminó los ojos de Gideon—. Somos ángeles, no santos.

Me reí, acurrucándome en el hombro de Noel.

—Qué decepción.

—Impertinente. —Jai me dio un codazo en el costado, con su barba desaliñada raspándome el

hombro desnudo, y yo chillé como un ratón.

Cuando el humor se desvaneció, Gideon tiró de mi mano para captar mi atención una vez más.

—Bromas aparte: sé que estás asustado, confuso y abrumado. Sé que estás sufriendo, pero te prometo, Riley, que no estás solo. Serás parte de nuestra familia mientras quieras serlo. Hasta que digas lo contrario, no nos iremos a ninguna parte.

La emoción me ahogó la garganta, pero me tragué el sollozo que luchaba por liberarse.

—Nunca he tenido familia.

—Pues estás de suerte. —Jai raspó contra mi nuca—. Acabamos de conseguir un nuevo miembro en forma de Riley en la nuestra.

Noel me estrechó con fuerza y sus labios rozaron mi frente.

—Siempre hemos sido tu familia.

Gideon sonrió con un hoyuelo en la mejilla.

—Y siempre lo seremos. Te lo prometo.

Toda mi vida había estado solo, pero ya no quería estarlo. Quería lo que me ofrecían, aunque no lo entendiera. Decían que eran mi familia, y me aferré a esa promesa con ambas manos.

No tenía ni idea de lo que pasaría al día siguiente o al otro. Lo que sí sabía era que, contra viento y marea, mis ángeles estarían a mi lado. Fuera lo que fuera lo que me deparara el futuro, no estaría solo.

Ya no lo estaría.

EPÍLOGO



UNA ANIMADA MÚSICA DE *jazz* siguió a Gideon hasta el bar. El aire brumoso e impregnado de humo lo golpeó como un muro al cruzar el umbral y reprimió el impulso de toser. Nunca había defendido el hábito de fumar de Jai, pero descubrió que prefería el *dokha* especiado al hedor de los puros y el sudor.

Odiaba Nueva Orleans. Hacía demasiado calor. California era sofocante en verano, pero era un calor seco, más fácil de soportar. El de Luisiana era pesado y húmedo, daba la impresión de que te ahogabas bajo el agua aunque estuvieras en la calle. Unido al mal que flotaba en el aire, resultaba opresivo.

Nueva Orleans era un hervidero de actividad espiritual. La obsesión local por el vudú, la brujería y similares creaba el caldo de cultivo perfecto para los reductos demoníacos. Los humanos no tenían ni idea del tipo de mal con el que jugaban cuando organizaban sus sesiones de espiritismo y visitaban a los médiums. Para ellos, era solo un entretenimiento espeluznante. No sabían que, si el demonio equivocado los escuchaba, podrían verse perseguidos por algo mucho más siniestro que el fantasma de la tía abuela Bertha.

Todo eran diversión y juegos hasta que alguien perdía su alma.

Por mucho que Gideon detestara Nueva Orleans, la visita era inevitable. Tabitha era más comunicativa si acudía a ella en busca de información. Ella obtenía más poder durante la reunión, pero había algo más importante: la seguridad de Riley pendía de un hilo, y él valía más de lo que Gideon sacrificaría esa noche.

Mientras avanzaba por la sala, la piel de Gideon se erizó ante la atención de demasiados ojos que lo observaban. No era la única criatura sobrenatural en el bar, pero no temía a los demonios que se aprovechaban de las inseguridades, los miedos y los deseos lujuriosos de los humanos que los rodeaban. Sabían que no debían atacar a un ángel de su posición en el reino de los mortales. Permanecieron en sus rincones mientras él buscaba el suyo.

Se acomodó en una mesa de un rincón, de espaldas a la pared. Gideon pidió un *whisky* y observó a las criaturas moralmente discapacitadas que compartían el espacio humano. El único Caído del bar encorvó los hombros y se concentró en su cerveza, una clara sumisión.

Bien.

Gideon no esperaba pelea. El reino mortal era, a todos los efectos, terreno neutral, pero nunca se era demasiado precavido. La sangre siempre era una tentación, y la suya era más exquisita que la de la mayoría.

La camarera, una humana morena que mostraba demasiado escote, dejó el *whisky* sobre la mesa con una sonrisa coqueta, pero él la despidió con una cortés, aunque breve, inclinación de cabeza. Ella, agradecida, captó la indirecta y volvió a la barra cuando se abrió la puerta del bar. Si no la hubiera oído antes —el humo y la ceniza delatores de los Caídos—, Gideon habría reconocido al instante la abrumadora presencia de la recién llegada.

Alta y ágil, la mujer entró en el bar como si fuera la dueña, robando todo el oxígeno que quedaba en la sala. Su pelo rubio platino se enroscaba alrededor de su cara y caía sobre sus hombros en voluminosas ondas. Las cabezas se giraron y las voces se acallaron ante su belleza, y ella absorbió la atención como un buen vino.

Sus ojos ámbar recorrieron los cuerpos del bar y sus labios rojos como el rubí se curvaron en una mueca hasta que encontró al objeto de su búsqueda. Su ceño fruncido se transformó en una sonrisa seductora cuando su mirada se cruzó con la de Gideon, y se acercó a él como una pantera que se acercaba a su presa.

—Gideon. —Su saludo fue más un ronroneo que una palabra, y él inclinó la cabeza en señal de educado saludo.

—Tabitha. —Miró el vestido rojo que se ceñía a su cuerpo, el dobladillo se detenía justo antes de ser inapropiado—. Tienes buen aspecto.

—Me compré estas preciosidades a mitad de precio. —Señaló sus botas negras de tacón hasta la rodilla—. Y tú tienes un aspecto muy apetecible.

Su esclerótica se tiñó de carmesí durante unos breves instantes mientras su mirada devoraba el cuerpo de Gideon. Para cuando se dejó caer en su asiento, sus ojos habían vuelto a la normalidad, ocultando su verdadera forma.

El ángel apretó los dientes cuando la punta de la bota de ella le presionó la pierna por debajo de la mesa. Por su sonrisa traviesa, el roce había sido intencionado, y él disimuló su desagrado, negándose a retroceder como le pedía el cuerpo.

Dio un trago a su *whisky* y se lamentó de su incapacidad para emborracharse. Someterse a la embriaguez no era una de sus actividades más placenteras, pero algunas situaciones lo requerían. Esta era una de ellas, y de repente se sintió desesperado por una pinta de ambrosía.

—¿Cómo estás? —preguntó, ignorando su sonrisa depredadora mientras ella le frotaba la pierna con el pie.

Ella hizo señas a la camarera y pidió un cosmopolitan antes de contestar.

—No creo que estés aquí para hablar de mí, ¿verdad?

—Nunca te han gustado las charlas triviales.

—A ti tampoco. —Giró el cuello en un movimiento sensual y terminó la exhibición con un guiño lascivo—. Recuerdo haber pasado una o dos noches memorables contigo sin hablar.

Al recordar su pasado, su rostro se calentó y luchó contra el impulso de su cuerpo de sonrojarse. Tenía siglos de edad y, sin embargo, seguía sonrojándose como un adolescente humano cuando se enfrentaba a cuestiones de naturaleza carnal, lo que proporcionaba a Jairo y a Noel un entretenimiento incesante.

—Tienes razón. La cháchara insustancial nunca fue mi fuerte. —Hizo caso omiso de la insinuación, pero el triunfo le calentó el pecho al ver que Tabitha fruncía el ceño—. ¿Nos saltamos los comentarios amables, entonces?

—Si quieres... Mi apartamento no está lejos de aquí.

Ante la descarada invitación, la sangre que inundaba las mejillas de Gideon se calentó hasta el punto de ebullición y, a regañadientes, dejó caer la mirada hacia la mesa. Luchando por controlar su traicionero cuerpo, se obligó a mantener el rostro inexpresivo mientras se ahogaba de

vergüenza. Su cita de hacía tantos años seguía siendo un tema delicado, al menos para él, y ella lo sabía.

La lista de conquistas sexuales de Gideon era más corta de lo que cualquier hombre se sentiría cómodo admitiendo —ella también lo sabía— y su propuesta descarnada hizo que le picaran los huesos. El sexo era complicado y desordenado, lo hacía vulnerable; su mano derecha le resultaba familiar. No es que se esforzara mucho para empezar con esas cosas.

Por suerte, se las había arreglado en mantener sus defectos en ese departamento para sí mismo. Los ángeles hablaban y los secretos eran una moneda más cara de lo que la mayoría podía permitirse pagar. Ya era bastante malo que Tabitha lo supiera.

Pero a ella siempre se le había dado bien descubrir secretos, incluso antes de caer. Y siempre sabía qué decir para perturbar a sus oponentes. Era magnífica a la hora de explotar las debilidades de otros y esa noche no iba a ser diferente.

Gideon desistió el impulso de tirarse de la oreja, un hábito nervioso del que nunca se había librado.

—Por muy halagadora que sea tu invitación, tendré que declinarla.

—Lástima. —Tabitha hizo un mohín mientras su pie enfundado en cuero le masajeaba la pantorrilla una vez más.

—¿Tienes algo para mí o no? —Se mordió la lengua para controlar su tono irónico, y una de sus delicadas cejas se alzó.

Una sonrisa de suficiencia se dibujó en sus labios de rubí cuando la camarera le sirvió la bebida. Se tomó su tiempo antes de contestar.

—Tengo muchas cosas para ti, querido. Depende de lo que busques.

Los dedos de su bota se deslizaron entre las piernas de Gideon, peligrosamente cerca de su ingle, y él se tragó su orgullo y se apartó. Era un golpe para su ego, una muestra de debilidad, pero que ella lo tocara de forma tan íntima era peor. No fue lo que ella encontraría, sino lo que no encontraría, lo que forzó su mano.

Le tocó a ella sonreír, victoriosa.

—Ah, Gideon, ¿sigues siendo de piedra?

—Si no tienes nada para mí, me marchó.

Con una risita, le hizo un gesto con la mano mientras el ángel se levantaba.

—Siempre has sido un estirado. ¿No pueden dos viejos amigos bromear sobre el pasado?

Con la mandíbula apretada, le dolían los dientes, pero se dejó caer en su silla al pensar en Riley. Al fin y al cabo, el chico era la razón por la que estaba allí. Por la seguridad de su pupilo, de sus hermanos, Gideon soportaría la irritante presencia de Tabitha.

—Cuando hayas terminado de entretenerme a mi costa, me gustaría negociar.

—¿Tienes prisa? —Ella cogió su cóctel, y él forzó una sonrisa artificial en su cara.

—Ha sido un día largo.

En realidad, se quedaba muy corto. Había sido una década larga, más bien un siglo, y estaba agotado. El Consejo de Arcángeles rondaba más cerca que de costumbre. Gabriel lo vigilaba con tanta atención que parecía sentir su aliento en el cuello lo bastante fuerte como para que el guardián primario sintiera la condensación en su piel. El registro genealógico de Riley había desaparecido de los Archivos, y la verdad que salía a la luz sobre el ADN del niño tampoco era lo ponía fácil. Las cosas se complicaban por momentos.

—Pareces cansado.

Cómo habría deseado que su preocupación fuera sincera.

—Como he dicho, ha sido un día largo. ¿Negociamos? —Se arremangó la camisa, mostrando

su muñeca—. Supongo que quieres el mismo pago que la última vez.

Sus ojos parpadearon enrojecidos y observó el pulso de su muñeca.

—Para empezar. —Se inclinó hacia atrás en la silla y removió el contenido de su vaso—. Se dice por ahí que un nefilim estofó a una manada de sabuesos de Leviatán. Al parecer, se puso furioso al enterarse. Ya sabes cómo se pone con sus experimentos científicos.

—¿Un nefilim derrotando a una manada entera él solo? Suena inverosímil.

—Creo que ambos sabemos que el nefilim no estaba solo.

Gideon vació su vaso con expresión inexpresiva.

—¿Estaba la manada cazando al nefilim?

—Los sabuesos infernales siempre rondan cerca, sobre todo en zonas muy pobladas. Pero, por lo que deduje, habían enviado esa manada en una misión de exploración. Resucitaron a un demonio en el Seol, y tenía información interesante para compartir con los Siete.

«¡Mierda!».

A Gideon se le heló la sangre. Nunca habría esperado que el demonio hubiera sido invocado desde el lago de fuego. Cuando lo había decapitado, no sabía que la criatura se había alimentado de Riley ni que Riley era algo más que humano. La ejecución había sido un procedimiento sencillo, pero enviar el alma putrefacta del demonio de vuelta al Infierno había sido un error. Debería haberle arrancado el corazón ennegrecido para encerrarlo en el Limbo por toda la eternidad.

—Entonces, ¿enviaron a la manada tras ese nefilim?

—Sabían que un nefilim estaba en la zona, y enviaron a los sabuesos para rastrearlo. Al parecer, el mestizo aterrizó justo en su camino, desnudito como un regalo, con moño y todo.

—¿Y nadie sabe quién es el chico? —Su mandíbula se cerró con un chasquido audible ante el desliz, y Tabitha sonrió.

—¿El chico? Interesante. —Apuró su vaso y soltó una risita—. De momento, desconocen su identidad, pero no tardarán en averiguarla. ¿Cuántos puede haber? Sobre todo, protegidos por tres guardianes. —No lo confirmó ni lo negó, lo que era una especie de confirmación. Su sonrisa de suficiencia de Tabitha se ensanchó alegremente—. Si el nefilim es tu discípulo, te sugiero que solicites una reasignación, Gideon. Lo tienen en el punto de mira y acabarán con cualquiera que se interponga en su camino.

—Si el niño fuera mi discípulo, sabes que no lo haría.

—Piensa en tus secundarios, en ti mismo. ¿Un nefilim vale vuestras vidas?

Hacía apenas unas horas, Gideon había visto a Riley llorar por su herencia perdida, acunado entre sus secundarios. El chico había perdido mucho, pero nunca había dejado de dar. Se había interpuesto entre Gideon y el sabueso infernal, usando su cuerpo como escudo humano. En ese momento, Riley había estado dispuesto a morir, un sacrificio del más alto honor, especialmente para un guardián.

Por supuesto, Riley no lo sabía ni comprendía hasta qué punto sus acciones habían afectado a Gideon. El chico había actuado por instinto, o eso decía. Solo había querido ayudar. Pero Gideon esperaba poder transmitir algún día lo que las acciones de Riley significaban para él. No había mayor respeto, nada que se tuviera en mayor estima, que dar la vida por otro.

Para Gideon, el sacrificio había sido personal. Era su cuerpo el que Riley había protegido, su vida la que el niño había salvado. Era una deuda que Gideon estaba decidido a pagar diez veces.

Riley era el discípulo de Gideon, pero el niño era mucho más de lo que se podía explicar con palabras. Era inocente, desinteresado y amable. Nunca se aprovecharía de nadie, nunca le pediría nada a Gideon ni a sus secundarios. Quizá eso fuera bueno. Gideon temía que le dieran a Riley

todo lo que deseara.

Era diferente, especial, significativo de una forma que lo aterrizzaba hasta la médula. Demasiados secretos envolvían a los nefilim en sombras, y sería una ardua batalla descubrir la verdad. Pero Riley merecía la pena. Siempre la valdría.

Al darse cuenta de que aún no había respondido a la pregunta de Tabitha, Gideon cuadró los hombros y la miró con atención.

—Sí. Lo vale, y si los Siete lo quieren, seré el primero en interponerme en el camino del Infierno con las espadas preparadas.

—Esperemos que el Creador te cubra las espaldas. Necesitarás toda la ayuda que puedas conseguir.

No era una amenaza, sino más bien una observación, e inclinó la cabeza en señal de acuerdo.

—Brindo por la esperanza. —Levantó el vaso vacío y ella lo imitó.

—Sobre el pago...

—¿Vamos? —Hizo un gesto hacia la salida trasera y ella se levantó con elegancia, negándose a enderezarse el dobladillo del vestido, que le quedaba unos centímetros más alto que cuando se había sentado.

Apenas habían salido del edificio y Tabitha empujó a Gideon contra la pared. El ladrillo a su espalda le arrancó un gruñido de los pulmones, pero él contuvo un silbido de desaprobación en cuanto ella se apretó contra él y le acarició el hueco de la garganta. La ira lo invadió lo suficiente como para incitarlo a actuar.

Metiéndole una mano en el pelo, la apartó de un tirón y frunció el ceño.

—La muñeca, si no te importa.

—¿Es eso todo lo que estás dispuesto a darme? —Arrastró una mano por su pecho hasta su estómago, y luego hasta la cintura de sus pantalones. Más abajo. Con un manoseo inapropiado, le tocó la parte delantera, pero su sonrisa se frunció al encontrarlo flácido—. Supongo que el tiempo no lo cambia todo.

El tiempo cambiaba muchas cosas, pero no el corte que le causaban sus afiladas palabras. Sí, era defectuoso, y ni siquiera el tiempo podría curarlo.

Rechazó la burla, con el rostro convertido en una máscara impenetrable.

—La muñeca.

Decepcionada, Tabitha suspiró.

—Si insistes...

Sus dedos rodearon la muñeca de Gideon. Él bloqueó los músculos para detener el retroceso instintivo cuando la esclerótica de la mujer se tiñó de rojo y sus colmillos se alargaron hasta convertirse en puntas mortales. Sin previo aviso, ella golpeó, hundiendo sus colmillos en la carne. Siempre lo golpeaba como un tren de mercancías.

Los ángeles caídos y sus demonios podían controlar la cantidad de dolor que infligían con un mordisco. En cierto modo, comprendió que intentaba ser amable, porque la molestia era manejable. Aun así, sintió como si lava abrasadora le recorriera las venas, y apretó los dientes.

Lo odiaba. Cada. Maldita. Vez.

Con cada tirón de su vena, Tabitha gemía y se desplomaba en su regazo mientras mamaba como una recién nacida. Después de alimentarse de humanos durante años, su sangre era como el mejor coñac del mundo, y ella había sucumbido al increíble subidón como una yonqui agotada. Incapaz de dejarla caer, rodeó su cintura con el otro brazo y la estrechó contra su pecho.

Cada sorbo de su muñeca le provocaba oleadas de náuseas, pero se apoyó en la pared de ladrillo del bar y cerró los ojos. Ignoró la música jazz de Nueva Orleans y el aroma a melocotón

que desprendía el pelo de Tabitha. Ignoró las palpitaciones de su muñeca y la claustrofobia que le oprimía los pulmones.

En contra de su buen juicio, Gideon pensó en Riley. Su poder era hermoso. De un blanco brillante, había surcado el aire, chisporroteando y estallando como la electricidad. Había iluminado la noche y ahuyentado la oscuridad.

Gideon había querido tocarlo, abrir una brecha y dejar que los hilos de energía crepitaran sobre su palma. No le habría hecho daño, estaba seguro, pero no había extendido la mano para poner a prueba su determinación.

Qué chico tan tonto, poniéndose en peligro, aunque no había sido inesperado. Riley era una joya rara, enterrada en las profundidades y difícil de descubrir. Era fuerte, más fuerte de lo que se creía. Era honrado y bueno, con una sed de conocimiento y una curiosidad que podrían asustar a cualquier hombre.

Sus grandes ojos color chocolate se abrían de asombro cada vez que aprendía algo nuevo. Gideon quería mostrárselo todo, abrirle los ojos al universo. Había tantas cosas que quería enseñarle...

Y eso, más que nada, era lo que asustaba a Gideon. La profundidad de la emoción que se agitaba en su caja torácica lo aterrorizaba hasta la médula, y rehuía aquel sentimiento ajeno. No lo entendía, y lo que no podía entender, tendía a descartarlo. La vida era más fácil así, más sencilla.

Por fin, los colmillos de Tabitha se retiraron de la muñeca de Gideon, que volvió a la realidad cuando ella utilizó su cuerpo para mantenerse en pie.

—Por el Creador, lo había olvidado. —Ella lamió las heridas punzantes ya selladas. Ni siquiera dejarían cicatriz—. Siento que podría volar de nuevo.

Tropezó en el callejón, sus pasos lánguidos y salvajes. La espalda del vestido era abierta y mostraba las cicatrices irregulares en forma de uve. Gideon aún sentía el calor de su sangre en las manos. Aún soñaba con sus gritos.

—¿He tomado demasiado? —Con una mano temblorosa, ella se acercó a él, pero él le hizo un gesto para que no se preocupara.

¿Había tomado demasiado? Era posible. Le dolía la cabeza y veía borroso mientras se adaptaba a la pérdida de sangre y a la disminución de energía. Rezó por tener la suficiente para volver al apartamento antes de buscar refugio en Utopía. Si Jai y Noel se quedaban con Riley, podría cargarse en el reino celestial al menos una noche.

Cerró los ojos y se imaginó su apartamento de California. *Dokha* y lila se burlaban de su nariz, mezclándose con la dulce esencia ahumada de Riley, que había impregnado cada rincón. No podría escapar de aquel aroma aunque lo intentara, y una pequeña e inquietante parte de él no sabía si quería hacerlo.

Necesitaba descansar; estaba perdiendo la cabeza.

—Gideon. —Tabitha le impidió desaparecer, y él abrió los ojos nublados en una pregunta silenciosa. Una preocupación sincera se dibujó en los rasgos de ella, que se acomodaba un mechón de pelo detrás de la oreja—. Vienen a por tu nefilim. Ten cuidado.

Gideon asintió una vez mientras el anzuelo familiar le enganchaba la columna vertebral y tiraba de ella.

—Hasta que volvamos a vernos.



La historia de Riley continúa en... *Sacrificio: Pergamino de fuego y
azufre 2*

ACERCA DE NIKOLE KNIGHT

Nikole Knight (ella/elle) es una hoosier nacida y criada en Indiana que vive en un lugar ultrasecreto de Europa. Es madre soltera de dos maravillosos *gremlins* y su *golden retriever*, Stratus, y escribe amor en todas sus formas.

Cuando no está ocupada en la adultez, se puede encontrar a Nikole en su rincón de escritura, escribiendo mientras sus dedos se convierten en protuberancias.

Para obtener contenido exclusivo, actualizaciones e información sobre todo lo relacionado con Knight, suscríbete al boletín de Nikole o únete a su grupo de Facebook: